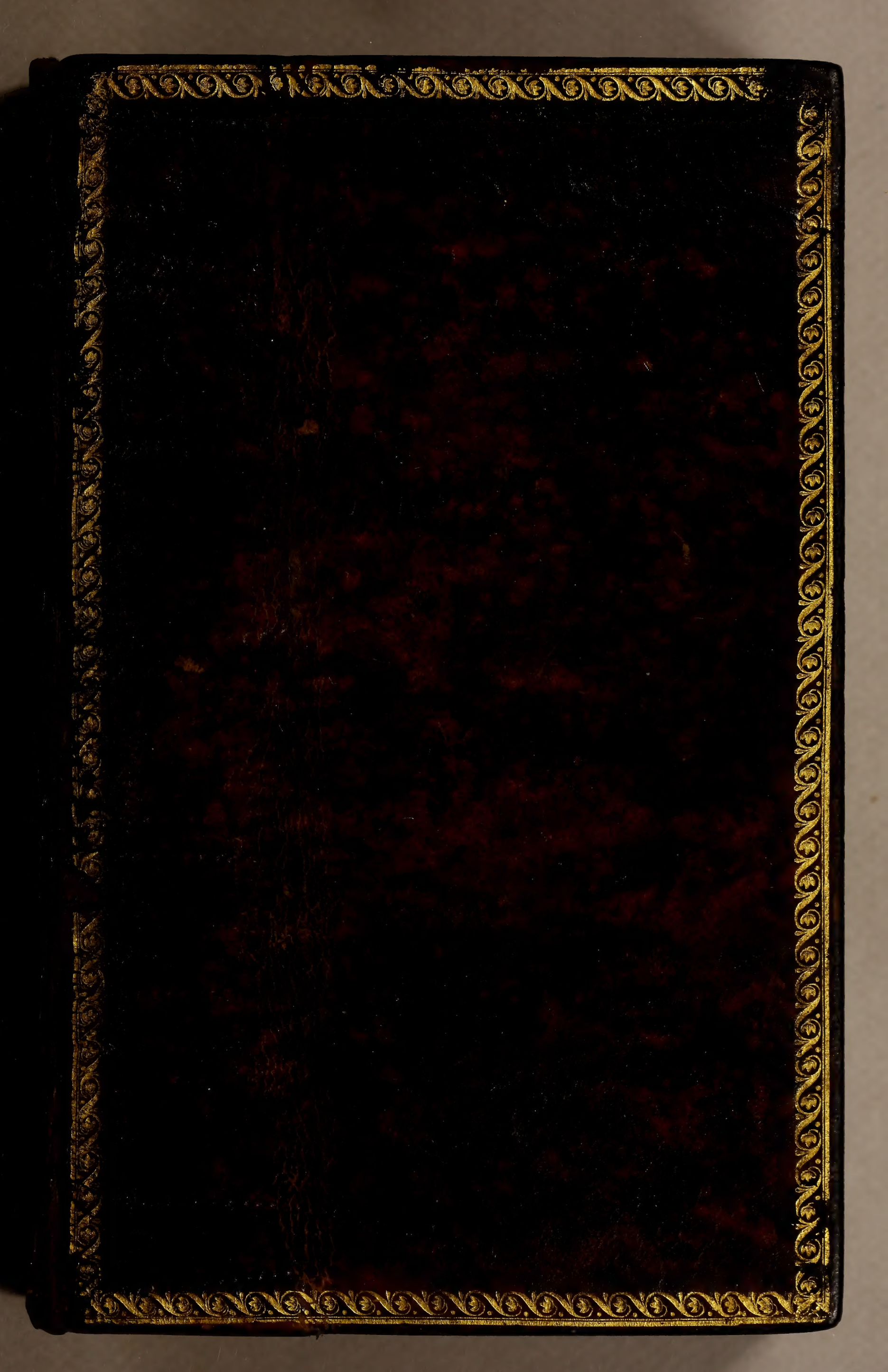



GAUDEO
John Carter Brown
Library
Brown University



Historia Antigua

DE

MÉJICO,

ESCRITA POR

EL LIC. D. MARIANO VEYTIA.

La publica

CON VARIAS NOTAS Y UN APENDICE

EL C. F. ORTEGA.

TOM. III.

Méjico.

IMPRENTA A CARGO DE JUAN OJEDA,
CALLE DE LAS ESCALERILLAS NUMERO 2.

1836.

HISTORIA ANTIGUA

DE

MÉJICO.

CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO XLI.

Dase noticia de las ceremonias con que se celebraron las exequias del emperador Tetzotzomoc.

LAS exequias de este emperador no se celebraron segun la costumbre de los chichimecas, sino á la usanza y segun el rito que por entónces dicen que usaban los mejicanos, que era quemando los cadáveres con las ceremonias que voy á decir, porque ya los tecpanecas habian abrazado la religion de los mejicanos, adorando á las mismas deidades que ellos, á las que habian erigido suntuosos templos.

De este ceremonial de las exequias nos dan idea varios autores, así nacionales como españoles, y especialmente entre estos Francisco Lopez de Gomara, en su crónica de Nueva España, de quien dice D. Fernando de Alba en sus relaciones que fué el que mas se acer-

có á la verdad en las noticias de su antigüedad. Dice el mismo Alba que este ceremonial lo inventó Topiltzin, último rey de toltecas; mas yo no me persuado á ello, ni he hallado fundamento en que afianzarlo, y mucho ménos á que los mejicanos trajesen esta costumbre.

Por lo que mira á los toltecas, los que quedaron en estas tierras despues de la destruccion de su reino, y se restablecieron en los tiempos posteriores en el de Culhuacan, ciertamente no usaron este ceremonial, ni los que huyeron en su destruccion y volvieron despues en varios tiempos sabemos ni hay quien diga que trajeron esta costumbre. De los mejicanos que son de los que dicen que la tomaron, expresamente nos refieren sus historiadores que á sus primeros caudillos y reyes que murieron los enterraron en Chapoltepec, y al último rey de Méjico Huitzilihuitl dicen unánimes que le enterraron allí, como dejo sentado en el capítulo XXX; de donde infiero que no solo no fué instituida por Topiltzin, ni la trajeron los mejicanos, sino que por ventura era tan moderna que la estrenó Tetzotzomoc: por lo ménos es preciso que su introduccion fuese despues de la muerte del rey Huitzilihuitl de Méjico, y por consiguiente que todavía no la hubiesen usado los mejicanos en alguno de sus reyes.

Dicen, pues, que era costumbre cuando enfermaba gravemente el supremo señor poner un velo en el rostro al ídolo Tezcatlipoca, á quien veneraban por dios de la providencia, y hasta que sanaba ó moria no se lo quitaban. Si era otro de los reyes, príncipes ó señores, especialmente de los generales y grandes capitanes, le ponian el velo á Huitzilopuchtli, dios de la guerra, y lo mismo ejecutaban con otros de sus dioses, á

quienes ponian el velo segun el gusto ó devocion de los enfermos, ó de los mas allegados ó confidentes, especialmente á aquellas deidades que tenian por sus particulares protectores. En esta ocasion le pusieron el velo á Tezcatlipoca, y habiendo muerto el emperador, pasaron sus tres hijos acompañados de todos los príncipes que se hallaban allí á quitar el velo al ídolo, y se volvieron á su palacio á despachar los mensajeros por toda la tierra, y á recibir los pésames de los que venian á hallarse presentes á las exequias.

Entretanto los criados mas inmediatos del difunto lavaron muy bien su cuerpo con varias aguas aromaticas, especialmente la que extrahian del trébol, que era entre ellos muy usada y estimada. Enjugáronle muy bien, y luego le cortaron un mechon de cabello de la coronilla, para que quedase aquella memoria de él, y lo guardaron como luego diré. Vistiéronle sus vertiduras reales, adornándole con todas aquellas joyas de oro, piedras preciosas y plumas que acostumbraba ponerse en las fiestas mas solemnes, y funciones de magestad, y le pusieron una grande esmeralda dentro de la boca. Pusieron el cuerpo despues en el salon principal de su palacio, sentado en cuclillas, como ellos acostumbraban, en una estera muy fina, y le cubrieron de los hombros abajo con diez y siete mantas muy delgadas y bien trabajadas, una sobre otra, y sobre ellas le pusieron una mas rica, en que estaba primorosamente labrada la imágen del dios Tezcatlipoca. Cubriéronle el rostro con una máscara de oro, perfectamente vaciada, que imitaba muy al natural su fisonomia, toda al rededor guarnecida de turquezas, que en esto se distinguian los supremos señores de los demas reyes y príncipes feudata-

rios, á quienes solo se les ponia la máscara de oro, pero sin guarnicion de pedrería. Así se mantuvo expuesto cuatro dias en su palacio, en los cuales se hicieron diferentes sacrificios de sangre humana, y entre ellos fué primero el de un esclavo, que cuidaba de encender el fuego y poner los perfumes á los dioses de palacio.

Al quinto dia que lo fué tambien de su primer mes, señalado con el geroglífico del movimiento en el número tercero, por ser tercer dia de su semana, se hizo el funeral con este órden. Antes de amanecer se juntó todo el concurso en palacio, y comenzó á ordenarse el acompañamiento para el templo mayor de Tezcatlipoca, yendo de dos en dos segun sus dignidades y antigüedades todos los príncipes y señores que concurrieron, llevando en las manos los arcos, flechas, macanas, escudos, plumajes y demas armas y adornos militares de que usaba el emperador. Enmedio de la comitiva iban muchos esclavos, que ninguno dice á punto fijo el número de ellos. Alba dice que por estos tiempos no eran en tanta cantidad como lo fueron en los posteriores, que solian llegar á doscientos. Estos iban muy bien vestidos y aderezados para ser sacrificados, y morir con su señor.

A lo último iba el cadáver, que cargaban muchos criados de los mas principales del difunto, sobre la misma estera en que habia estado expuesto, y á cada lado iban cuatro señores de los principales, vestidos de duelo, cuyo trage consistia en mantas largas, cuadradas, que pendian de los hombros en igualdad y bajaban hasta arrastrar por el suelo, de colores oscuros y sin labores; y si tenian algunas, eran figurando calaberas y huesos ó esqueletos enteros. Llevaban el cabello suelto, ten-

dido sobre la espalda, y unos grandes bastones en las manos. Los que iban á la derecha eran, primero el príncipe Maxtla: seguiale el infante de Méjico Motehuzuma; luego el príncipe Tayauh, y el último Teyolcohua rey de Acolman. A la siniestra iba primero Tlacateotzin rey de Tlatelolco; seguia Chimalpopoca, rey de Méjico; luego Nezahualcoyotl, y el último su sobrino Tzontecohuatl, y detras cerrando el acompañamiento los embajadores de los príncipes que no habian concurrido, y mucha nobleza de todas partes. Todos iban cantando en tono lúgubre y llorosos una relacion en metro de todas las virtudes, hechos y hazañas del difunto, su enfermedad y muerte.

Llegados al templo de Tezcatlipoca, salió á recibirlos á la puerta de él el gran sacerdote, á quien en esta funcion daban el nombre de Chihuacohuatl Tlamacasque, qué quiere decir *el sacerdote de la diosa Cihuacohuatl*, que era la que decian que recogia las almas de los difuntos. Acompañábanle todos los demas sacerdotes y ministros del templo, cantando ciertas canciones morales, ordenadas y dispuestas para estas funciones, en que recordaban á los asistentes la memoria de la muerte, diciéndoles que así como ellos llevaban á aquel difunto, que ya ni veia, ni oia, ni sentia, ni podia valerse por sí solo, llegaria el dia en que á ellos les sucediese otro tanto: que serian llevados á sepultar en hombros agenos sin uno de los sentidos, y sin que para ellos fuesen ya de provecho ni las flores, ni los frutos, ni los adornos, como no lo eran ya para aquel difunto, de quien solo quedaba en el mundo la memoria de sus hazañas y heroicos hechos. Estas y otras semejantes moralidades contenian estos cánticos de los sacerdotes, y

algunos se adelantan á decir que hablaban tambien de la gloria y pena del alma en la otra vida, segun las buenas ó malas obras que hubiese hecho en esta, lo que no se me hace dificil de creer, porque es constante que ellos creian la inmortalidad del alma, y el premio y castigo de buenos y malos.

En el gran patio del templo estaba preparada la pira con crecida cantidad de leña de cierta especie de pino resinoso, que en estas tierras llaman ocote, de la voz mejicana ocotl que lo significa, y sobre ella colocaron el cadáver, despues de haberle sacado de la boca la esmeralda, y quitádole las mantas, joyas y máscara que llevaba, y le prendieron fuego, echando en la hoguera mucha goma, copal, incienso, y otras resinas olorosas. Luego que comenzó á arder todos los señores que llevaban las armas é insignias del difunto emperador las fueron arrojando en la hoguera, para que se quemasen con él. Entretanto los sacerdotes comenzaron á sacrificar los esclavos, abriéndolos vivos por el pecho, y sacándoles los corazanes, que arrojaban igualmente en la hoguera; y despues enterraron los cuerpos en una sepultura que para ello tenian hecha. En los tiempos posteriores, como ya he dicho, fueron en mucho número estos miserables sacrificados en semejantes funciones, porque no solo eran los esclavos del difunto, sino de otros señores que los ofrecian en estas ocasiones, por una especie de obsequio al difunto, y asímismo los contrahechos, mostruosos y enanos, á quienes tenian por gente inútil, y en semejantes casos los destinaban á los sacrificios sin mas delito que haber nacido defectuosos, y la misma infeliz suerte tenian los que nacian en los cinco dias intercalares de cada año que llamaban nemonte-

mi, esto es, aciagos é infelices, y creyendo ciegamente que los que nacian en tales dias, habian de ser desgraciados, los destinaban desde la cuna para el sacrificio, con lo que en la realidad los hacian infelices, y muchos padres entregaban á sus hijos que habian nacido en semejantes dias á que se criasen sirviendo en el templo, para que echasen mano de ellos en los sacrificios que se ofreciesen. Tambien se acostumbró que algunos criados que se preciaban de mas leales, y algunas de las mugeres ó concubinas del difunto, en demostracion de su amor para con él, se arrojaban voluntariamente á la pira.

Concluidos los sacrificios de esta funcion, y reducido el cadáver del emperador á cenizas, recogieron estas y los dientes que no se quemaban, y en una arca pequeña que estaba ya preparada, en la que por dentro y fuera estaban pintadas las imágenes de los dioses de quienes fué mas devoto, colocaron las cenizas y dientes, la guedeja de cabello que le cortaron y la esmeralda que tuvo en la boca; y cerrando muy bien la arca, la colocaron en el mismo lugar en que ardió la pira, y pusieron sobre ella una estatua de bulto de madera que retrataba perfectamente al emperador, y así se mantuvo cuatro dias, en los cuales, así por parte de los hijos y deudos, como de los demas señores, se llevaron al templo muchas ofrendas, no solo de flores, frutas, y todo género de comestibles, sino tambien de mantas, plumas, y joyas de oro y pedrería, y muchos perfumes, que unos se ponian ante el altar de Tezcatlipoca, y otros al rededor de la arquilla en que estaban las cenizas, y al anochecer lo levantaban todo los sacerdotes, que tomaban para sí los comestibles y las mantas: mas lo que eran joyas, pedrería y plumas lo guardaban en

el tesoro del templo, para servicio de él y adorno de los ídolos, y lo mismo hicieron con las mantas, joyas y plumas que llevó el cadáver del emperador.

Al cuarto dia, al anochecer, cargaron los sacerdotes la arca de las cenizas y la estatua, y la colocaron en una especie de nicho, dentro del templo, con lo que se concluyó la solemnidad de las exequias; mas no cesaron los sacrificios de sangre humana, porque no solo en los cuatro dias de las ofrendas se repitieron muchos, sino que despues continuaron en varios dias que tenian señalados, que eran el vigésimo de la muerte, el sexagésimo y el octogésimo, que era el último y como el cabo de año porque en él se cumplian cuatro meses de los suyos, que eran de veinte dias. Con estas solemnidades asientan los escritores indios haberse celebrado las exequias del gran rey Tetzotzomoc, tirano del imperio, y estas mismas practicaron despues en los funerales de estos príncipes. En esto no se me ofrece duda, pero sí en que ántes de esta ocasion las hubiese practicado la nacion mejicana, ú otra alguna de las que hasta entónces estaban pobladas en estos reinos.

CAPITULO XLII.

Dispútase entre los príncipes sobre la disposicion de Tetzotzomoc en la exheredacion del primogénito Maxtla; pero este se opone, y su partido vence. Júranle luego, y cede el reino de Coyohuacan en Tayauh. Intenta este, coligado con los reyes de Méjico y Tlatelolco, quitar la vida á Maxtla; pero este sabiendo su intento le mata á puñaladas, en la misma ocasion en que él pensó matar á su hermano. Manda prender á los dos reyes, y lograda la prision del primero le pone en una jaula. Huye el de Tlatelolco y le alcanzan en la laguna, donde muere ahogado.

Todo el concurso se mantuvo en el patio del templo miéntras se quemó el cuerpo del emperador; mas luego que reducido á cenizas se colocaron estas en la arca que dije, se restituyeron todos á palacio, donde se les sirvió un abundante almuerzo. Concluido este, y juntos todos en el salon principal el rey Tlacateotzin de Tlatelolco, que era entre todos el mas anciano y respetable, les dijo de esta suerte: „Bien sabeis señores „ que el difunto emperador dejó dispuesto, que así en „ el trono imperial, como en su reino hereditario de Az„ capuzalco, le sucediese el príncipe Tayauh, sin em„ bargo de no ser el primogénito, por los justos motivos „ que para ello tuvo, y muchos de vosotros que os ha„ llasteis presentes como yo á esta su disposicion, le „ ofrecimos cumplirla, y para ello me parece conve„ niente que ántes que nos separemos se jure el prínci„ pe Tayauh, y se le dé la obediencia poniéndole en po-

„ sesion de la corona, para obviar de esta suerte los „ disturbios é inquietudes que pueden ofrecerse."

Levantóse intrépido Maxtla, ó Maxtlaton, que así le nombraban en frase reverencial, y brotando fuego por los ojos le respondió diciendo: „El haber yo calla„ do en presencia de mi padre sin replicar á su disposi„ cion fué solamente efecto de mi respeto, por no dar„ le disgusto, viéndole tan cercano á la muerte; mas „ no porque me conformase con ella, cediendo el dere„ cho que me dió la naturaleza, del que mi padre no tu„ vo potestad para despojarme. Los motivos que pre„ textó para ello de mi altivez y severidad que desagra„ da á sus vasallos son tan frívolos, como lo manifies„ ta el amor y fidelidad con que me miran, no solo los „ mios del reino de Coyohuacan, sino los mismos de „ Azcapuzalco y del imperio, de cuya lealtad estoy ase„ gurado que defenderán mi causa contra los traidores „ que intentaren usurparme la corona. Ni creí jamas „ que hubiese alguno de los príncipes que pretendiese „ llevar á efecto tan extraordinaria resolucion, hija de „ la pasion, y enteramente opuesta á todo derecho; „ ántes por el contrario estoy satisfecho de que muchos „ de ellos la tuvieron desde luego por injusta y apasio„ nada, y están prontos con sus personas y vasallos á „ defender la justicia de mi causa. Por tanto para es„ torvar cualquier motivo de inquietud y turbacion que „ pueda ofrecerse, quiero que ántes que os separeis me „ jureis por supremo monarca de la tierra, y rey de „ Azcapuzalco, bien entendidos de que si reusais ejecu„ tarlo, con el poder de mi brazo, con el auxilio de los „ príncipes que me siguen, y con el valor de los mas „ esforzados capitanes del reino, que no ignorais están á

„ mi devocion, entraré talando y destruyendo á fuego
„ y sangre por las tierras de los rebeldes, hasta dejar-
„ las asoladas y reducirlos á mi obediencia."

Grande fué la conmocion que se levantó en el congreso: declaráronse luego unos en defensa de Maxtla, y otros á favor de Tayauh; pero aunque estaban á favor de este último los reyes de Tlatelolco y Méjico, era mayor el número de los partidarios del primero, y se incluian en él los mas famosos y valientes capitanes; y así aunque duró algun rato la disputa, venció el partido de Maxtla, contentándose los del partido de Tayauh con que renunciase en él su hermano el reino de Coyohuacan. Convino Maxtla en ello, y desde luego le cedió aquella corona, y él fué jurado y reconocido emperador supremo, y rey de Azcapuzalco, aquel mismo dia á la mitad de la mañana, y concluida la jura se retiraron los príncipes á sus alojamientos, y se restituyeron despues a sus estados.

Antes que ellos lo habia ya ejecutado el príncipe Nezahualcoyotl, quien habiendo oido el razonamiento de Maxtla, y viendo la conmocion que se suscitó, no quiso tomar partido en la disputa, sino que despidiéndose secretamente de su tio y primos, el rey é infantes de Méjico, y de algunos otros pocos de los señores sus afectos, se salió disimuladamente de la sala, y partió sin dilacion á Tezcoco, muy contento de haber escapado del funesto golpe que le estaba preparado, porque preocupados Maxtla y Tayauh en sus propios intereses les llevó toda la atencion el negocio de la sucesion al trono, sin volverse á acordar por entónces de Nezahualcoyotl, ni de cumplir la órden de su padre.

Mas conociendo el príncipe que sosegadas las in-

quietudes habia de volver Maxtla sus ideas contra él, receloso de que el aplauso y estimacion que se habia grangeado, y ya se manifestaba sobradamente, le pusiese en estado de recobrar su imperio, determinó mantenerse quieto en Tezcoco, sin salir de la ciudad, acompañado siempre de criados leales, y continuando sus negociaciones con viveza, para poder ponerse en defensa cuando lo pidiese la ocasion. Mas si hasta entónces habia sido preciso manejar con mucho sigilo estos negocios, ahora pedian las circunstancias presentes mucho mayor recato; porque habiéndose introducido y estrechado amistad muchos tiempos ántes con Maxtla un hermano natural de Nezahualcoyotl que le era desafecto, llamado Tlilmatzin segun unos, ó Yancuiltzin como le nombraban otros, logró que á pocos dias de entrado Maxtla en la posesion del reino le nombrase por gobernador único de la ciudad de Tezcoco, reuniendo en él toda la jurisdicion que se habia dividido en los gobernadores que ántes se pusieron. Pasó luego á tomar posesion del empleo; y aunque se manifestó muy afable y benigno con el príncipe, que le recibió con iguales demostraciones de agrado, bien conoció este que todo era exterioridad con que intentaba encubrir sus intentos y los de Maxtla, que solo se dirigian á su ruina.

El príncipe Tayauh pasó luego á tomar posesion del reino de Coyohuacan, y pocos dias despues se restituyó á Azcapuzalco con ánimo de vivirse en esta corte, para cuyo efecto determinó fabricar un palacio en el barrio de Atompan; y comenzó desde luego á ponerlo en ejecucion. Los mas dias se iba á la ciudad de Méjico con el rey Chimalpopoca, con quien trataba con íntima familiaridad, y no ménos con el rey Tlaca-

teotzin de Tlatelolco, que habian sido los principales fautores de su partido, y miraban á Maxtla con desafecto, obligados solo de la necesidad á reconocerle por monarca y resueltos á sacudir el yugo de la obediencia siempre que pudiesen ejecutarlo, para lo cual trataban y conferian aquellos medios que pudieran ser mas conducentes.

Una noche pues, que segun asientan los historiadores indios en sus mapas, fué á los cuatro meses de la jura de Maxtla, que estaban tratando del negocio Chimalpopoca y Tayauh en una pieza del palacio de aquel, creyéndose solos y sin que nadie los escuchase, un enano que servia á Maxtla, llamado Tlatolton, segun Alba, ó Telon como le nombra D. Alonso Axayacatzin, el cual, ó porque acaso tenia ya algunas sospechas de la amistad de Tayauh con los reyes de Méjico, ó por mera curiosidad, ó por otro motivo que no se dice, estaba escondido en el hueco de una puerta de la misma sala, desde donde oyó toda la conversacion que pasó entre los dos reyes, reducida á proporcionar el modo de quitar la vida á Maxtla sin rumor ni escándalo, y quedó determinado entre los dos que esto fuese cuando se acabase de fabricar el palacio que Tayauh estaba labrando en Azcapuzalco, para cuyo estreno convidase á Maxtla, y entrando con él solo á las piezas interiores, en la mas retirada tendria prevenido un collar de flores para echarle al cuello, como ellos acostumbraban en demostracion de obsequio, el que se ofreció Chimalpopoca á fabricarlo, y disponerlo con tal artificio, que al mismo tiempo de echárselo al cuello á Maxtla pudiera facilmente ahorcarle con él; y para que no se retardase la ejecucion, se ofreció tam-

bien Chimalpopoca á darle gente que trabajase en la obra, para que esta se concluyese con mayor brevedad.

No esperó el enano que fuese dia para ir á dar cuenta á su señor de todo lo que habia escuchado, sino que partiendo luego para Azcapuzalco, llegó al palacio de Maxtla á mas de la media noche, y haciendo que las guardias le avisasen que estaba allí y tenia negociacion importante en que hablarle, le mandó entrar el emperador. Dióle cuenta puntual y menudamente de todo lo que habia pasado, lo que no dejó de causar á Maxtla alguna turbacion; pero volviendo sobre sí, le mandó que pena de la vida guardase el secreto, y se volviese á Méjico á hacer la desecha, lo que puntualmente obedeció Tlatolton.

Al dia siguiente hizo llamar Chimalpopoca á dos caballeros de su corte nombrados Achitometl y Tlatocacochitzin, á quienes mandó que con un crecido número de gente que sacasen pasaran á Azcapuzalco, y ayudaran en la fábrica del palacio del rey Tayauh, á fin de que este se concluyese con la mayor brevedad; pero que ántes se presentasen al emperador, y captasen su venia. Obedecieron prontamente estos caballeros la órden del rey, y aquella misma mañana pasaron con la gente á Azcapuzalco. Presentáronse al emperador, pidiéndole en nombre del rey su amo la venia para trabajar en el palacio del rey Tayauh, con lo que Maxtla confirmó la noticia del enano: mas con un profundo disimulo les dijo que con gran gusto les daba la licencia para trabajar en los palacios de su hermano, y estimaba mucho al rey de Méjico el favor que le hacia, y que él por su parte queria tambien contribuir á su obsequio, para lo cual mandó luego llamar á un cierto capitan de

su confianza, y le ordenó que con toda lá gente que pudiese fuese á ayudar á la fabrica para que se concluyese con la mayor brevedad.

Cumplió luego la órden el capitan, y con todo este socorro en pocos dias, que segun dicen algunos no fueron mas que diez, quedaron perfectamente acabados. Entónces Maxtla mandó decir á su hermano que no tenia que prevenir nada para el estreno de su palacio, por que el festejo que habia de hacerse corria enteramente de su cuenta: y así dió órden á sus criados de que se previniese un gran banquete, señalado el dia en que habia de hacerse el estreno, para el cual hizo convidar á los reyes de Méjico y Tlatelolco, y á otros muchos señores de la principal nobleza, tanto de su corte como de Méjico y Tlatelolco, de los cuales algunos eran sabedores del intento de Tayauh, y aun habian ofrecido ayudarlè en el lance.

Llegado el dia asignado, concurrieron á Azcapuzalco todos los convidados, excepto los reyes de Méjico y Tlatelolco, y otro caballero llamado Tecuhtlihuacatzin, deudo de Chimalpopoca, y su primer consejero, que ó recelosos de algun mal suceso, ó refinados políticos en sus traidoras máximas, para quedar cubiertos en cualquier trance huyeron el cuerpo á la concurrencia, y se escusaron con el pretexto de que no les era posible dejar de asistir á una gran fiesta y sacrificio que aquel dia debia de hacerse en uno de sus templos. Sin embargo se celebró el estreno, pasando el emperador acompañado de todo el concurso al nuevo palacio, donde le esperaba su hermano, que tenia ya prevenido el collar de flores, con tal arte dispuesto, que al echárselo al cuello al emperador, pudiese facilmente ahorcarle.

Llegó Maxtla con toda su comitiva, y Tayauh le recibió con muchas muestras de afecto y gratitud, á que correspondió con iguales expresiones; y creyendo Tayauh que le trahia engañado al sacrificio se entregó el miserable al cuchillo. Despues de los primeros saludos, cumplimientos y enhorabuenas convidaba Tayauh á su hermano á que entrase á ver las piezas interiores del palacio; pero Maxtla, que sabia su intencion, se excusó por entónces, diciendo que entraria despues de la comida. Sirvióse esta con mucha abundancia y esplendidez, tanto á los príncipes y señores principales, como á todo el resto del concurso, que era numeroso. Mantúvose Maxtla sentado largo rato despues de la comida, al cabo del cual levantándose de su asiento se acercó á Tayauh en accion de irle á abrazar, y sacando un cuchillo que llevaba encubierto, le dió tan crueles puñaladas, que al punto cayó muerto á sus pies; y volviéndose al concurso con semblante airado y furioso, dijo: „Así „ castiga mi justicia la traicion de un hermano, que se „ atrevió á pensar quitarme la vida: y si esto hice con „ él ¿que haré con los demas que yo descubra cómplices „ en su delito?" Llamó luego á ciertos capitanes, y les mandó que luego al punto marchasen á Méjico y Tlatelolco con la tropa que tenian prevenida, y prendiesen á los reyes Chimalpopoca y Tlacateotzin, y les pusiesen en parage seguro, hasta que otra cosa ordenase; pero que al consejero Tecuhtlihuacatzin le quitasen luego la vida.

Partieron sin dilacion los capitanes con su tropa, y llegados á la ciudad de Méjico hallaron al rey Chimalpopoca y á su consejero en el templo, asistiendo á los sacrificios que les sirvieron de pretexto para no con-

currir á la funcion; mas no les valieron para escapar el golpe funesto del enojo de Maxtla, porque apoderándose luego la tropa de la persona del rey y de la de su consejero, sin que hiciesen resistencia, ni se atreviesen sus vasallos á impedirlo, dieron luego muerte á Tecuhtlihuacatzin, y llevaron al rey á la cárcel pública de su propia corte, en donde lo encerraron en una jaula muy fuerte que en ella habia para los reos de enormes delitos, poniéndole muchas guardias, con la órden que llevaban del emperador para que no se le diese de comer sino muy pocas onzas de pan cada veinte y cuatro horas, ni se le dejase ver de nadie.

Asegurada la persona de Chimalpopoca marcharon sin dilacion los capitanes con el resto de su tropa á Tlatelolco en solicitud de Tlacateotzin su rey, á quien no habian hallado en el templo; mas este que supo luego lo que pasaba con Chimalpopoca, y entendiendo bien que sobre él habia de venir igual golpe, procuró ocultarse, de suerte que no fué posible que lo encontrasen los que le buscaban; y perdida la esperanza de hallarle, se volvieron á Azcapuzalco á dar cuenta al emperador de lo que habian ejecutado. Mucho sintió este que se le hubiese escapado Tlacateotzin, y así dió órden de que le buscasen por todas partes, sin perdonar diligencia, hasta haberlo á las manos, muerto ó vivo.

El rey Tlacateotzin, creyendo que estaria mas seguro y oculto en Tezcoco, determinó pasarse á aquella ciudad, y habiendo hecho recoger la mas que pudo de sus tesoros, dispuso embarcarse secretamente al anochecer, y navegar para Tezcoco; mas siendo preciso para esto valerse de algunos de sus mismos cria-

dos de quienes tenia mayor confianza, y en quienes creia mas seguro el secreto, uno de ellos, traidor, cuyo nombre no dicen, que quiso levantar su fortuna sobre la ruina de su señor, pasó á Azcapuzalco y dió puntual noticia de todo á Maxtla, quien mandó prontamente aprestar algunas canoas con suficiente número de tropa que fuesen en su alcance. Partieron luego estas, é hicieron tan buena diligencia que alcanzaron á las canoas de Tlacateotzin en medio de la laguna, y dieron sobre ellas con intento de abordarlas, para apoderarse de la persona del rey; mas este y los que le acompañaban se defendieron vigorosamente, hasta que la canoa del rey que llevaba mucho peso en sus tesoros, con el golpe de gente que sobre ella cargó se fué á pique pereciendo allí miserablemente el rey con todas sus riquezas.

Este fué el desgraciado fin del valiente Tlacateotzin, tercer rey de los tlatelolcas, siendo ya de edad muy crecida, la que empleó desde su juventud en el manejo de las armas, en servicio del rey Tetzotzomoc, mereciendo por su valor y acertada conducta toda su confianza, y que le entregase el mando de sus tropas, nombrándole general de sus armas, cuyo cargo desempeñó siempre honrosamente á pesar de la vicisitud de la fortuna en los trances de la guerra, de suerte que ántes de ceñir la corona que heredó de sus mayores se habia ya coronado de muchos laureles que ganó por sus puños. Gobernó su reino con igual acierto, prudencia y benignidad, haciéndose amar y temer á un tiempo de sus súbditos; aumentó y hermoseó su capital, cuanto le permitieron las circunstancias del tiempo. Poseyó la confianza de Tetzotzomoc hasta la muer-

te de este, que nada resolvia sin consultar su dictámen, por lo que se habia conciliado el respeto y veneracion universal de todo el imperio. Mas toda esta grandeza en ménos de cinco meses, vino á tierra, habiendo sido el orígen de su ruina el querer llevar á efecto la disposicion de Tetzotzomoc en la sucesion de Tayauh; porque yo no he hallado autor alguno nacional que diga que se halló en la conversacion traidora de Chimalpopoca con Tayauh, de que dió cuenta el enano á Maxtla, y dió motivo á todo este alboroto; pero no puede dudarse que Tlacateotzin era desafecto al emperador, y fué el que se hizo cabeza del partido de Tayauh.

Algunos autores quieren asignar la causa del desafecto de estos dos reyes á Maxtla, y dicen que fué el que este príncipe soberbio era igualmente lascivo, y habiendo visto á la reina de Méjico, muger de Chimalpopoca, y pareciéndole muy hermosa, pretendió quitársela, para cuyo efecto se valió de ciertas concubinas suyas que con fingidos pretextos la hiciesen venir á Azcapuzalco, viviendo todavía Tetzotzomoc. Diéronse ellas tan buena maña, que lograron traerla engañada y entregársela á Maxtla. Procuró este al principio reducirla con alhagos al cumplimiento de sus torpes deseos, y á que se quedase con él, abandonando y repudiando al rey de Méjico; mas ella; honrada y constante, se resistió con el mayor esfuerzo, negándose enteramente á sus caricias, lo que visto por el soberbio Maxtla se valió de la fuerza, y habiendo satisfecho su brutal apetito, la dejó ir libre. Volviéndose ella á Méjico muy llorosa, dió cuenta de su desgracia á su esposo, del cual no dicen si hizo alguna demos-

tracion de sentimiento ó reconviniendo á Maxtla, ó quejándose á su padre Tetzotzomoc, ó manifestando de otro algun modo ser sabedor de su agravio y querer vengarle. Lo que únicamente dicen es que estando como estaba tan unido con el rey de Tlatelolco, este supo el suceso, y ambos concibieron la idea de matar á Maxtla, y despues que vieron la disposicion de su padre, excluyéndole de la sucesion al trono, pretendieron con el mayor esfuerzo que se cumpliese; pero por entónces parece que disimuló el rey Chimalpopoca ser sabedor de su agravio.

D. Fernando de Alba, no en este pasaje, sino en otro que despues verémos, da á entender que habia quitado Maxtla á Chimalpopoca dos concubinas, cuyos nombres da, y las tenia consigo cuando este rey murió; pero nada dice de este suceso de la reina, y no es fácil averiguar si son dos distintos ó uno solo, en que pueda haber error en los que escribieron que fué la reina la burlada, y se hace mas verosímil el suceso en las concubinas.

Tambien dicen otros autores que este lascivo y soberbio Maxtla intentó forzar á la muger de Izcohuatl, rey de Méjico, que sucedió á Chimalpopoca en presencia de su mismo esposo, y esto puede haber dado tambien motivo á equivocar los sucesos: aunque tampoco hallo dificultad en que sean distintos y todos ciertos, y ménos en que un bruto desbocado y entregado todo á sus pasiones ejecutase estos y otros muchos absurdos.

CAPITULO XLIII.

Carga Maxtla á los mejicanos de los tributos de que les habia libertado Tetzotzomoc. Viene Nezahualcoyotl á Azcapuzalco á pedir la vida de su tio el rey Chimalpopoca al emperador, quien ofrece dársela, y le permite que vaya y venga á verlo á la prision, y entretanto manda prevenir tropa que á su vuelta le prenda.

Los capitanes y gente que fueron en alcance de Tlacateotzin volvieron con sus canoas á Azcapuzalco al dia siguiente por la mañana, y dieron cuenta al emperador de todo lo acaecido, á que respondió: „Muy „ bien está lo ejecutado; ya salí de ese enemigo; el „ otro morirá en la jaula en que le tengo: solo me resta „ matar á Nezahualcoyotl, para quedar libre de ene- „ migos, y asegurado en el trono."

Mandó luego llamar á un caballero anciano, mayordomo suyo, de quien hacia mucha confianza, nombrado Chichincatl, y le ordenó que pasase luego á las ciudades de Tlatelolco y Méjico, y haciendo juntar á toda la nobleza, y á los principales del pueblo, les notificase que el indulto de tributos que les habia concedido el emperador su padre habia ya cesado, porque él de ningun modo queria concederlo, sino que pagasen todas las contribuciones é impuestos que pagaban ántes del indulto, con mas todas aquellas que quisiese imponerles de nuevo, conminándolos con graves penas si así no lo ejecutasen. Mandó al mismo tiempo que de pronto pagasen por subsidio extraordinario cierta suma

considerable en los efectos que señaló: que ejecutado esto pasase al dia siguiente á Tezcoco, y llamase á Nezahualcoyotl, diciéndole de su órden que viniese cuanto ántes á Azcapuzalco, que tenia que tratar con él ciertos negocios.

Partió luego Chichincatl á poner en ejecucion la órden del emperador, y haciendo juntar en Tlatelolco toda la nobleza de una y otra ciudad y un gran número de pueblo les intimó en voz alta la órden del emperador, bajo de las graves penas que impuso á los inobedientes. Todos quedaron confusos, y tan ocupados del miedo, que nadie se atrevió á responder palabra.

Nezahualcoyotl tuvo la noticia de la prision de Chimalpopoca, y del infeliz suceso de Tlacateotzin, cuya desgraciada muerte le fué muy sensible, y no ménos la prision de Chimalpopoca. Su generoso corazon quisiera socorrerle en este trabajo, acordándose de las finezas con que las señoras de Méjico se empeñaron por su vida con Tetzotzomoc; y creyendo que en obsequio de ellas era esta la ocasion en que debia empeñarla en defensa de su tio, concibió el temerario arrojo de ir él á pedir su vida á Maxtla.

Parecióle á sus deudos y amigos desatinado el empeño, y que en vez de salvar la vida á su tio iba ciertamente á perderla, y así procuraron con la mayor eficacia desviarle de su intento: mas él llamando á sus sabios y astrólogos adivinos les mandó que le diesen sobre ello su dictámen. Dijéronle estos que hallaban por su ciencia, y en el estudio de los astros, que le amenazaban muchos riesgos, y entre ellos tres muy terribles de que dificilmente salvaria la vida; pero que si de ellos escapaba triunfaria de todos sus enemigos, y

así lo que convenia era que procurase guardarse ínterin que pasaba la amenaza del hado, de los peligros que le asaltasen, sin buscarlos, y no se arrojase temerario á solicitarlos con el riesgo inminente de perecer en ellos. „Todo lo contrario pienso yo, dijo entónces „ el príncipe; porque si vuestra ciencia no os engaña, „ y me amenazan ciertamente las estrellas con esos ries- „ gos, ni por buscarlos yo han de ser mayores, ni por „ procurar huirlos he de dejar de pasar por ellos; y así „ determino buscarlos, y salir cuanto ántes de esta zo- „ zobra. Si perezco en ellos, con la vida se acaban „ los trabajos; y si los venzo, mas presto triunfaré de „ mis enemigos." Y sin esperar á mas partió á embarcarse, á pesar de las persuasiones de los suyos.

Era ya bien entrada la noche, y navegó hasta el amanecer que llegó á Tlatelolco. Supo que estaba allí Chichincatl á cumplir la órden del emperador en la ejecucion de los tributos, y pasó luego á verse con él. Era este caballero natural de Tlatelolco y señor de las casas de Caltenco, y aunque estaba en servicio de Maxtla, y poseia su confianza, era muy afecto al príncipe, y conociendo sus amables prendas y el injusto despojo que padecia, se compadeció de su desgracia. Luego que le vió le abrazó tiernamente, y le dijo la órden que tenia de llamarle para que pasase á Azcapuzalco, pero que temia que esto fuese para quitarle la vida. „Sea „ para lo que fuere, respondió el príncipe, ya me tie- „ nes aquí sin el trabajo de ir á Tezcoco á llamarme, „ porque el fin de mi venida es el pedir á Maxtla la vi- „ da de mi tio, y estoy resuelto á ejecutarlo, á pesar „ del peligro que me amenaza; y así ni puedo, ni quie- „ ro excusarme de ponerme en su presencia." Oyendo

esto Chichincatl le dijo: „Pues estás resuelto, vamos: „ que yo he de acompañarte para poder advertirte de „ los riesgos que te amenazan, y ayudarte á salvar la „ vida."

Partieron para Azcapuzalco, donde llegaron al anochecer, y ántes de ir á palacio fueron á casa de un camarero de Maxtla llamado Chacha, ó Chachaton, hombre anciano y de probidad, que era tambien afecto al príncipe, el cual luego que le vió le dijo: „Señor „ ¿qué haceis aquí? huye y escóndete, que tu vida pe- „ ligra." „Bien lo conozco, respondió el príncipe; „ pero yo no puedo dejar de ver al emperador, así por- „ que me ha enviado á llamar con Chichincatl, como „ porque aun ántes de saber su órden venia yo con el „ intento de pedir la vida de mi tio el rey Chimalpopo- „ ca. Lo que tú has de hacer por mí es introducirme „ donde yo pueda hablarle á solas, y advertirme de „ cualesquier peligro." Mayor fué la admiracion de Chacha cuando entendió el arrojado intento del príncipe de pedir á Maxtla la vida del rey Chimalpopoca; y procuraba disuadirle de él, aconsejándole que huyese y se escondiese donde no pudiesen haberle á las manos, porque sabia muy bien que el fin de Maxtla en llamarle era en quitarle la vida; mas viendo que nada era bastante á hacer deponer su resolucion, se ofreció á ejecutar lo que le mandaba, y le dijo que fuese á recogerse, y volviese la mañana siguiente, para que le condujese á presencia del emperador.

Retiróse el príncipe, y á la mañana bien temprano volvió con Chichincatl á casa de Chacha quien lo condujo á palacio, y entrando con la licencia de su empleo á las piezas interiores de Maxtla, le dijo como estaba

allí Nezahualcoyotl, que queria hablarle, y le suplicó se dignase de oirle con benignidad. Mandóle entrar, y el príncipe, haciéndole un grande acatamiento, le hizo este razonamiento que traducen fielmente los intérpretes: „Muy alto y poderoso señor: bien veo que vengo „ á ocuparos el tiempo que habeis menester para los ne„ gocios del gobierno; pero no puedo dejar de obedecer „ vuestro mandato, que me ha intimado Chichincatl, á „ pesar de los recelos que me asaltan de los peligros de „ la vida, y vengo á saber lo que me ordenais, logran„ do al mismo tiempo la ocasion de implorar vuestra cle„ mencia en favor de la vida de mi tio el rey Chimalpo„ poca, quien como pluma rica servia de hermoso ador„ no á vuesta imperial corona, y cualquier piedra pre„ ciosa de oro en vuestro collar adornaba vuestro cuello, „ y ahora desprendida de su propio lugar, la teneis asi„ da y aprestada en vuestras manos, esperando por ins„ tantes su ruina. Aflojad señor la mano, y como rey „ piadoso, echad en olvido la venganza, y poned sola„ mente los ojos en el triste espectáculo de un miserable „ anciano, que desfallecido con la falta de alimento es „ ya un retrato de la muerte, trayendo á la memoria que „ ha gastado su vida en servicio de vuestro padre, y en „ procurar la exaltacion de vuestra casa.”

Todo el orgullo de Maxtla se apagaba y toda su soberbia se abatia en presencia de Nezahualcoyotl, cuyo gallardo espíritu, si fué para todos dominante respecto de Maxtla se manifestaba tan superior, que aun los ménos avisados conocieron que era alguno de aquellos ocultos secretos de la naturaleza, que no llegamos á penetrar, ó lo que es mas cierto de aquella altí-

sima incomprehensible sabiduría que todo lo dirige con soberana providencia.

Respondióle Maxtla muy afable: „Yo os envié á „ llamar para deciros que aunque he dado órden de que „ nadie vea ni hable al rey Chimalpopoca, esta no se „ entiende con voz; id á verle y consolarle, que yo os „ ofrezco ponerle en libertad: pero despues de que lo „ veais, no os volvais á Tezcoco, sino venid aquí á dar- „ me razon." Mandó entónces llamar á Chichincatl, y le dió la órden de que acompañase al príncipe á Méjico é hiciese que de ningun modo se le impidiese ver y hablar al rey Chimalpopoca todo el tiempo que quisiese. Dióle el príncipe las gracias con rendidas expresiones, y partió luego para Méjico.

Apénas se fué el príncipe, mandó Maxtla llamar á uno de sus consejeros de quien hacia mucho aprecio, hombre anciano y de ilustre nacimiento, nombrado Tlailotlac Tecutzintli, y habiéndole referido lo que le habia pasado con Nezahualcoyotl, le dijo que sin embargo de haberle hecho llamar para prenderle y matarle, estando ya allí no habia tenido aliento para ejecutarlo, y ántes bien le habia permitido que fuese á ver á su tio el rey Chimalpopoca; pero que le habia ordenado que luego que lo viese volviese á Azcapuzalco, y así le llamaba para que le aconsejase, qué era lo que deberia hacer: si seria mas acertado quitar la vida primero á Chimalpopoca, y despues á Nezahualcoyotl, ó al contrario: á lo que respondió Tlailotlac. „Señor, si „ á Chimalpopoca lo tienes asegurado en la prision, y „ á Nezahualcoyotl, en tus manos siempre que le lla- „ mes, lo mismo es empezar por uno que por otro, „ pues nadie puede resistir á tu mandato." Pues sien-

do así, dijo Maxtla, empecemos por Nezahualcoyotl, que el otro bien asegurado está en su jaula, y mandó llamar á ciertos capitanes, á quienes ordenó que apercibiesen su tropa, y la apostasen unos en palacio, otros en la plaza, y otros en varios parages que señaló, prontos á ejecutar las órdenes que se lés diesen. Obedecieron luego, y en breve tiempo juntaron y apostaron la gente en los parages que se les ordenó.

CAPITULO XLIV.

Visita Nezahualcoyotl á Chimalpopoca en la prision, y este muere en su presencia. Vuelve Nezahualcoyotl á Azcapuzalco, donde intenta prenderle Maxtla, y escapa por un agugero de un jacal de cañas, y se retira á Tezcoco.

Al tiempo de embarcarse el príncipe Nezahualcoyotl para Méjico encontró en las riberas de la laguna á su sobrino Tzontecohuatl, que habia ido en su seguimiento. Embarcóse con él acompañándoles el caballero Chichincatl, que llevaba la órden del emperador para que no se les impidiese ver y hablar á Chimalpopoca.

Llegados á Méjico á media tarde, se dirigieron luego á la prision, donde con la órden de Chichincatl les franquearon la entrada las guardias, y al ver el príncipe el infeliz estado en que se hallaba su tio, casi á los umbrales de la muerte, extremamente debilitado con la falta de comida, sin poder articular las voces, ni moverse de un lugar, no pudo contener las lágrimas. Abrazáronse tiernamente, y el príncipe procuró consolarle y alentarle, refiriéndole lo que habia pasado con el emperador, á quien habia pedido su vida, y habia ofrecido

darle libertad. Mas el rey, esforzándose cuanto pudo, le dijo: „Príncipe mio ¿qué atrevimiento es el vuestro „ en exponer vuestra persona á tanto riesgo, cuando na- „ da ha de ser de provecho para suspender el furor de „ este tirano? guardadla, príncipe, para recobrar vues- „ tro imperio. Poco se pierde en el corto resto de vida „ que me queda, por mi avanzada edad; pero en la „ vuestra se aventura mucho, porque en ella estriba la „ esperanza, no solo de vuestros vasallos, sino de to- „ dos los príncipes del imperio, de que vuestro valor los „ redima de la miserable esclavitud á que los redujo su „ ceguedad, en seguir el partido de un tirano, contra el „ legítimo monarca del imperio. Y yo, mas ciego y cul- „ pado que todos, lloro mi error cuando ya no tiene re- „ medio, y cuando sufro la pena que tengo bien mere- „ cida. Lo que os suplico y encargo es que os unais „ estrechamente con vestro tio Izcohuatzin, y con vues- „ tros primos Moteuhzuma y Tlacaeleltzin, y procedien- „ do de acuerdo y conformes lograreis triunfar de vues- „ tros enemigos: y ahora por última demostracion de „ mi afecto, tomad estas alhajas, y guardadlas por me- „ moria mia y de vuestro tio el rey Huitzilihuitl, de „ quien las heredé;" y quitándose ciertas joyas de oro y piedras preciosas con que tenia adornada la cabeza, y un collar de la misma materia, se los dió al príncipe, y quitándose tambien unas orejeras y besotes que tenia puestos, que eran de cornelinas (1), se las dió á Tzontecohuatl.

Toda la noche se mantuvo el príncipe en compañía de su tio, procurando consolarle y esforzarle; pe-

(1) La cornelina ó cornerina es una especie de ágata—*E.*

ro era tanto su desaliento, que apénas podia articular las voces. Concibió el príncipe que lo que le acababa la vida al rey era la debilidad y falta de alimento; y partiendo con presteza al amanecer á la casa de un caballero su afecto, le pidió alguna cosa de comer que poder llevarle, y ocultándolo como pudo, valido del permiso que tenia, volvió á entrar á verle; pero hallóle ya en los últimos parasismos, de suerte que á poco rato falleció.

Sigüenza dice que él mismo se ahorcó en la prision, porque Maxtla no tuviese la gloria de quitarle la vida. Lo mismo asienta el padre Torquemada, que dice haberlo sacado de dos pinturas históricas, una de los aculhuas, y otra de los tezcocanos, á que añade el testimonio de un viejo que conoció descendiente del dicho rey Chimalpopoca, quien le aseguró que él mismo se habia ahorcado por no morir á manos de Maxtla. El caballero Boturini, en unos apuntes históricos latinos que me dió de su puño concuerda en lo mismo: mas yo en ninguno de los muchos monumentos antiguos que he reconocido y tengo entre manos he hallado está noticia. Alba dice en una de sus relaciones que Maxtla le mandó poner en libertad despues de la consulta con Tlaitolac, y que cuando llegó la órden ya habia muerto; pero esto no es verosímil ni concuerda con los demas sucesos, que él mismo asienta segun los dejo referidos y referiré en adelante, ni con la historia de Axayaca, ni con los demas anónimos antiguos que tengo. Pone su muerte en el octavo dia del mes Hueytecuilhuitl y décimo de la semana, señalado con el geroglífico de la flor, que dice correspondió al dia veinte y tres de julio del año de 1427. Sigüenza concuerda en el año pero no

en el dia, porque dice que fué el treinta y uno de mayo. Ni esta ni aquella opinion se conforman con mis cómputos, porque aunque en la suposicion de que el primer mes del año fuese tlaxipehualiztli, y comenzase el dia veinte de marzo, como quiere Alba y yo no sigo, ni el dia treinta y uno de mayo ni el veinte y tres de julio pudieron ser señalados con el símbolo de la flor en el número diez, que es el que señalan los indios en sus mapas. Véase la tabla que dejo puesta al capítulo VIII del libro primero, y como quiera que en esto es preciso arreglarse al carácter que ellos señalan, y no hay arbitrio para otra cosa, mi opinion es que murió Chimalpopoca el ~~dia~~ diez y nueve de julio del año de 1427, que fué el octavo dia de su noveno mes exalqualiztli, y el dia fué señalado con el símbolo de la flor en el número diez, por ser el décimo de su semana, como asientan los indios.

Así acabó su carrera el quinto rey de Mejico, y décimo en el trono de Culhuacan, á los trece años de su reinado. Príncipe infeliz, que con la corona heredó por razon de estado la alianza con Tetzotzomoc contra Ixtlixochitl, en que le habia empeñado su antecesor, á pesar de su natural inclinacion á favor de este, y de su hijo Nezahualcoyotl, lisongeado de la esperanza de dilatar sus dominios que le salió vana, quedó en mayor sujecion, perdiendo mucho de su poder y autoridad. Creyó recuperarla si Tayauh ocupaba el trono, y los traidores medios de que quiso valerse su mala política fueron la causa de su última ruina. Se esmeró mucho en aumentar y hermosear su corte de Méjico, y logró ser amado de sus vasallos, que sintieron mucho su muerte; pero ninguno se atrevió por entónces á moverse:

tal era el terror y miedo que habia ocupado sus corazones. Nadie dice donde, cómo, ó con qué ceremonias sepultaron el cadáver de este rey; sin duda serian ningunas, y en tan tristes circunstancias se contentarian sus parientes y criados con cubrirle de tierra como al mas miserable.

Mucho séquito perdió Maxtlaton con la muerte de los reyes mejicanos, porque toda la nacion mejicana y tlatelolca, y los culhuas toltecas, que no eran pequeña parte de sus fuerzas, y habian sido el principal apoyo de su padre para invadir el imperio, se enagenaron de su ambicion, y concibieron desde luego la resolucion de sacudir el yugo, y volver las armas contra él para vengar la muerte de sus monarcas, siempre que se les presentase favorable ocasion. No fué semejante á este el efecto que causó en la mayor parte de los príncipes, considerándose expuestos á igual tragedia. Pues aunque se cubria esta accion con el velo de la justicia, y con el derecho de la justa defenza de la traicion intentada por los reyes de Méjico coligados con el príncipe Tayauh para quitarle la vida, no era este suficiente á sosegar los recelos de los demas señores, y mas habiendo visto la violencia y despotismo con que se ejecutó: y considerando que el haber logrado plenamente su intento, sin la menor contradiccion ni inquietud, habia de ser un poderoso estímulo á su soberbia y orgullo, comenzaron á pensar en mudar de partido, inclinados á seguir el de el príncipe Nezahualcoyotl; y desde luego empezaron algunos á urdir sus negociaciones para grangear su amistad, y otros abiertamente y sin embozo le enviaron sus mensajeros, ofreciéndose á ayudarle contra Maxtla, como luego verémos.

Luego que murió Chimalpopoca, partió el príncipe Nezahualcoyotl á Azcapuzalco, cumpliendo la órden que le dió el emperador, sin llevar consigo mas compañía que á su sobrino Tzontecohuatl, y ciertas alhajas de oro y ramilletes de flores que presentar al emperador, y á Tlatzihuatecpantzin su esposa. Llegaron al medio dia, y fueron á desembarcar á una caleta retirada, y poco frecuentada. Dió órden á los remeros de que no se apartasen de allí, sino que se mantuviesen ocultos, y partió con Tzontecohuatl derechamente á palacio. Habló con el camarero Chacha que le dió noticia de toda la prevencion que habia para prenderle; mas él, sin inmutarse, le dijo que sin embargo avisase al emperador que estaba allí, y queria hablarle. Avisóle Chacha, y al oir Maxtla que estaba allí el príncipe se conturbó, y despues de un rato de suspension mandó que entrara, y él entró tan sobre sí como si nada supiese de lo que contra él se trataba. Díjole que en obedecimiento de su órden, volvia á darle cuenta de lo acaecido. Hízolo así, sin embargo de que ya el emperador tenia puntual noticia de todo, y concluyó dándole las gracias del favor que le habia debido en permitirle que viese al rey su tio, por cuyo medio logró asistir á su muerte, y en muestra de su gratitud le presentó las alhajas y flores que llevaba, é igualmente á la emperatriz que estaba presente, y con ella dos damas que habian sido concubinas de su tio, llamadas Quetzalmalin y Pochtlampa, de las cuales dicen que se habia aficionado Maxtla, por ser muy hermosas, y se las habia quitado al rey Chimalpopoca. Mandó el emperador á una criada suya llamada Maninatzin que recibiese el regalo, y sin responder palabra al príncipe vol-

vió la espalda, y se retiró á otra pieza dejándole con las damas.

Poco despues salió la misma criada, y dijo al príncipe de órden de su señor que fuese á los jardines de palacio, y en un casin de carrizos, que en lenguage comun del pais llaman jacal, le esperase, porque tenia que hablarle. Obedeció puntualmente, y despidiéndose de las señoras, partió de allí acompañado de su sobrino, guiándole la misma criada, hasta que le dejó en el tal jacal, que estaba en los jardines inmediatos á las tapias que daban á la plaza principal. Retiróse la criada, y á poco rato advirtió el príncipe que se iban apostando soldados en varias partes del jardin, y conociendo su peligro se resolvió á huir, abriendo un boquete por la parte posterior del jacal que caia á las tapias, lo que facilmente pudo ejecutar, por ser como he dicho de carrizos, y volviendo á componer para que no se conociera la abertura, saltó las tapias, y se dejó caer á la plaza, habiendo ántes prevenido á su sobrino que se quedase allí, y si viniesen á buscarle dijese que habia salido á una necesidad corporal, y que en pudiendo escapar lo hiciese y lo siguiese, que él lo esperaria donde habia quedado la canoa. Obedeció el sobrino con harto temor de que viendo que faltaba el príncipe descargase sobre él la ira del emperador.

A este tiempo estaba ya la plaza llena de gente armada, esperando la órden de lo que debian ejecutar; y viendo saltar las tapias al príncipe, sin esperar mas órden partieron en su seguimiento muchos de ellos, persuadidos á que en cogerle harian un gran servicio al emperador, porque no ignoraban que este habia sido el fin de toda la prevencion; mas el príncipe, que

era agilísimo, corria tan veloz que no podian darle alcance; y aunque daban voces para que le atajasen los que venian de vuelta encontrada, nadie se le atrevió, hasta que metiéndose por unas sementeras, le perdieron de vista, y él al abrigo de ellas llegó al parage donde habia dejado su canoa.

Entretanto al rumor de la plaza, avisado Maxtla, le hizo buscar en el jacal, donde solo encontraron á Tzontecohuatl, que preguntado respondió lo que le habia prevenido su tio, disimulando ser sabedor de su fuga, y fingiéndose muy admirado del suceso. Con esto los que iban en su demanda partieron á buscarle por todos los jardines, y no habiéndole hallado, volvieron á dar razon al emperador, sin hacer caso de Tzontecohuatl, que luego que pudo salió de allí y fué á juntarse con el príncipe en el parage señalado, y embarcándose en su canoa, pasaron prontamente á Tlatelolco.

Era ya mas de la media tarde, y ni en aquella mañana, ni en la noche anterior, habian comido cosa alguna, y con el ejercicio y la fatiga de correr les afligia la hambre; por lo que mandó el príncipe á su sobrino que llegase á la casa de Chichincatl, aquel mayordomo del emperador que le habia acompañado á Tlatelolco, segun dejo ya referido, y pidiese algo de comer, mas sin decir á persona alguna que él estaba allí: antes bien respecto á estar la cocina con la puerta á la calle, se pusiese él en ella, de suerte que pudiera él pasar del otro lado sin ser visto. Hízolo así Tzontecohuatl, y habiéndole proveido con abundancia de comida, salió fuera, y retirándose á un parage solo que habia detras de la casa, donde no podian ser vistos,

comieron; y volviendo á embarcarse, continuaron su camino para la ciudad de Tezcoco, donde llegaron á la madrugada del dia siguiente.

CAPITULO XLV.

El emperador intenta quitar la vida al príncipe en un festin, y un labrador, que le era muy parecido, sacrifica la suya por libertar la de su señor. Determina enviar cuatro capitanes con tropa á Tezcoco para que le maten, y ellos parten á ejecutar su órden.

Mucho sintió Maxtla haber perdido la ocasion que tuvo en sus manos de quitar la vida á Nezahualcoyotl, y mucho mas el que este hubiese conocido sus intentos traidores; pues aunque estos eran de acabar con él, no queria hacerlo con estrépito, por temor de alguna turbacion, porque no ignoraba que tenia mucho séquito, no solo entre la gente popular, sino tambien entre la principal, especialmente en Méjico y Tlatelolco, y mucho mas en Tezcoco, y que algunos de los príncipes poco satisfechos de su gobierno se inclinaban á Nezahualcoyotl, y le miraban con demasiada aficion.

Esto le contenia para no proceder contra él descubiertamente valiéndose de todo su poder; y así en este lance mandó luego llamar á Tlimatzin, aquel hermano natural de Nezahualcoyotl, de quien dejamos dicho al capítulo XLIII que faltando feamente á las leyes de la naturaleza y á las del honor, se habia declarado parcial del tirano, y habia conseguido su lisonja que le hiciese gobernador absoluto y único de la ciudad de Tezcoco.

Hallábase á la sazon en Azcapuzalco, y haciéndole llamar el emperador le ordenó que partiese sin dilacion á Tezcoco, y con el pretexto que mejor le pareciese dispusiese un festin en que convidase á Nezahualcoyotl, para que en él le matara un capitan de su satisfaccion que enviaria disfrazado, con lo que sin rumor ni estrépito lograria su deseo.

Obedeció puntualmente Tlilmatzin, y marchando sin dilacion llegó á Tezcoco el dia siguiente, poco despues que el príncipe, y dispuso el sarao para el dia inmediato, que fué señalado con el geroglífico del viento en el número doce, y segun mi cómputo fué el veinte y uno del mismo julio. Convidó para él al príncipe, fingiendo que lo hacia en celebridad de haber escapado felizmente de la traicion de Maxtla. No era el príncipe tan poco advertido que se dejase engañar de tan torpe falacia, creyendo que su enemigo celebraba sus fortunas; y así concibió luego sospechas de nueva traicion. Mas encubriéndolas con gran disimulo, dió á Tlilmatzin las gracias del favor que le hacia, y ofreció concurrir al festin. Retiróse á consultar con sus sabios y confidentes lo que convendria ejecutar: contestaron todos en que no convenia que concurriese al festin, porque en él sin duda habia traicion oculta, y que le seria imposible escapar con vida: mas teniendo ya empeñada su palabra, y aparentando el gobernador hacerlo en obsequio suyo, se hallaba el príncipe en un estrecho tal, que no encontraba salida.

Hallábase en la consulta, y era entre todos del mayor respeto, un caballero anciano llamado Huitzilihuitl, á quien algunos autores por la conformidad del nombre confunden con el otro Huitzilihuitl que fué ayo

del príncipe, de quien dejamos dicho al capítulo XXXV que murió en la invasion de Tezcoco, el cual era hombre muy sabio, y por eso sin duda le habrian dado el renombre de Huitzilihuitl. El príncipe le estimaba mucho, y hacia de él la mayor confianza. Este, pues, propuso un medio con que salir de tanto estrecho, por que dijo que él conocia á un labrador, natural del pueblo de Ahuatepec, muy afecto al príncipe, el cual era tan parecido así en las facciones del rostro, como en el aire del cuerpo y el metal de la voz, que no era fácil distinguirlos, mayormente habiendo de ser de noche el sarao: que se llamase para ver si queria exponer su vida por guardar la del príncipe; que si consentia en ello, se le instruyese en lo que debia hacer, y vestido con las ropas del príncipe, acompañándole algunos de sus mismos criados, asistiesen al festin, y entretanto el príncipe se ausentase de la ciudad.

Hízose como propuso Huitzilihuitl, y llamando luego al labrador, se exploró su ánimo para ver si convenia en la propuesta: oyóla muy tranquilamente, y con una heroica fortaleza se ofreció pronto á exponer su vida al peligro por salvar la del príncipe, protestando hacer cuanto le dijesen para fingir su persona ¡heroicidad verdaderamente plausible! Pues aunque ya en esta historia hemos visto y verémos adelante otras acciones de suma fidelidad y fortaleza, no disminuyen los tamaños de esta, que tiene de singular el ser el sugeto de humilde esfera, en quien no puede atribuirse á los brios de la nobleza, ó á las indispensables obligaciones del honor. Habido pues su consentimiento, le instruyeron en las acciones, palabras y demas porte que habia de observar, y vistiéndole con las ropas del prín-

cipe, acompañado de algunos de sus criados, fué al festin al anochecer, haciendo tan diestramente su papel, que logró engañarlos á todos, y que le tuviesen por el príncipe.

Comenzóse el sarao, y pidieron al fingido príncipe que entrase en el baile. Condescendió en ello, y cuando estaba en lo mas fervoroso de él, al dar una vuelta el labrador, un capitan de Azcapuzalco, llamado Xochicalcatl, que estaba allí encubierto, levantando una porra le dió con ella en la cabeza tan fiero golpe que cayó aturdido en el suelo, y echando mano luego á la macana le cortó la cabeza, y partió sin detenerse á Azcapuzalco á presentarla al tirano. Cesó el festin, y todos quedaron confusos, los que eran sabedores de la traicion disimulando serlo, los que no lo eran sorprendidos de un caso tan funesto, y todos creyendo que el muerto era verdaderamente el príncipe Nezahualcoyotl.

Divulgóse luego la noticia por toda la ciudad, y con ella el terror y espanto, creyéndose los fieles vasallos del príncipe destituidos ya de su proteccion, y de la esperanza que habian concebido de que recobrando su reino les libertase de la dura opresion del tirano. El príncipe luego que se dispuso la ficcion partió para Méjico; y así, aunque luego que se divulgó la noticia acudieron muchos á su palacio, no le hallaron en él, y sus criados y confidentes callaban y fingian creer su muerte.

Muy ufano llegó al dia siguiente muy de madrugada á presencia de Maxtla el capitan Xochicalcatl, con la cabeza del labrador, y fué indecible el júbilo de este tirano cuando la vió, creyéndose ya enteramente libre de todos sus temores y asegurado en el trono; y para

quedarlo de una vez de los grandes recelos que le causaba la alianza de los señores mejicanos con el príncipe, y la inclinacion y afecto que le tenian estos pueblos, mandó al capitan que pasase inmediatamente á Méjico á dar de su parte la noticia al senado mejicano y á l s principales señores de Tlatelolco, llevando consigo la cabeza, para manifestársela á ellos y á todo el pueblo de una y otra ciudad.

Partió sin dilacion el capitan, y llegando á Méjico se dirigió en derechura á la casa de Izcohuatl, hermano del último rey Chimalpopoca, que durante su gobierno habia sido y era en la actualidad el Tlacochcalcatl, ó generalísimo de las armas, y por tanto muy venerado del senado y pueblo, y tenido en el dia por el principal señor del reino. Hízole avisar que estaba allí un capitan que venia de parte del emperador, y queria hablarle. Hallábase á la sazon con Izcohuatl el príncipe Nezahualcoyotl, hablando del asunto, noticiosos ya del suceso del labrador á quien dieron muerte creyéndole el príncipe. Mandóle entrar Izcohuatl, y aquí fué el asombro, y espanto de Xochicalcatl cuando vió vivo al príncipe, cuya cabeza creyó que llevaba debajo de la manta. Tal fué su asombro, que enteramente sorprehendido no pudo articular palabra. Preguntóle Izcohuatl ¿que queria, y á qué era venido? Mas como no diese respuesta, repitió el príncipe la misma pregunta, y al cabo de un rato de suspension, todo turbado, dijo á lo que iba, y manifestando la cabeza del labrador, confiriéndola con el rostro del príncipe, confesó su espanto al ver vivo al que creia ya muerto. Izcohuatl entónces le dijo: „No tengo otra respuesta que darte sino „ que digas al emperador lo que has visto, y que el

„ príncipe Nezahualcoyotl vive bueno y sano." El príncipe sonriéndose le dijo: „Tambien le dirás de mi parte „ que estoy ya bien enterado de sus traiciones; pero „ que tenga entendido que no podrá lograr sus intentos, „ porque soy inmortal, y presto le haré conocer el po- „ der de mi brazo."

Confuso partió el mensajero, y habiendo llegado al medio dia á Azcapuzalco, dió cuenta de todo el suceso al emperador, que lleno de pavor y espanto, quedó confuso y admirado, sin saber lo que le sucedia. Mas á poco rato salió de su confusion, porque habiéndose divulgado luego en Tezcoco el suceso y cambio de las personas, y que el muerto habia sido el labrador, y el príncipe vivia, partió luego el gobernador Tlilmantzin á dar aviso á Maxtla, quien convirtiendo en ira el asombro al verse burlado, determinó quitarse el embozo, y proceder abiertamente contra el príncipe, para cuyo efecto mandó llamar á cuatro capitanes de los de su mayor confianza, siendo uno de ellos el mismo Xochicalcatl que acababa de retirarse, y á quien dió la comandancia de la empresa, y los otros tres Huehuetlicpic, Tlatolpicac é Ixtlahuehuequetzi, y les dió la órden de que con la mayor brevedad y sigilo juntasen alguna gente de la mas valerosa de su ejército, y marchando prontamente á la ciudad de Tezcoco, quitasen la vida á Nezahualcoyotl, del modo y en la manera que pudiesen, y á Tlilmantzin le mandó que sin dilacion se volviese á Tezcoco, para hallarse presente á la ejecucion de su órden, y dar á su gente el auxilio que necesitase, precaviendo y estorbando cualquier movimiento que pudiera suscitarse.

Obedeció Tlilmantzin, y al anochecer se embarcó

para Tezcoco. Los capitanes partieron luego á ejecutar la órden; y para hacerlo con sigilo no juntaron prontamente mucha gente; pero la que aprestaron fué de la mas valerosa y bien disciplinada, y con ella se embarcaron ya entrada la noche, dejando las órdenes convenientes para que se juntase mas tropa y los siguiese á Tezcoco.

CAPITULO XLVI.

El señor de Cohuatepec, noticioso de la resolucion de Maxtla, parte con su gente, la de Cohuatlican y Huexotla á Tezcoco en favor del príncipe, quien piensa ponerse en defensa; pero por consejo del infante Quauhtlehuanitzin resuelve huir para Tlaxcallan: mas no quiere ejecutarlo hasta que llegue la gente de Azcapuzalco. Llegan los enviados de Maxtla al medio dia, y los recibe con mucho agrado, los obsequia, y hace dar de comer, disimulando que sabe el fin de su venida.

Al tiempo que Maxtla dió sus órdenes á los capitanes para marchar contra el príncipe se hallaba presente un hombre ordinario, natural de Cohuatepec (cuyo nombre no dicen) de los que estaban actualmente haciendo el servicio personal, el cual era muy afecto al príncipe Nezahualcoyotl, y sabia muy bien que su señor era uno de los mas parciales y allegados, y por hacer servicio á uno y á otro partió con velocidad para Cohuatepec, donde llegó á media tarde, y dió cuenta á su señor Tomihuatzin de todo lo que pasaba, y la órden que el tirano habia dado de quitar la vida al príncipe.

Oyendo esto Tomihuatzin, sin perder tiempo, juntó á todos los caballeros, capitanes y gente ilustre de Cohuatepec, y marchó con ellos á Tezcoco para poder socorrer al príncipe, resuelto á declararse á su favor contra Maxtla. No siguió en derechura el camino para Tezcoco, sino rodeando por Cohuatlican y Huexotla.

Habia hecho el tirano á Cohuatlican una de las principales plazas, en que tenia numerosa guarnicion, y habia dado el señorio de ella á un señor tecpaneca, llamado Quetzalmaxistli; pero la nobleza y gente principal de allí era afecta al príncipe, y ocultamente favorecia su partido. El señor de Huexotla y toda la nobleza y plebe de allí habian sido siempre y descubiertamente sus partidarios, y á unos y á otros dió Tomihuatzin la noticia, para que saliéndose aquellas de la ciudad con secreto, y estos sin disimulo, le acompañasen á Tezcoco á hallarse prontos á la defensa y socorro del príncipe, el cual se habia restituido á aquella corte la noche ántes luego que el capitan Xochicalcatl partió de Méjico para Azcapuzalco.

Llegaron, pues, estos señores y su comitiva al amanecer del dia siguiente, fingiendo que iban á jugar á la pelota con el príncipe que se entretenia de ordinario en esta diversion, dando á entender que vivia contento en la esfera de caballero particular, y muy ageno de pensar en recobrar su imperio, cuyas negociaciones trataba con gran viveza, pero con mucho secreto y profundo disimulo. Llegados á su presencia los dichos señores con la gente que les acompañaba, le dieron noticia de todo lo que pasaba, y que presto llegarian los capitanes y gente de Azcapuzalco que iban á poner en ejecucion las órdenes de Maxtla, y le dijeron que ve-

nian con aquella gente para ayudarle á defender su vida, y á recobrar su imperio, porque ellos eran de dictámen de que no sufriese mas tiempo la tiranía de Maxtla, pues bastaba ya de padecer y disimular. Que los mas principales señores, y todos sus leales vasallos, estaban prontos á ayudarle, y luego que le viesen en campaña se le juntaria un poderoso ejército. Que ya era tiempo de sacudir el yugo de tan dura servidumbre, y de libertar á sus súbditos de la pesada carga que les oprimia. Que los señores de Tlaxcallan, Huexutzinco, Tepeyacac, y los demas de montes á fuera, habian ya juntado tropas, y luego que le viesen en campaña acudirian con ellas á su socorro: y que finalmente debia contar con todos los mejicanos y tlatelolcas, que sin duda alguna se agregarian á su partido.

Era esta resolucion muy conforme al gallardo aliento del principe, y así sin detenerse á pensarla resolvió prontamente seguirla. Mas á este tiempo el infante Quauhtlehuanitzin, hermano natural del príncipe, hombre maduro, y capitan veterano y experto, tomó la mano y se opuso á ella, diciendo que de ningun modo le parecia conveniente seguir esta resolucion, que se fundaba principalmente en esperanzas falibles; porque el socorro que habian traido estos señores, y la gente que podia juntarse de la casa del príncipe, sus deudos y criados eran muy débil apoyo para sostener una declaracion semejante contra un monarca tan temido y poderoso como Maxtla, que en ménos de un dia podiá levantar en su corte cuatriplicado número de tropa, compuesta de gente ilustre y capitanes valerosos. Que aunque era cierto que los mas señores del imperio se habian declarado ya secretamente al príncipe por sus

parciales, y ofrecido á ayudarle á restaurar su reino, en llegando la ocasion, y mas siendo esta tan intempestiva, muchos faltarian á cumplir su oferta, ó de temor, ó por no hallarse con la prevencion necesaria para ello. Que aunque los vasallos del imperio, y singularmente los moradores de la corte de Tezcoco, se manifestaban no solo parciales sino deseosos de ayudar á su señor, como quiera que todos estaban divididos y subordinados en su gobierno á diversos señores, era de temer que en esta ocasion no todos pudiesen cumplir su deseo, y se viesen obligados á seguir el movimiento de los príncipes que los gobernaban; y los de Tezcoco, estando mandados por su traidor hermano Tlilmatzin, que era parcial del tirano, cuando no pudiese obligarlos á auxiliar á los enemigos, á lo ménos embarazaria que auxiliasen al príncipe. Que aunque los señores de Tlaxcallan, Huexutzinco, y los demas de montes á fuera tenian ya junta y armada alguna gente, ni era esta en tanto número que pudiesen asegurar al príncipe de un feliz éxito, ni podia venir al socorro tan prontamente como era necesario en un lance tan urgente; y finalmente no podia contarse tampoco con los mejicanos y tlatelolcas, porque acababa de verse lo acobardados y tímidos que estaban, pues habiendo dado Maxtla muerte á sus reyes naturales, y tan amados de ellos, ni la gente plebeya ni la noble habia tenido aliento para moverse, y hallándose como se hallaban en la actualidad sin reyes que los gobernasen, y ocupada toda su atencion en el negocio de elegir otros nuevos, ménos debia esperarse de ellos el socorro, porque divididos en bandos, consumirian el tiempo en disputas, sin tomar resolucion; y así su dictámen era que para evadir el gol-

pe que en el dia amenazaba á la vida del príncipe, el remedio mas oportuno era la fuga, para la cual y hacerle espaldas era suficiente el socorro que habian traido los dichos señores, y los deudos y criados de su casa, hasta que avisados los príncipes de su peligro, y prevenidos de la gente necesaria, pudiesen concurrir á un tiempo, y ponerle en estado de defenderse á cara descubierta, y recobrar su reino.

Nadie se atrevió á replicar al infante, y el mismo Nezahualcoyotl á pesar de su ardimiento mostró rendirse á la cuerda propuesta de su hermano; pero dijo que no tenia por necesario ni conveniente emprender desde luego la fuga, sino esperar el lance forzoso, y aguardar á que llegase la tropa de Azcapuzalco: que estando ya sobre aviso, con el resguardo de la gente que le acompañaba, y todos alerta para atisbar los movimientos del enemigo, no era fácil que le sorprendiesen, y podia huir siempre que lo pidiese el caso.

Respondióle el infante, que quisiera que al momento y sin dilacion partiese el príncipe á la provincia de Tlaxcallan, sin ser sentido de la gente de la ciudad, ni aun de los criados inferiores de su casa, ántes que con la llegada de los de Azcapuzalco se hiciese público el intento de Maxtla, y aguardando la forzosa pudiese haber algun traidor ó adulador que expiándole los pasos diese noticia á sus enemigos del rumbo que tomaba, para que le siguiesen el alcance. El efecto probó despues la solidez con que pensaba Quauhtlehuanitzin, y lo bien fundado de sus temores, como luego verémos: pero finalmente siguió el príncipe su propio dictámen, y para esforzar el disimulo, valiéndose del pretexto que aparentaron los dichos señores, salió con ellos y los

criados principales de su casa á una placeta que habia delante de su palacio, y se puso á jugar con ellos á la pelota.

Era todavía bien de mañana, y á esta hora llegó á Tezcoco el gobernador Tlilmatzin, que fingiendo atenciones de afecto y amistad, se fué en derechura al palacio de Nezahualcoyotl. Hallóle entretenido en su juego, y le hizo muchas expresiones de afecto y regocijo de verle vivo, cuando le habia llorado por muerto; y procurando indemnizarse de la complicidad en el suceso del festin, fingió que con ánimo sincero y fraternal amor lo habia dispuesto para obsequiarle. Oyóle el príncipe con mucha serenidad, y con un semblante muy placentero correspondió en iguales expresiones, dándose por muy satisfecho, y disimulando grandemente ser sabedor de sus traiciones pasadas y presentes. Convidóle á divertirse con él á la pelota; mas Tlilmatzin se excusó con el pretexto de sus ocupaciones, y á poco rato se retiró á su casa.

Era ya cerca del medio dia, á tiempo que el príncipe estaba jugando con un criado suyo llamado Oceloxt, cuando vió venir desde léjos á los capitanes de Azcapuzalco, y sin darse por entendido ni decir palabra á los de su comitiva, fingiendo una diligencia precisa se entró en su palacio. Llegaron á poco rato los cuatro capitanes, con algunos pocos caballeros de los que les acompañaban, porque la demas gente la dividieron y la mandaron apostar en varios parages de la ciudad. Llegaron preguntando por el príncipe á uno de los caballeros de su comitiva, llamado Coyohuatzin, y habiéndoles respondido que acababa de entrarse adentro, dijo el capitan Xochicalcatl que le avisasen que esta-

ban allí unos capitanes de Azcapuzalco, que querian hablarle. Entró un portero á avisar al príncipe, y ellos entretanto se quedaron en la puerta. Mandó el príncipe que Oceloxt los recibiese y los introdujese á la sala que estaba destinada para recibir á los forasteros, y le preguntase el motivo de su venida. Hízolo así Oceloxt, y habiéndolos introducido á la sala les preguntó qué querian, y á qué fin eran venidos: á que respondieron que eran embajadores del emperador, y venian de su parte á tratar ciertos negocios con el príncipe Nezahualcoyotl. Entró Oceloxt á darle cuenta, y á poco rato salió el príncipe acompañado de un caballero anciano, que habia sido uno de sus ayos, llamado Cemaztzin, y de otros de los señores que le asistian, y tras él muchos criados con flores y poquietes para obsequiar á los embajadores, segun lo tenian ellos de costumbre.

Estos poquietes ó acayotes (nombres castellanizados que les dan nuestros escritores) eran unos cañutos de carrizo, de un palmo poco mas ó ménos de largo. Estos los rellenaban de una pasta que hacian de yerbas aromáticas, entre las que las mas usadas eran las del lequidámbar que llamaban xochicocozot, y el tabaco que en la lengua nahuatl se llama yetl, ó picietl, ó quauhietl, segun las tres especies de ella que distinguian. Formaban, pues, la pasta de estas yerbas con carbon molido, y rellenando con ella los cañutos les prendian fuego por un lado, y así los daban á los huéspedes para que los tuviesen en las manos y gustasen de su buen olor, y así en los principios no eran otra cosa que un perfume para deleite del olfato; pero despues en los tiempos subsecuentes tuvieron otro uso, porque

prendiéndoles fuego por un lado, chupaban por el otro, y tragaban aquel humo. Esto no solo les servia de delicia, sino de medicina, porque decian que les fortificaba la cabeza, y les aliviaba cualquier dolor de ella, fortalecia los miembros cansados, hácia expeler la flema, y finalmente le atribuian otras muchas virtudes.

El célebre protomédico Francisco Hernandez, que vino á estos reinos de órden del emperador Carlos V., recien descubiertos y conquistados, en su gran obra intitulada *Historia Plantarum Indiarum*, digna por cierto del mayor aplauso, contesta en estas mismas virtudes de los poquietes, á quienes llaman tabacos, del nombre que daban en las islas y otras partes á esta yerba yetl, hoy tan conocida por el nombre de tabaco, de la que como ya dije distinguian los naturales de este reino tres especies, el yetl, que es el tabaco de oja larga, el picietl que es el de oja menuda, que esto es lo que significa la voz, compuesta de piciltic, *cosa menuda*, y yetl la dicha yerba, y quauhyetl que es la misma crecida y ménos estimada, que hoy llaman tabaco cimarron ó silvestre. De la segunda especie, por ser la mas fuerte, comenzaron á usar en los últimos tiempos sola, sin mezcla de otra, y sin ponerla en cañutos, sino enrollando las ojas, y haciendo de ellas mismas los cañutos, que encendidos por un lado se chupan por el otro, y á estos llaman el dia de hoy puros, esto es, la yerba pura y sin mezcla de otra cosa, á distincion de los que llaman cigarros, que se hacen de la misma yerba, desmenusada y envuelta en papel, ó en la hoja interior de la masorca del maiz, que es muy delgada, y llaman tetomotzitli, formando de unos

y otros unos cañutitos mas delgados que los de carrizo.

El año de 1571, en que el Padre Fr. Alonso de Molina dió á luz su vocabulario en lengua mexica y castellana, me persuado á que todavía el tabaco no era conocido por este nombre, porque no trae tal voz en el vocabulario castellano, y en el mejicano que trae la voz picietl, que es su propio nombre en este idioma, dice así: *picietl yerba como veleño, que es medicinal.* Muñoz Camargo en su crónica de Tlaxcallan, que escribió por los años de 1566, hablando de las ofrendas que hacian los tlaxcaltecas á su dios Camaxtle, dice que una de ellas era el picietl, *que es una yerba como veleño:* y en realidad todos le dan la calidad de narcótica, pero no hace mencion de tal voz tabaco. En el idioma nahuatl ó mejicano el nombre genuino de estos poquietes es pocietl, que quiere decir *yetl que humea*, ó yetl *de humo*, porque es compuesta de la voz pocyo, que significa *cosa que humea*, participio del verbo popoca que significa *humear*, y de la voz yetl que es la dicha yerba (1). Tambien le daban el nombre de acayetl, que significa *caña de yetl*, de la voz acatl *la caña*, y yetl la yerba de que tratamos: y así el padre Torquemada, refiriendo este mismo suceso de que hablamos, dice que salieron detras de Nezahualcoyotl muchos criados *con flores y acayetes*, castellanizando la voz cayetl.

Habiendo, pues, hecho el príncipe este saludo y cumplimiento á los capitanes, les habló con mucho agra-

(1) De aquí se deriva popocatepetl, esto es, *monte que arroja humo* con cuyo nombre se conoce uno de nuestros mas célebres volcanes.—*E.*

do y afabilidad, sin mostrar cuidado ni turbacion; no así los capitanes, que demudado el semblante, y conturbados, viendo que para ejecutar prontamente la órden que llevaban, como habian pensado, era muy poca su gente en comparacion de la que acompañaba al príncipe, correspondieron al saludo, fingiendo atenciones, y tomando la voz Xochicalcatl, dijo que venian enviados del emperador á darle cierto mensaje, para el que era necesário estar solos; y así que hiciese retirar á aquellos caballeros y criados que le acompañaban.

Respondió el príncipe con mucha serenidad que la hora no era oportuna, porque era el mediodía; que comiesen y descansasen, y despues recibiria el mensaje del emperador: que tomasen asiento; que al punto se les serviria la comida, y él tendria el gusto de verles comer desde su tlahtocaicpalli, que estaba enfrente en el salon siguiente, y en acabando de comer saldria á recibir la embajada.

El tlahtocaicpalli, ó tlatocatzatzacicpalli, era la silla ó trono real de que usaban los monarcas y príncipes. Estaba colocada sola en el testero de la sala, la mejor, ó de las mejores y mas capaces de sus palacios. Por uno y otro lado de la sala habia muchos asientos en filas, unos tras otros, para los ministros, capitanes y demas personas que debian asistir con los reyes á tratar los negocios que se ofrecian en materias de estado, guerra, justicia y demas. El príncipe Nezahualcoyotl, aunque despojado de su reino, conservaba los honores de la magestad en el uso del tlahtocaicpalli. Aceptaron de muy buena gana los capitanes la propuesta, para dar tiempo á que llegase el resto de su tropa, con que poder asegurar su faccion.

Es cierto que hace novedad el extraño modo de proceder del príncipe Nezahualcoyotl en este lance, y no es facil adivinar qué objeto ó cual era su proyecto en ello, ni autor alguno de los que he visto toca ni ligeramente el punto: porque sabiendo el fatal golpe que le amenazaba, no teniendo fuerzas proporcionadas con que defenderse de él á cara descubierta, y sobre todo estando ya resuelto á evadirlo con la fuga ¿á qué fin estos obsequios, y esta demora, con que dar tiempo á los enemigos á que llegando el resto de su tropa, los pusiese en estado de lograr mas facilmente su intento, al paso que á él se le dificultaba mas el salir del riesgo? Yo sospecho que aunque manifestó condescender con el dictámen del infante Quauhtlehuanitzin que dejo referido, en su interior no depuso enteramente el suyo de resistir descubierta y declaradamente la tiranía de Maxtla, y nimiamente confiado en sus vasallos de Tezcoco, por la noticia que tuvo de la conmocion que habia habido en el suceso del labrador, que dió motivo á sus parciales y confidentes á declarar la verdad para aquietar al pueblo, se persuadió á que en sabiendo este el designio del tirano, y viendo en su ciudad á los que iban á ejecutarle habia de alzar el grito en su defensa, y ponerle en estado de resistir la fuerza con la fuerza, sin recurir á la fuga.

El padre Torquemada, que refiere este suceso, nada dice del anterior del labrador, ni de la noticia que dió el hombre de Cohuatepec á su señor, ni de la venida de este y los otros caballeros á Tezcoco, y así figura á Nezahualcoyotl ignorante de los intentos de Maxtla, y dice que el ver venir aquellos capitanes y gente de Azcapuzalco armada, le hizo sospechar que fuese

contra él esta prevencion, y se valió de estos cumplimientos para entretenerlos y poder él huir en la manera que despues diré. Aunque así fuese, no dejan de ofrecerse algunos reparos, pero no seria tan extraño este modo de manejarse en tal lance: mas habiendo yo de seguir á los autores nacionales, quienes refieren los sucesos en la manera que los dejo sentados, con todas las demas menudas circunstancias que quedan referidas, no hallo á qué atribuir este modo de proceder, sino á las grandes esperanzas que habia concebido de que los tezcocanos, viendo su peligro, se declarasen contra el tirano, y le pusiesen en estado de poderse defender sin huir.

CAPITULO XLVII.

Retírase el príncipe á otra sala mientras que comen los capitanes de Azcapuzalco, y entretanto huye, y se acoge en la casa de un caballero su parcial. Búscanle en ella sus enemigos, y escapa escondido debajo de un monton de ixtli. Segunda vez escapa de ellos debajo de unos manojos de chian, y se retira á pasar la noche al bosque de Tezcutzinco.

Habiendo aceptado los capitanes el convite del príncipe, para asegurar mejor su faccion les hizo este tomar asiento, y mandó que les sirviesen la comida. Díjoles que entretanto que comian él se retiraba al salon siguiente á verles comer. Hízolo así y sentado en su tlahtocaicpalli, desde él estuvo mirando servir la comida á los capitanes, y estos igualmente le veian desde sus asientos.

Entretanto que comian llegó la demas tropa de Az-

capuzalco, y entraron en la sala otros muchos capitanes y gente principal en demanda de los cuatro primeros. Viólos el príncipe, y al mismo tiempo entró un criado suyo de confianza llamado Coyohuatzin, y le dió noticia de que habia llegado considerable número de tropa, que se habia repartido en las inmediaciones de su palacio y en otros parages de la ciudad. Viendo pues el peligro tan inminente, creyó que ya era tiempo de poner en práctica su fuga, y para ello mandó á Coyohuatzin que echase harta cantidad de zahumerio en el bracero, para oscurecer la sala con el humo. Era costumbre entre ellos tener braceros en las piezas principales en que recibian, y en los salones de los príncipes habia por lo ménos dos, uno de cada lado, y era accion de respeto en los criados el echar zahumerios de varias yerbas y resinas olorosas, especialmente la del copalli, todas las veces que entraban y salian por ellas á los menesteres que se ofrecian.

Cumplió Coyohuatzin la órden de su señor, y luego le mandó que fingiendo que iba á salir á la otra sala en que estaban los capitanes, se parase en la puerta, y en ademan de sacudir su manta, extendiese con ella los brazos para cubrir la puerta, y que así se estorbase la vista. Hízolo así Coyohuatzin, y entre tanto el príncipe desviando la silla real, se salió por un agujero que habia detras de ella, el que dicen tenia hecho á prevencion, para poder escapar en lanze semejante, y que este fué consejo que le dió su tio el rey Chimalpopoca ántes de morir. Salió, pues, por el dicho boquete de la pared, volviendo á estirar la silla que le cubria, y por unas piezas excusadas de su palacio se encaminó á una puerta falsa y oculta que estaba á las

espaldas de él, en donde le aguardaban ya algunos de sus criados que le tenian allí prevenidas otras r pas, las que con toda brevedad se mudó para disfrazarse, y tomando sus armas partió luego solo, dejando ordenado que le siguiesen los señores de Cohuatepec y Huexotla, con otros caballeros y algunos de sus criados que señaló, no todos juntos, sino separados y por diversas veredas, que los esperaria en el bosque de Tecutzinco. Dirigióse por aquellas calles que le parecieron de ménos concurso, para ir mas seguro, y sin embargo advirtió por todas partes apostadas tropas de Azcapuzalco, y así determinó entrarse en la casa de un caballero de su séquito, llamado Tozmantzin, que estaba en un arrabal nombrado Còxtlan á la salida de la ciudad, sin atreverse á pasar adelante, por temor de que en los extramuros hubiese tropa, que pudiese seguirle en escampado, donde no habia parage en que esconderse. Recibióle Tozmantzin con expresiones de mucho afecto y lealtad, y procuró consolarle en su infortunio, persuadiéndole á que se mantuviese allí oculto hasta poder salir en hora y ocasion que no peligrase su persona.

Entretanto los capitanes, habiendo acabado de comer, esperaban á que les avisasen para entrar en la sala á tratar su fingido negocio, y ejecutar cumplidamensu designio; y aunque despues que se apartó Coyohuatzin de la puerta vieron que faltaba el príncipe de su asiento, se persuadieron á que se hubiese puesto en otro lado de la sala; mas viendo que pasaba mucho tiempo, y que no parecia por allí criado ninguno de la casa, ni de aquellos caballeros del séquito del príncipe (porque los mas se habian retirado á su destino de seguirlo, ó

á sus casas, luego que él salió de palacio) entraron en sospecha, y resolvieron entrarse en la sala sin esperar á que les llamasen. Así lo ejecutaron, y no hallando en ella al príncipe, ni á otro alguno, penetraron á las demas piezas en su busca, y habiendo hallado en la siguiente á Coyohuatzin, le preguntaron por el príncipe, á que él respondió: „Yo no sé donde está, sentado le „ teniais enfrente de vosotros, y si siendo tantos, y vi„ niendo en su busca, se os ha desparecido, ¿qué te„ neis que preguntarme á mí?" Irritado Xochicalcatl de la respuesta, mandó que le diesen muerte; mas él con notable entereza se ofreció diciendo: „Matadme „ enhorabuena, que con mi muerte poco ó nada se ga„ na ni se pierde; no por eso se ha de acabar el tan an„ tiguo imperio de Tezcoco, ni ha de dejar el príncipe „ de proseguir la guerra en defensa de él y de su perso„ na."

Pasmados todos de su entereza, nadie se atrevió á ejecutar el golpe, y ansiando todos haber á las manos al príncipe, se derramaron por las demas piezas del palacio en su busca, y dejaron libre á Coyohuatzin que al instante procuró salirse de allí, y poner en salvo su persona. Registraron los capitanes todo el palacio, y no hallando al príncipe lo abandonaron y al disimulo dieron órden á su gente para que le buscasen por todas partes, y en hallándole le diesen muerte.

Dividióse la gente por toda la ciudad, y se dirigieron inmediatamente á las casas de aquellos señores y principales caballeros que eran mas allegados y confidentes del príncipe. Cateáronlas todas, y maltrataron mucho de obras y de palabras á todos los dueños de ellas porque declarasen en donde estaba; mas no pudieron

sacar de ellos ni de sus familias noticia alguna de él. Pero no faltó un traidor, que habiéndole seguido y vístole entrar en casa de Tozmantzin, vino á dar luego noticia a una de las partidas que andaban en su busca; ocurrió esta al punto á la casa, y sin duda hubiera logrado su intento, si la lealtad de Matlalcihuatzin muger de Tozmantzin, no hubiera arbitrado con viveza un ardid con que salvarle la vida, burlando á los enemigos.

Todos los vecinos de este barrio en que vivia Tozmantzin eran tejedores de mantas de nequen, que las fabricaban del hilo que sacaban de las pencas del maguey á que llaman ixtli, y Tozmantzin era el gefe ó superintendente de estas fábricas, por cuya causa traian á su casa todo el ixtli que se habia de emplear en ellas, y él lo repartia á los tejedores en la porcion debida. Con este motivo habia en la casa una pieza para almacenar el ixtli, en que se encerraban grandes porciones de él. Luego que Matlalcihuatzin vió llegar á los enemigos, corrió para adentro, y mostrándose asustada, y haciendo entrar al príncipe en el almacen del ixtli, le echó encima una gran porcion de él, con que quedó enteramente cubierto. Preguntaron los enemigos á Tozmantzin por el príncipe, que sabian habia entrado en su casa; nególo Tozmantzin, y aunque le hicieron muchas amenazas para que lo declarara, se mantuvo constante en su negativa, por lo que redujeron á la ejecucion las amenazas y fueron tantos los golpes y heridas que le dieron, que le dejaron tendido en el suelo por muerto. Entraron á buscar al príncipe por toda la casa, y no encontrándole en ella, quisieron obligar con amenazas á Matlalcihuatzin á que le descubriera, mas ella negó constantemente tenerle allí, ni haberle visto, por lo que

experimentó los mismos malos tratamientos que su marido, é igualmente todos los criados y personas que se hallaban en la casa, quienes con la misma constancia y fidelidad guardaron el secreto, á pesar de los golpes y heridas que recibieron.

El padre Torquemada refiere este suceso, diciendo que acaeció en una aldehuela cerca de la ciudad, llamada Cohuatlican, y que murieron Tozmantzin y su muger; pero los autores indios asientan, como he dicho, que era un arrabal de la ciudad, llamado Coatlan, y no Cohuatlican, que esta era ciudad grande y cabeza de reino. En cuanto á Tozmantzin y su muger asientan que no murieron, aunque quedaron maltratados y heridos, y que despues que Nezahualcoyotl cobró su reino les hizo muchas mercedes; y solo D. Fernando de Alba dice que de resultas de los golpes murieron dos viejos que se hallaron allí en la ocasion.

Luego que los enemigos salieron de la casa fué Matlalcihuatzin á sacar al príncipe de la prision del ixtli en que estaba, y le dió cuenta de todo lo acaecido. Agradecióle mucho el príncipe el beneficio que le habia debido, y prometió recompensarlo cuando recobrase su imperio, como esperaba con el favor del Dios Criador Todopoderoso; pero no le pareció conveniente mantenerse en la casa, sino seguir su camino al bosque de Tecutzinco, donde con mas seguridad podia ocultarse y juntarse con aquellos á quienes habia dado órden de que le siguiesen, y así, haciendo reconocer si habia por aquellas cercanías algunos tecpanecas, y avisándole que no parecia por allí ninguno, salió prontamente, y siguió su rumbo, metiéndose por unos sembrados para ir mas oculto.

Iba vigiando por todas partes, y al subir una loma divisó una partida de enemigos que seguian el mismo rumbo, aunque ellos no lo vieron, y aligerando el paso cuanto pudo, llegó á un parage en que estaba un hombre, llamado Chichimoltzin, con su muger, nombrada Cozcateotzin, cosechando chian. Es esta una planta que crece á media vara de alto, y produce una semilla muy menuda, semejante á la que los españoles llaman zaragatona; hacian mucho uso de ella estos naturales, porque sacaban cantidad de aceite, y le sacan en el dia de hoy, que les servia para sus pinturas; preparaban con ella diferentes bebidas, ó cruda, ó tostándola, ó reduciéndola á polvos sola ó mezclada con otras cosas, ya para alimento, ya para refrigerio, por ser muy fresca. Al presente solo se usa cruda, echándola en agua, donde se esponja y despide por toda su circunferencia una sustancia mucilaginosa, que espeza el agua, y con el dulce proporcionado de azucar ó miel es grata al paladar, y se usa mucho para refrescar en el tiempo de calor. Estaban, pues, estos labradores segando chian, al tiempo que llegó el príncipe, y les dijo que venian tras él no muy léjos los tecpanecas á matarle, y no sabia que hacer para escapar la vida; ellos entónces le dijeron que se echase en tierra, y arrojando sobre él una crecida porcion de manojos de chian, le cubrieron con ella.

Llegaron á poco rato los enemigos, y les preguntaron si habia pasado por allí ó habian visto á Nezahualcoyotl á lo que respondió prontamente la muger: „ Sí señores, rato ha que le vimos pasar muy apresu„ rado, y á lo que entiendo va por el camino de Hue„ xotla; si le quereis alcanzar, es menester que os deis

„ prisa, porque él iba muy veloz." Con esto marcharon luego los enemigos en su demanda por el camino que Coscateotzin les señaló, con tanta prisa, que á poco tiempo se perdieron ya de vista, y entónces saliendo el príncipe de debajo de los manojos de chian, dió las gracias á sus bienhechores, prometiéndoles la recompensa si el Dios Criador le concedia volver á recobrar su imperio; y sin embargo de haberse ya puesto el sol, caminó para el bosque de Tecutzinco á esperar allí á sus amigos y criados.

Este dia de la fuga de Nezahualcoyotl le señalan los indios en sus mapas con el símbolo de la *lagartija* en el número primero; y segun el cómputo que voy siguiendo, fué el dia veinte y tres del mes de julio de 1427.

CAPITULO XLVIII.

Continúa su fuga el príncipe Nezahualcoyotl por caminos extraviados en que le asaltan varios peligros, de que le liberta la fidelidad y amor de sus vasallos, ocultándolo, y exponiendo sus vidas por libertar la suya.

No tardó Maxtla en saber todo el suceso, y la fuga de Nezahualcoyotl, porque sus capitanes tuvieron buen cuidado de avisarle prontamente de todo. El entónces, lleno de enojo y rabia, viendo que se le escapaba de las manos la presa, echó todo el resto de su furia, y mandó luego y sin dilacion publicar un bando en su corte y en todos los lugares comarcanos, en Tezcoco y sus contornos, por el cual declaraba traidor al

que amparase ó favoreciese á Nezahualcoyotl, ó sabiendo donde estaba no lo denunciase, imponiendo crueles penas á los transgresores, y al mismo tiempo ofrecia al que le entregase vivo ó muerto, si era noble, darle tierras y vasallos, y hacerle tecuhtli, y si era soltero casarlo con señora de la casa real; si era plebeyo hacerle noble, darle tierras y vasallos, y si era soltero casarle con señora noble y hermosa.

Publicóse luego el bando, y la codicia del premio armó al punto innumerables enemigos, que persiguiesen al príncipe, aun de aquellos mismos que ántes se habian mostrado parciales y afectos, y derramándose por toda la tierra, le buscaban con ansia por todas partes.

Los señores, criados y caballeros que el príncipe mandó le siguiesen, cumplieron luego su órden, y tomando diversas veredas se encaminaron al bosque de Tecutzinco, en donde les dijo que les esperaria. Algunos dieron en manos de los enemigos, y conocidos por parciales, amigos, ó criados del príncipe, perecieron á sus manos. Entre los que le siguieron, el primero á quien encontró fué á un criado suyo, llamado Huitziltetzin, al entrar ya en el bosque de Tecutzinco, al cual le mandó que volviese sin dilacion á Ostoticpac, que era un barrio de la ciudad de Tezcoco, en donde vivia el caballero Huitzilihuitzin, y le dijese de su parte que viniese luego aquella noche á verle á Tecutzinco, para tratar con él lo que le convenia ejecutar. Obedeció prontamente Huitziltetzin, y extraviando veredas llegó en breve tiempo á Ostoticpac, y dando á Huitzilihuitzin el mensage de su señor, partió este sin dilacion á cumplir su órden.

Entretanto fueron llegando los caballeros y criados que escaparon de los enemigos, y cerca de la media noche llegaron Huitzilihuitzin y Huitziltetzin. Consultó el príncipe con ellos sobre el estado presente de las casas, y determinó que Huitzilihuitzin se volviese á Tezcoco, para que inquiriendo con sagacidad todos los movimientos de Maxtla, le avisase continuamente con los mensageros fieles que tenia de todo lo que ocurriese. Que el infante Quauhtlehuanitzin se quedase tambien en Tezcoco, para ir recogiendo y preparando toda la gente parcial y amiga de aquella corte y sus contornos, y tenerla pronta, aunque con gran sigilo y cautela, para cuando se le avisase. Que el señor de Cohuatepec y el de Huexotla, y los demas caballeros de aquellas ciudades, y los de la de Cohuatlican, se restituyesen á sus capitales, para juntar y tener pronta su gente, con la misma cautela y sigilo. Que Xolotecuhtli, uno de los caballeros que allí estaban, partiese muy de madrugada á Chalco, y hablase con Totzintecuhtli, señor de toda aquella provincia, para que en virtud de la promesa que habia hecho al príncipe de darle socorro, aprontase la gente, y procurase irla acercando á Cohuatlican, para unirse con los parciales que tenia en esta provincia y ocultamente seguian su partido, contra Quetzalmaquistli señor de ella, y entrar conquistando esta capital en que por el motivo de haberla hecho el tirano cabecera y caja para la recaudacion de los tributos, era en ella muy crecido el número de tecpanecas. Que Tlatoltzin, otro de los caballeros que allí estaban, fuese á verse con Cohuatlitlatzin y Motoliniatzin, señores de dos grandes poblaciones del mismo reino de Cohuatlican, y les apercibiese para que apron-

tasen su tropa, y que así Tlatoltzin como Xolotecuhtli, cumplida su comision, volviesen á dar razon al príncipe; y que los demas caballeros y criados le siguiesen y acompañasen. Mandó á uno de sus criados llamado Mitl que fuese delante, previniéndole de comer en los parages que le pareciese ser mas á propósito y mas seguros, y asímismo donde poderse recoger de noche; y porque no podia alojarse en los poblados, sino en los montes y campos, mandó que algunos villanos y gente ordinaria, que habia ido tambien en su seguimiento y se le habia juntado allí, fuesen con Mitl para que formasen chozas y enramadas en que ponerse al abrigo de noche. A otros dos criados suyos, llamados Colicatl y Calmimilolcatl, mandó que fuesen delante de él en alguna distancia, batiendo y descubriendo el camino, y si divisasen alguna gente enemiga, hiciesen seña, y lo mismo hiciese Huitziltetzin, á quien mandó fuese de retaguardia en alguna distancia. Dispuestas de esta suerte las cosas, se echó en el suelo á descansar un poco el corto tiempo que restaba de noche.

Poco reposó Mitl, que á poco rato partió con los villanos á cumplir con su encargo de prevenir hospedage á su señor. Los demas caballeros partieron igualmente á sus destinos ántes de amanecer, y el príncipe, con los que le acompañaban, siguió su camino por veredas extraviadas. Al pasar cerca de un lugar pequeño llamado Matlaometepec, ó Matlallan como le nombran otros, de que era señor un caballero llamado Teixpantzin, que le era muy afecto, sabiendo por Mitl que venia por allí el príncipe, le salió al encuentro, condoliéndose mucho de sus trabajos, y procurando consolarle, y le rogó que entrase á descansar un poco

en el lugar, y aunque al principio lo rehusaba el príncipe, hubo de condescender á las súplicas de Teixpantzin, quien le regaló muy bien, y le ofreció estar pronto con toda la gente de aquel lugar para auxiliarle cuando se lo ordenase.

Pasó adelante, y al acercarse á otro pueblo llamado Zacaxochitlan, le salió al camino otro caballero llamado Toleca, con repuesto de comida; y por ser la hora proporcionada hizo allí alto el príncipe con su gente, y comieron. Dióle las gracias á Toleca, continuó su viaje hasta un lugar llamado *Pinolco* donde le habian prevenido alojamiento para pasar la noche. Era señor de este lugar un caballero otomite, llamado Quacoz, que habia sido page de la emperatriz madre del príncipe; amábale tiernamente, y así luego que supo por Mitl que iba aquella noche á alojarse allí, no permitió que fuese en el campo, sino que en su casa le previno el aposento, y cuanto pudo prontamente disponer para su regalo. Recibióle con mucho afecto, pero tambien con muchas lágrimas, doliéndose de sus trabajos; y para que pudiese estar seguro, hizo salir por todos los caminos diferentes espías, que vigiando por todas partes, viniesen á dar aviso con prontitud, si descubriesen alguna tropa enemiga. Al mismo tiempo juntó en su casa un buen número de gente, á quienes mandó que trajesen sus armas, y las arrimasen á los lados de un gran patio que habia en la casa, por lo que pudiese ocurrir, y ellos se mantuviesen en vela; y para divertir el sueño se entretuviesen en bailar, para cuyo efecto hizo poner en medio del patio uno de sus instrumentos músicos llamado tlapahuehuetl que era á manera de un gran tambor; formábanle de un grueso tronco de árbol,

enhuecándolo por dentro; ponianle solo un parche por un lado, dejándole descubierto por el otro, y en este le hacian del mismo tronco sus pies para posarlo en el suelo, quedando tres ó cuatro dedos levantado de él. Las baquetas eran gruesas, y por la parte que herian en el parche estaban cubiertas de cantidad de trapos, que formaban una bola.

Dispuestas de esta suerte las cosas por Quacoz, hizo servir al príncipe y á su comitiva una abundante cena, y acabada esta salieron todos al patio á divertirse un rato con ver bailar aquella gente. Era ya bien entrada la noche cuando llegaron algunas espías, avisando que venia para el lugar, y estaba ya cerca de él un grueso de tropa de los tecpanecas. Estos, derramados por todas partes, no dejaron piedra por mover para lograr la prision ó muerte del príncipe, y alcanzar los premios prometidos, y por su buena diligencia habian conseguido noticias ciertas del rumbo que llevaba, y que venia á hacer noche á Pinolco, y siguiéndole los pasos, estaban ya muy cerca del lugar. No se turbó Quacoz con la noticia, ántes se alegró al oirla, porque concibió desde luego hacer un hecho famoso en favor de su señor. Hizo, pues, que el príncipe prontamente se metiese debajo del tlapahuehuetl en cuyo hueco cabia muy cómodamente, y ordenó á la gente que tomase sus armas y prosiguiese su baile, pronta á ejecutar lo que le ordenase.

Así lo hicieron y continuaron su baile con gran disimulo. Llegaron los tecpanecas de tropel, y como que venian á tiro hecho, y con noticia cierta de estar allí el príncipe, preguntaron con denuedo ¿donde está el príncipe Nezahualcoyotl? A que respondió Quacoz, muy

sobre sí, fingiéndose hombre del campo, y que ni los conocia á ellos ni al príncipe: „¿Qué príncipe es este „ que buscais? ¿Acaso los príncipes viven en los luga- „ res cortos? ¿Por qué no lo vais á buscar á las cortes, „ ó á las ciudades grandes, que es donde viven esos „ señores? que aquí solo habitan los pobres labradores y „ serranos; y si pensais que con este pretexto nos ha- „ beis de robar, y para ello venis armados, no os val- „ drá vuestro achaque." Amigos (dijo á su gente) „á „ ellos que son ladrones, que nos vienen á robar;" y dando entónces sobre ellos, no solo la gente del baile, sino otros muchos del lugar, que prontamente acudieron á las voces de Quacoz, y los suyos que gritaban *ladrones*, *ladrones*, hicieron en ellos notable estrago, matando algunos, hiriendo á muchos, y haciéndolos huir y abandonar la empresa.

Volvió Quacoz á su casa, y sacó al príncipe de debajo del tlapahuehuetl; dióle cuenta de todo, y le pidió que se recogiese un poco sin cuidado, porque toda la gente estaba alerta para defenderle, si intentaban segundo avance. Dióle el príncipe muchas gracias, é hízole muchas ofertas de recompensar sus buenos servicios, si el Dios Criador le concedia restaurar su reino; y así lo cumplió, porque despues que recobró su imperio le hizo grandes mercedes, dándole cantidad de pueblos y tributarios, y lo casó con una señora parienta suya de la casa real de Tezcoco. Recogióse el príncipe, y entretanto quedó en la casa mucha gente de guardia. Mandó Quacoz á las espías que volviesen á salir por todas partes á reconocer, y avisasen de cualquier novedad, y envió á otros al monte, para que en cierto parage de él, en lo mas fragoso, formasen una

choza en que pudiese alojarse el príncipe con su gente.

Luego que fué dia llamó Quacoz al principe, y le dijo: „Señor, no conviene que sigas ahora tu viaje, ni „ tampoco que te mantengas aquí, porque pueden vol- „ ver los enemigos con mas gente, irritados del suceso „ pasado, y no podrémos tal vez salvarte, si como hubo „ traidor que les dió la noticia de que te habias alojado en „ mi casa, hay otro que les asegure que te mantienes en „ ella, ó que diga el camino que sigues; y así me pare- „ ce conveniente que te retires al monte, en cuya espe- „ sura te tengo ya prevenida una choza capaz, en que „ puedas alojarte con los criados que te siguen, sin que „ lo sepan otros mas que la gente de mi confianza que „ la han fabricado, y estos te llevarán allí lo necesario, „ hasta que nos asegurémos por las noticias que trai- „ gan las espías de no haber enemigos que puedan se- „ guirte."

Condescendió en ello el príncipe, y se retiró con los suyos al monte, acompañándole Quacoz. Caminaba confuso y pensativo, y Quacoz, procurando consolarle, le preguntó ¿qué causa tenia para tanta confusion? á que respondió, que con lo precipitado de su fuga no se habia acordado de dar alguna providencia de salvar á sus damas, y no sabia qué habria sido de ellas, si habrian huido, ó sus enemigos habrian vengado en ellas su enojo. „No te aflijas señor (le dijo Quacoz) que ma- „ ñana tendrás puntual noticia de todo: yo mismo iré „ á Tezcoco disfrazado, me informaré de ello, y si es- „ tuvieren vivas te las traheré aquí, y al mismo tiempo „ exploraré la tierra, y te traheré puntual noticia de to- „ do lo que ocurra." Volvióse luego á Pinolco, y disfrazado para no ser conocido, partió sin dilacion á Tez-

coco, donde habiendo llegado se fué en derechura al palacio de Cilan, y halló en él á las damas y á los criados que habia dejado el príncipe sin novedad alguna, porque los enemigos, empeñados en buscarle á él, no habian hecho caso de las damas y criados, ni les habian incomodado en nada. Descubrióse, así con ellas como con ellos (que muchos de estos le conocian), y les dijo el fin de su venida. Informóse de todo, y previno á las damas que traia órden de llevarlas consigo, y para ello les dijo que de su ropa y alhajas hiciesen prontamente unos fardillos ó envoltorios, los que hizo que cargaran algunos de los criados inferiores, y marcharon por delante, y él siguió despues convoyando á las damas, dejando muy encargado á los criados que quedaron que guardasen mucho secreto, sin decir á nadie que él habia estado allí, ni dónde habian ido las damas del príncipe.

El infante Quauhtlehuanitzin, el príncipe Tzontecohuatl, sobrino de Nezahualcoyotl, y otros caballeros y criados suyos, quisieron irse con Quacoz; mas él no consintió que fuesen en su compañía, sino que tomasen distinto camino, y él partió con las damas, á quienes previno que si encontraban alguna gente no hablasen palabra, sino que le dejasen hablar á él, y condescendiesen en cuanto dijese. Caminaron sin encontrar estorbo hasta un parage llamado Olapan, cerca de un cerro nombrado Patlachiuhcan, donde les alcanzó una partida de tecpanecas, preguntándoles por dónde iba Nezahualcoyotl. Respondió Quacoz, muy sobre sí, y sin mostrar turbacion, en el lenguage tosco de los otomites serranos, que con facilidad supo fingir, que él no conocia á Nezahualcoyotl, porque toda su

vida se habia mantenido en aquellas serranías, y así ni sabia quien era, ni por donde iba. Preguntado quienes eran aquellas mugeres, respondió que eran suyas, y las llevaba de un lugar á otro pueblecillo de aquella sierra en que vivia. Fingió tan bien su papel, que los enemigos no cayeron en sospecha, y tomando otro camino le dejaron ir libre por el suyo, y llegó felizmente á la choza en que se habia mantenido el príncipe, á quien hizo entrega de sus damas, y le dió cuenta de todo lo acaecido en su jornada, y que en aquellas inmediaciones no habia encontrado enemigos algunos, por lo que le parecia conveniente que á la madrugada del dia siguiente volviese á emprender su jornada. Dióle el príncipe las gracias, é hízole muchas ofertas, muy contento y alegre de ver libres á sus damas, y de tenerlas consigo.

Entre las noticias que adquirió Quacoz en Tezcoco, y de que le dió cuenta al príncipe, una fué de un portentoso suceso, del que dice Alba ser uno de los que tratan con mas especificacion los mapas históricos del imperio chichimeca. Este fué el que, como dejo dicho, la noche que durmió el príncipe en el bosque de Tecutzinco quedó determinado, entre otras cosas, que se volviese á Tezcoco Huitzilihuitzin, para inquirir con sagacidad las determinaciones de Maxtla, y dar aviso al príncipe. Así lo ejecutó Huitzilihuitzin, partiendo al otro dia de madrugada; mas luego que llegó le prendió una partida de tecpanecas que andaba en su busca y le llevó á presencia del gobernador Tlilmatzin, quien le conminó para que declarase donde estaba el príncipe; mas habiendo negado saberlo, le mandó dar tormentos. Diéronselos muy crueles, ligándolo fuertemente con

gruesos cordeles, azotándole, y haciéndole otros martirios; pero ninguno fué bastante á rendir su constancia, ni á moverle á declarar donde estaba su señor, lo que le irritó de suerte al gobernador que le mandó quitar la vida, sacrificándole en el templo del dios Camaxtle, que estaba inmediato á su casa.

Lleváronle luego al templo, y habiéndole subido al alto de él para ejecutar el sacrificio, se levantó de repente un huracan tan terrible, que arrancando muchos árboles, y levantando los techos de algunas casas, arrebató tambien á Huitzilihuitzin de las manos de los sacrificadores, y le llevó volando á un parage de la ciudad bastante apartado de allí, donde se hallaban á la sazon dos hijas suyas, y dejándole caer suavemente y sin recibir daño, ellas le recogieron y ocultaron, y procuraron luego curarle las heridas y golpes que recibió en los tormentos. Así refieren el suceso concordes D. Fernando de Alba, D. Alonso Axayacatl, y otros dos anónimos de los historiadores nacionales, que asientan haberlo sacado de los mapas históricos originales.

La noticia de este portentoso suceso causó en el príncipe igual admiracion y regocijo, infiriendo de él que el cielo estaba de su parte, y el Dios Criador favorecia su causa.

Poco tiempo despues de haber llegado Quacoz llegaron á la choza el infante Quauhtlehuanitzin, Tzontecohuatl, y los demas caballeros y criados que vinieron por el otro camino, con ánimo de seguir al príncipe en su viaje. Holgóse mucho el príncipe de verlos, y con esto se aumentó considerablemente su comitiva.

CAPITULO XLIX.

Continúa el príncipe su viaje hasta el territorio de Huexutzinco, donde le envian á cumplimentar y regalar los señores de allí. Lo mismo ejecutan los de Tlaxcallan, que le avisan tenerle prevenido alojamiento fuera de la ciudad, para que no entrase en ella, porque esté mas seguro.

Al dia siguiente de madrugada, que segun la cuenta fué el veinte y seis de julio, salió el príncipe de aquel bosque, y despidiéndose de Quacoz, le dijo este que no le acompañaba porque era preciso quedarse en Pinolco, tanto para hacer la desecha, como para poder tener pronta toda su gente al tiempo que le avisase ser necesaria; pero le dió seis hombres de su confianza y nacion otomí, de aquellos mismos que le habian estado asistiendo en la choza, llamados Nolin, Nochcoani, Coatl, Tlatolin, Toto, y Xochtonal, para que como prácticos en aquellas serranías le guiasen por veredas extraviadas, y en los parages donde hubiese de hacer noche le formasen chozas y enramadas. Partió, pues, el príncipe acompañado solamente de Quauhtlehuanitzin y Tzontecohuatl; los demas iban cada uno por su lado, unos delante, otros detras, y del mismo modo las mugeres, sirviendo todos de espías, para poder avisar al príncipe, si divisasen algunos enemigos.

Caminó todo el dia por varios lugares de la provincia de Tezcoco que estaban á su devocion, previniéndoles que estuviesen apercebidos para ayudarle cuando les avisase. Los historiadores hacen particular mencion

del recibimiento que le hicieron unas señoras en un pueblo nombrado Tlatlapanaloyan, las cuales le regalaron mucho, y á toda su comitiva. Continuó su jornada en el mismo órden, y aunque todos los que le seguian iban esparcidos, al llegar cerca de otro pueblo nombrado Tlecuilac se reunieron, y volviendo el rostro el príncipe, viendo la mucha gente que iba en su seguimiento, se contristó, considerando por una parte que este gran concurso le impedia seguir su fuga con aquel sigilo y cautela que convenia, poniéndole en peligro de ser mas facilmente descubierto y alcanzado de sus enemigos, y por otra la fidelidad y amor con que aquellas gentes nobles, plebeyas, y de todas esferas habian abandonado sus casas, familias y haciendas, exponiendo sus propias vidas por seguirle; y así, volviéndose á ellos con un semblante entre compasivo y displicente, les dijo de esta suerte: „Fieles vasallos „ y amigos ¿á donde vais? ¿A qué padre seguis, que „ os ampare y defienda? ¿No me veis ir fugitivo y afli- „ gido por montañas y desiertos, siguiendo las veredas „ de los venados y las sendas de los conejos, para ocul- „ tarme á la furia de mis enemigos, y que aun con to- „ do esto no estoy seguro de que no me alcancen y „ descubran, y me quiten la vida, como la quitaron á „ mi padre, que era mas poderoso que yo? ¿No me „ veis huérfano y perseguido, sin saber si seré bien „ recibido de aquellos cuyo auxilio voy á implorar, ó „ si por complacer al tirano, ó no caer en su desgracia „ conspirarán á mi ruina? ¿A dónde, pues, vais? ¿Cuál „ es vuestro designio, cuando ni yo puedo ampararos, „ ni vosotros podeis defenderme? Volveos, volveos á „ vuestras casas, donde habeis dejado desamparadas

„ vuestras familias y haciendas; volveos á cuidar de „ ellas; que si el Dios Todopoderoso me ayuda para poder recobrar mi imperio, allí me servirá mas „ vuestra fidelidad, que no en venir á morir conmigo „ en estos desiertos."

Oyendo este razonamiento aquel concurso, respondieron todos á una voz que habian salido de sus casas con la firme resolucion de acompañarle y seguirle, hasta morir con él, sin que les amedrentasen las amenazas del tirano, ni la pérdida de sus casas y haciendas, y aun de sus propias vidas, que de buena gana les abandonaban por seguirle.

No pudo ménos el príncipe que enternecerse al oirles, y con aquella natural afabilidad, discrecion y dulzura de que le dotó el cielo, les agradeció su lealtad y amor, y haciéndoles conocer los inconvenientes que podian resultar de que le siguiese tanta gente, y que en vez de serle provechoso pudiera serle perjudicial, les persuadió á que se volviesen á sus casas, y ellos se rindieron á ejecutarlo así, quedando solo con el príncipe aquellos que le parecieron necesarios para su asistencia; y para que mas facilmente se redujesen á ejecutarlo ordenó á su hermano el infante Quauhtlehuanitzin que se volviese á Tezcoco, como lo ejecutó y con él los demas. De este modo desembarazado, continuó su caminata y llegó á hacer noche en el pueblo de Tecpan. Estando allí llegaron unos embajadores de la ciudad de Chollolan, cuyos sacerdotes, que eran los señores, habiendo sabido la persecucion que padecia, los despacharon luego para que avanzándose hasta donde pudieran encontrar al príncipe le ofrecieran su ciudad, para efugiarse en ella, ínterin se juntaban las

tropas de los aliados para marchar contra sus enemigos y recobrar su imperio; y por lo que tocaba á su ciudad y provincia, estaban ya prontos todos y armados para ayudarle.

Grande fué el gozo del príncipe al oir esta embajada, y acariciando mucho á los enviados procuró manifestarles su contento en su respuesta á los señores de Chollolan, manifestándoles su gratitud y reconocimiento; mas escusose de ir allá, así por la distancia, como porque le era preciso llegar á la provincia de Tlaxcallan y á otras partes á recolectar los socorros que le habian ofrecido. Con estó se despidieron los embajadores, y él siguió al otro dia su camino á la sierra de Huilotepec donde durmió esta noche. Desde aquí le pareció conveniente enviar una embajada á los señores de Huexutzinco, haciéndoles saber como se hallaba allí para que le diesen auxilio, para cuyo efecto nombró á dos caballeros de los que le acompañaban llamados Coyohua y Teotzincatl, y habiendo dormido en esta sierra, continuó al dia siguiente su marcha.

En el camino divisaron una partida de tecpanecas, que habian corrido las provincias de Tlaxcallan y Huexutzinco en busca del príncipe, y no habiéndole hallado, se volvian á Azcapuzalco. Luego que los divisaron procuraron el príncipe y los que le acompañaban ocultarse entre una espesa multitud de matas grandes de sauco que habia á las orillas del camino, y al acercarse los tecpanecas al sitio donde estaba oculto el príncipe, encontraron con un hombre ordinario que iba de vuelta encontrada cargado de manojos de chian, y le preguntaron si habia visto por allí al príncipe Nezahualcoyotl, á que él respondió que no, ni le cono-

cia. „Pues si acaso lo vieres, le dijeron, danos noti-„ cia y lograrás los premios y mercedes que están pro-„ metidos á los que lo descubran," y les refirieron cuales eran. Bien está, respondió el mancebo, y continuó su camino. Oyólo todo el príncipe, y cuando se alejaron de allí los tecpanecas salió de donde estaba oculto, y fué á alcanzar al mozo que llevaba la chian, y le preguntó qué era lo que le habian dicho aquellos soldados. Refirióselo el mozo, y el príncipe le dijo: „¿Y si vieras, y conocieras á este príncipe que „ buscan, lo denunciarias?" á que respondió que no haria tal. „¿Pues qué, replicó el príncipe, son de perder „ una muger hermosa y tantas mercedes?" á que el mozo respondió riéndose: „nada de eso me sirve, que „ por acá mas aprecio hacemos de la fidelidad á nues-„ tro legítimo soberano que de todas estas mercedes," y continuó su camino hácia Yahualican. Esta respuesta fué para el príncipe de mucho consuelo, y le hizo concebir mayores esperanzas de lograr su designio.

Hizo alto el príncipe en aquellos llanos á donde Mitl le tenia prevenida la comida, y habiendo descansado un poco siguió su viaje por la sierra de los tepehuas, donde durmió aquella noche. Los serranos de aquellos contornos supieron luego su venida, y fueron á ofrecérsele, llevándole mucha prevencion de bastimentos.

Siguió su jornada al otro dia hasta el pueblo de Quiauhtepec sin particular acaecimiento, á donde llegaron los mensageros que habia enviado á Huexutzinco, y tras ellos dos embajadores de los señores Xayacamachan y Temayahuatzin, que lo eran de aquella provincia, reiterando sus ofertas con muchas expresiones de

buena amistad, asegurándole que estaba pronto el socorro para el dia que lo pidiese. Lleváronle los embajadores de parte de sus señores un regalo compuesto de mantas finas, plumas, y mucha provision de bastimentos. Correspondió el príncipe á la embajada con todas aquellas expresiones de gratitud que eran debidas, y los embajadores cumplida su comision se despidieron.

Al dia siguiente continuó el príncipe su marcha, y al llegar á un lugar llamado Tlalnepanolco, que era ya sujeto á la provincia de Tlaxcallan, y el primero de su territorio por aquella parte, halló que le estaba esperando un principal caballero y capitan famoso, llamado Ixtlotzin, enviado por los señores de Tlaxcallan, para que le cumplimentase, dándole la bien venida de su parte, y asegurándole de su buena amistad, y que tenian ya pronto el socorro con que habian de auxiliarle; pero que le habian aprontado con mucho sigilo y recato, porque no llegasen á penetrarlo los tecpanecas, quienes recelosos de aquellos señores favorecian los intentos del príncipe y le encubrian en su capital, habian enviado á ella mucha tropa que le buscase, y andaban disfrazados por todas partes, para lograr su prision, por lo que tenian por conveniente que no entrase en la ciudad de Tlaxcallan, sino que el mismo embajador lo condujese á un campo inmediato fuera de poblado, donde ya le tenia prevenidas y dispuestas unas casas de carrizos y enramadas, capaces y cómodas, donde pudiesen alojarse, y donde estaria servido y proveido de todo lo necesario, entretanto que se juntasen las tropas con que habian de auxiliarle. Presentóle tambien el embajador de parte de estos señores un cuantioso regalo de muchas y finas mantas, plumas

y otros adornos, y mucha cantidad de comestibles.

Agradeció mucho el príncipe el obsequio, y respondió al embajador con las afables expresiones de gratitud que eran debidas á la buena amistad y fiel correspondencia de sus señores. Sirviéronle de comer allí con mucha explendidez, y á la tarde le condujo el embajador al alojamiento que le tenia dispuesto.

CAPITULO L.

Eligen los mejicanos por rey á Itzcohuatl, hermano bastardo del antecesor, y no lo aprueba el emperador, quien quiere reducirlos á rigoroso vasallage, quitándoles los reyes. Confiérese en el senado lo que se deba hacer: prevalece el dictámen de los jóvenes contra el de los ancianos, y se resuelve la guerra, que se le declara solemnemente al emperador. A ejemplo de los mejicanos eligen rey los tlatelolcas á Quauhtlatohuatzin al que también desaprueba el emperador. Unense los dos reyes á la defensa, y el emperador sitia las dos ciudades por agua.

Antes de pasar adelante en la relacion de los sucesos de Nezahualcoyotl es preciso dar noticia de los que al mismo tiempo ocurrieron en Méjico.

Grande fué la consternacion que causó en los mejicanos y tlatelolcas la muerte de sus reyes; y fué tanto el terror y espanto que concibieron del tirano Maxtla, que no solo no se atrevieron á moverse contra él, pero ni aun á hablar sobre el punto de elegir nuevos reyes, considerándose enteramente subyugados al tirano y esclavos de los tecpanecas.

Por otra parte Maxtla, con la fuga de Nezahualcoyotl, y las noticias que tenia ya de que le favorecian, no solo los príncipes de la otra banda de los montes, sino muchos de los de montes adentro, estaba lleno de temores y ocupado su pensamiento en este negocio, todo su anhelo era haberle á las manos vivo ó muerto, para sacudirse de este cuidado.

Viendo, pues, los ancianos que componian el senado mejicano tan ofuscado al emperador en estos negocios, les pareció que esta era la coyuntura favorable para volver sobre sí, y restaurar su libertad eligiendo un nuevo rey.

Juntáronse para esto todos los que lo componian y uno de ellos tomó la voz, exhortando á los demas á no perder el tiempo en inútiles disputas, ni en querer satisfacer cada uno sus propios deseos y pasiones, sino que unidos todos al único fin de mirar por el bien de su república que se hallaba amenazada de una dura servidumbre, y en términos de quedar extinguido su reino, pusiesen los ojos en un caudillo que por su prudencia, conducta y valor pudiese defenderles de los peligros que les amenazaban, y restaurar el antiguo esplendor de la nacion.

No necesitaban los electores de tanto estímulo, porque todos miraban á Izcohuatl con un respeto muy superior. Era hermano bastardo de los reyes anteriores, hijo de Acamapichtli segundo, habido en una esclava suya, aunque de noble estirpe. No era viejo, pero se acercaba á los cincuenta años, y los mejicanos tenian bien experimentada su prudencia, conducta y valor, habiéndose ejercitado desde su juventud en el manejo de las armas, y despues en el mando de las tropas,

siendo uno de los mas famosos capitanes de su tiempo, y no ménos versado é instruido en los negocios del gobierno al lado de su desgraciado hermano Chimalpopoca: por lo que todos lo creían el mas digno de ocupar el trono; y así sin detenerme sufragaron todos unánimes con sus votos á su eleccion.

Hallábase en el senado el mismo Itzcohuatl, y viéndose aclamado de todo el senado para suceder en el reino, aceptó la corona, dando á los electores la gracias con expresiones muy propias de su cordura. Dióse luego la noticia al pueblo de la eleccion, y fué generalmente aplaudida, y concurrieron todos á saludar y victorear al nuevo rey; y sin esperar á otro dia, porque así lo pedian las circunstancias del tiempo, se celebró allí la jura y coronacion, prestándole todos el homenage de obediencia y fidelidad. El dia de esta eleccion fué segun mi cómputo el dia veinte y siete de julio de 1427.

Apénas se concluyó la ceremonia, y ántes de levantarse Itzcohuatl del trono en que le sentaron para ella en presencia de todo aquel gran concurso se levantó un anciano senador, y dirigiéndose al nuevo rey, le dijo de esta manera: „Hijo muy amado nuestro, sea enhorabuena vuestra exaltacion al trono, que ocuparon „ vuestros padres y hermanos: pero sabed que sois „ coadjutor de los dioses y estais en su lugar; y así os „ habeis de mirar mucho en vuestras acciones, siendo „ todo ojos, oidos, pies y manos, para procurar el beneficio de todos vuestros súbditos Acordaos de vuestros pasados, para imitar sus heroicos hechos, defendiendo y amparando á vuestros vasallos, hasta „ dar la vida por ellos si fuese necesario. Mirad tantas,

„ viejas y viejos, niñas y niños, que aquellos por su
„ larga edad y estos por sus pocos años se consideran
„ ya miserables víctimas de la soberbia tecpaneca,
„ siendo unos y otros incapaces de defenderse de ella,
„ ni de huir el cuerpo á los males que se les preparan.
„ Ellos y todos están pendientes de vos, y han puesto
„ en vos los ojos, y en vuestro corazon y manos han
„ depositado su esperanza. Ea, pues, descoged vues-
„ tro manto para abrigar y cargar en vuestros hom-
„ bros á los pobres y desvalidos de la república. Vol-
„ ved por el honor de vuestra patria: defended á vues-
„ tros hijos, y restaurad la gloria del nombre mejica-
„ no. No os acobarden los trabajos y penalidades:
„ acordaos de la constancia con que los sufrieron vues-
„ tros mayores, que aunque yacen sepultados debajo
„ de la tierra, vive inmortal su nombre, y no será
„ ménos el vuestro si sabeis imitarlos."

Atento escuchó Itzcohuatl el razonamiento del anciano senador; y luego que acabó, haciéndole una cortesía con la cabeza, le respondió de esta suerte:

„Mucho gusto he tenido en oir vuestro razonamien-
„ to, y ojalá se impriman en mi corazon vuestros cuer-
„ dos consejos, para saber cumplir con las obligacio-
„ nes en que me habeis puesto, y corresponder al amor
„ y confianza de mis vasallos. Yo de mi parte estoy
„ pronto á no perdonar trabajo ni fatiga, siendo en to-
„ do el primero que anime á los demas con mi ejemplo;
„ pero para lograr el fin es necesario tambien que to-
„ dos contribuyan y me ayuden, unos con las obras, y
„ otros con las palabras, y que unidos con el vínculo
„ de la fidelidad y obediencia, sea nuestra nacion un
„ cuerpo con muchas manos y un solo corazon."

Pasó luego el nuevo rey acompañado de todo el senado al templo de Huitzilopuchtli á darle gracias como al dios de la guerra, el supremo entre los mejicanos, y á la puerta de él le recibió el gran sacerdote, y le hizo otro semejante razonamiento, exhortándole á la defensa de la casa de su dios, y á la de sus súbditos, restaurando el lustre de su nacion. Respondióle Itzcohuatl con igual prudencia y cordura, manifestándole su celo por la religion y el culto de su dios.

Concluido este acto, volvió á juntarse el senado en presencia del rey, para nombrar á los embajadores que habian de ir á dar cuenta al emperador de la eleccion, y á pedirle su confirmacion. Era muy ardua la empresa, porque estaban persuadidos de que los que fueron con esta comision serian víctima del enojo de Maxtla, y así ni habia quien se atreviese á ir con ella, ni á nombrar á otro que á tanta costa entrase en el empeño.

Hallábanse en el senado dos hijos del rey Huitzilihuitl, á saber Moteuhzoma, á quien llamaron despues Ilhuicamina, que era el primogénito, y Tempanecatl, á quien despues por sus famosos hechos le dieron el renombre de Tlacaeleltzin, por el que es conocido en la historia. Era este último un gallardo jóven de poco mas de veinte años, de muy buen parecer, y adornado de un gran cúmulo de prendas naturales, y virtudes morales, entre las cuales sobresalian especialmente la afabilidad y agrado, la liberalidad y el valor que le habian grangeado el afecto y aplauso universal. Este, pues, viendo el miedo que ocupaba á todos para la ejecucion, sin atreverse nadie á emprender la hazaña, llevado de un ardiente espíritu se levantó y dijo de esta

suerte: „Padres y abuelos mios ¿qué os turbais? ¿qué os „ acongoja? El dar cuenta al emperador de nuestro nue- „ vo rey es indispensable, porque lo contrario es decla- „ rarnos rebeldes en un tiempo en que nos hallamos sin „ la prevencion necesaria para resistir á su poder, si „ irritado de nuestro proceder echa sobre nosotros sus „ tecpanecas. Si toda la dificultad consiste en que te- „ neis por infalible que el que le llevare la noticia ha de „ perder la vida, aquí esta la mia ¿para qué vivo yo en „ el mundo? ¿Para qué guardo la vida, si cuando se ofre- „ ce la ocasion de hacer á mi rey y á mi patria un ser- „ vicio agradable, no la arriesgo por ellos? aquí me te- „ neis: enviadme á mí, si os parece que puedo desem- „ peñar la embajada, y no os dé pena el riesgo de mi „ vida, que tarde ó temprano ha de acabarse, y nun- „ ca mas bien empleada que en el servicio de mi pa- „ tria: solo os ruego que si muero cuideis de mis hijos „ y mugeres, pues sois padres de ellos."

A tan bizarra accion respondió el rey de esta suerte: „ Amado sobrino mio: qué bien se conoce „ la real sangre que late en vuestras venas: será inmor- „ tal vuestro nombre en la memoria de los mejicanos: „ vuestra cordura, talento y valor, muy superiores á „ vuestra edad, son muy suficientes al desempeño de „ esta y mayores empresas, y así partid en buena ho- „ ra, seguro de que vuestros hijos y mugeres quedan á „ mi cargo para mirarlos, cuidarlos y atenderlos como „ á mis propios hijos." Todos los senadores, admira- dos de la valiente resolucion de Atempanecatl, le hicie- ron iguales expresiones y ofertas. Abrazáronle con ter- nura el rey su tio, su hermano, y otros de aquellos se- ñores y despedido de ellos se retiró á su casa, y adere-

zándose de las mejores galas y plumas que tenia, partió al dia siguiente á su embajada.

Al llegar á la raya de Azcapuzalco, en un parage llamado Xoconcapuliacac, halló una guardia de tecpanecas que acababa de poner el senado de Azcapuzalco, con noticia que tuvo luego de la eleccion de Itzcohuatl, cuyo valor y pericia militar tenian bien conocida, y así se persuadieron á que no habia de sufrir la subordinacion ni dejar gemir á su pueblo bajo el pesado yugo que le habian impuesto, y que con su bizarro espíritu apénas empuñase el cetro pretenderia extender la mano sobre ellos; y así pusieron luego guardia á sus fronteras, con órden de no dejar pasar á ningun mejicano. Conoció la guardia á Atempanecatl, y hablándole por su nombre le preguntaron ¿donde iba? Respondió que iba á hablar al emperador, dijéronle que no podia pasar, porque tenian órden de impedir la entrada á los mejicanos, y así que se volviese porque de lo contrario le quitarian la vida. Esa órden replicó Atempanecatl no se entiende ni se debe entender conmigo que vengo de embajador, y se me deben guardar los fueros de tal, y así he de pasar á hablar al emperador. Altercaron algun tiempo sobre ello; mas con su buen estilo y sagacidad logró que le permitieran pasar. Llegado al palacio del emperador, le hizo avisar que allí estaba un embajador del senado mejicano: hízole entrar Maxtla, y puesto en su presencia, despues de hacerle una profunda reverencia, le dijo: „Grande y supremo se-„ñor, tus fieles vasallos, amigos y señores, que com-„ponen el senado mejicano, me envian á saludarte con „todo aquel rendimiento debido á tu grandeza, y á dar-„te cuenta de que habiéndose juntado para elegir rey de

„ su nacion como ha sido siempre costumbre en ella, ha
„ recaido la eleccion en Itzcohuatl, cuyas relevantes
„ prendas tienes bien conocidas y bien experimentado
„ su valor, habiendo gastado toda su vida en el manejo
„ de las armas, en el servicio de tu padre y de tu reino;
„ por lo que espera el senado que teniendo á bien la
„ elccion, te sirvas aprobarla. Lo mismo te suplica mi
„ nuevo rey, que me manda igualmente te salude en
„ su nombre, asegurándote de su fiel amistad, que afian-
„ zada en el vínculo de la sangre será invariable en tu
„ servicio." Este fué en sustancia el razonamiento de Atempanecatl, pero adornado de tales expresiones, y proferido con tal dulzura, elocuencia y gracia, que captando la benevolencia del emperador, le respondió muy afable diciendo: „Amado sobrino mio, bien quisiera yo
„ complacer al senado mejicano, y daros gusto á vos
„ en aprobar y confirmar la eleccion de Itzcohuatl; pero
„ lo embaraza mi consejo, que tiene resuelto no consen-
„ tir tengais en adelante reyes de vuestra nacion, sino
„ que como tributarios del imperio seais gobernados por
„ los ministros tecpanecas que yo nombrare; y en caso
„ de no querer sujetarse á esto, entrar á fuego y sangre
„ destruyendo vuestro reino mejicano, hasta que no que-
„ de memoria de él: y así volveos á Méjico, y dad es-
„ ta respuesta á Itzcohuatl y al senado, y cuidad vues-
„ tra persona, porque las guardias que ha puesto mi
„ consejo tienen la órden de quitar la vida á los que pa-
„ sen de mis fronteras." Nada replicó Atempanecatl, sino que con grande acatamiento y respeto se despidió y partió para Méjico.

Al llegar á las guardias de la frontera les dijo que iba á llevar una proposicion del emperador al senado

mejicano, y debia volver con la respuesta, y así se los prevenia para que á la vuelta no le impidiesen el paso. Creyóle la guardia, y ofreció hacerlo así, y él continuó su marcha hasta Méjico.

Estaba junto el senado y el rey, esperando la resulta, creyendo muchos que esta fuese la noticia de su muerte, y así cuando le vieron venir vivo tuvieron mucho contento. Dió cuenta de su comision, y comenzó á tratarse en el senado la resolucion que debia tomarse. La mayor parte de los ancianos que habian sido los primeros en promover la eleccion de un nuevo rey, intimidados ahora de las amenazas de Maxtla, eran ya de dictámen de ceder á la fuerza, y sujetarse al yugo de la servidumbre hasta que con el tiempo pudiesen sacudirle. Pero el valiente Itzcohuatl se opuso ardientemente á tan cobarde pensamiento, y levantando á su favor la voz toda la gente jóven, se declararon abiertamente contra el dictámen de los ancianos, ofreciéndose á tomar las armas en defensa de su libertad y de su rey, pues mas querian morir en la demanda que vivir esclavos de los tecpanecas.

Disputóse largo rato entre unos y otros, y viendo los ancianos que no podian contrarrestar á los jóvenes animados del rey, que su ardor era tal que ántes perdieran mil veces la vida que consentir en la sujecion que se les queria imponer, y que á pesar de ellos y atropellando su respeto habian de poner en práctica su resolucion, para no quedar desairados tomaron un prudente consejo, y fué decirles: „Nuestro dictámen de ce„der ahora á la fuerza, y sujetarse al arbitrio de los „tecpanecas, no mira tanto á nuestro bien como al „vuestro, porque nuestra edad nos tiene exentos del

„ manejo de las armas: vosotros habeis de ser los que „ han de pelear; y no siendo vuestro número suficiente á contrarrestar al de los tecpanecas, vosotros sufris el estrago, y una vez vencidos, vuestros hijos y „ mugeres quedarán esclavos de ellos: por esto no queriamos obligaros á sacrificar vuestras vidas, ni exponer la persona ni el honor del rey, hasta que con el „ auxilio de otros señores se pusiese en estado de superar á los enemigos y restaurar nuestra libertad; pero „ si estais resueltos á defenderla, desde luego nosotros „ nos holgamos mucho, porque lo haceis de buena voluntad, y nunca nos culpareis de la resolucion. Y „ para que veais cuanto nos agrada la vuestra, el senado ofrece premiar el mérito de los que mas se distinguieren en la guerra, de suerte que al que fuere plebeyo lo escribirá entre los nobles, al noble lo hará „ tecuhtli, y al que lo fuese daràle otras dignidades y „ honores á proporcion de su mérito. Concede igualmente que todos los enemigos que cada uno hiciere esclavos sean enteramente suyos, y á los que quiera dejar vivos sean sus tributarios, imponiéndoles los pechos que quisiere en favor suyo y de sus descendientes perpetuamente; y finalmente que á todos los que „ pelearen valerosamente se les permitirá que tengan „ cuantas mugeres quisieren, y pudieren mantener." El rey entónces hizo á los jóvenes una laudatoria, exhortándolos á llevar al cabo su resolucion, en cuya ejecucion seria el primero que los animara con su ejemplo, hasta morir ó vencer; y ofreció por su parte premiar á los que mas se distinguiesen con mercedes y honores.

Resuelta de esta suerte la guerra, restaba el difícil paso de intimarla al emperador con las ceremonias

establecidas en su política militar: mas de este embarazo los sacó prontamente Atempanecatl, ofreciéndose á la ejecucion. Llamólo entónces el rey, y llevándolo consigo á su palacio, le dió un penacho de rica pluma, una rodela y una flecha, y un vaso con cierto barniz compuesto de albayalde, de una especie de tierra blanca llamada tizatl, y aceite de chian, con el cual acostumbraban ungirse el cuerpo cuando salian á campaña, para que lo llevase todo al emperador.

Partió luego Atempanecatl, y habiendo logrado pasar sin embarazo las guardias de la frontera con la prevencion que ántes dejó hecha, llegó á presencia del emperador y le dijo: „Muy grande y poderoso señor, cum„pliendo como criado tuyo tus órdenes volví á Méjico „y dí tu respuesta al senado, el cual se contristó mucho „al oirla, viéndose en la precision de tomar las armas „para defender sus fueros, y me mandó volver á ha„certe saber como te declara la guerra, y que vendrán „luego sus tropas á destruir tu reino. Mi rey me „manda decirte que aunque siente tomar contra tí las „armas, no puede dejar de amparar á sus vasallos, „ni abandonar la corona que han puesto en sus sienes. „Te envia este penacho, rodela y flecha con que te „armes para salir á campaña, y este barniz con que „te unjas, porque nunca digas que te cogió á traicion „y desprevenido."—„Mucho estimo á Itzcohuatl su re„galo, respondió el emperador, y le tomo en mis ma„nos, y en tu presencia unto mis carnes con este bar„niz para salir á campaña, aceptando la guerra: y „ántes que vengan á mis tierras los mejicanos irán á „buscarlos á las suyas mis tecpanecas; pero no sé si „podrás volver á tu tierra á dar cuenta de esta comi-

„ sion."—„ Poco importa que yo no vuelva, dijo Atem-
„ panecatl: bástame haber cumplido como debo con
„ haberte intimado la guerra, que es á lo que fuí veni-
„ do. Desde la vez pasada que vine á tu presencia con
„ la embajada de la eleccion de Itzcohuatl vine ya per-
„ suadido á que no volveria; porque luego que la oyeras
„ me mandarias quitar la vida: tu gran bondad y pru-
„ dencia me la perdonó; y así este poco mas de tiempo
„ que he gozado de ella á tí te lo debo. Si ahora quisieres
„ quitármela, tuya es, y harás lo que gustares."—„ No,
„ valiente Atempanecatl, dijo Maxtla: no te la quitaré
„ que es lástima que tanto brio se malogre en tan po-
„ cos años: pero procura salvarla de los guardias de
„ la frontera, que tienen órden del senado de quitárte-
„ la si vuelves por donde están ellas; y por si logras
„ pasar, lleva este morrion, rodela y macana que da-
„ rás á tu rey en mi nombre, y para tí esa manta
„ fina con que te adornes." Recibió Atempanecatl las prendas del emperador, y despidiéndose de él con mucha sumision, tomó el camino para Méjico.

Era ya bien entrada la noche, y muy oscura, cuando llegó Atempanecatl á la guardia de la frontera: tenian en este parage los tecpanecas un gran paredon que les servia como de muralla, y este tenia un agujero. Al abrigo, pues, de la oscuridad intentó Atempanecatl pasar por el agujero sin ser sentido, y con efecto pasó por él; pero apénas estuvo del otro lado cuando sintiéndole los centinelas dieron sobre él llamando á las guardias. Defendióse valerosamente de los que le acometieron, y valiéndose de su agilidad y de la obscuridad logró escapar de sus manos, y embarcándose en una

canoa que habia dejado en una caleta oculta, caminó hasta Méjico, donde llegó al amanecer.

Increible se les hacia á los mejicanos verlo volver vivo; y siendo general en todos el regocijo de su feliz arribo, dió cuenta al rey de su comision, entregándole el morrion, rodela y macana, y refiriendo cuanto le habia pasado. Alegróse mucho Itzcohuatl al verle, y recibiéndole en sus brazos con muchas demostraciones de afecto, aplaudió grandemente su valor, y desde entónces le dieron el nombre de Tlacaeleltzin, que le interpretan ó entienden literalmente *hombre ó persona de hígados*, queriendo denotar en esto su gran valor; y así de aquí en adelante le nombran ya los historiadores con solo este nombre, y lo mismo harémos nosotros para quitar confusiones. Dió luego el rey todas las providencias convenientes para armar su gente, ordenar su tropa, guarnecer las entradas de su capital y ponerse por todas partes en estado de defensa.

Animados los tlatelolcas con el ejemplo de los mejicanos, determinaron tambien ellos elegir nuevo rey, y habiéndose reunido para ello, recayó la eleccion en Quauhtlatohuatzin. No era de la sangre real, pero sí de una de las mas ilustres del reino, y uno de los principales capitanes que tenian y que en todas ocasiones habia acreditado su gran valor con señalados hechos: pero era inferior su fama á la de Itzcohuatl, y le miraban con emulacion. Habia servido siempre al imperio, y era adicto á sus intereses, por lo que su eleccion no suscitó en Maxtla y sus ministros los recelos que la de Itzcohuatl; pero habiendo resuelto el senado tecpaneca por punto general reducir á los mejicanos y tlatelolcas á riguroso vasallage, extinguiendo sus

reyes, y poniéndoles gobernadores, fué igualmente desaprobada la eleccion de Quauhtlatohuatzin. No señalan los historiadores el dia de esta eleccion, pero segun el órden de los sucesos, parece que fué dos dias despues de la de Itzcohuatl, el dia veinte y nueve del mismo julio.

Hallóse el monarca tlatelolca en un terrible estrecho; porque habiendo de tomar las armas contra el emperador para defender su corona, era preciso ligarse con Itzcohuatl, cuyo superior respeto habia de oscurecer sus lucimientos, y le era indispensable cederle todo el mando, y no temia ménos el poder de Maxtla que el valor y orgullo de Itzcohuatl, cuya gloria, quedando victorioso, le causaba muchos recelos; pero el lance era tan apretado que no habia otro partido que tomar, y así determinó enviarle luego sus mensageros, ofreciéndose con sus vasallos para ayudarle en la guerra contra el imperio en defensa de los intereses comunes.

Aceptó Itzcohuatl la oferta, y le mandó decir que pusiese el mayor cuidado en guardar sus fronteras, sin permitir que su tropa hiciese irrupcion alguna en las tierras enemigas, sino que se mantuviese sobre la defensiva, bien apercibida su gente para rechazar cualquiera accion que intentasen los enemigos; que él lo haria del mismo modo, ínterin que juntando socorros de otros príncipes podian llevar la guerra al pais enemigo.

Así lo hicieron uno y otro prontamente, y no fué sobrada su diligencia, porque al cuarto dia de la eleccion de Itzcohuatl, que corresponde al treinta y uno de julio, vinieron sobre ellos los tecpanecas con poderoso ejército, conducido sobre un copiosísimo número de canoas. Embistieron primero por Tlatelolco, y habiendo

sido vigorosamente rechazados, intentaron invadir á Méjico; mas hallaron tambien por allí tan fuerte resistencia, que se vieron obligados á retirarse con abundante pérdida. Determinaron entónces sitiar ambas poblaciones, y acordonando sus canoas en toda su circunferencia cerrarles enteramente el paso para que no les entrasen tropas auxiliares, ni ellos pudiesen salir de sus recintos, y continuando diariamente los ataques los pusieron en el mayor conflicto, hasta que vino Nezahualcoyotl, como vamos á ver adelante.

CAPITULO LI.

Envia Nezahualcoyotl á pedir al señor de Chalco el socorro que le ha ofrecido; lo rehusa, y el embajador se vé en grandes riesgos, hasta que á peticion del pueblo envia el socorro. Marcha el príncipe con un numeroso ejército, y entra por Otompan, que se le rinde. Conquistan en un dia los tlaxcaltecas el reino de Acolman, y los chalcas el de Cohuatlican. Entra el príncipe por el de Tezcoco sin resistencia hasta su capital, donde hace pasar á cuchillo la guarnicion tecpaneca, dejando libre al vecindario. Despide las tropas auxiliares cargadas de despojos; procura fortificar sus fronteras, y se aplica á restaurar la policía y el gobierno.

Dejamos al príncipe Nezahualcoyotl en el alojamiento que le tenian prevenido los señores de Tlaxcallan, en una campiña algo retirada de la ciudad, á que le condujo el embajador Ixtloltzin, donde halló no solo toda la comodidad necesaria, sino tambien un ameno y espacioso jardin para su diversion, y fué servido mag-

nifica y abundantemente. Aquella misma noche, que segun parece fué la del último dia del mes de julio, le pareció conveniente al príncipe volver á despachar á Xolotecuhtli á Chalco con un mensage á Totzintecuhtli, señor de aquella provincia, que á la sazon era muy poderoso, y le dijese de su parte que contando con el socorro que reiteradamente le habia ofrecido tenia determinado el dia ce olin, que corresponde al cinco de agosto, entrar por Otompan, conquistando esta provincia y la de Acolman, donde tenian los tecpanecas la mayor fuerza, talando toda la tierra, apoderándose de todas las poblaciones, y pasando á cuchillo á todos los que quisiesen hacer resistencia, y que al mismo tiempo entrase el de Chalco con todo su ejército por el territorio de Cohuatlican de que estaban apoderados los enemigos, y habian hecho plaza de armas á la principal poblacion, conquistando por el mismo órden, hasta que llegasen á encontrarse; pero le previno á Xolotecuhtli que ántes pasase á Tezcoco, y lo consultase con el infante Quauhtlehuanitzin y con Huitzilihuitzin.

Llegaron allí luego mensageros de las provincias de Huexutzinco, Chollolan, Zacatlan, Tototepec, Cempohualan, Xaltocan y otras de ménos consideracion, dándole noticia de estar pronto el socorro con que cada una de ellas le auxiliaba, para que diese las órdenes que tuviese por conveniente. Dióla, pues, á todos generalmente de que el dia de trece buhos, que correspondió al cuatro de agosto, se hallasen todos en el pueblo de Calpolalpan, situado en los Llanos de Apan, perteneciente á la provincia de Tezcoco, y como nueve leguas distante de la capital á el Oriente para entrar al dia siguiente con su tropa por las tierras de Otompan.

Partió Xolotecuhtli á su embajada, y habiendo llegado á Tezcoco la comunicó con Quauhtlehuanitzin, cumpliendo la órden de su señor; mas al infante le pareció que de ningun modo era conveniente que fuese á Chalco á pedir el socorro, ni ménos que le declarase á Totzintecuhtli la determinacion del príncipe, porque sabia que el emperador le habia enviado sus emisarios para que le ayudase contra los mejicanos, prometiéndole grandes mercedes, y él habia ofrecido darle el socorro sin embargo de sus anteriores promesas de auxiliar al príncipe contra el emperador. Pasó á comunicarlo con Huitzilihuitzin, y este fué de opuesto dictámen, no persuadiéndose á que fuese cierta la noticia de haber ofrecido socorro al emperador, ni ménos á que el señor de Chalco faltase á su palabra tantas veces confirmada. Era el de Chalco cuñado de Huitzilihuitzin, casado con Atozquentzin su hermana, y así le dijo á Xolotecuhtli: „ Parte sin temor, y ántes de dar el mensage á Totzin- „ tecuhtli habla con mi hermana, dila el negocio á que „ vas, y de mi parte que te apadrine y coadyuve á que „ Totzintecuhtli corresponda á lo que ha prometido al „ príncipe, aprontando sus tropas para entrar con ellas „ el dia que señala por Cohuatlican."

Parecióle á Xolotecuctli mejor seguir este dictámen que el del infante, y así caminó luego para Chalco por sendas extraviadas, para no dar con los enemigos, y habiéndose entrado por la sierra, perdió el rumbo, y confundido entre sus breñas no hallaba por donde salir de aquella espesura. Estando en este conflicto dicen que se le puso delante un animal de fiero aspecto y de especie desconocida, que con un gruñido horrible le llenó de pavor dejándole inmovil. Pero fué mayor su es-

panto cuando le oyó proferir con voces inteligibles: *Sí, Nezahualcoyotl vencerá á sus enemigos, pero con mucho trabajo;* y entrándose monte adentro se le perdió de vista. No bien convalecido de este susto, se le puso delante otro animal tambien de especie no conocida, pero de aspecto ménos fiero, que con diferentes señas y movimientos le dió á entender que le siguiese. Hízolo así Xolotecuhtli, aunque lleno de temores, y con aquella guia salió de la espesura hasta ponerle cerca de Chalco, donde se le desapareció (1).

Habiendo entrado en la ciudad solicitó ante todas cosas hablar á Atozquetzin, y con la noticia de que se hallaba en uno de sus jardines, fué á él, y dióle cuenta de su viaje y del mensage y recomendacion de su hermano Huitzilihuitzin. Comenzó á llorar Atozquentzin, condoliéndose de las desgracias del príncipe y de los trabajos de su hermano, y le dijo que era cierto que Totzintecuhtli habia variado de dictámen y estaba resuelto á auxiliar al emperador; pero que sin embargo ella haria todos sus esfuerzos para que le cumpliese al príncipe la palabra que le habia dado, y sin perder tiempo se restituyó á su palacio y mandó á Xolotecuh-

(1) En las historias antiguas de los mejicanos, como nota Clavigero, son muy frecuentes las alegorías, las cuales convertidas luego en realidades pasan de boca en boca, y el vulgo las adopta como si fueran hechos constantes; y tal seria acaso la aparicion de estas bestias que nuestro autor refiere por haberla hallado en los manuscritos de que se sirvió; pero mejor habria hecho en haberla omitido, mucho mas debiéndosele suponer, por el juicio y circunspeccion que muestra cuando refiere otros sucesos ménos increibles, muy distante de dar crédito á una conseja mas propia para entretener niños, que digna de ocupar lugar en la historia.—*E.*

tli que la siguiese. Habló luego á su marido, á quien halló muy distante de condescender á su súplica y firme en el dictámen de auxiliar al emperador. Reconvínole con su palabra empeñada al príncipe, y tantas veces ratificada, á que respondió que el afecto que tenia al príncipe le habia hecho ofrecerle socorro para restaurar su reino en otras circunstancias que las presentes, en que el semblante de las cosas le obligaba á mudar de intento: lo primero porque recelaba que el príncipe se ligaria con su tio el nuevo rey de Méjico, Itzcohuatl, hombre altivo, soberbio y ambicioso, que no se contentaria con solo su reino, sino que destruido una vez el imperio tecpaneca se levantaria con todo y querria dominarlo todo y sojuzgar á los demas príncipes, muchos de los cuales temerosos del valor y ambicion de Itzcohuatl habian guarnecido sus fronteras: y lo segundo porque estaba persuadido de que la mayor parte de los señores y gente principal de su reino se inclinaba mas al partido del emperador que al del príncipe, y si queria obligarlos á seguir este, temia ó que se le negasen abiertamente ó le pusiesen en estado de aventurar su reputacion.

Sin embargo de estas razones instó Atozquentzin con eficacia, y estrechó tanto á Totzintecutli, que este para evadirse del empeño determinó tomar un medio. Este fué mandar llamar á todos los señores y principales de su corte, y que en presencia de ellos diese Xolotecuhtli su embajada para ver qué semblante ponian, y cual era su inclinacion.

Juntáronse todos en breve rato; y habiendo mandado Totzintecuhtli entrar al embajador, dió este su embajada en los términos que se le mandó, y para in-

clinar los animos á su propuesta les dió noticia de hallarse Nezahualcoyotl auxiliado de muchos príncipes que nombró, y con un grueso ejército que llegaria á cien mil combatientes. Concluido su razonamiento mandó Totzintecuhtli á los circunstantes que diesen su dictámen.

La mayor parte se inclinaba á que se le diese al príncipe el socorro; pero temian que la gente vulgar, ó temerosa del poder del emperador ó afecta á él no consintiese en ello. En tales circunstancias determinó Totzintecuhtli que se hiciese la bárbara publicata que en semejantes ocasiones se acostumbraba hacer.

Levantóse en la plaza un tablado, y en él pusieron al embajador atado á un palo de pies y manos, y cubierto con unas mantas. Convocóse al pueblo al son de sus instrumentos militares, y á voz de pregonero se les hizo saber la demanda del príncipe, diciendoles que si querian ayudarle en la empresa se pondria en libertad al embajador, para que le llevase la respuesta; pero si no querian, al punto se le quitaria la vida, haciéndole pedazos: y descubriendo entónces al miserable embajador, quedó expuesto á la vista del pueblo, temblando de susto, y esperando la sentencia de su muerte; mas levantando entónces la voz todo el pueblo, pidió que le desatasen, que ellos querian de muy buena voluntad ayudar al príncipe Nezahualcoyotl, y estaban prontos á tomar las armas en su socorro.

Desataron luego al embajador, y le condujeron á presencia de Totzintecuhtli, que le recibió muy afable: le dijo que partiese luego, y dijese al príncipe que al dia siguiente marcharia con todo su ejército para estar el inmediato despues, señalado con el carácter de tre-

ce buhos, en las fronteras de Cohuatlican, y en el subsecuente de ce olin, un movimiento, que era el asignado por el príncipe, entraria conquistando sus tierras y apoderándose de sus poblaciones.

Marchó el embajador tan aterrorizado que habiendo llegado á Tezcoco, y dádole noticia de todo el suceso á Huitzilihuitzin, este le dijo que partiese sin dilacion á Calpolalpan á dársela al príncipe su señor: mas él no tuvo ánimo para ello, y le respondió sinceramente que le tenian tan acobardado los peligros en que se habia visto, que no se atrevia á exponerse á los que pudieran asaltarle hasta Calpolalpan, estando ya toda la tierra revuelta, unos en favor y otros en contra del príncipe. Hallábase Huitzilihuitzin convaleciente todavía de los tormentos que habia sufrido; mas con todo eso se resolvió á ir él personalmente á encontrar al príncipe y darle cuenta de todo.

El dia dos de agosto, señalado en su calendario con el geroglífico del tigre en el número once, salió el príncipe del alojamiento de Tlaxcallan con la tropa de socorro que allí le dieron, y marchó para Calpolalpan, entrando en varias poblaciones, de las cuales se iba agregando tropa, de suerte que al dia siguiente bien temprano llegó á Calpolalpan, mandando ya un razonable trozo de ejército. Halló allí los socorros de otras partes, y en aquella mañana llegaron otros que en todo componian como cien mil hombres, pero no tenian la copia de armas que era necesaria. El resto del dia y parte de la noche se empleó en ordenar la tropa y disponer las cosas. Al dia siguiente de madrugada marchó con todo su ejército en derechura á Otompan: apoderóse de la ciudad sin resistencia, é hizo pasar á cu-

chillo á Quetzalcuiztli, señor de esta provincia, y á otros muchos de los principales caballeros así otomites como tecpanecas. Perdonó la vida á algunos, y á toda la gente vulgar que se rindió y pidió misericordia, con la calidad de reconocerlo por supremo monarca.

Logrado felizmente este primer golpe determinó dividir el ejército y que los tlaxcaltecas, cuyo general se llamaba Cenmatzin, y los huexutzincas mandados por el suyo llamado Tonalxochitzin, con la demas tropa que se les agregó de otras poblaciones menores al comando de los dichos dos generales, marchasen en derechura á Acolman, conquistando todas las poblaciones que encontrasen por el camino, ínterin que la demas tropa hacia lo mismo con las que habian quedado atras, y que seguiria derechamente para su ciudad capital de Tezcoco, con lo que venia á quedar en medio, llevando á la derecha á los tlaxcaltecas y huexutzincas, y á la izquierda á los chalcas, que habian de entrar conquistando por Cohuatlican, para poder acudir con el grueso de su ejército donde lo pidiese la necesidad.

Los chalcas cumplieron su palabra, y el mismo dia cuatro entraron con un ejército de diez mil hombres mandado por el general Nauhyotl, á los que se agregó otro casi igual número de partidarios que el príncipe tenia en esta provincia, los que á vista del ejército de los chalcas tomaron las armas y se unieron á él. Penetró el general Nauhyotl con su ejército sin encontrar estorbo por las tierras de Cohuatlican hasta su capital en que tenian los tecpanecas mucha guarnicion. Esta les hizo una valiente resistencia al comando de Quetzalmaquiztli, rey de Cohuatlican. Defendiéronse algun tiempo, hasta que no pudiendo sostener el ataque de

los chalcas, huyeron los mas de ellos y desampararon la ciudad, excepto el rey con un corto número que se retiró al templo mayor, donde se hizo fuerte y desde lo alto de él se defendia con valor, hasta que atravesado de muchas flechas cayó del templo abajo muerto, con lo que se rindieron luego los pocos que lo acompañaban, y quedó la ciudad por el vencedor que continuó su conquista hasta cerca de Huexotla.

El príncipe marchó con su ejército el mismo dia cuatro de agosto, y á la media tarde llegó á los contornos de Huexotla, donde le salieron á recibir Tlacotzin, señor de ella, con toda la nobleza que siempre le fueron leales y un competente número de tropa que tenian ya prevenida para auxiliarle. Dos de los principales caballeros de allí que eran hermanos, llamados Tocantzin y Quautliztli, suplicaron al príncipe que entrase en la ciudad y se dignase ir á descansar un rato á su casa, donde le tenian prevenido un refresco; condescendió él á su ruego y fué á la casa de estos caballeros, donde le sirvieron una espléndida cena, y le hicieron otros varios regalos; pero el mas estimable en el dia fué un prodigioso número de arcos, flechas, macanas, rodelas y demas armas que ellos usaban, de que tenian llenas varias piezas de la casa. Fué para el príncipe muy estimable este regalo, porque no trayendo su tropa la municion correspondiente, como dejo ya dicho, pudo con esto proveerla sobradamente de todo lo necesario. Proveyeron tambien á todo el ejército de bastimentos con abundancia para aquella noche y el dia siguiente.

Luego que cenó se despidió de Tlacotzin y de todos aquellos caballeros, dándoles muchas gracias, y

continuó su marcha hasta un pueblecillo llamado Oztopolca inmediato á la corte de Tezcoco, donde llegó á la media noche: allí le salieron á recibir todos los señores, sus deudos, criados y vasallos fieles de la capital en tan crecido número, que ellos solos componian un competente ejército, todos con grandes expresiones y muestras de mucho júbilo y regocijo. No fué ménos el del príncipe, viéndose ya á las puertas de su corte, con un ejército tan poderoso para recobrar su imperio, y aliviar á sus vasallos y amigos de la opresion y trabajos que habian sufrido por serle fieles.

En este mismo pueblo de Oztopolca le estaba esperando Axayacatzin, infante de Mejico, nieto del rey Itzcohuatl que venia á hablarle de parte de su abuelo. Hallábanse los mejicanos y tlatelolcas sitiados del ejército tecpaneca, que repitiendo diariamente asaltos por varias partes los tenian en una continua inquietud. Tuvo noticia Itzcohuatl de que venia ya Nezahualcoyotl con un poderoso ejército contra Maxtla, y determinó enviar á su nieto á que de su parte le diese la bien venida, y á renovar la liga y la alianza entre ambos para ayudarse mutuamente contra el tirano, y para hacerle saber el aprieto y peligro en que se hallaban.

Holgóse mucho el príncipe de ver á Axayacatzin y de saber de la salud de su tio, y le dijo que volviese y le dijese que le estimaba mucho sus expresiones, y que por su parte estaba pronto á mantener la union y alianza con él, para ayudarse mutuamente hasta morir ó vencer al tirano, y con esto le despidió. Gastó el resto de la noche en ordenar sus tropas, distribuir los cargos, y en disponer todo lo necesario para asaltar la ciudad de Tezcoco al amanecer.

Apénas comenzó á rayar el dia, marchó con todo su ejército bien ordenado, y al llegar á los arrabales de la ciudad salieron todos los viejos, viejas y mugeres preñadas, otras con los niños en brazos, y mucho número de muchachos pequeños, y postrándose todos delante del príncipe, con muchas lágrimas le pidieron se apiadara de ellos, que en nada le habian ofendido, y el haberse sujetado al tirano y obedecido sus órdenes habia sido obligados de la fuerza y el poder, que no eran capaces de resistir, temerosos de las penas y castigos con que los habia amenazado; pero que en sus cosas habian servido siempre fieles á su legítimo soberano, como lo tenia bien experimentado. Apiadóse el príncipe á vista de aquel espectáculo, y mandó á sus capitanes que entrasen con la tropa en la ciudad, y pasasen á cuchillo al gobernador y ministros puestos por Maxtla, y á todos los tecpanecas que se habian avecindado en Tezcoco, pero que no tocasen ni el mas mínimo vasallo suyo. Obedecieron prontamente los capitanes, y entrando en la ciudad quisieron hacer alguna resistencia los tecpanecas que habia en ella, en considerable número, mandados por el gobernador Tlilmantzin, hermano bastardo del príncipe, y por Nonohualcatl, cuñado suyo pero tambien su enemigo y parcial de Maxtla, y por otro deudo suyo llamado Toxpili; pero duró muy poco la resistencia, porque cargados del mayor número, no pudiendo sostener el ataque echaron á huir, muriendo muchos, otros escaparon con la fuga, y entre estos últimos fueron los tres gefes, que no pudieron haberlos á las manos: hízose todo con tanta prontitud que ántes de medio dia estaba ya concluido, y la ciudad quieta y tranquila. Entró el príncipe paseando la

mayor parte de ella, por las calles mas principales con muchos víctores y aclamaciones, y fué á descansar en su palacio de Cilan.

Los tlaxcaltecas y huexutzincas con su ejército entraron rápidamente por el territorio de Acolman, desde Tezontepec derramándose como furiosa avenida por todas las poblaciones del reino, sin perdonar edad ni sexo hasta reunirse en las inmediaciones de la capital. Embistiéronla furiosos y en breve tiempo se apoderaron de ella, á pesar de la resistencia que les hizo la guarnicion tecpaneca que habia dentro, de la que pereció la mayor parte, siendo pocos los que lograron escapar la vida con la fuga. Teyolcocohuatzin rey de Acolman, sobrino de Maxtla, peleó bizarramente animado de sus soldados hasta que murió á manos de Tenalxochitzin general de los huexutzincas. Tanto en la capital como en las demas poblaciones fué tan horrible la matanza y el estrago que en un solo dia hicieron, que algunos lugares quedaron enteramente destruidos; todos los dieron á saco los generales, y fué muy considerable el botin que cogieron los soldados. Conquistado con esta facilidad y brevedad el reino de Acolman, pusieron en su capital una competente guarnicion de tropa veterana, y los generales marcharon sin detenerse con el resto del ejército la vuelta para Tezcoco, á unirse con el príncipe y darle cuenta de sus operaciones.

El príncipe Nezahualcoyotl despues de haber comido y descansado un rato en el palacio de Cilan, y dado las órdenes correspondientes para guarnecer la capital y arrabales, salió aquella misma tarde con un grueso destacamento para auxiliar á los tlaxcaltecas y huexutzincas, de cuyos progresos no estaba todavía noti-

cioso y habiendo llegado al caer de la tarde á Chiauhtla le recibió allí un caballero de sus parciales, llamado Tetlaxmcatzin, suplicándole se dignase pasar á descansar á su casa. Aceptó el príncipe el convite y determinó quedarse allí aquella noche: fué muy bien servido y regalado y toda su comitiva y tropa, y estando allí llegaron los generales tlaxcalteca y huexutzinca con la suya. Diéronle cuenta de todo cuanto habian ejecutado y la enhorabuena de la felicidad y prontitud con que habia logrado apoderarse de su corte y reino de Tezcoco, y le manifestaron todos los despojos que habian tomado en Acolman y demas poblaciones conquistadas para que dispusiese de ellos.

Recibiólos el príncipe con mucha afabilidad y regocijo dándoles tambien la enhorabuena del feliz suceso de sus armas, y manifestándoles con muchas expresiones su gratitud, les concedió todo el despojo para que ellos y su tropa lo repartiesen entre sí. Diéronle cuenta del número de tropas que habian dejado de guarnicion en la capital, y considerando el príncipe que con ella quedaba bienguarnecida esta provincia y que con el gran número de gente de sus estados patrimoniales, que habia tomado las armas y se le habia agregado, estaba ya en estado de no necesitar las auxiliares, les dijo que si gustaban de entrar en su corte y descansar en ella algunos dias, le seria muy agradable; pero que si no querian detenerse, sino restituirse luego á sus respectivos paises, desde luego les daba licencia para ello, llevando consigo sus tropas y dejando solamente aquellas veteranas que habian quedado de guarnicion. Aceptaron los generales de mejor gana esto segundo, y determinaron partirse luego á sus tierras. Tuvolo á bien

el príncipe y les mandó que diesen de su parte á sus soberanos las gracias por el favor que les habia debido, y que esperaba se lo continuasen para proseguir la guerra contra el tirano, luego que tuviese ordenadas las cosas de su reino, para lo cual les daria aviso á su tiempo.

A la mañana siguiente determinó el príncipe volverse por el mismo camino y sin entrar á Tezcoco avanzar hasta Huexotla, en cuyos contornos estaba acampado el ejército de los chalcas, concluida ya la conquista de todo el pais de Cohuatlican. Luego que llegó á Huexotla se le presentó el general Nauhyotl y los principales oficiales del ejército chalca, dándole la enhorabuena del feliz suceso de sus armas, y entregándole todo el pais que en su nombre habia conquistado, correspondió el príncipe con muchas expresiones de gratitud, atribuyendo á su conducta y al valor de sus tropas la felicidad de la empresa. Dióles todo el despojo que habian tomado en el pais conquistado, que tambien fué cuantioso, y el permiso de restituirse á su reino dejando solamente alguna tropa de guarnicion en las principales poblaciones. Con esto partieron los chalcas muy contentos, y el príncipe se restituyó á su corte de Tezcoco.

Convocó luego á todos los señores y gente principal de su reino y de las provincias conquistadas, y se hizo reconocer y jurar por supremo monarca, y sin pérdida de tiempo hizo guarnecer de buena y numerosa tropa todas sus fronteras, desde Tezontepec á Chiuhnautlan, y toda la ribera de la laguna que corre para el Sur desde este lugar hasta Iztapalocan. Con no ménos diligencia y eficacia se aplicó luego al gobierno de sus pueblos, á restaurar la policía y la administracion de

justicia, logrando en todo felices progresos con las sábias máximas de su cuerda conducta.

CAPITULO LII.

Piden socorro los mejicanos á Nezahualcoyotl, y va á esta embajada el infante Moteuhzuma que es bien recibido del príncipe, quien envia á pedirlo en su nombre al señor de Chalco que lo niega. Trabajos que pasa Moteuhzuma. Accion plausible de los señores de Huexutzinco. Liberta al infante un caballero, y vuelve á Tezcoco. Rebélase contra el príncipe el señor de Huexotla porque socorre á los mejicanos.

La rapidez de los progresos de Nezahualcoyotl, que en el corto tiempo de quince dias salió fugitivo de Tezcoco, caminó perseguido por todas partes de sus enemigos, de cuyas manos escapó maravillosamente la vida, y en tantos riesgos y empeños dificiles halló prontos los socorros de sus amigos con que logró juntar en un momento un ejército poderoso con que volver sobre sus enemigos y conquistar, no solo su reino hereditario sino tambien los de Acolman y Cohuatlican, es un conjunto de sucesos tan raros y extraordinarios que manifiestan que no fueron dirigidos ni podian haberse tan facilmente dispuesto por el órden comun de las cosas humanas, sino por una suprema extraordinaria providencia de Dios, que quiso hacer resplandecer su poder sobre este monarca gentil en todo el discurso de su vida, guardándola tantas veces con visibles prodigios, defendiéndole de sus enemigos, protegiendo sus empresas, co-

ronándole de victorias, y sobre todo ilustrando su entendimiento con superiores luces para que le conociese y adorase como verémos adelante.

Su triunfo, pues, y felicísima conquista en tan corto tiempo sorprendió de tal suerte los ánimos de Maxtla y sus ministros, introduciendo en ellos el terror y el espanto, que faltos de consejo no acertaban á tomar providencia alguna con que oponérsele, y lo mas que hicieron fué procurar reforzar las guarniciones de sus fronteras con las tropas que pudieron levantar, respecto á tener ocupado su ejército en el sitio de Méjico que, si lo levantaban, temian que los mejicanos invadiesen sus estados, teniéndolos tan vecinos y considerándolos parciales de Nezahualcoyotl; pero reflejando luego que si este queria invadir sus fronteras, no eran poderosas sus guarniciones para resistir el ataque, resolvieron estrechar el sitio de Méjico, y concluirle.

Para esto levantaron un prodigioso número de tropas, con las cuales menudeando los asaltos por todas partes procuraban hacerse dueños de aquella poblacion, para convertir despues todas sus fuerzas contra Nezahualcoyotl.

Manteníase este príncipe en su corte, atendiendo á los negocios del gobierno, procurando restablecer el órden y policía que guardaron sus mayores, y al mismo tiempo iba levantando tropas de sus propios estados y vasallos; y este negocio, y el cuidado de disciplinarlas lo tenia encargado á Iztlacautzin, uno de sus generales, que sucedió en el señorío de Huexotla, por haber muerto su padre Tlacotzin pocos dias despues de la toma de Tezcoco.

*

Entretanto los tecpanecas continuaban el sitio de Méjico, y apretaban fuertemente á los mejicanos. Defendianse estos vigorosamente, porque tenian mucha gente bajo de la sábia conducta y mando de su valiente general el infante Tlacaeleltzin, pero temiendo á cada instante ser miserable despojo del furor tecpaneca. Bien sabia el príncipe sus trabajos, y deseaba socorrerles; pero le parecia que no estaba todavía en estado de intentarlo, porque para ello era necesario valerse de tropas auxiliares, y sabia muy bien que muchos de los señores aborrecian de tal suerte el nombre mejicano, que habian de negarle los socorros en sabiendo que eran para auxiliarles, y así se mostraba indiferente, desentendiéndose de este negocio.

Viendo esto el rey Itzcohuatl y los señores mejicanos, se persuadian á que el príncipe, viéndose ahora lisonjeado de la fortuna, pensaba vengarse de antiguos agravios, reviviendo en su corazon la memoria de que la alianza de los mejicanos con Tetzotzomoc fué la causa de la destruccion de su reino, de la muerte de su padre y de todos sus trabajos; y así no se atrevieron á pedirle socorro.

Así se mantuvieron hasta fines del año de 1427, en que llegando ya á lo sumo su afliccion determinó Itzcohuatl enviarle una solemne embajada, dándole noticia del miserable estado en que se hallaban, pidiéndole perdon de lo pasado é implorando su socorro. Para esto nombró á su sobrino Moteuhzuma, á quien despues dieron el nombre de Ilhuicaminan y mandó que le acompañasen otros dos caballeros de los mas principales y valerosos capitanes, llamado el uno Tepolomichin, y el otro Tepuchtli, y le dió todas las instrucciones ne-

cesarias, ordenándole que luego sin dilacion partiese para Tezcoco.

Cumplió el embajador la órden con tanta puntualidad, que para no detenerse en nada, mandó á Tepuchtli que fuese á su casa, y tomase alguna ropa que llevar al viaje, y procurase alcanzarle con ella, y él con Tepolomichin se embarcó luego, burlando la vigilancia de los sitiadores, sin ser sentido de ellos, y caminó para Tezcoco; y para llegar con mas brevedad, atravesó la laguna por mas arriba, y aportó en poco tiempo á las costas del territorio de Chiauhtla.

Llegado á presencia del príncipe, se holgó este mucho de verle, y tener noticia de su tio; y Moteuhzuma cumpliendo con su encargo le dijo de esta suerte: „Señor: mi rey, y vuestro tio, me envia á manifesta-„ros el gran júbilo y complacencia que tiene de vuestros „felices sucesos, creyendo y deseando que á tales prin-„cipios correspondan los mas prósperos fines, y á ma-„nifestaros el miserable estado en que se hallan los me-„jicanos, rodeados por todas partes de sus enemigos, „y esperando por instantes su última ruina ¿es posible, „señor, que viviendo tú han de perecer ellos? no es „tiempo ahora de que te acuerdes de sus ingratitudes, „ni en un magnánino corazon como el tuyo debe tener „lugar el deseo de venganza. Si ignorantes te agravia-„ron, uniéndose al tirano Tetzotzomoc contra tu ilus-„tre padre, quizá en ello tuvo mas parte el temor de „su tiranía, que el ódio y desafecto. Bien te lo han „manifestado sus acciones durante el tiempo de tus tra-„bajos. A sus reinas y matronas debiste que cesase el „tirano de perseguir tu vida, siendo la ciudad de Mé-„jico tu asilo, y no contentas con esto volvieron á em-

„ peñarse para restaurarte la libertad. ¿Será, pues,
„ decoroso á tu grandeza dejarlos ahora perecer á ma-
„ nos de tu enemigo? La sangre que derramaren sus
„ príncipes y nobles tuya es, y del mismo orígen que la
„ que corre por tus venas: mira, pues, por cuantos tí-
„ tulos estás obligado á socorrerlos, para que deponien-
„ do cualquier sentimiento ocurras á favorecer á los me-
„ jicanos."

Aun no habia concluido su razonamiento Moteuhzuma cuando llegaron apresuradamente á presencia de Nezahualcoyotl, unos soldados de los que guardaban las fronteras en la costa de Chiuhnauhtlan, diciéndole como habia llegado allí un caballero mejicano que decia venia acompañando á Moteuhzuma, á quien habian detenido hasta darle cuenta. Este era Tepuchtli, que habiendo hecho con brevedad la diligencia que se le encargó, y tomando la ropa del infante, le siguió sin dilacion habiendo logrado escapar de los sitiadores, y desembarcando en la misma costa de Chiuhnauhtlan, le cercaron los guardas de aquella frontera preguntándole quien era. Respondió que era mejicano é iba en seguimiento de Moteuhzuma, que venia de embajador del rey Itzcohuatl á hablar á Nezahualcoyotl. Dijéronle las guardias que por allí no habia llegado Moteuhzuma, y que así para averiguar la verdad se quedase preso hasta que diesen cuenta á Nezahualcoyotl. Contestó Moteuhzuma que era cierto venia en su compañía, lo que oido por el príncipe, mandó que le pusiesen en libertad para que viniese á su presencia.

Respondió luego al razonamiento de Moteuhzuma con expresiones muy afables, haciéndole entender que en su magnánimo corazon estaban enteramente borradas

las memorias de los antiguos agravios, y muy vivas las de los beneficios que habia recibido de las señoras mejicanas, para corresponderlos debidamente; y que lo hubiera ya ejecutado, marchando prontamente en su socorro, si con mas brevedad hubiera podido levantar en número de tropas necesario para la expedicion, de sus propios vasallos, sin tener que pedirlas á los otros príncipes. Pero que hallándose ya los mejicanos en tanto conflicto como le significaba, marcharia prontamente á su socorro, pidiendo auxilio de tropas á los príncipes su aliados; para cuyo efecto ordenó que el mismo Moteuhzuma, acompañado de Tepolomichin, pasase inmediatamente á Chalco, y en su mombre dijese á Tochintecuhtli, Señor de allí, que con toda brevedad le enviase la gente de guerra que le habia ofrecido, para que unida á la suya marchasen luego al socorro de Méjico. Al mismo tiempo despachó otros cuatro mensageros á Huexotla, para que dijesen á Iztlacauhtzin, señor de allí, á quien habia dado la comision de levantar tropas en todo el territorio de los estados patrimoniales, que acudiese luego con todas las que tuviese prontas á la corte de Tezcoco, á unirse allí con todo el ejército.

Partieron luego unos y otros, y llegados á Chalco Moteuhzuma y Tepolomichin, se presentaron á Tozintecuhtli, y le dieron su embajada.

Era Tozintecuhtli enemigo mortal de los mejicanos, y así luego que la oyó, lleno de cólera é indignacion mandó poner presos á los mensageros en unas fuertes jaulas, y prorrumpió en palabras injuriosas y sentidas expresiones contra Nezahualcoyotl, porque olvidado de su honor, y de los agravios de los mejicanos, intentaba ahora favorecerlos, cuando debia emplear to-

dos sus esfuerzos en destruirlos, hasta que no quedase memoria de ellos; que para esto sí le ayudaria con todo su poder; y que si hubiera sabido que el príncipe se habia de empeñar en favorecer á tan viles enemigos, de ningun modo le hubiera auxiliado con sus tropas para recobrar su reino.

Mandó luego á dos caballeros de su corte que partiesen sin dilacion á Huexutzinco, llevando consigo á los presos con buena guardia, y dijesen de su parte á los señores de aquella república que el príncipe Nezahualcoyotl, faltando á sus obligaciones, le habia enviado á pedir con aquellos caballeros mejicanos auxilio de tropas, para ir á socorrer á Méjico, lo que le habia indignado tanto, que habia hecho arrestar á los mensageros, y se los remitia para que si queria sacrificarlos en su ciudad lo ejecutasen: que allá irian sus chalcas á celebrar el sacrificio.

Oyeron los huexutzincas la embajada, y levantándose el senador mas anciano, llamado Xayacamachan, les dijo: „Volved á vuestro señor con los presos que „ habeis traido, y decidle que la nobleza huexutzinca „ no ha sabido jamas manchar las manos en la sangre „ inocente. ¿Cuál es el delito de estos caballeros? ¿Por „ ventura el obedecer con fidelidad á su rey, que les en„ via á pedir socorro á Tezcoco, es delito de muerte? „ ¿Acaso porque obedecieron con igual rendimiento al „ príncipe Nezahualcoyotl, que los envió á pedirlo en „ su nombre á Chalco, merecen morir? Aunque desde „ la muerte del emperador Ixtlixochitl hemos mirado „ con poco afecto á la nacion mejicana, no podemos „ negar el título de parentezco que tenemos con sus re„ yes, y jamas hemos tenido con ellos guerra; pero

„ aunque la tuviéramos, siempre nos pareceria accion „ injusta vengar nuestro enojo en estos mensageros, „ que no hacen otra cosa que cumplir como deben el „ mandato de su señor; y así decid al vuestro, que de „ ningun modo queremos mezclarnos en esta alevosía."

Volviéronse con esta respuesta los mensageros, y viendo Tozintecuhtli despreciada de los huexutzincas su accion, determinó valerse de ella para reconciliarse con el emperador Maxtla; y mandando poner en las jaulas á los prisioneros, encomendó la custodia de ellos á un caballero principal, llamado Quateotzin, y ordenó á los mismos mensageros que habian ido á Huexutzinco, que partiesen sin dilacion á Azcapuzalco, y dijesen de su parte al emperador Maxtla, como tenia allí enjaulados aquellos dos caballeros mejicanos, para que dispusiese de ellos, y ordenase el género de muerte que queria se les diese, y que toda su gente estaba pronta para auxiliarle contra los mejicanos, y contra el príncipe Nezahualcoyotl.

Cumplieron los mensageros con su encargo; pero tambien fueron muy mal recibidos de Maxtla, quien con palabras injuriosas, y tratándolo de traidor, desleal y fementido, mandó decir á Tozintecuhtli que hiciese lo que quisiese con los mejicanos que tenia presos; que para nada le habia menester, ni á él, ni á su tropa; que procurase tenerla bien apercibida para defenderse de sus tecpanecas, que presto irian á destruirle (1).

(1) El justo y universal desprecio que por esta indigna accion se grangearon los chalcas fué causa de las inconsecuencias que cometieron despues con los monarcas de Anáhuac, pues ya favorecian á uno ya á otro: y es que creyéndose, y con razon,

El caballero Quateotzin, á quien se encomendó la guarda de los presos, llevó muy á mal la accion de su señor, especialmente respecto de Moteuhzuma, príncipe de la sangre real, y quien por su valor y prendas se habia grangeado mucho aplauso; y temiendo que Maxtla mandase que les quitaran la vida, determinó ponerlos en libertad aquella noche que intermedió, mientras iban y venian los mensajeros de Azcapuzalco. Para esto llamó á un criado suyo, nombrado Tonalhuac, y le mandó que fuese á la prision, y dijese á los guardas que dejasen salir libres á los prisioneros, y en saliendo que dijese de su parte á Moteuhzuma que él no podia sufrir que se hiciese tal iniquidad con persona tan ilustre como él, ni dejarle en el riesgo de que perdiese la vida, y así le ponia en libertad para que huyese y la salvase. Que bien conocia que la vida que le daba habia de pagarla con la suya; pero que la daria por bien perdida, por libertar la de un personage de tan alto carácter que padecia sin causa: que si en algun tiempo le pusiese la fortuna en parage de amparar á sus hijos, lo hiciese, acordándose de lo que por él hacia. Que le advertia no tomase el camino real, porque indefectiblemente caeria en manos de los guardas que se habian mandado poner en las fronteras, sino que fuese por veredas escusadas, para no ser sorprendido.

Obedeció Tonalhuac, y los guardas pusieron en

---

aborrecidos de todos, se adherian facilmente al partido de aquel á cuyo favor esperaban que se inclinase la balanza del poder. Esto sucede á todos los que separados del camino de la justicia, no tienen otra regla de conducta que la satisfaccion de su venganza y otras ruines pasiones.—*E.*

ibertad á los presos. Dióle á Moteuhzuma el mensa- ge de su señor, á que correspondió con muchas expre- siones de gratitud, manifestando mucha pena del ries- go en que dejaba á su bienhechor. Marcharon luego al favor de la oscuridad, hasta salir de la ciudad, y omando las veredas escusadas, caminaron toda la no- che, de suerte que antes de amanecer llegaron á Chi- nalhuacan, situado en una punta de tierra, que se in- erna en la laguna de Tezcoco por la banda del Po- iente, con ánimo de seguir hasta Méjico: mas no se treviero á embarcarse, temerosos de ser descubier- os y sorprendidos en la laguna, y así determinaron evolver hácia Tezcoco, tomando el camino por los nontes.

Antes de medio dia llegaron á Tezcoco, y dieron oticia de todo lo sucedido á Nezahualcoyotl, que ya a tenia de su prision y remesa á Huexutzinco: porque os señores de esta ciudad, fieles amigos suyos, proce- iendo con noble hidalguía, le despacharon luego aviso e lo que habia pasado con el de Chalco, ofreciéndole e nuevo todas sus tropas para auxiliarle contra él, ú tro cualquiera de sus enemigos.

Agradeció mucho el príncipe tan noble accion, y on los mismos que le trajeron la noticia les envió á ecir, que hiciesen marchar luego sus tropas á su ciu- ad de Tezcoco, y al mismo tiempo despachó otros ensageros á los señores de Tlaxcallan, para que con oda brevedad le enviasen las suyas, porque al mismo empo le habia llegado noticia de que los que envió á uexotla habian sido peor recibidos de Iztlacautzin, as acérrimo enemigo de los mejicanos que el señor de halco, el cual oyendo la órden del príncipe, y vien-

do que las tropas que le habia mandado levantar iban á emplearse en favor de los mejicanos, se indignó de tal suerte que mandó hacer pedazos á los mensageros, en medio de la plaza, y prorrumpiendo en injurias contra el príncipe, se declaró traidor, amotinando contra él la gente, no solo de su territorio, sino toda la demas que habia levantado en nombre del príncipe en sus dominios hereditarios. Mas como la mayor parte de estos eran leales vasallos, y amaban mucho á su señor, se retiraron prontamente del campo de Huexotla, y vinieron á Tezcoco á dar el aviso á su soberano. Mandó á su hermano prontamente que recibiese y que alistase á todos los que venian de Huexotla, y al mismo tiempo levantase toda la gente que pudiese, así dentro de la ciudad como en sus contornos. Hízolo así el infante con mucha brevedad y destreza, y como perito en el arte de guerra, procuró con toda diligencia guarnecer bien las fronteras de Huexotla, para impedir cualquiera accion que pudiese intentar el traidor Iztlacauhtzin, estando tan inmediato á la ciudad de Tezcoco.

CAPITULO LIII.

Manda el señor de Chalco despedazar á Quateotzin porque dió libertad á los mejicanos, y procura reconciliarse con Nezahualcoyotl, que le desprecia y amenaza. Pasa el príncipe secretamente á Méjico; reconoce sus fortificaciones y tropas, y da las órdenes convenientes para avanzar por diversas partes en los estados de Azcapuzalco. Vuelve á Tezcoco, envia el socorro á Méjico, y él se embarca con su tropa. Entran por cuatro partes las tierras de Azcapuzalco, y en todas se combate con ardor, hasta rechazar á los enemigos, y les ganan los mejicanos una trinchera muy fuerte.

Grande fué el contento y alegría del príncipe cuando llegaron á su presencia Moteuhzuma y Tepolomichin, porque habia ya consentido en que no volverian vivos de su comision. Condolióse mucho de sus trabajos, y procuró animarlos; y considerando el sumo cuidado en que estaria Itzcohuatl, determinó que Tepolomichin y Tepuchtli volviesen á Méjico, y le diesen noticia de todo lo acaecido, asegurándole que luego que llegasen las tropas de Huexutzinco y Tlaxcallan, marcharia en su socorro, y quiso que el infante Moteuhzuma se quedase en su compañía.

Partieron luego los dos caballeros, y habiendo escapado felizmente de los enemigos, arribaron á Méjico, y su llegada fué para todos de mucha alegría; porque ya pronosticaban infeliz suceso de su tardanza. Dieron cuenta de todo á Itzcohuatl, y la esperanza del próximo socorro infundió nuevo aliento en los sitiados.

Poco rato despues de haber partido estos caballeros, avisaron al príncipe que acababan de llegar unos mensageros del rey de Chalco que querian hablarle. Mandóles entrar, y ellos lo hicieron con muchas demostraciones de rendimiento y veneracion, y le dijeron que su rey los mandaba á dar una entera y cumplida satisfaccion de sus procederes, en que no habia tenido parte alguna el ódio ni desafecto, sino ántes por el contrario el mucho amor y lealtad que le tenia, y el que le impelia á desear que todos los que fueron cómplices y contribuyeron á sus desgracias y trabajos experimentasen el merecido castigo: y así al ver que no solo dejaba sin escarmiento la perfidia de los mejicanos, que tanta parte tuvieron en ello, sino que intentaba protegerlos, le cegó su pasion, transportándole á los excesos que cometió; mas habiendo vuelto sobre sí, y reconociendo que el verdadero amor y lealtad se manifiesta perfectamente en deponer el propio dictámen por complacer á la persona amada, habia resuelto ejecutarlo así, pidiéndole perdon de sus yerros, y ofreciéndose á servirle y auxiliarle con sus tropas en favor de los mejicanos.

Esta repentina mudanza del de Chalco nació de que habiendo vuelto los mensageros de Azcapuzalco, y dádole la respuesta desabrida de Maxtla, mandó sacar de la jaula á los presos, y que los despedazasen en medio de la plaza; mas sabiendo luego su fuga por órden de Quateotzin, volvió contra él todo su enojo, y mandó que sin dilacion le quitasen la vida, y á su muger, hijos y criados, y á los guardas de las jaulas, y así se ejecutó, sin que escapasen mas que dos hijos de Quateotzin, uno varon, y una muger, á quienes

despues amparó y favoreció mucho en Méjico Moteuhzuma.

Viéndose despues el chalca despreciado de los huexutzincas, amenazado de Maxtla, y que en vez de grangear amigos con su torpe accion, como se habia figurado, habia aumentado el número de sus enemigos, intentó ponerse á cubierto, reconciliándose con Nezahualcoyotl; mas este prudente príncipe, habiendo oido la embajada, respondió á los mensageros de esta suerte: „Decid á vuestro rey que si yo procediera tan „villanamente como él, la respuesta que daria á su „mensage seria mandaros hacer pedazos; pero que en „mi pecho no tiene lugar la venganza, y mucho mé„nos la crueldad, para ejecutarla en los inocentes, si„no la justicia para castigar traiciones y alevosías: „que no necesito de su socorro para amparar á los me„jicanos, porque me sobran amigos fieles, y vasallos „leales que me ayuden á la empresa: que procure te„ner sus tropas bien apercibidas, porque en socorrien„do á los mejicanos, volveré sobre él á destruirle."

Partieron confusos los mensageros con esta respuesta, y el de Chalco luego que la supo, procuró guarnecer bien sus fronteras, cortando enteramente la comunicacion entre sus vasallos, y los de Tezcoco.

Por instantes esperaba el príncipe que llegasen las tropas de sus aliados, y el infante Quautlehuanitzin se habia dado buena prisa en juntar gente y levantar tropas en los estados hereditarios, de suerte que contaba ya mas de cien mil hombres, y los tenia alojados en los campos de Acolman, Chiauhtla, y los contornos de Tezcoco. Pero ántes de emprender accion alguna quisiera el príncipe ver por sí mismo el estado en que

se hallaban las ciudades de Méjico y Tlatelolco, el número de tropas y gefes que tenian, y tratar con los reyes Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin sobre el órden y disposiciones de la guerra; y así impelido de su eficacia, y gobernado de su ardiente espíritu, determinó pasar personalmente á Méjico de secreto, y ya entrada la noche se embarcó sin ser sentido, llevando solo en su compañía á Motehuzuma, y algunos pocos criados de su confianza. Navegó felizmente, y al amanecer desembarcó en Tlatelolco por la ribera de Levante, donde está ahora la albarrada de San Lázaro.

Grande fué el alborozo de los mejicanos cuando lo vieron, y dando prontamente aviso á sus reyes, salieron estos á encontrarlo, manifestándole en los semblantes el regocijo y en las expresiones la gratitud. No habia tiempo que perder, y así en el corto rato que reposó dijo á los reyes el fin de su venida, y volvió á salir con ellos á reconocer las fortificaciones de la ciudad. Se le presentó la tropa, cuyo número pasaba de setenta mil hombres (1); todos sus gefes llegaron á saludarle, y él correspondió á todos con mucha urbanidad.

(1) Aquí hay exageracion, ó grande equivocacion. No podian las dos ciudades de Méjico y Tlatelolco solas armar un ejército tan numeroso. Es verdad que cuando se defendieron de Cortez murieron durante el sitio mas de ciento cincuenta mil, y que apoderados los españoles de Méjico, y habiendo mandado salir de la ciudad á los habitantes, estuvieron tres dias y tres noches llenos los tres caminos de la gente que iba á refugiarse á otros lugares, lo cual prueba que era numerosísima la poblacion de esta ciudad; pero en la época de que vamos hablando no habia llegado al grado de esplendor en que la hallaron los españoles, por las conquistas que hicieron sus reyes en cerca de un

Restituyóse al palacio de Itzcohuatl á tratar con él y con Quauhtlatohuanitzin, y otros gefes principales, sobre el órden y modo en que habian de acometer al enemigo. Quedó pues acordado, que luego que acabasen de juntarse las tropas auxiliares enviaria el príncipe doscientos y cincuenta mil hombres á Méjico: que los dos reyes con sus tropas mejicanas y tlatelolcas acometerian en derechura por las fronteras de Azcapuzalco. Que el infante Motehuzuma con cien mil hombres de los que enviaria Nezahualcoyotl habia de entrar por Tlacopan. Que el infante Tlacaeleltzin con otros cien mil habia de avanzar una trinchera y casas fuertes que tenian los enemigos, en el parage donde se juntan los dos rios de Azcapuzalco y Tlalnepantla, entre la dicha ciudad de Azcapuzalco y el cerro de Tepeyacac, y que Nezahualcoyotl con el resto de sus tropas vendria á desembarcar á la misma falda del dicho cerro Tepeyacac, y entraria por allí corriendo la ribera de dichos rios, talando y destruyendo todas las poblaciones que habia en ellas hasta Azcapuzalco. Que el avanze habia de ser á un tiempo por todas partes, para cuyo efecto, luego que el príncipe desembarcase su tropa, haria poner una lumbrada en lo alto del cerro de Quauhtepec, contiguo al de Tepeyacac, pero mas elevado, y luego que la viesen avanzasen todos á un tiempo, cada uno por la parte que le tocaba; y finalmente que se pusiese bue-

siglo que intermedió de una á otra época: pudiendo decirse que en el reinado de Itzcohual no habia en realidad como en el de Mocteuhzuma imperio mejicano, sino que este empezaba á formarse, y estaba por entónces reducido á la ciudad de Mejico. —*E.*

na guarnicion en Culhuacan, para impedir cualquiera accion que pudieran intentar por allí los xochimilcas, aliados del emperador, que eran poderosos.

Llegado el medio dia sirvieron al príncipe un abundante y espléndido banquete, que duró hasta media tarde, y al acabar de comer llegaron ciertas espías, dando noticia de que el emperador Maxtla tenia acampado en los contornos de su corte un formidable ejército que llegaba á trescientos mil hombres, cuyo mando habia entregado á un valiente y esforzado general, llamado Mazatl, y que estaba determinado para de allí á tres dias acometer á las ciudades de Méjico y Tlatelolco con todo este ejército. En vista de esta novedad determinó acelerar las cosas, para acometer primero y llevar al pais enemigo la guerra, sin esperar á que ellos lo hiciesen: para lo cual ofreció el príncipe que aunque no hubiesen llegado todas las tropas auxiliares, enviaria al dia siguiente todo el mayor número que pudiese, para que dividido entre los dos infantes acometiesen por los parages determinados, al mismo tiempo que los reyes por las fronteras de Azcapuzalco, y que él con la tropa que le quedase iria por Tepeyacac, como estaba acordado, y que esto fuese de allí á dos dias muy de mañana, que era el señalado con el geroglífico de once conejos, y segun mi cómputo fué el doce de febrero del año de 1428.

Luego que anocheció se embarcó el príncipe con solos sus criados, y caminó sin hallar embarazo, porque los enemigos se habian retirado á Azcapuzalco para sus prevenciones. A mas de media noche llegó á Tezcoco, y halló la noticia de haber llegado ya la tropa de Huexutzinco, que la venian mandando sus mis-

mos señores Xayacamachan y Quauhtepetl, que estos son los nombres que les dan en esta ocasion. En cuanto al primero no hay variacion, pero sí en el segundo, que no dicen si es el mismo que Temayahuatzin, de quien ya dijimos al capítulo L que estaba gobernando en compañía de Xayacamachan, cuando la fuga de Nezahualcoyotl, ó es otro distinto que sucedió en su lugar.

Tambien habian ya llegado las tropas auxiliares de Chollolan, Tepeyacac, y otras partes, y aunque faltaban todavía las de Tlaxcallan, las que habia juntas componian el número de trescientos mil combatientes.

El ardiente espíritu del príncipe no le permitió tomar reposo, sino que inmediatamente comenzó á dar las órdenes convenientes para que muy de mañana marchase á Méjico la gente, para cuyo transporte tenia ya prevenido de antemano el infante Quauhtlehuanitzin copioso número de canoas, y habiendo hecho embarcar en ellas la gente, ántes de salir el sol navegaban ya para Méjico.

Cuando llegaron á parage en que pudieron ser vistos de los enemigos que guardaban las fortificaciones de las fronteras en las riberas de la laguna, quedaron estos asombrados al ver aquella multitud, y creyendo que iban á echarse sobre sus costas, dieron aviso prontamente á su soberano. Conturbóse Maxtla al oirlo, no haciéndosele posible que pudiese el príncipe haber juntado tan formidable ejército, y llamando luego á su general Mazatl le ordenó que apercibiese brevemente sus tropas, y marchase con ellas á la ribera de la laguna, para impedir el desembarco. Ejecutólo así el general, é hizo marchar con prontitud toda la gente que pudo.

Entretanto se fueron acercando las tropas de Tezcoco, y llegaron á tomar puerto las canoas en la costa oriental de Tlatelolco. Con esto calmó algun tanto el susto de los tecpanecas: pero siempre quedaron cuidadosos viendo á Méjico tan guarnecido, y no pensaban ya en acometerle.

Al dia siguiente muy de madrugada se embarcó Nezahualcoyotl con su tropa, que pasaba de cincuenta mil hombres, mandados en gefe por él, y bajo sus órdenes por el infante Quauhtlehuanitzin su hermano, los príncipes Tzontecohuatl y Acolmiton sus sobrinos y Xayacamachan señor y general de los huexutzincas con alguna de su gente, porque la mayor parte fué á Méjico con Quauhtepetl, y otros muchos valientes capitanes. Nezahualcoyotl dió la órden á toda su gente de llevar armas lisas, sin plumas ni adorno alguno, y de que tampoco llevasen en su cuerpo joyas, ni otro aderezo de los que acostumbraban ponerse cuando salian á campaña, sino que fuesen todos vestidos de mantas blancas, sin labor alguna.

Al salir el sol llegó á las faldas de Tepeyacac; y haciendo desembarcar prontamente su tropa y ponerla en órden, mandó encender la lumbrada en la cima del cerro de Quauhtepec. Luego que vieron la seña los mejicanos, que ya estaban apercibidos, saltaron prontamente en las canoas para atravesar el corto trecho de la laguna que mediaba, y embistieron á un tiempo por los tres lados, con tanta furia, que no pudieron los enemigos estorbarles el desembarco. Comenzóse la batalla en las costas de Azcapuzalco, con tanto ardimiento de una y otra parte que corrian arroyos de sangre. El valeroso infante Tlacaeleltzin acometió con su

gente las trincheras y casas fuertes, con tal ímpetu, que hizo en los enemigos un horrible estrago, y á no ser tan numerosa su guarnicion del primer avanze, se hubiera apoderado de ellas.

Peleóse valientemente de una y otra parte hasta el medio dia, que llegó el príncipe Nezahualcoyotl, quien habiendo corrido desde el Tepeyacac las riberas de los rios, entrando á fuego y sangre las poblaciones que encontró sin hallar resistencia, embistió por el costado á las casas fuertes de tal manera, que en breve tiempo obligó á los enemigos á desampararlas, y apoderándose de ellas, procuró guarnecerlas con su gente, ínterin que los enemigos retirándose fueron á unirse al cuerpo del ejército donde mandaba el general Mazatl, quien con los suyos habia recibido el ataque de los mejicanos y tlatelolcas mandados por sus reyes. Aquí fué lo mas crudo del combate, porque aunque los mejicanos del primer avanze arrollaron á los enemigos, haciéndoles retirar mucho trecho, y ganándoles una zanja ancha y profunda que habian hecho cerca de un lugar llamado Petatlalcalco, que servia de foso á la trinchera que habian levantado y fortificado de la banda de Azcapuzalco con la misma tierra que de ella habian sacado, volvieron despues sobre los mejicanos con tanto ímpetu, que les hicieron repasar la zanja, haciéndolos retirar hasta las orillas de la laguna, y les pusieron en tal conflicto, que ya á la media tarde desmayaban y volvian la espalda, para irse á favorecer á sus canoas, confesándose rendidos, y prorrumpiendo en algunas voces indignas en aplauso de los enemigos, á quienes pedian clemencia. Llegaron estas voces á los oidos de Itzcohuatl, y fué tanto su enojo, que tratándolos de villanos

y cobardes, hubiera empleado de mejor gana su valor contra los que las profirieron, que contra los enemigos.

A esta sazon llegaron por la derecha el príncipe Nezahualcoyotl y el infante Tlacaeleltzin, que habiendo dejado bien guarnecidas las trincheras y casas fuertes que ganaron á los enemigos, vinieron con el resto de su tropa al socorro de los mejicanos. Casi al mismo tiempo llegó por la izquierda el infante Moteuhzuma, que habia entrado con su gente por el lado de Tlacopan. No fué igual la resistencia que hicieron por aquí los enemigos, aunque bien fortificados en la ciudad de Tlacopan. Porque Totoquiyauhtzin, señor de ella, aunque de nacion tecpaneca, y descendiente de la casa de Azcapuzalco, favorecia secretamente el partido de Nezahualcoyotl, y así aunque fingieron resistir la entrada al infante, al primer avanze se entregaron, y entró con su ejército en la ciudad sin hacer daño, y dejando competente guarnicion en aquella poblacion, marchó sin detenerse con el resto de su gente á unirse á la de su tio. Con estos socorros tan á tiempo, y animados los mejicanos con las voces y ejemplos de sus reyes y príncipes, revolvieron sobre sus enemigos con tanto ardor y esfuerzo que en breve tiempo volvieron á ganarles la zanja, haciéndoles retirar hasta otra que tenian mas á dentro en el paraje que llamaban Mazatzintamalco.

Entraba ya la noche, y así no les pareció conveniente á los generales seguir al alcance á los enemigos, sino recoger su gente, y fortificarse en la zanja de Petlatalco, dando algun reposo á la tropa, hasta el dia siguiente. Lo mismo hicieron los tecpanecas, recogiendo y reconociendo su gente, que unida en un cuerpo con los que se habian retirado de las casas fuertes y

Tlacopan, pasaba su número de trescientos mil combatientes, con los que determinó su general fortificarse en la zanja de Mazatzintamalco. Era esta mas ancha y profunda que la de Petlatalco, mas elevado su parapeto, y circunbalaba enteramente toda la gran ciudad de Azcapuzalco, de suerte que le formaba una especie de muralla. Determinó el general Mazatl guarnecerla toda en contorno, y esperar allí el ataque de los enemigos.

Luego que fué de dia ordenaron los mejicanos su gente, y marchó todo el grueso del ejército en demanda de los enemigos; mas apénas llegaron á reconocer la fortificacion concibieron la suma dificultad de la empresa para avanzarla; y el poco ó ningun efecto que podian hacer sus armas en ellos, resguardados de aquel parapeto; y así juntándose los generales á conferir sobre el asunto, resolvieron sitiar la fortaleza, para impedir que les entrase socorro, y menudear los asaltos ya por uno, ya por otro lado segun pareciese conveniente. Sin embargo de la gente que habian perdido los mejicanos, y la mucha que estaba ocupada en las fortificaciones que habian ganado, pasaba el ejército de los aliados de cuatrocientos mil hombres, porque aquel mismo dia llegaron las tropas de Tlaxcallan, y de otras partes de donde las habia pedido el príncipe Nezahualcoyotl. Dividióse este ejército en cuatro partes iguales, de las cuales mandaban una los dos reyes de Méjico y Tlatelolco, que acamparon al Levante de Azcapuzalco, resguardada la espalda con la fortificacion de Petlatalco, y sus canoas ancladas en aquella ribera, para asegurar la comunicacion con Méjico. Por el Norte acampó el infante Tlacaeleltzin, al abrigo de las casas fuer-

tes que ganó y le aseguraban tambien la comunicacion con sus canoas ancladas en àquella costa. El infante Moteuhzuma á quien acompañaba Quautepetl, otro de los gefes huexutzincas, tomó el lado del Sur, al abrigo de la guarnicion de Tlacopan. El príncipe Nezahualcoyotl reservó para sí la parte del Poniente, que era lo mas peligroso, porque teniendo á la espalda todo el reino de los tecpanecas, no solo no tenia resguardo ni retirada, sino que era preciso que la mayor parte de los socorros que viniesen de Azcapuzalco de la tierra dentro tropesasen con él. Ordenó cada uno su gente por la parte que le tocó, extendiendo sus alas de uno y otro lado para la comunicacion, con lo que quedó acordonada toda la tropa, y enteramente sitiada toda la fortificacion.

CAPITULO LIV.

Continúa el sitio de la fortaleza de Mazatzintamalco, y el general Mazatl hace juntar los socorros en Tenayocan, y que embistan á los sitiadores por lo espalda mientras él lo hace por el frente. Dase una gran batalla, en que mueren muchos de ambas partes, y entre ellos el general Mazatl. Ganan los aliados la fortificacion, y entran en Azcapuzalco macana en mano. Maxtla se esconde en un baño, de donde le sacan y llevan á la plaza, y allí le da muerte Nezahualcoyotl. Manda sacarle el corazon y esparcir la sangre, y hace quemar el cuerpo. Da la ciudad á saco á la tropa, que dura dos dias. Sale el ejército victorioso á continuar la conquista del reino tecpaneca, y se apodera de todas las poblaciones situadas al Norte de Azcapuzalco, en que gasta el resto del año, y se restituye á Méjico, donde se hacen muchas fiestas.

Toda la tropa de los aliados, especialmente la meicana, estaba muy lucida y ricamente vestida á su usanza, porque las ropas eran labradas de diversos colores, adornados de joyas, y con vistosos penachos de plumas en las cabezas. No eran ménos vistosas las rodelas tambien de plumas, las macanas, arcos y flechas pintadas de varios colores. Solamente la tropa que mandaba el príncipe Nezahualcoyotl estaba sin adorno alguno en las personas, ni en las armas, porque así lo habia mandado. Causóles esto algun desabrimiento, porque estaban como avergonzados á vista de los demas, y algunos comenzaron á murmurar de la órden del príncipe.

Llegó este rumor á sus oidos, y sin darse por entendido de que sabia su disgusto, y despues de haber puesto en órden su gente, dió dos ó tres paseos por delante de ella, mirándola con semblante alhagüeño; como quien se regocijaba mucho en verla, y luego les dijo de esta suerte: „Alegre y divertido estoy, viendoos „ entre tanta tropa adornada de variedad de colores, „ vosotros solos blancos y uniformes, y se me figura „ que estoy en un jardin de diversidad de flores, en „ que sois vosotros los fragantes jazmines, que sin mas „ adorno que su sencilla blancura, se lleva la primacía „ entre todas las flores. Los adornos exteriores no „ aumentan el valor del que los lleva, sino el del ene„ migo, cuya codicia le alienta á vencer para aprove„ charse del despojo. Faltándoles en vosotros este es„ tímulo, disminuirá mucho su valor, al paso que au„ mentará el vuestro, lisonjeados de aprovecharse de „ sus adornos. Estos en lo general no sirven mas que „ de embarazo al tiempo de la batalla, y así entrareis „ vosotros en ella con manifiesta ventaja sobre ellos, „ pues libres de todo embarazo podreis acometer y re„ tiraros con mas lijereza, y con mayor destreza jugar „ las armas. De esta suerte lucirá vuestro valor con „ vuestros hechos, y conocerá el enemigo que sin ha„ cer vana ostentacion de él en los adornos, consiste „ sólidamente en el bizarro aliento de vuestros corazo„ nes." Este razonamiento proferido con una gran dulzura, agrado y energía, serenó enteramente la inquietud, dejándolos muy contentos y satisfechos, y fué tan plausible, que despues se hicieron canciones al asunto, de las que aun se conservan algunos fragmentos.

Viéndose sitiados los tecpanecas, comenzaron á hacer algunas salidas, y los sitiadores á intentar asaltar la fortaleza de Mazatzintamalco por varios lados, de lo que se originaron muchos encuentros reñidos y sangrientos, sin lograr aquellos desalojar á sus contrarios, ni estos apoderarse de la fortificacion, retirándose unos y otros despues de largas funciones con mucho número de muertos, aunque por lo comun era mucho mayor la pérdida de parte de los sitiados, y mucho mas dañosa por no poder reemplazarla, no habiendo forma de entrarles socorro alguno, pues los sitiadores, especialmente Nezahualcoyotl y Tlacaeleltzin con sus respectivas tropas, rechazaron á todos los que intentaban entrar, obligándoles á volver la espalda. Por el contrario los sitiadores, aunque perdian mucha gente en las acciones diarias, cada dia tambien les llegaban nuevos socorros que enviaban al príncipe, hasta de parages muy remotos.

De todo lo que pasaba en el campo daba cuenta Mazatl al emperador Maxtla, que se mantuvo siempre en su corte, sin haber querido salir á campaña, ni ver la cara al enemigo, no sé si de cobarde, ó de soberbio, que ambos defectos suelen ser regulares en los tiranos; y aunque Maxtla se habia criado en la guerra, no se refiere en toda la historia hecho alguno señalado de valor que le redima de la nota de cobarde, al paso que se leen muchos que indican su soberbia. Ciento y catorce dias duró el sitio, y en ninguno de ellos dejó de haber funcion, mas ó ménos empeñada, pero en todas quedaba en el campo gran número de muertos de ambas partes. Ya comenzaban á desmayar los tecpanecas, consumidos del trabajo, y faltos de

gente con que poder sostener la defensa, sin embargo que de la ciudad, que era populosísima, salian continuamente al socorro cuantos eran capaces de tomar las armas.

Viendo el general Mazatl que se le iba consumiendo el ejército, sin esperanza de socorro, poniéndole cada dia en peor estado de mantener la defensa, resolvió aventurarse á una accion general, que aunque no fuese decisiva, le abriese por lo ménos el paso á los socorros. Para esto hizo que el emperador despachase algunos mensageros, así á las potencias aliadas del imperio, cuales eran Coyohuacan, Xochimilco, y otros estados de la banda del Sur, Quauhtitlan, Tepozotlan, y otros de las del Norte, como tambien á las principales ciudades del reino tecpaneca, para que aprontasen todo el mayor número de gente que pudiesen, y haciéndolo marchar prontamente estuviesen todos en Tenayocan, por cuyo lado no tenian los enemigos fortificacion que les resguardase, el dia de siete serpientes, y al dia siguiente señalado con el geroglífico del viento en el número ocho, muy de madrugada, marchasen sobre ellos á embestirles por las espaldas, ínterin que al mismo tiempo, saliendo de la fortificacion todo el ejército, les atacaba por el frente.

Los mensageros tuvieron la dicha de escapar de las manos de los sitiadores, y con gran viveza y diligencia ejecutaron su comision. No fué ménos la que pusieron las potencias amigas y las ciudades del reino en aprontar los socorros, y así el dia señalado se hallaron todos en Tenayocan en tan crecido número que pasaban de doscientos mil hombres, mandados por valientes y veteranos capitanes.

Luego que amaneció el dia siguiente pusieron estos en órden su gente, y marcharon en demanda de los sitiadores por el camino recto que va á Azcupuzalco, entre Poniente y Norte. Ya he dicho que la tropa que sitiaba por estos dos vientos estaba al mando del príncipe Nezahualcoyotl y del infante Tlacaeleltzin. Tuvieron estos aquella noche por sus espías la noticia del poderoso ejército que se habia juntado en Tenayocan para venir á socorrer á los sitiados, y habiendo pasado el aviso á los demas generales, pusieron la gente toda sobre las armas, prontos para acudir á donde llamase la necesidad.

Luego que los sitiados divisaron el socorro hizo el general Mazatl que saliese prontamente toda la gente de la fortificacion, y puesta en órden, embistieron los de dentro y los de fuera por frente y espaldas, con muchos alaridos y vocería, á las tropas del príncipe é infante, en las que del primer avanze hicieron mucho estrago; pero sobreviniendo luego el resto del ejército mejicano, se trabó la batalla sumamente cruel y sangrienta, empeñados enteramente en la accion ambos ejércitos, cuyo número era casi igual, y excedia cada uno de mas de quinientos mil hombres. Peleóse bizarramente por una y otra parte toda la mañana, hasta que poco despues del medio dia, encontrándose el infante Moteuhzuma con el general Mazatl se embistieron furiosamente el uno al otro, y riñeron cuerpo á cuerpo con igual bizarría; mas á poco rato de combate tuvo el infante la dicha de acertarle un golpe de macana en la cabeza, con que le derribó muerto á sus pies. Levantó luego la voz la tropa mejicana, apellidando victoria, y extendida la noticia de la muerte del general

tecpaneca, comenzó á desmayar su tropa, y á volver las espaldas, procurando ampararse en su fortificacion; pero cargados fuertemente de la tropa que mandaba Nezahualcoyotl, hizo en ellos mucha carnicería, y les ganó la fortaleza, en la que entró luego todo el ejército victorioso. Siguió el príncipe el alcance hasta la ciudad, y entró en ella macana en mano, pasando su filo cuanto encontró, haciendo derribar y poner fuego á las casas y templos, hasta llegar al palacio de Maxtla.

Habia tenido este monarca repetidos avisos de todo lo que pasaba en el ejército; pero poseido de un extraordinario capricho, ni daba asenso á las infaustas noticias que le traian, ni se le hacia creible que pudieran ser vencidos los suyos, ni él cuidaba de poner en salvo su persona; y así cuando vió ya dentro de su palacio á los enemigos, no tuvo otro arbitrio que el de esconderse en un baño de los que usaban y usan estos naturales que llaman temaxcalli, que es á manera de un horno, y estaba en uno de sus jardines. Facilmente le hallaron sus enemigos, y sacándole de él con ignominia, le llevaron casi arrastrando á presencia del príncipe Nezahualcoyotl, el cual mandó que le llevasen luego á la plaza adonde le siguió, y habiéndole hecho poner de rodillas enmedio de ella, comenzó á hacerle los cargos de las crueldades y tiranias ejecutadas con su padre y con él, de sus traiciones y cautelas, de los gravísimos males que habia ocasionado su ambicion, y finalmente de la mucha sangre que por su causa se habia derramado. Mandóle que diese sus descargos, y el infeliz monarca respondió: „No tengo descargo que „ dar; conozco que merezco morir, y así ejecuta en

„ mí el castigo." Levantó entónces el príncipe la macana, y de un solo golpe le quitó la vida. Mandó luego que le sacaran el corazon, y esparciesen su sangre por la plaza, hacia los cuatro vientos; pero que al cuerpo se le hiciesen las exequias, honores y funerales que acostumbraban hacer á los reyes.

Este fué el desastrado fin del tirano Maxtla, que habiendo sucedido á su padre contra su disposicion en el reino de sus mayores, y en el imperio chichimeca, que injustamente habia invadido su padre, apénas empuñó el cetro, tiñó sus manos en la sangre de su hermano, despues de quitarle el reino. En soberbia y crueldad exedió á su padre, pero en el talento, conducta, política y valor le fué muy inferior, con lo que se hizo tan temido como malquisto: soltó la rienda á sus apetitos, no hubo exceso ni torpeza que no cometiese, hasta llegar á intentar forzar á la reina de Méjico muger de Itzcohuatl en presencia de su mismo esposo. Entregado todo á sus deleites dejó las riendas del gobierno en manos de sus confidentes, los que le eran mas agradables, cuanto eran mas viles y cautelosos. En el año y medio que reinó hizo matar reyes, perseguir inocentes y cargar de intolerables tributos á los vasallos del imperio y á los mejicanos, pero nada en beneficio y alivio de sus propios pueblos. Con sus traidoras y alevosas máximas hubiera logrado infaliblemente quitar la vida al príncipe Nezahualcoyotl, sacrificándole á su ambicion, si aquella altísima y sabia providencia que con tan manifiestos prodigios le protegia, no se la hubiera reserbado, para que como ministro de su justicia diese el castigo merecido á sus delitos, verificando en él los sueños de su padre, acabando con

su muerte el reino tecpaneca, para resucitar la gloria del de los aculhuas é imperio chichimeca.

Mandó luego el príncipe traer cantidad de leña, de que hizo formar la pira enmedio de la plaza, y entre él y los reyes é infantes de Méjico levantaron el cuerpo del difunto emperador, le colocaron sobre ella, y poniéndole fuego, ardió luego, y se mantuvieron allí todos los príncipes, y capitanes hasta que se redujo á cenizas, haciéndole de esta suerte los honores funerales (1).

El dia de este suceso dicen que fué señalado en su calendario con el geroglífico del viento en el número ocho, que segun mi cómputo correspondió al dia seis de junio del dicho año de 1428.

Aunque ya era tarde y se acercaba la noche, mandó el príncipe que siguiese el estrago y saqueo, hasta destruir enteramente la ciudad, y despues para mayor ignominia, la destinó para que en ella se hicieran las ferias de los esclavos. Corrió la tropa victoriosa por todas las calles, haciendo una horrible carnicería, sin perdonar edad ni sexo, poniendo fuego á las casas y templos, despues de saquearlos y aprovecharse de lo que en ellos encontraban. Toda la noche y los dos dias siguientes duró esta faena, en que fué muy considerable el despojo, á proporcion de la grandeza y opulencia de esta corte, y todo lo cedió el príncipe á la tropa, elogiando y aplaudiendo al mismo tiempo con gran política el valor y bizarría, así de los gefes como de los

(1) Torquemada y Clavigero dicen que Maxtla fué muerto á palos y pedradas, y que su cadáver fué arrojado al campo para que fuese pasto de las aves carnívoras.—*E.*

soldados, y dándoles muchos agradecimientos, con lo que los dejó muy contentos y ufanos.

El infante Moteuhzuma logró singular aplauso, por haber tenido la gloria de vencer al general Mazatl; pero no fué inferior el aplauso que mereció su hermano Tlacaeleltzin (1), que venció y mató á muchos capitanes famosos, y se señaló grandemente en este dia.

Concluido el saqueo y destruccion de la ciudad de Azcapuzalco, determinó el príncipe aprovecharse del orgullo y aliento de sus tropas victoriosas, y del terror de las enemigas, para seguir conquistando el reino tecpaneca; y habiendo dado á la gente algunos dias de reposo, salió con todo el ejército, dividido en los mismos cuatro trozos, mandados por los propios gefes, y se encaminó la vuelta de Tenayocan.

Era esta ciudad una de las mayores y mas pobladas del reino, y habia sido la antigua y primitiva corte de los emperadores chichimecas. Resistióse algunos dias, pero finalmente fué entrada por armas, y dada á saco al ejército. La misma fortuna corrieron Tepanohuayan, Toltitlan, Quauhtitlan, Teoloyocan, y todas las demas poblaciones de ménos monta situadas al Norte de Azcapuzalco hasta Xaltocan, y en su conquista se gastó lo que restaba del año.

A fines de él determinó el príncipe suspender la guerra, y dejando competente guarnicion en los para-

(1) Segun Clavigero Moteuhzuma y Tlacaeleltzin no son dos personas diversas, como supone nuestro autor siguiendo á los PP. Tobar y Acosta, sino una misma con diferentes nombres.—*E.*

ges que le pareció conveniente, volverse con su ejército á Méjico. Despidió muchas de las tropas auxiliares, especialmente aquellas que eran de mas léjos, para que fuesen á descansar á sus casas, ricos de los despojos que habian ganado, y con muchas expresiones y demostraciones de gratitud para sus señores, particularmente á las de Tlaxcallan y Huexutzinco, cuyos socorros fueron los mas numerosos, y el de esta última república mandado por sus mismos señores, á quienes á mas de la parte que les tocó en los despojos, les hizo muchos regalos, y á todos previno que estuviesen prontos para, cuando les avisase, volver á ayudarle á acabar la conquista del reino tecpaneca, y reducir á su obediencia á los príncipes y pueblos que se habian separado de ella.

Restituyóse Nezahualcoyotl con sus tios y parientes y el resto del ejército á la ciudad de Méjico, donde fueron recibidos con muchas aclamaciones. Celebróse esta feliz conquista del reino tecpaneca, no solo con bailes y regocijos públicos, sino tambien con muchos sacrificios á sus dioses, derramando mucha sangre de los cautivos que llevaron, entre los cuales perecieron algunos famosos capitanes que tuvieron la desgracia de quedar prisioneros.

Aborrecia Nezahualcoyotl estos sacrifiicios, reputándolos por inicuos y opuestos á la ley natural, y así no quiso asistir sino á muy pocos por complacer á su tio el rey Itzcohuatl, y por la misma razon concurrió algunas veces á los templos de sus dioses, en quienes no creia, y se burlaba en secreto del culto y adoracion que les daban, manteniéndose firme en la creencia de sus mayores de que no habia otra deidad digna de ado-

acion que el Dios Todopoderoso, Criador y Conservador del Universo; pero por contemporizar con los mejicanos callaba y disimulaba, fingiendo acompañarles en su culto.

Concluidas las fiestas querian muchos de los señores y nobleza que se hallaba en Méjico que se jurase solemnemente á Nezahualcoyotl por gran chichimeca tecuhtli, y sucesor legítimo en el imperio de Tezcoco, como lo habian acostumbrado sus ascendientes. Mas al rey Itzcohuatl no le agradaba mucho este pensamiento; porque aunque no imaginaba proceder contra Nezahualcoyotl, sino ántes por el contrario mantener firme la union y alianza con él, para ayudarse mutuamente, se le hacia duro en su edad anciana, y con los grandes créditos y aplausos que gozaba, haber de reconocer por superior al sobrino. Este, ó porque llegó ya á penetrar la repugnancia del tio, á quien amaba con veneracion, ó ya por mero impulso de su gallardo espíritu, se negó enteramente á ello, diciendo que hasta tanto que él por sus puños no acabase de reducir á su obediencia su reino hereditario, que durante la guerra habia vuelto á inquietarse por la traicion del señor de Huexotla, y concluyese perfectamente la conquista del tecpaneca, no queria que le jurasen. Con esto dejó á todos contentos, exhortándolos y animándolos á continuar la guerra, y asegurándose de esta suerte del socorro de los mejicanos.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

DE LOS FAMOSOS HECHOS DEL INSIGNE EMPERADOR NEZAHUALCOYOTL, SUS GUERRAS Y CONQUISTAS, SUS LEYES Y GOBIERNO. DE LOS GRANDES PROGRESOS DE LA NACION MEJICANA, SUS LEYES, REYES, COSTUMBRES Y RELIGION, Y DE LOS SUCESOS COETANEOS EN LA ILUSTRE REPUBLICA DE TLAXCALLAN Y OTRAS PROVINCIAS.

CAPITULO PRIMERO.

Marcha Nezahualcoyotl contra los rebeldes de Tezcoco, y los vence. Sujeta á Huexotla, Cohuatlican, Cohuatepec, y otras poblaciones; vuelve sobre Xochimilco, la conquista, y hace tributaria esta provincia.

NO hallaba sosiego el valiente corazon de Nezahualcoyotl, ni las fiestas y regocijos que los mejicanos multiplicaban en su aplauso podian calmar la inquietud que le causaba la traicion de Iztlacautzin, señor de Huexotla, quien no contento con sublevar á los vasallos de sus propios estados, envolvió tambien en la sedicion á los de Cohuatlican, Cohuatepec y otros muchos pueblos de los estados imperiales; y viendo Nezahualcoyotl que mientras él trabajó gloriosamente en conquistar el reino tecpaneca, habia vuelto á perder el suyo hereditario,

no cabia en él sosiego hasta restaurarlo: pero su grande espíritu, disimulando su inquietud, se mostraba muy alegre y satisfecho de los obsequios de los mejicanos, y dándoles á entender que queria vivirse con ellos, emprendió la fábrica de un suntuoso palacio, para su habitacion.

Gustosísimos se ofrecieron ellos, y poniendo luego mano á la obra, juntaron en breve tiempo una gran copia de materiales, y aprontaron un crecido número de operarios; y pareciéndole el sitio de Chapoltepec á propósito para bosque de caza, le mandó formar, cercar y abastecer de venados, conejos, liebres y otros animales, destinándole para sitio de diversion.

Los autores chichimecas atribuyen tambien á Nezahualcoyotl la fábrica de las albercas ó estanques en los manantiales de agua de Chapoltepec, que subsisten en nuestros dias, y asímismo la invencion de hacer entrar en Méjico por targea alta de mampostería esta agua, que ántes por disposicion del rey Itzcohuatl entraba por una zanja al haz de la tierra.

Mientras esto pasaba en Méjico trabajaba con fervor el traidor Itztlacautzin en aumentar el número de rebeldes, no habiendo sido poderosos los triunfos y victorias de Nezahualcoyotl, y sus prósperos sucesos en la guerra tecpaneca, para infundirle temor ni acobardarle; ántes por el contrario, irritado de que les tocase tanta parte en ellos á los mejicanos, á quienes aborrecia en extremo, tomó con mayor eficacia el empeño de sublevar contra él, no solo á sus vasallos y á las poblaciones nuevamente conquistadas, sino tambien á los del reino de Tezcoco, y á los vecinos y gente mas principal de la misma corte.

Habiase unido Iztlacautzin con Tlilmantzin y Nonohualcatl, cuñado este, y aquel hermano bastardo de Nezahualcoyotl, y ambos sus mortales enemigos, de quienes hemos hablado ya en otras partes. Estos trabajaron en seducir á la mayor parte de la nobleza de Tezcoco para que se declarase contra su soberano, pretendiendo vengar la muerte del emperador Maxtla, mientras el de Huexotla hizo que con el mismo pretexto tomasen las armas las provincias de Acolman y Otompan, recien conquistadas, y las de Cohuatlican, Cohuatepec, Iztapalocan y otras poblaciones de ménos monta.

No le pareció conveniente á Nezahualcoyotl demorarse en atajar este mal; pero su nobilísimo corazon, y el grande amor que tenia á sus vasallos, no le dejaban arbitrio para proceder con rigor, mirando con sumo horror el mancharse las manos en su sangre, y así determinó tomar un medio suave para reducirlos, y no verse obligado á castigarlos. Este fué enviar sus mensageros al señor de Huexotla, y á su hermano y cuñado diciéndoles: que ya tenian noticia de los felices sucesos de sus armas en la conquista del reino tecpaneca, y destruccion de su corte de Azcapuzalco, en que el emperador Maxtla habia pagado con la vida su tiranía, y él con mucha razon habia vengado los agravios y ofensas que le habia hecho. Que esta fué la causa principal de haber emprendido esta guerra, para la cual le habian ayudado con sus socorros todos los principales señores de la tierra en defensa de su justicia, ménos ellos, que siendo mas interesados que otros, en vez de favorecer su causa y auxiliarle con sus personas y vasallos, se habian valido de la ocasion de su ausencia para

sublevarle sus pueblos, y perturbar la fidelidad de sus súbditos, olvidados de su obligacion y de los beneficios que le habian debido, el de Huexotla en haberle hecho general de sus armas, y su hermano y cuñado en haberles perdonado la vida despues de su regreso al reino, y dádoles vasallos y rentas, olvidando sus agravios: que si de él tenian alguna queja, se la dijesen, que estaba pronto á satisfacerles; pero que en todo caso volviesen sobre sí, y no se dejasen llevar de sus caprichos contra su legítimo soberano, que les amaba mucho, y estaba pronto á usar con ellos de clemencia, si reconocidos de sus yerros se la pedian. Pero que tambien tenia levantado un brazo igualmente poderoso que victorioso con que castigarles severamente, si no se reducian á su deber.

Partieron los mensageros, y cumplieron puntualmente la órden de su señor; mas los traidores estaban muy distantes de rendirse á la razon. Lisongeados del gran número de tropa que habian juntado, se creian en estado de apoderarse del imperio, y dividir entre sí sus estados; y así respondieron con orgullo y soberbia que ya habian sabido el infeliz suceso del emperador Maxtla, y que esto mismo los estimulaba á vengar su muerte, porque le reconocian como á su legítimo soberano, á quien habian jurado obediencia, y no á Nezahualcoyotl, que degenerando de la nobleza de sus mayores, se habia aliado con los viles mejicanos, que fueron los principales culpados en la muerte de su padre, y en quienes con mayor razon que en Maxtla y los tecpanecas debia haber empleado su venganza. Que no temian su brazo victorioso, porque no siempre estaba la fortuna de igual aspecto, y puede ser que no fuesen tan prós-

peros los sucesos de sus armas en Tezcoco, como en Azcapuzalco. Partieron los mensageros con esta respuesta; y habiéndola oido Nezahualcoyotl, se resolvió á castigar prontamente este atrevimiento, y á impedir que prendiese mas este fuego.

Era ya la primavera del año siguiente de 1429, que fué señalado en su calendario con el signo de la casa en el número dos, y sin detenerse marchó con un buen trozo de ejército, compuesto de sus tropas veteranas, y de las mejicanas y tlatelolcas, acompañándole los reyes Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin, y los infantes Moteuhzuma, Tlacaeleltzin, Axacayatzin, y otros principales señores; y embarcándose de noche en Tlatelolco, se dirigieron en derechura á la corte de Tezcoco.

Llegaron bien de madrugada, y haciendo desembarcar prontamente el ejército, y brevemente puesta en órden la gente, les mandó acometer la ciudad. No estaban dormidos los traidores, que advertidos de todo por sus espías y confidentes, habian prevenido su gente, que excedia en número al ejército de Nezahualcoyotl, y la tenian pronta al abrigo de las casas, para que al entrar el enemigo le saliesen como de una emboscada, y embistiéndolos por todas partes le derrotasen. Así lo ejecutaron, y al entrar el ejército le salieron al encuentro por diferentes calles, peleando valerosamente; más no pudieron desordenarle ni hacerle retroceder, bien que cada paso que avanzaba era á costa de mucho trabajo y no poca pérdida, pero era mucho mayor la que experimentaban los traidores.

Todo el dia duró el combate, y al entrar la noche se retiraron los traidores á las bocas calles inmediatas,

donde con suma presteza comenzaron á fortificarse, abriendo zanjas y levantando tierra con que parapetarse. Mandó el príncipe hacer lo mismo á su tropa en aquellas calles que habia ganado, de suerte que unos y otros se fortificaron cuanto les fué posible en el discurso de la noche.

Apénas amaneció el dia siguiente, mandó Nezahualcoyotl á su tropa salir de la fortificacion, y embestir la de los enemigos. Hiciéronlo con tal denuedo, que en poco tiempo se apoderaron de ella, pero los enemigos, peleando valerosamente, les disputaban el paso como el dia anterior, costándole al ejército mucho trabajo y sangre cada palmo de tierra que avanzaba. Duró el combate todo el dia, y al anochecer volvieron á fortificarse unos y otros en sus terrenos, y á combatir en la mañana siguiente, y de esta suerte continuó la refriega siete dias. En el último de ellos le llegó á Nezahualcoyotl un socorro de Méjico, que reemplazando la pérdida, y entrando de refresco en la pelea hizo mucho destrozo en los enemigos, que aunque exhaustos ya de gente, y fatigados, no se daban por vencidos hasta que viendo sus generales Iztlacautzin y Nonohualcatl que ya era imposible mantener la defensa, tomaron la fuga, y á su ejemplo hizo lo mismo la tropa, metiéndose por la sierra de Tlaloc. Siguió el alcance el ejército victorioso, y aunque lograron dar muerte y apresar á muchos de la primera nobleza, no pudieron haber á las manos á los tres gefes principales.

Entró Nezahualcoyotl con los reyes é infantes que le acompañaban hasta su palacio de Cilan, donde al punto concurrió innumerable pueblo á pedirle clemencia, representándole que ellos en nada habian cooperado ni

enido parte en la rebelion, porque la mayor parte de os sediciosos era de la gente noble y principal, y de estos inos habian muerto en las refriegas, y los demas habian uido. Poco era menester para mover su piedad, y así no solo les perdonó las vidas, sino tambien las haciendas, no permitiendo que la tropa saquease, ni tocase á casa ni hacienda de vecino alguno, ni aun de los mas culpados en la rebelion, y solo para memoria de esta victoria mandó quemar algunos templos, tomando este pretexto para destruirlos, como habia hecho en Azcapuzalco, porque con estos edificios no tenia piedad, reputándolos por inútiles y perniciosos para fomentar el culto de aquellas falsas deidades, que por tales tenia á todos los dioses que adoraban, creyendo firmemente en su interior que solo el Dios Criador debia ser adorado. Para con los mejicanos disimulaba con varios pretextos su ojeriza al fallo culto que ellos principalmente habian extendido; mas estos no dejaban de conocer su poca aficion á él, á sus ritos y ceremonias.

Detúvose allí dos dias, y habiendo puesto gobernadores y ministros de su satisfaccion para la administracion de justicia y buen órden de la república, marchó con su ejército la vuelta de Huexotla. Hizo esta ciudad alguna resistencia, pero luego fué entrada macana en mano, y la dió á saco á la tropa. De allí pasó á Cohuatlican, Cohuatepec, y otras poblaciones menores, situadas á la banda del Sur de la corte de Tezcoco, hasta Iztapalocan, todas las cuales corrieron igual fortuna.

Dejó en todas ellas gobernadores y ministros de su satisfaccion, y destacando la tropa que le pareció con-

veniente, guarneció bien toda la ribera del Norte de la laguna de Chalco, que eran las fronteras de las provincias de Cuitlahuac y Xochimilco, ambas enemigas, y determinó restituirse á Méjico, y no ir por entónces sobre Acolman, Otompan y las demas poblaciones rebeldes á la banda del Norte de Tezcoco, porque los mejicanos estaban cansados de guerra, y apetecian la quietud de sus casas, y así no quiso displicentarlos, ni retenerlos mas tiempo contra su voluntad.

Restituyóse á Méjico donde fué recibido con muchas aclamaciones, y en aplauso de sus victorias se hicieron solemnes fiestas y regocijos. Pero no pensaba Nezahualcoyotl mantenerse mucho tiempo ocioso, porque no sosegaba su corazon, hasta no acabar de sujetar y vencer á todos sus enemigos; y así habiendo descansado algunos dias, resolvió ir sobre los xochimilcas, con solas las tropas de los vasallos de sus estados y algunas que le habian venido auxiliares de la provincia de Tlaxcallan, sin valerse de los mejicanos.

Ya he dado noticia al capítulo XII del libro segundo de la venida de esta nacion xochimilca, y su establecimiento en la ribera del Sur de la laguna de Chalco. Habianse extendido mucho, y su ciudad principal nombrada Xochimilco, que hoy subsiste con el mismo nombre y en el mismo sitio reducida á un corto vecindario, era por estos tiempos muy populosa, y estaba fortificada, porque la habian circumbalado de una ancha y profunda zanja, que estaba siempre llena de las aguas de la laguna. El señor de esta provincia que la gobernaba por estos tiempos se llamaba Yacopaintzin, habia mantenido una firme y extrecha alianza y amistad con la nacion tecpaneca, y con el difun-

o emperador Maxtla, á quien en la última guerra envió numerosos socorros. En la destruccion de Azcapuzalco muchos de los fugitivos se retiraron á esta provincia, con lo que se aumentó grandemente el poder de este señor, que habiendo juntado un gran cuerpo de ejército, habia hecho frecuentes correrias por todas partes, así en las fronteras del territorio tecpaneca que habia conquistado Nezahualcoyotl, como en la ribera opuesta de la laguna, que eran las del reino de Tezcoco, y en la gran laguna, insultando, matando y robando á los mejicanos y tlatelolcas que traficaban en ella.

Resuelto, pues, Nezahualcoyotl á sujetar á los xochimilcas, quiso valerse primero de los medios suaves á que le inclinaba siempre su innata piedad, ántes que usar de los rigorosos; y así determinó enviar sus mensageros á Yacopaintzin, diciéndole que no podia ignorar que las tierras que poseia se las habia dado á su nacion el emperador Tlotzin su tercer abuelo, con la calidad de reconocerle á él y á sus sucesores por supremo señor y monarca de la tierra. Que este derecho habia recaido en él por sucesion legítima, y aunque el rey Tetzotzomoc valido de su gran poder se apoderó del imperio, privando de él y de la vida á su padre el emperador Ixtlixochitl, nadie ignoraba que esta habia sido tiranía é injusta usurpacion, sin derecho alguno que pudiera justificar esta accion: que igualmente desnudo de todo derecho sucedió en la usurpacion el emperador Maxtla, y no contento con verle despojado del reino que debia haber heredado de sus mayores, atentó muchas veces contra su vida, la que sin duda le habria quitado, á no habérsela defendido con manifies-

tos prodigios el Dios Criador: que fiado en la proteccion de este Dios Supremo, y auxiliado de los mayores señores de la tierra, habia emprendido el empeño de volver á reconquistar su reino, y castigar tan execrable traicion, lo que habia conseguido completamente, quitando la vida á Maxtla, y destruyendo su reino: que no le hacia fuerza el que ántes, temeroso del gran poder tecpaneca, se hubiese declarado parcial y mantenido unido á esta nacion; pero no podia dejar de hacerle mella el que viéndola destruida, y á él victorioso, sostenido de un poderoso ejército, y auxiliado de las mejores potencias de la tierra, quisiese seguir por mero capricho una empresa que no podia sostener; y así lo exortaba con amor á que desistiese de ella, y siguiese el ejemplo de los demas señores: que estaba pronto á admitirle benignamente, y á usar con él y los suyos de clemencia, olvidando enteramente todo lo pasado; pero que si no se reducia á su piadosa y suave amonestacion, tuviese entendido que marcharia prontamente contra él, y lo destruiria.

Partieron los mensageros á Xochimilco, y habiendo oido Yacopaintzin el mensage respondió con orgullo, desentendiéndose de las poderosas razones que contenia, y prorrumpiendo en bravatas y amenazas contra Nezahualcoyotl. Volvieron con esta respuesta los enviados, y en vista de ella resolvió Nezahualcoyotl sujetarlos á fuerza de armas. Hizo luego ordenar su gente, y se puso en campaña con sola su tropa y la tlaxcalteca; porque le pareció que esta era bastante para lograr la empresa. Volvió á renovar la órden de que todos fuesen con armas lisas y sin adornos, ni ellos llevasen en sus cuerpos joyas ni plumería, sino ves-

tidos de mantas blancas lisas, y sin labor alguna.

Embarcóse prontamente con su tropa, y fué á desembarcar enfrente de Culhuacan, en un parage muy poblado de matorrales. Mandó cortar prontamente una gran cantidad, y que cada uno cargase al hombro un haz de ellos. Puso en órden su gente, y marchó desde allí por tierra hasta Xochimilco.

Estaba esta ciudad, como ya dije, circumbalada de un ancho y profundo foso, lleno de agua de la misma laguna, y encerrado dentro un número de soldados incomparablemente mayor que el ejército de Nezahualcoyotl, pero muy inferior en valor y destreza. Marchó el ejército sin detenerse hasta llegar á la orilla del foso, y en el parage que le pareció á Nezahualcoyotl mas proporcionado hizo que arrojasen con prontitud toda la fagina que llevaban á cuestas, con la que la cegaron cuanto fué necesario para pasar con gran velocidad todo el ejército. Causó esto tanto asombro á los xochimilcas, que no se atrevieron á disparar una flecha para impedirles ó disputarles el paso, y desde luego comenzaron á caerse de ánimo, viendo tan facilmente superada aquella defensa, que les parecia insuperable, y en que tenian fundada su mayor esperanza. Mandó el príncipe entrar luego la ciudad macana en mano, y lo ejecutó el ejército con tanto ardor y denuedo, que en poco tiempo hizo un estrago formidable en los enemigos, y penetró hasta la plaza que estaba en el centro de la poblacion.

Fué tan grande el terror que ocupó á los xochimilcas, y á su señor Yacopaintzin que los mandaba, que comenzó á dar voces pidiendo que se suspendiese la accion, porque queria hablar á Nezahualcoyotl. Avi-

sado este de la peticion del xochimilca mandó á su tro-pa suspender el estrago, y que llegase á su presencia Yacopaintzin. Llegó acompañado de la principal no-bleza de su nacion, y postrándose á los pies del prín-cipe, imploró su clemencia para que les perdonase las vidas, entregándose enteramente á su arbitrio, y con-fesando sus errores. El generoso monarca los recibió benignamente, y no solo les perdonó las vidas, sino tambien las haciendas, órdenando á su tropa que no saquease, ni tocase á casa ni hacienda de vecino algu-no; pero mandó que Yacopaintzin diese á su tropa cierta cantidad de ropas y comestibles, que repartie-sen entre sí. Tambien le impuso cierta contribucion que él y sus sucesores habian de pagar anualmente á los reyes de Tezcoco por via de tributo y reconocimien-to, lo que admitieron sin réplica ni contradiccion, y lo cumplieron en adelante; y para memoria de este suce-so mandó quemar algunos templos, que estos eran siem-pre los que pagaban su enojo. Al dia siguiente volvi á salir de la ciudad con su tropa victoriosa, y se resti-tuyó á Méjico, donde fué recibido con mucho aplauso No asignan los historiadores el dia ni el mes en que acaeció esta victoria: solo dicen que fué á fines del mis-mo año de mil cuatrocientos veinte y nueve.

CAPITULO II.

Resuelto el príncipe á continuar la guerra contra los rebeldes, determinan los mejicanos ayudarle, y á su ejemplo los tlatelolcas. Envianle tambien tropas los tlaxcaltecas y huexutzincas, y con un grueso ejército que de todas se formó, marcha contra los rebeldes, á quienes castiga y sujeta, y vuelve victorioso á Méjico.

El feliz suceso del príncipe en la guerra de Xochimilco despertó la emulacion de los mejicanos, que ambiciosos de gloria sintieron no haber tenido parte en aquella victoria, y viendo al príncipe resuelto á seguir el vuelo á su fortuna, y á no dejar las armas de la mano hasta sujetar á los rebeldes de la provincia de Cuitlahuac, que se mantenia sublevada, del mismo modo que la de Acolman y Otompan con otras poblaciones de la banda del Norte de Tezcoco, se juntó el senado mejicano, y propuso á su rey Itzcohuatl cuan debido y conveniente era el que se auxiliase Nezahualcoyotl con todo el poder de su reino en esta guerra tan justa, y que se le habia originado por amor de los mejicanos, á quienes habia venido á socorrer personalmente con sus tropas y las de los aliados en el aprieto en que se hallaban, y sin cuyo auxilio hubieran sin duda perecido á manos de los tecpanecas; por lo que era justo en debida correspondencia que se le ayudase con todo el poder del reino á sujetar los vasallos rebelados, y á castigar su traicion.

Era Itzcohuatl astuto, como viejo, y bien impuesto

en las máximas de la política, se hacia sordo á las voces interiores de su propio conocimiento, y no le pesaba ver al príncipe embarazado en esta guerra, para dilatar de este modo el empeño de jurarle por supremo monarca, holgándose de verle vivir dentro de su corte, sin los esplendores de soberano, aunque muy aplaudido y obsequiado. Mas viendo ahora que con las representaciones del senado no podia pasar mas adelante su disimulo, le ofreció su discurso una salida, con la que dando gusto al senado, lograba él sus intentos, creciendo en autoridad, y aumentando sus estados.

Respondió, pues, á la propuesta que se holgaba mucho de que el senado pensase tan cuerdamente, conociendo las justas razones que á ello le movian, las que él tenia bien premeditadas; pero no se habia atrevido á proponerlas, ni á obligar á sus vasallos á auxiliar al príncipe en esta guerra, porque no se creyese que el vínculo de la sangre que con él le unia y el amor que le tenia pesaban mas que el bien y utilidad de sus súbditos, exponiéndolos á los estragos de la guerra por auxiliar á su sobrino; mas ahora que el senado lo proponia, condescendia muy gustoso, y seria el primero que tomaria las armas y se pondria en campaña, para mandar y animar con su ejemplo á los vasallos. Pero para que viesen la equidad con que pesaba los intereses de todos, habia pensado que ántes de empeñarse en el socorro se le propusiese al príncipe que considerase obligada la nacion mejicana á ayudarle en esta guerra por los beneficios que habia recibido, estaba pronta á ejecutarlo para que recobrase sus estados patrimoniales, y sujetase á todos sus vasallos del reino de Tezcoco; pero que todas las demas tierras que se conquistasen, feu-

iales del imperio, habian de ser partibles entre los dos nonarcas, extinguiendo todos los señores, y uniendo á stos reinos respectivos las provincias y pueblos que les ocasen, en las cuales cada uno pusiese sus gobernadoes, y que nada pudiese determinarse en los negocios le estado y gobierno sin el concurso de los dos soberanos.

Agradó al senado el pensamiento, y hecha la proouesta al príncipe, condescendió en ella, porque así lo pedian las circunstancias del tiempo, esperando otro mas favorable para enmendarlo, porque llevaba á mal la extincion de los señores; pero por entónces no replicó, y solo puso la condicion de que se le habia de jurar y reconocer por supremo monarca de toda la tierra, del mismo modo, y con las mismas solemnidades que á sus antecesores. No dificultó el rey Itzcohuatl y el senado en admitir la condicion, teniendo por de poca importancia esta ceremonia, siempre que lo sustancial del gobierno hubiese de depender del concurso de entrambos. Ajustadas de esta suerte las cosas, dió el senado prontamente las mas oportunas providencias para levantar en breves dias un numeroso ejército, y proveerle de armas y bastimentos.

A ejemplo de los mejicanos se movieron tambien los tlatelolcas, y comenzaron á levantar tropas con que auxiliar al príncipe. Su rey Quauhtlatohuatzin, aunque de ilustre prosapia, no era de la sangre real; su valor y esclarecidos hechos le hicieron subir al trono; pero aun en esta parte era inferior su reputacion á la de Itzcohuatl, y así no hacia la brillante figura que este, y tanto él como sus vasallos vivian en una especie de subordinacion al rey de Méjico, y no se atrevian á dar

paso sin su noticia y consentimiento; de suerte que mas parecia un señor particular feudatario de Méjico, que un soberano independiente. Viendo, pues, ahora que se movian los mejicanos, determinó tambien levantar tropas en sus estados y auxiliar al príncipe en esta guerra.

Este por su parte ocurrió á los señores de Tlaxcallan y Huexutzinco, pidiéndoles todo el número de tropas que pudiesen aprontarle, y que viniesen con la mayor brevedad. Estos señores, consecuentes siempre en su fiel correspondencia, y sincera amistad, aprontaron luego un grueso cuerpo de tropas, que entre tlaxcaltecas y huexutzincas pasaban de diez mil hombres, mandados por diestros y valerosos capitanes, de suerte que á los principios del año de tres conejos, que fué el de 1430, estaba ya en Méjico este socorro, que unido á las tropas mejicanas y tlatelolcas, y á la gente del príncipe, se formó un cuerpo de cerca de cien mil combatientes. Consultaron entre sí Nezahualcoyotl é Itzcohuatl, sobre el plan que debian seguir, y el órden y disposicion de marchas y operaciones del ejército, y quedó acordado que este se transportase en canoas á las playas del territorio de Tezcoco, y allí formado y ordenado marchase todo en un cuerpo, mandado por los dos monarcas, y á sus órdenes para distribuirlas el rey de Tlatelolco, los infantes de Méjico Moteuhzuma, Tlacaeleltzin, y Axayacatzin, el infante de Tezcoco Quauhtlehuanitzin, Totoquiyauhtzin, señor de Tlacopan, y otros príncipes de las casas reales de Tezcoco y Méjico.

Estando ya todo á punto, y señalado el dia, que no nos dan noticia del que fué, sino solamente que se

comenzó esta guerra en los primeros meses del referido año de tres conejos, se embarcó el ejército en un copioso número de canoas, y se transportó en una noche á las playas de Tezcoco, llevando á sangre y fuego todas las poblaciones de los rebeldes que estaban al paso, en las que hallaron muy poca gente, y ninguna resistencia. Al llegar á Cohuatlican, dos leguas distante de Tezcoco, les salieron al encuentro los enemigos en número muy inferior al ejérctto imperial, y embistiéndose unos á otros con bizarría, se trabó una sangrienta escaramuza, que duró algunas horas, hasta que no pudiendo los rebeldes sostener el combate volvieron la espalda, y tomaron la fuga, dejando en el campo muchos muertos; así de los suyos, como de los imperiales, que recibieron bastante daño. No quisieron los generales seguir el alcance sin recoger su tropa y que descansase. Al dia siguiente continuó el ejército su marcha al rumbo del Norte, y al llegar á Nepohualco volvió á salirles al encuentro la tropa enemiga, tambien en inferior número, pero embistiendo intrépida; se trabó la pelea que duró poco, porque cargados de los imperiales, volvieron la espalda, sin considerable pérdida de una ni de otra parte. Siguieron estos su marcha por el mismo rumbo, y al llegar al pueblo de Aculhuacan, situado á las orillas del rio Papalotlan, entre esta poblacion y la de Chautla, en cuyo parage habia un puente sobre el dicho rio, le hallaron guarnecido de un grueso ejército que les defendia el paso; peleóse con bizarría de una y otra parte todo el dia, derramándose de entrambas mucha sangre, especialmente de algunos famosos capitanes de las tropas de Nezahualcoyotl, que llevaban la vanguardia y fueron las primeras que aco-

metieron; pero finalmente al declinar el dia cedieron los enemigos, retirándose hácia el territorio de de Chiunauhtlan, dejando dueño del puente al ejército aliado, que pasó del otro lado y reposó allí aquella noche de la fatiga pasada.

Al dia siguiente continuó este su marcha, dirigiéndose á la ciudad de Acolman, hoy corto pueblo conocido por el nombre de Oculma. Era esta fuerte por su situacion enmedio de una laguna con solas dos entradas, y guarnecida de un grueso número de tropa, mandada por su señor Ochpancatl, y á sus órdenes algunos esforzados capitanes tecpanecas, de los que escaparon de la guerra de Azcapuzalco. Pusiéronse sobre ella los imperiales, procurando ganar sus entradas, mas la guarnicion las defendia con bizarría. Tres dias duraron los ataques, al cabo de los cuales hubieron de ceder los rebeldes, y fué tomada la ciudad por el ejército aliado, que hizo en ella mucha carnicería, sin perdonar mas que á las mugeres y niños, y algunos pocos de la guarnicion que lograron escapar la vida con la fuga. Pusieron fuego á algunos templos y casas, y la ciudad fué dada á saco á la tropa, que se mantuvo en ella el dia siguiente, descansando de la fatiga pasada.

Al otro subsecuente volvió el ejército á emprender su marcha, llevando á sangre y fuego todas las poblaciones que encontraba al paso, entre las cuales fueron las mas considerables y que hicieron alguna resistencia Tecoyocan, Tepecpan y Chiuhnautlan. De aquí revolvieron sobre la derecha al rumbo del Leste, y se pusieron delante de Teotihuacan, que estaba bien guarnecida de crecido número de tropa; pero en poco tiempo se rindió, y fué entrada á saco por el ejército vencedor.

La misma fortuna corrieron Quauhtlanzinco, Acapoxco y otros lugares de ménos cuantía, entre los cuales fué la ciudad de Otompan la que hizo mas resistencia, y por tanto experimentó mayor estrago. Revolvió el ejército á la izquierda sobre Cempohualam, ciudad grande y de mucho gentio; mas así estas, como Aztaquemecan, escarmentadas con los tristes sucesos de las otras, previnieron el golpe rindiéndose voluntarias, y enviando sus mensageros á pedir clemencia, acompañando el ruego con algunos regalos de comestibles, y así lograron escapar del estrago. Las ciudades de Ahuatepec, Tepepolco, Apan, y otras de aquella comarca que se habian mantenido fieles al príncipe, enviaron tambien sus mensageros á darle la bienvenida, y la enhorabuena de sus victorias, con abundancia de comestibles para regalo y refresco del ejército.

Sujeto en tan breve tiempo este dilatado terreno con una no interrumpida continuacion de victorias, perdieron el ánimo los rebeldes, y las cabezas del motin procuraron ponerse en salvo con la fuga; y habiendo dado las órdenes convenientes, y puesto gobernadores de experimentada fidelidad en las principales poblaciones conquistadas, determinaron los príncipes retroceder al rumbo del Oeste hasta la provincia de Tepotzotlan. Marchó el ejército en buen órden, siguiendo el camino por Tezontepec, Temascalapan, Xaltocan y Teoloyocan, sin disparar una flecha, porque escarmentados y aterrorizados por una parte, y viendo por otra la benignidad con que habian sido perdonadas las poblaciones que voluntariamente se rindieron, salian en tropas del gran número de ellas que habia en esta dilatada rota á pedir clemencia, ofreciendo sus dones y

regalos; con lo que consiguieron no ser comprendidas en el estrago, y el ejército siguió su marcha, muy regalado, y sin incomodidad, hasta Quauhtitlan, y de alli á Méjico, donde fué recibido con muchas aclamaciones á que siguieron fiestas y regocijos públicos en celebridad de tan feliz conquista, concluida en pocos meses dentro del mismo año de tres conejos, que fué el de 1430.

CAPITULO III.

Celébrase en la ciudad de Méjico con mucha pompa y solemnidad la jura del emperador Nezahualcoyotl, y son reconocidos por sus colegas en el imperio los reyes de Méjico y Tlacopan, y entre los tres se reparten las tierras y provincias conquistadas.

Entre las muchas concubinas que tenia el príncipe Nezahualcoyotl habia una de singular hermosura, cuyo nombre no nos dicen (1), sino solo que era hija de To

(1) El P. Torquemada la llama Matlalzihuatzin, refiriendo los amores de Nezahualcoyotl con esta hermosa jóven muy circunstanciadamente, aunque con alguna inverosimilitud por los medios indignos de que supone haberse valido el príncipe para lograrla, agenos ciertamente del carácter honrado que todos los historiadores le conceden. Véase su Monarquía Indiana tomo 1, lib. 2, cap. XLV. Y es de notar que tanto este autor como Clavigero, como verémos en su lugar en el apéndice, no suponen á Matlalzihuatzin concubina, sino esposa de Nezahualcoyotl, y colocan su casamiento con ella en época posterior á la de que vamos hablando; de lo que puede conjeturarse que, ¿

toquiyauhtzin, señor de Tlacopan, que corrupta la voz por los españoles llaman hoy Tacuba. Esta, pues, juntaba al buen parecer la destreza y el artificio para hacerse amar del príncipe, cuyo afecto poseia en mas alto grado que todas las otras, y quien tenia ya en ella varios hijos. Su privanza, su alta nobleza, y su natural ambicioso la hicieron concebir el designio de exaltar su casa cuando ménos proporciones habia para ello, siendo uno de los artículos ajustados entre el príncipe y el rey de Méjico la extincion universal de todos los señoríos en los paises conquistados, en la que habia de ser comprendido el de Tlacopan, que ántes pertenecia al reino tecpaneca, y habia sido conquistado en la guerra de Azcapuzalco.

Mas sin embargo de estos obstáculos, esforzó esta su empeño, y logró hacer entrar al príncipe en su proyecto, que se reducia no solo á que no se despojase á su padre de los estados de Tlacopan, sino á que se le aumentasen, agregándole algunas tierras de las nuevamente conquistadas, y lo que es mas, que se le diese en el gobierno del imperio igual parte que al rey de Méjico, de suerte que fuese este un triumbirato de que dependiese el gobierno todo del imperio, sin que nada pudiese resolverse en los negocios de él, sin la concurrencia de las tres cabezas. Toda la dificultad estaba en ganar el consentimiento del rey de Méjico, para lo cual fué preciso que el príncipe empeñase toda su sagacidad, talento y elocuencia.

---

son dos mugeres distintas, aunque ambas hijas de Totoquiyauhtzin, ó que Matlalzihuatzin fue primero concubina, y luego esposa del emperador.—*E.*

Era Totoquiyauhtzin sujeto de capacidad, prudencia y cordura, valiente y diestro en la milicia, y habia sido siempre fiel al príncipe, guardando al mismo tiempo buena correspondencia con los señores mejicanos, á pesar de la lealtad que debia á su soberano el rey de Azcapuzalco, dando por sus tierras franca entrada á sus tropas en la invasion del reino tecpaneca, como vimos en su lugar. Valido, pues, el príncipe de estas razones propuso al rey Itzcohuatl y al senado mejicano el arrogante proyecto de la concubina; mas apenas le oyeron, escandecidos todos de la propuesta, la repelieron con el mayor ardor. No desmayó por esto el príncipe, ántes por el contrario, esforzando sus razones, y corroborándolas con otras, dijo: que aunque habia entrado conquistando á sangre y fuego el reino tecpaneca para castigar la tiranía de Maxtla y sus aliados, nunca habia sido su ánimo destruir de todo punto esta monarquía, una de las primeras y mas ilustres del imperio, de donde descendian tantas nobilísimas casas y familias, porque una accion semejante no podia carecer de la nota de tiranía, no habiendo sido todos igualmente culpados en la invasion de Tetzotzomoc y en los excesos de Maxtla, pues era bien notorio que muchos siguieron su partido á mas no poder, cuando de no hacerlo así no podian avanzar otra cosa que su ruina. Que uno de estos fué Totoquiyautzin, quien sin embargo del parentezco inmediato que tenia con la casa de Azcapuzalco, estaba tan mal hallado con la dominacion tecpaneca, que luego que se le presentó la coyuntura de sacudirla lo ejecutó, y en ocasion tan favorable, que abriendo paso por Tlacopan á las tropas mejicanas, lograron entrar sin embarazo á incorporar-

e con el ejército. Que en la suposicion de que no ra justo que de todo punto se extinguiese la monarquía ecpaneca, sino que subsistiese y el que la poseyese uviese parte en el gobierno, ninguno con mas razon ue Totoquiyauhtzin, que á mas de descender de la asa real de Azcapuzalco, estaba adornado de todas as prendas de valor, talento y prudencia apreciables n un monarca; y que finalmente para el acierto y mas ronto y mas fácil despacho en los negocios del gobiero, era conveniente que fuesen tres, y no dos, las caezas del imperio, porque de esta suerte habria siemre desigualdad en los votos que prontamente formasen lecision en los puntos dudosos.

A este discurso del príncipe, proferido con mucha elocuencia y gracia, calló todo el senado, dando á enender que condescendia á la propuesta, mas tomando ntónces la voz el rey Itzcohuatl, le dijo de esta suerte: „Muy amado sobrino: confieso que vuestras razones „me han convencido en cuanto no se extinga el reino „tecpaneca, que así por su antigüedad, como por su „nobleza, de que somos participantes por repetidos „enlaces, y finalmente por ser el tronco de donde pro„ceden tantas ilustres familias, es razon que se man„tenga y restaure su antiguo esplendor, dándole parte „en el gobierno al monarca que ocupare su trono. „Tambien me parece muy acertado el pensamiento de „que sean tres las cabezas del imperio para facilitar de „este modo el mas breve expediente de los negocios; „pero en lo que no puedo convenir es en que á Toto„quiyauhtzin se le dé la posesion de este reino, y la „investidura de rey y parte en el gobierno, porque la

„ misma razon que alegais del mas inmediato enlace de
„ parentezco con los últimos reyes tecpanecas es el ma-
„ yor obstáculo que tiene para ser elegido, pues late
„ muy viva en sus venas la sangre de los dos tiranos
„ Tetzotzomoc y Maxtla: y su misma accion de infi-
„ delidad para con ellos, aunque á nosotros haya sido
„ provechosa, nos debe hacer advertidos para guardar-
„ nos de él, y no ponerle en estado de que proceda con
„ nosotros con igual deslealtad, causando nuevas alte-
„ raciones en el imperio. Otros señores hay de la mis-
„ ma casa, de igual nobleza y no inferiores prendas,
„ y que descienden de ella antes que se manchase con
„ las tiranías de los dos últimos reyes, y de estos po-
„ deis elegir el que quisiereis, que cualquiera de ellos
„ será de mi aprobacion, como no sea Totoquiyauht-
„ zin."

Poco le importaba al príncipe el convencimiento de Itzcohuatl en los demas puntos, mientras no lograba el principal empeño de colocar á Totoquiyauhtzin en el trono tecpaneca; y así continuando sus esfuerzos, y promoviendo con nuevas razones su pretension, se altercó entre los dos por largo rato, hasta que finalmente consiguió el príncipe con su destreza reducir á su dictámen al rey de Méjico.

Quedó pues determinado que á los estados de Tlacopan se agregase la quinta parte de las tierras nuevamente conquistadas, y el r sto se dividiese igualmente entre el príncipe y el rey de Méjico (1): que á

(1) Segun Clavigero y Torquemada el resto no se dividia con esta igualdad, sino que una tercera parte era para Nezahualcoyotl y las otras dos para Itzcohuatl.—*E.*

Totoquiyauhtzin se le diese la investidura de rey de los tecpanecas, con el título de tecpanecatl tecuhtli, al rey de Méjico el de culhua tecuhtli, por el antiguo reino de Culhuacan que poseia por sucesion legítima, y á Nezahualcoyotl el de gran chichimecatl tecuhtli, que tuvieron sus antepasados. Que este triumbirato gobernase el imperio, sin que pudiera determinarse cosa alguna sin el concurso de todos los tres monarcas, entre los cuales habia de preferir en dignidad Nezahualcoyotl, y se le habia de jurar y coronar por supremo emperador, del mismo modo y con las mismas solemnidades que á sus mayores. Que esta jura se habia de celebrar en la ciudad de Méjico, y al mismo tiempo habian de ser reconocidos por sus colegas y compañeros los otros dos reyes (1).

Concertadas de esta suerte las cosas, se comenzó luego á trabajar en los preparativos para la funcion de la jura, cuyas disposiciones tomó á su cargo el senado mejicano. Despacháronse correos á todas partes hasta las costas de uno y otro mar, convocando á todos los señores y principales caballeros para la ciudad de Méjico á esta solemne funcion. No hallo en los escritores el mes ni el dia en que se celebró, sino únicamente que fué á mediado del año de cuatro cañas, que fué el de 1431, con una pompa y magnificencia nunca

(1) Véase aquí á los mejicanos, no solo libres del tributo que poco ántes pagaban á los tecpanecas, sino elevados sobre ellos, y lo que es mas, con intervencion en el gobierno de la primera monarquía de Anáhuac, merced á la sabia política de Itzcohuatl. ¡Cuanto importa á la prosperidad de las naciones un buen gobernante!—*E.*

vistas, por el innumerable concurso que se juntó para ella (1).

Las ceremonias fueron las mismas que usaron los otros emperadores, y dejamos ya referidas en la vida del emperador Quinantzin, con la diferencia de que el poner la corona al nuevo emperador era prerrogativa del rey tecpaneca de Azcapuzalco, como primer príncipe del imperio, y era el primero que le saludaba con el nombre de gran chichimecatl tecuhtli, pero en esta ocasion no fué así, sino que sentado Nezahualcoyotl en su tlahtocaicpalli, ó silla real, que estaba colocada sobre algunas gradas en el fondo del salon principal del palacio de Itzcohuatl, tomó este una manta muy fina labrada de varios colores, y se la puso en los hombros á Nezahualcoyotl, y tomando despues la corona se la puso en la cabeza al nuevo emperador, saludándole con el renombre de gran chichimecatl tecuhtli, y hecho esto tomó asiento en uno que estaba prevenido á la derecha del emperador. Entónces el nuevo rey de Tlacopan, que estaba en pié, puesto delante del emperador, le hizo una profunda reverencia, saludándole con el mismo renombre, y tomó otro asiento que estaba prevenido á la izquierda de él.

Siguieron luego los infantes de Tezcoco y Méjico, y todos los príncipes de estas casas, el rey de Tlatelolco, y los demas señores y caballeros de aquel numeroso concurso, que pasando de uno en uno por su órden por delante del emperador, repetian el mismo sa-

(1) Clavigero coloca este suceso en 1426, y supone que la coronacion se verificó en Tezcoco, aunque conviene en que Itzcohuatl fué el que coronó al príncipe Nezahualcoyotl.—*E.*

ludo, haciendo aquel homenage ó especie de juramento de fidelidad, y de reconocer por colegas del imperio en el gobierno á los dichos dos reyes. Concluida la ceremonia, se levantó el emperador, y salió acompañado de ellos á la puerta del palacio, donde era innumerable el concurso de pueblo que esperaba, el cual luego que le vió, comenzó á victorearle con muchas voces, aclamaciones, y muestras de regocijo. A esto siguió despues el banquete, que fué abundantísimo, no solo para todos los señores y principales, sino tambien para el pueblo, y en este y los dias subsecuentes se hicieron muchas fiestas y regocijos públicos que estaban preparados, de bailes, saltos y suertes de ligereza, alardes y combates particulares, juegos de pelota y palo volador, y otros que acostumbraban, de que daré noticia en su lugar.

Hízose luego el repartimiento de las tierras segun estaba acordado, tirando una línea de Sur á Norte desde el cerro nombrado Cuexcomatl, que está á la parte del Sur respecto de Méjico, y trayéndola en derechura por medio de la laguna, donde se dice clavaron unos morillos ó estacas muy altas de una y otra orilla, que sirviesen de mojoneras, y corriendo despues para el Norte atravesó la línea los cerros de Xoloque Techimali hasta el territorio de Tototepec, que era lo que hasta entónces se habia conquistado. Todavía subsisten en nuestros dias las señales de esta division, en un albarradon que corre de Sur á Norte á la falda occidental del Peñon de los baños, que es conocido por la albarrada de los indios, á distincion de la de San Lázaro, que es obra de los españoles; y segun los linderos que señalan los escritores, corria la línea para el

Sur por entre Iztapalapan y Culhuacan, atravesand la laguna de Chalco, por entre Nativitas y Xochimil co, y por el Norte corria atravesando el terreno qu es ahora laguna de Tezompanco, y seguia por entr este pueblo y el de Citlaltepec, hasta Tototepec. To das las tierras de la banda del Leste quedaron agrega das al reino de Tezcoco, y en su posesion el empera dor Nezahualcoyotl, y todas las del Poniente, que er la mayor parte, quedaron anexas á los reinos de Mé jico y Tlacopan, dándole á este último los estados d Mazahuacan, y otros pueblos de su comarca, que fu lo que regularon corresponder á la quinta parte de l ganado; y así quedó el reino de Tlacopan encerrad y circumbalado dentro del de Méjico, como lo estab tambien el de Tlatelolco.

CAPITULO IV.

Determina el emperador restituirse á su corte de Tezcoco, lo ejecuta con mucho sentimiento del senado y pueblo d Méjico; piden perdon los rebeldes y se les otorga, man dándoles que se queden en Tezcoco; mas ellos desconfian y se retiran á Tlaxcallan y Huexutzinco.

Desde estos tiempos comenzaron á gobernar el im perio los soberanos que componian este triunvirato: d suerte que en los negocios de estado, guerras y poses nada podia hacerse sin el concurso de los tres reyes sin embargo de que cada uno en su reino mandaba des póticamente en calidad de monarca en todo lo político económico, civil y criminal. Así lo afirma D. Fernan

do de Alba, como de público y notorio, y en su comprobacion refiere las cláusulas de un antiguo cántico llamado xopancuicatl, que asienta que en el tiempo que escribió le cantaban todavía los indios en sus fiestas y saraos, cuyas palabras trae en lengua nahuatl, y las traduce al castellano de este modo, que copio á la letra: „Dejaron memoria en el Universo los que ilustra„ron el imperio de Méjico, y aquí en Aculhuacan los „reyes Nezahualcoyotl y Moteuhzuma, y en Tlacopan „Totoquiyauhtzin; de verdad que será empresa eterni„zada vuestra memoria, por lo bien que juzgasteis y „registeis en el trono, y tribunal del Dios Criador de „todas las cosas."

Aunque igualmente concurrian los tres al gobierno, en la grandeza, autoridad, magestad y opulencia los reyes de Texcoco y Méjico excedieron mucho al de Tlacopan; y en los últimos tiempos inmediatos á la conquista, se levantó sobre todos el de Méjico, como verémos; porque esta especie de aristocracia continuó en los sucesores de todos tres, hasta la venida de los españoles.

Ofendido el emperador por una parte de la infidelidad y rebelion de los señores tezcocanos, y por otra agradado de la hermosura de la ciudad de Méjico, quisiera mantenerse en ella habiendo fabricado para su habitacion unos hermosos palacios y jardines; pero instado de sus vasallos, y conociendo que el haber faltado de su corte de Tezcoco habia sido en mucha parte el motivo de la revuelta, determinó restituirse á ella, abandonando su gusto por atender y complacer á sus súbditos, que multiplicaban sus instancias para que se restituyese á su corte.

A ella habian venido y se mantenian ocultos Iztlacautzin, señor que fué de Huexotla, y principal cabeza del motin, Motoliniatzin, señor que fué de Cohuatlican, Ochpancatl que lo fué de Acolman, Totomihua de Cohuatepec, Tlilmantzin y Nonohualcatl, hermano bastardo aquel, y este cuñado del emperador, cómplices y cabezas del levantamiento. Estos, pues, viéndose en el estado mas miserable, y que viniendo el emperador á su corte no podian mantenerse en ella, determinaron apelar á su clemencia pidiéndole perdon y entregándose en sus manos. Para esto resolvieron enviar ciertos mensageros al emperador, y con ellos algunos regalos. Llegados estos á Méjico, y puestos en presencia del emperador, postrados en tierra dieron su mensage, implorando su clemencia para aquellos príncipes, que confesando sus yerros y arrepentidos de ellos esperaban de su benignidad el perdon, y en señal de su rendimiento le ofrecian aquellos dones y regalos.

Oyó el emperador su razonamiento con mucha atencion, y les respondió muy afable, otorgándoles el perdon, y asegurándoles que tenia ya olvidados sus delitos, y solo se acordaria de su humillacion para atenderles en cuanto pudiese. Mandó á los mensageros que dijesen de su parte á los príncipes que no saliesen de Tezcoco, sino que se mantuviesen allí hasta que él fuese, que seria de allí á pocos dias, porque á su llegada pensaba hacerles algunas mercedes.

Resuelto ya el emperador el restituirse á su corte, determinó ejecutarlo pocos dias despues. El senado y pueblo mejicano sentian muchísimo su partida, porque le amaban con extremo; pero esto mismo daba zelos al rey Itzcohuatl, y así deseaba que se fuese, y procu-

raba persuadírselo con todas las razones políticas con que creia poder mover su ánimo para ello. Llegado el dia señalado, se despidió de los reyes de Méjico y Tlatelolco, que ni á uno ni á otro les pesaba su partido, aunque aparentaron mucho sentimiento; y habiendo determinado hacer el viaje por agua, por ser mas breve y fácil, se embarcó en las canoas que ya estaban preparadas, con toda su familia y tropa que tenia consigo, y los infantes de Méjico, el senado, y toda la nobleza y mucha gente del pueblo que quisieron acompañarle hasta su corte, con muchas muestras de afecto, y con sentimiento de su ausencia. Dirigió su marcha á las playas inmediatas á un bosque llamado Acayacac, donde ya le estaba esperando toda la nobleza, no solo de la ciudad de Tezcoco, sino de todo el reino, que le recibió con mucho júbilo y aclamaciones. Admitióles el benigno monarca con mucha afabilidad y benevolencia, haciendo á todos y á cada uno de por sí muy particulares expresiones.

Mas echando ménos en el concurso á los príncipes que habia perdonado, no pudo disimular, y preguntó ¿por qué causa no habian salido á recibirle? Respondiéronle que sin embargo del perdon que les habia otorgado, conociendo la gravedad de sus delitos no se habian atrevido á esperarle, y habian salido de la ciudad, y tomado el camino para la provincia de Tlaxcallan. Sintiólo mucho el emperador, y mandó á un caballero de su comitiva, llamado Coyohua, que partiese en diligencia á alcanzarlos, y les dijese de su parte que él venia á su corte de Tezcoco llamado de sus vasallos, no á castigarles, ni á renovar memoria de lo pasado, sino á ampararles y hacerles mercedes. Que

se aseguràsen de su palabra, porque tenia ya enteramente olvidados sus delitos: que volviesen á sus casas, donde con las mercedes que les haria podrian vivir descansados, y con la decencia correspondiente al esplendor de su nobleza. Partió sin dilacion el mensagero, y él continuó su marcha con todo aquel acompañamiento hasta su corte de Tezcoco, donde fué recibido con muchas aclamaciones y alegria, y se hospedó en su palacio de Cilan.

Hizo tan buena diligencia el caballero Coyohua, que alcanzó á los principes, y habiéndoles dado el mensage del emperador, procuró por su parte persuadirles á que se volviesen á Tezcoco; mas ellos poseidos del miedo que les causaban los remordimientos interiores de sus pasados yerros, no se dejaron persuadir de los mensages del principe, y así respondieron con mucha sumision, agradeciendo al emperador las honras que les hacia, y que de ningun modo desconfiaban de su real palabra, creyendo desde luego que tenia ya olvidados sus delitos; pero que ellos los tenian muy presentes, y que todos los castigos que por ellos merecian les serian mas tolerables que el ponerse en su presencia, no pudiendo olvidar las ofensas que le habian hecho, y así elegian de mejor gana vivir en inferior fortuna en otras regiones. Entónces Totomihua, señor que fué de Cohuatepec, y uno de los dichos principes, llamando á dos hijos suyos que llevaba consigo, nombrados Ayocuantzin y Quetzaltecolotzin, le dijo al mensagero: „Ves ahí a mis dos hijos; llévalos al emperador, y dile que ellos no han sido cómplices en „ mis delitos, y así se los envio para que los ampare „ y logren las mercedes que su real clemencia pensa-

„ ba hacerme;" y volviéndose á ellos les dijo: „Id, y „ servid con amor y fidelidad á vuestro rey, y señor „ natural, tomando escarmiento en mí, que hasta aho- „ ra vuestra inocencia os salva." Partió con ellos Coyohua, y los príncipes siguieron su marcha á las provincias de Tlaxcallan y Huexutzinco, donde se establecieron, y de ellos procedieron muchas ilustres familias de estas repúblicas. Solo Motoliniatzin volvió despues á sus estados, como verémos adelante.

CAPITULO V.

Quejoso el emperador del rey de Méjico, le declara la guerra: procura este desenojarle, enviándole veinte y cinco doncellas, y se las vuelve. Va con su ejército sobre Méjico y desafia al rey en singular combate, que no admite: dase la batalla y piden la paz los mejicanos, la que les otorga con calidad de que le paguen feudo, y se restituya á los señores á sus dignidades, y todo se ejecuta.

Cuando la ambicion y la envidia se apoderan del corazon humano, es tan fuerte su violencia, que ofuscando el entendimiento, y borrando de la memoria las mas extrechas obligaciones, precipitan al hombre en los mayores absurdos. Ya hemos visto en esta historia que á pesar de los justos motivos que tenia Nezahualcoyotl para haber abandonado á su tio el rey Itzcohuatl, dejándole perecer con todo su reino á manos del tirano Maxtla, olvidado de sus quejas, le ayudó con todas sus fuerzas y las de sus aliados en la mas urgente ocasion, en que el gran poder tecpaneca le tenia puesto el cu-

chillo á la garganta. Que esta accion le acarreó la funesta consecuencia de habérsele rebelado los principales señores del imperio que poco ántes le habian recibido con tanto aplauso, envolviendo en su sedicion á la mayor parte de la nobleza del reino, y sin embargo se hacia sordo el rey Itzcohuatl á las voces de estas extrechas obligaciones para ayudarle á castigar á los rebeldes y recobrar su reino, por no verse precisado á jurarle y reconocerle por supremo monarca; y cuando á instancias del senado, que reconoce estas obligaciones, no puede ya escusarse de auxiliarle, se vale de la coyuntura para satisfacer en parte su ambicion y dar algun lenitivo á su envidia, con el especioso pretexto de exaltar su nacion, pretendiendo aumentar sus dominios con la mitad de las tierras que se conquistasen, que todas eran del patrimonio imperial, y lo que es mas, queriendo se le reconociese por cabeza del imperio en igual grado á Nezahualcoyotl, usurpándole de esta suerte á un mismo tiempo los dominios y la autoridad.

A uno y otro cedió este generoso monarca, poniendo á Itzcohuatl en una nueva obligacion que debia hacerle reconocido, mas en vez de saciar esto su ambicion, la exaltó; y viendo ahora por las demostraciones de sentimiento que hicieron en su ausencia los mejicanos lo mucho que le amaban, le picaron de tal suerte los celos y la envidia, que no pudiendo contener sus ímpetus, brotaron feamente á los labios, y habiendo vuelto el senado y la nobleza que fué á dejar al emperador á su corte, los recibió con ceño y aspereza, prorrumpiendo en algunas expresiones sentidas, afeándoles como extremos imprudentes las acciones que habian ejecutado, y

entre ellas una fué decirles que ni por la sangre ni por la edad era Nezahualcoyotl mas digno que él de haber sido coronado y reconocido por supremo monarca ; pero mucho ménos por el valor, en que le era tan inferior cuanto va de un soldado visoño á un capitan veterano: á que se agregaba ser él el rey de la nacion mejicana, y así el haber sido esta, y su senado y nobleza quien mas instó, y se empeñó en coronar á Nezahualcoyotl, era para él un justo motivo de queja y desconfianza.

La gran viveza y perspicacia de Nezahualcoyotl no podian dejar de penetrar los afectos de Itzcohuatl, mayormente siendo tan claras las señas, que otro ménos sagaz las advirtiera; pero su prudencia, y el guardar consecuencia en la union con su tio, que habia sido la piedra del escándalo entre sus súbditos, le hacian disimular, procurando por medios suaves salir con su intento, aunque fuese á costa de alguna pérdida. El grande amor que le tenian los mejicanos hizo que llegasen á sus oidos luego las imprudentes expresiones de Itzcohuatl, á las que por ventura se hubiera hecho sordo, si no le hubiesen tocado en el valor, pero no pudo sufrir que se le notase de ménos valiente que Itzcohuatl, y acaso se creyese que su disimulo y prudencia eran efectos de cobardía; y lleno de furor y enojo, mandó luego á dos caballeros de su corte que pasasen sin dilacion á Méjico, y dijesen de su parte al rey que se preparase para la guerra, porque dentro de diez dias estaria con su ejército sobre su corte, y con las armas en la mano le haria conocer y confesar que por su valor era digno de la dignidad de gran chichimecatl tecuhtli que obtenia, aunque no la hubiese heredado de sus mayores; y al mismo tiempo mandó á sus capita-

nes levantar mas gente, y poner en órden sus tropas.

Partieron sin dilacion los embajadores, y cumplieron puntualmente su comision. Turbóse el rey de Méjico al oir la embajada, y multiplicando disculpas procuraba indemnizarse del hecho, atribuyendo á siniestra interpretacion de sus palabras, y á depravada intencion del que las puso en oidos del emperador, para turbar la paz y buena armonia que entre los dos estaba tan bien arraigada, prorrumpiendo en amenazas contra aquel ó aquellos á quienes descubriese fautores de tal delito, y ofreciendo dar al emperador todas aquellas satisfacciones que pidiese, para cuyo efecto despacharia luego sus embajadores con las instrucciones necesarias. Despedidos con esto los del emperador, entró el rey á consultar consigo propio, sin llamar al senado ni á otro alguno, el modo de satisfacer á Nezahualcoyotl y desarmar su justa indignacion y enojo; y como quien le tenia tan familiarmente tratado, y conocia sus inclinaciones no podia ocultársele la que tenia al bello sexo; y así mandó luego juntar todas las doncellas hermosas de las casas mas ilustres, y de ellas escogió veinte y cinco, las mas sobresalientes en nobleza y hermosura, y llamando á dos caballeros de su casa, se las entregó, mandándoles que partiesen luego con ellas á Tezcoco, y las presentasen en su nombre al emperador en muestra de su síncero afecto, instruyéndoles al mismo tiempo en todas aquellas razones y disculpas que creia podian suavizar su enojo, y ofreciendo darle de nuevo todas las mas satisfacciones que pidiese.

Así lo ejecutaron los embajadores, presentando al emperador las doncellas, y esforzando sus razones para disculpar á su señor. Mas esta accion en vez de

quietar á Nezahualcoyotl, encendió mas su enojo; in-
erpretándola como confirmacion de la primera, y que
el enviarle aquel regalo de mugeres era tratarle muda-
nente de cobarde y afeminado: pero reservando esta
dea en su pensamiento, disimuló con los embajadores,
a quienes respondió que dijesen al rey su amo que esti-
naba mucho su regalo, y que por lo respectivo á su que-
a dentro de tercero dia daria la respuesta. Mandó lue-
go aposentar aquellas damas en uno de sus palacios, y
que en ellos fuesen servidas con el mayor regalo y mag-
nificencia. Al tercer dia las hizo venir á su presencia,
y tratándolas con mucho agrado y afabilidad, las hizo
muchos regalos de joyas de oro, piedras preciosas y
piezas de ropa, y luego mandó á dos señores de su cor-
te que las acompañasen hasta Méjico y las devolviesen
á Itzcohuatl, diciéndole de su parte que le devolvia
aquellas señoras á quienes no habia tocado, sino hécho-
las servir como merecia su nobleza y hermosura: que
negocios de tanta importancia como este no se trataban
por medio de mugeres, que el ser atento y galante con
ellas y el amarlas mucho no se oponia al valor, ni era
prueba de cobardía, como se lo haria ver la experiencia
el dia señalado, para el cual nuevamente le apercebia
que estaria con su ejército sobre su ciudad de Méjico.

Confuso quedó Itzcohuatl al oir esta embajada sin responder otra cosa que repetir sus disculpas; y habiendo despedido á los embajadores mandó juntar al senado, y haciéndole saber todo lo acaecido, consultó sobre la determinacion que debia tomarse. Hizo llamar á los reyes de Tlacopan y Tlatelolco, á quienes persuadió á que le auxiliasen, haciéndoles entrar en esta liga, como de causa comun, porque si á él le vencia Nezahualco-

yotl, con cualquier frívolo pretexto daria sobre ellos y los despojaria de sus estados.

Uno y otro ofrecieron enviar sus tropas, y quedó resuelto que se levantase prontamente toda la mas gente mejicana que se pudiese: nombráronse los capitanes, que habian de mandar bajo las órdenes del rey de Méjico, que mandaria en gefe el ejército y se dieron todas las demas providencias que parecieron convenientes y oportunas en lance tan vigente. Lo mismo ejecutó el emperador, que en pocos dias juntó un lucido ejército á que por sí mismo pasó revista, y llegado el dia señalado, se embarcó con él al anochecer, y ántes de amanecer fué á desembarcar á las faldas de Tepeyacac, donde hoy está la insigne colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, porque ya desde estos tiempos habian formado los tlatelolcas una especie de arrecibe ó albarradon en este sitio, que se comunicaba con su ciudad (1).

Puesto en órden su ejército comenzó á marchar, y delante de él á una corta distancia el emperador solo, sin permitir que alguno le acompañase. Iba gallardamente adornado á su usanza, vestido de un sayo de

---

(1) Ni Clavigero ni Torquemada hablan de esta quijotesca expedicion, cuyos pormenores los halló sin duda nuestro autor referidos en los historiadores aculhuas, naturalmente inclinados á exaltar las glorias de Nezahualcoyotl, y tanto mas sospechosos cuanto que Itzcohuatl, no solo apreciaba sinceramente á su sobrino, sino que, segun el testimonio de aquellos escritores respetables, en toda su conducta manifestó siempre un carácter franco y leal. No es, pues, verosímil que se manejase con él con la hipocresía y disimulo que aquí se le supone.—*E.*

armas primorosamente labrado de diversos colores, que le cubria desde el cuello á la cintura, quedándose las mangas mas arriba del codo: de la cintura á las rodillas descendia un tonelete curiosamente tejido de rica y vistosa pluma: llevaba por casco, la piel curada de la cabeza de un coyote (especie de lobo), por cuya boca descubria el rostro, y en las orejas naturales de la fiera, dos borlas rojas de algodon, insignia de la caballería de tecuhtli. Llevaba en los brazos y muñecas braceletes y pulseros de oro, guarnecidos de pedrería, y otros semejantes en las corbas y pantorrillas. Las plantas de los caclis ó sandalias eran de oro maciso, afianzadas con cordones rojos, y repartidas en el cuerpo por el pecho y la espalda muchas joyas de oro y pedrería. Empuñaba en la mano diestra una macana, y en la siniestra embrazaba un escudo de piel curada guarnecido de plumas, y en su centro por divisa pintada la parte genital de una muger (1).

Llegó de esta suerte á los arrabales de Tlatelolco, donde ya le esperaba el ejército mejicano en buen órden, y á su frente el rey de Itzcohuatl; y puesto á proporcionada distancia que pudiese oirle, le dijo de este modo: „Aquí me tienes á cumplir mi palabra, y á vengar mi agravio; pero no puedo negar que es muy sensible haber de labarlo con sangre de tus vasallos, que

(1) ¡Extraña divisa ciertamente! El Sr. D. Carlos Bustamante, en sus Mañanas de la Alameda, tom. 2, pag. 71, juzga que la adoptó Nezahualcoyotl como un trofeo al vencimiento de su pasion; pues siendo tan afecto á las mugeres, no se dejó preocupar con las doncellas que le mandó Itzcohuatl. Es necesario convenir en que esta explicacion es bastante fundada.—*E.*

„ en nada me han ofendido ; y pues tu solo me has agra-„ viado, si deveras los amas y deseas libertarlos de es-„ te estrago, sal á lidiar conmigo cuerpo á cuerpo, que „ esto es únicamente lo que puede decidir la disputa de „ cual de los dos es mas valiente, y el que venciere será „ digno de coronarse por supremo monarca, y yo te „ ofrezco que aunque mis vasallos me vean caer muerto „ á tus pies, no se moverán contra tí, ni contra los tu-„ yos, sino que se volverán por el mismo camino que „ vinieron."

A este rey recto bizarro respondió Itzcohuatl, ó tímido, ó prudente: „Muy amado sobrino: jamas he „ pensado ni mucho ménos proferido cosa que pueda „ ofender tu valor, de que tan repetidas veces he sido „ fiel testigo en tantos y tan ilustres hechos, por los „ cuales eres muy digno de la corona del imperio que „ pocos dias ha puse yo mismo sobre tu cabeza, aun-„ que no la hubieras heredado de tus mayores; y así lo „ que conviene es que dando crédito á mi verdad de-„ pongas tu enojo y entres de paz en tu ciudad de Mé-„ jico, donde seas respetado, amado y servido como „ lo fuiste el tiempo que en ella has vivido."—„Con las „ armas en la mano," replicó Nezahualcoyotl;" y re-„ suelto á dar al mundo una nueva prueba de mi valor, „ no admito otro partido que el de pelear; y pues tú no „ quieres que entre los dos cuerpo á cuerpo se decida „ la contienda, no me culpes despues del estrago de „ tus súbditos:" y volviéndose á los suyos, les mandó acometer.

Hízolo el ejército con notable denuedo, y no fué recibido con menor ardor del de los mejicanos, y así se trabó muy sangriento el combate; mas no duró mu-

cho, porque habiendo logrado un soldado ordinario del ejército imperial matar á un famoso capitan mejicano, nombrado Ichtecuachichitli, que mandaba un gran cuerpo de tropa, comenzó esta á desmayar, y á retirarse, lo que visto por el rey Itzcohuatl, mandó poner seña de suspension, que era una manta blanca en la punta de un palo muy alto, y envió á cuatro ancianos senadores á que dijesen al emperador que ya era bastante lo hecho para que se diese por satisfecho su enojo. Llegaron los senadores á presencia del emperador, y postrados en tierra le dijeron: „Hijo nuestro muy ama„do ¿hasta dónde pensais llevar vuestro enojo contra „los mejicanos? ¿Quereis acaso derramar toda su san„gre, y corresponder de este modo á lo mucho que os „aman? Basta ya con lo hecho, y cuando no querais „atender á las canas de vuestro tio, de quien estais „quejoso, atended á los clamores de los viejos de su „senado, nobleza y pueblo, que en nada os han ofen„dido, y no desean otra cosa que veros contento y de„senojado."—„Levantaos, padres mios, respondió el „emperador, que yo no puedo negarme á vuestros „ruegos; pues cuanto estoy quejoso de vuestro rey, „estoy bien satisfecho del amor de los mejicanos, y „por eso rehusaba castigar en ellos mi agravio, y „queria que entre el rey y yo se decidiese la cuestion. „Mas ya por vuestro ruego depongo mi queja, y estoy „pronto á renovar las paces con vosotros y vuestro rey; „pero con la condicion de que para perpetua memoria „de este suceso me han de dar anualmente los reinos „de Méjico, Tlatelolco y Tlacopan un reconocimiento „como á supremo monarca de la tierra."—A esto respondieron los senadores: „Entrad ahora á descansar en

„ vuestra ciudad de Méjico, donde seais servido y ob-
„ sequiado; que allí se tratarán estos negocios, y se ha-
„ rá todo lo que mandareis."

Dieron luego aviso al rey Itzcohuatl que salió pron-tamente acompañado de los de Tlacopan y Tlatelolc y de los infantes de Méjico, y habiéndose abrazado, y hecho muchas expresiones de satisfaccion de una y otra parte, entró el emperador en la ciudad, acompañad de esta comitiva, y seguido de entrambos ejércitos, fué recibido con muchas aclamaciones y alegría del pueblo y fué á hospedarse en el palacio que allí habia fabrica-do, donde descansó aquel dia y el siguiente.

Al tercero hizo convocar al senado, á que concu-rrieron los dichos reyes, los infantes, y la mayor par-te de la nobleza de los mismos reinos, para tratar sobr el feudo que pedia se le diese anualmente, y las dema condiciones con que habia de renovarse la paz y alian-za de estas coronas del imperio; y estando atento tod el congreso, propuso el emperador los artículos siguien-tes: Que los dichos tres reyes de Méjico, Tlacopan y Tla-telolco habian de enviar todos los años al emperador po via de reconocimiento de suprema dignidad cien fardo de mantas blancas, con cenefas de pelo de conejo, te-ñidas de varios colores (cada fardo se compone de vein-te mantas), otros veinte fardos de mantas reales co las mismas cenefas. Estas eran de las que se ponia los reyes en los actos y funciones públicas. Otros vein-te fardos de mantas esquinadas de dos colores con la mismas cenefas, de las que usaban para los bailes pú-blicos. Dos rodelas de colores, con las divisas de plu-ma amarilla. Dos penachos de la misma plumería d los que llamaban tecpilotl, que eran los que usaban lo

emperadores, y dos pares de borlas de pluma para atar el cabello. Que este tributo se habia de repartir proporcionalmente para su paga entre las ciudades siguientes: Méjico, Tlatelolco, Tlacopan, Azcapuzalco, Tenayocan, Tetpotzotlan, Quauhtitlan, Toltitlan, Hecatepec, Huexotitlan, Coyohuacan, Xochimilco, y Cuexcomatitlan. Que sin embargo de pagar este feudo los dichos reyes de Méjico y Tlacopan, serian mantenidos en la dignidad de colegas del emperador y cabezas del imperio, del mismo modo que fueron arcados y reconocidos en la jura y coronacion de Nezahualcoyotl, y que el de Tlatelolco seria mantenido en su reino sin pagar otro feudo que este. Que todos los señores y grandes del imperio habian de ser restituidos á su dignidad, y á la posesion de sus estados de que fueron despojados por las capitulaciones que hizo con el rey de Méjico ántes de la guerra; y que si los que se habian retirado á otras provincias no quisiesen volver, nombraria otros de su misma sangre y familias que entrasen á la posesion de los estados, y recayese en ellos la dignidad. Que los dichos señores habian de hacer nuevamente por sí, y en nombre de sus respectivos vasallos, el homenage de fidelidad, reconociéndole por supremo emperador, y á los dichos dos reyes por sus colegas, obligándose á servir con sus personas y vasallos en paz y en guerra en cuanto se les mandase; y finalmente que la mayor parte del año habian de asistir en sus respectivas cortes.

Así el senado como todo el concurso asintió llanamente á todo lo propuesto por el emperador; solo el rey Itzcohuatl repugnaba la restitucion de los señores á sus estados, alegando las fatales consecuencias que se

habian experimentado en todos tiempos, por las frecuentes rebeliones de los señores contra sus soberanos, las que serian en el imperio un nuevo orígen de inquietudes que perturbase su gobierno, á que se agregaba la diminucion de las rentas reales, habiendo de percibir los señores las que ántes gozaban en sus respectivos estados.

Sin embargo de estas reflexiones, se mantuvo firme el emperador en su dictámen, diciendo que no podia excusar de tiranía este despojo, porque á los que se mantuvieron fieles era darles un severo castigo, en vez de un honroso premio que habian merecido, y por lo respectivo á los desleales á mas de tenerlos ya perdonados, era cosa muy injusta que por el delito personal de un señor, quedase su sucesion privada de la dignidad, y estados que le competian. Que para estorbar las rebeliones habia otros medios justos y prudentes, como era el precisarles á vivir en la corte, ó en aquellos destinos que se les diesen, y no en sus estados, sino alguna corta parte del año, y esto con licencia de sus respectivos soberanos: gravar á sus vasallos con alguna contribucion aunque fuese corta, para que esta misma les recordase siempre la suprema autoridad del emperador y sus colegas: y finalmente seria bien y muy conveniente colocarlos en los cargos y empleos mas honoríficos, para distraerlos de cualquier pensamiento ambicioso. Que por lo respectivo á las rentas, no era una gran cosa la diminucion por lo que habian de percibir los señores, atendido el mayor número de pueblos que se habian aumentado en el imperio y el reino de Méjico de los que ántes eran exentos y no pagaban contribucion alguna, y que sin este au-

mento, y gozando los señores sus rentas, habian sido opulentos sus antepasados, y no ménos los reyes de Méjico: y por lo respectivo al de Tlacopan, aunque no se igualasen sus rentas á las de Tezcoco y Méjico, eran incomparablemente mayores que las que gozaron sus antecesores; y finalmente que nada de esto era comparable con el lustre, decoro y grandeza que resultaba á los soberanos de tener á su lado y á su servicio á estos señores, adornados de sus dignidades y preeminencias, con la decencia y esplendor que les facilitaban sus rentas. Cedió Itzcohuatl á estas razones, y concertado todo de esta suerte se puso en ejecucion, se restituyeron á sus estados catorce señores del reino de Tezcoco, nueve de Méjico, y siete de Tlacopan, que eran del antiguo reino tecpaneca de Azcapuzalco.

No quiso el emperador que este feudo que habian de pagar los reinos de Méjico, Tlacopan y Tlatelolco lo recaudasen los cobradores de sus tributos, sino que nombró para ello á un caballero principal de su corte llamado Cailotl, y desde entónces pagaron estos reinos el dicho feudo al de Tezcoco hasta los tiempos inmediatos á la venida de los españoles (1).

---

(1) Es muy probable que este feudo, de que no hablan ni Torquemada ni Clavigero, sea otra dé las invenciones de los historiadores aculhuas para ensalzar el poder de los emperadores de Tezcoco, ó que si de facto se les impuso á los mejicanos, haya durado muy poco tiempo; pues no es probable que esta nacion, que á la manera de un rio que aumenta á cada paso su caudal y todo lo arrasa, ensanchaba cada vez mas su dominacion con la rapidez de sus conquistas, soportase por mucho tiempo esta carga humillante.—*E.*

CAPITULO VI.

Vuelve á su corte el emperador, y se dedica á ilustrar su reino, á restablecer y aumentar su poblacion y policía, y se trata del gasto diario de su palacio.

La extincion de los señoríos habia causado un general sentimiento y displicencia, introduciendo en los ánimos cierto temor y desconfianza de que el nuevo gobierno fuese un despotismo tiránico que los oprimiese; y así su restitucion fué un golpe de política del emperador con que se grangeó un aplauso universal de la nobleza y plebe, que interpretaban esta accion como un indicio infalible no ménos de la justicia y rectitud de este monarca, que de su clemencia y piedad. Todos lo elogiaban á porfia, aclamándole autor de sus felicidades; y á proporcion del nuevo é importante beneficio que creian recibir de su mano, crecia el afecto y amor para con él, no solo de los mejicanos y tecpanecas, pero mucho mas de sus propios vasallos del reino de Tezcoco, que se gloriaban de ser mas felices en tenerle por soberano.

Los pocos dias que se detuvo en Méjico se pasaron todos en fiestas y diversiones con que aquellos naturales explicaban su afecto, presentándose á todas benigno el sabio príncipe, manifestando su agrado y complacencia, con lo que los dejó contentos y satisfechos, que es esta una moneda de alto precio con que pagan los reyes, sin desembolsar nada de su erario.

Restituyóse á su corte con tanto sentimiento de los mejicanos, como contento de sus vasallos, y el primer objeto de su atencion fué dar lleno á la accion que l

habia conciliado tanto aplauso, restituyendo á sus estados y dignidades á los señores de su reino.

El mas considerable por su antigüedad y esplendor era el de Huexotla; pero Itztlacautzin, desconfiando del perdon que le habia otorgado el emperador, no se atrevió á esperarle; y aunque envió á llamarle, no quiso venir, y se retiró á Tlaxcallan, como ya vimos. Volvió á llamarle en esta ocasion, y tampoco se atrevió á venir. Pero el emperador, guardando su palabra, puso en la dignidad y posesion de sus estados á Tlanoliatzin su primogénito, que era á quien por derecho de sucesion competia.

Motoliniatzin, señor de Cohuatlican, que era otro de los que habian huido, y se habia retirado á Tezmolocan en la provincia de Huexutzinco, llamado en esta ocasion por el emperador, fué restituido á su señorío. Restituyó asimismo en los estados y señorío de Tepetlaoztoc á Cocopintzin, en los de Acolman á Motlatocazomatzin, primogénito de Teyolcocohua difunto, á Tencoyotzin en los de Tepecpan, á Tetzotzomotzin en Chiuhnautlan, á Tlalolintzin en Tolantzinco, á Nauhecatzin en Quauhchinanco, á Quetzalpaintzin en Xicotepec, á Quetzalmemalitzin en Teotihuacan por muerte de su padre Huetzin, y como quiera que siguió siempre su partido y le acompañó en la guerra, le hizo capitan general de la nobleza, y mandó que en su capital de Teotihuacan se erigiese un tribunal de que él fuese presidente, el cual conociese de todos los pleitos y causas que se sustanciasen entre la gente noble que vivia en los pueblos de la campaña de la corte, ordenando que todos estos ocurriesen allí á deducir sus derechos.

Restableció el señorío de Otompan, que despues de la primer conquista y muerte de Quetzalcuiztli, de que traté en su lugar (1), habia quedado agregado á la corona, y lo dió á otro señor principal que le habia servido mucho en la segunda guerra, llamado Quecholtecpantzin, y ordenó que en su capital se erigiese otro tribunal semejante al de Teotihuacan, para la decision de los pleitos entre la gente plebeya de los pueblos de la campiña de la corte.

La ciudad de Chiauhtla, con otros pueblos hácia las riberas de la laguna, la dió el emperador á un hijo suyo á quien amaba mucho llamado Quauhtlatzacuilotzin que era todavía pequeño, y mandó que le llevasen á criar á ella, al cuidado de ciertos caballeros, á quienes nombró para sus ayos.

A Ayocuantzin y Quetzaltecolotzin, aquellos dos hijos de Totomihua señor de Cohuatepec, que dije en el capítulo IV habia enviado al emperador con el caballero Coyohua, les dió tierras y vasallos en el mismo territorio de Cohuatepec; pero reservó para sí esta capital, que incorporó en la corona, y lo mismo hizo con la de Iztapalocan y algunos otros pueblos grandes de la banda del Sur, en las fronteras de Chalco, que no era conveniente que estuviesen en manos de señores particulares, porque vivia desconfiado de la fidelidad del señor de Chalco, sin embargo de habérsele sometido de paz, y jurádole obedieneia; y del mismo modo incorporó en la corona las capitales de Papalotlan, Xaltocan, y otras ciudades de la banda del Norte, que eran fronterizas del reino de Méjico por el Poniente.

(1) Lib. 2, cap. LII.

Aunque todos estos señores fueron en esta ocasion restituidos, unos á la posesion de sus antiguos estados, y otros colocados en los que nuevamente se les dieron, ninguno lo fué con el título ni investidura de rey, que algunos de ellos tuvieron en los tiempos pasados, sino en calidad de príncipes y grandes del imperio, obligándose con nuevo homenage cada uno en particular por sí y en nombre de sus vasallos á la observancia y cumplimiento de las condiciones que propuso el emperador, y á pagar el feudo que á cada uno señaló, que fué muy corto, y por un mero reconocimiento.

A ejemplo del emperador hicieron lo mismo los reyes de Méjico y Tlacopan con los señores de sus respectivos reinos, aunque no hallo autor que diga los nombres ni estados de los que fueron restituidos, y solo se percibe de los sucesos posteriores, que lo fueron los señores de Xochimilco, Mizcuic y Tenayocan, cuyos estados quedaron agregados al reino de Méjico en la division que se hizo de lo conquistado.

Todas las demas ciudades y pueblos del territorio imperial las dividió el emperador en ocho provincias, poniendo en cada una de ellas un recaudador ó colector de tributos, segun los que cada provincia debia contribuir, y á cada uno de ellos hizo cargo al mismo tiempo de ministrar del producto de ellos, que pagaban en comestibles, el abasto de la casa real, por cierto número de dias que reguló, á proporcion de lo que cada uno recolectaba, en esta manera. De la corte de Tezcoco, sus barrios y aldeas de su contorno formó una provincia, y puso en ella por recaudador a un caballero llamado Matlalaca, el cual de los comestibles que recolectase habia de mantener la casa real setenta dias, dando en

cada uno de ellos veinte y cinco tlaconpintlis de maiz en grano para tamales. El tlaconpintli era una de las medidas que usaban. Cada tlaconpintli tenia una fanega y tres almudes de los nuestros, y así los veinte y cinco tlaconpintlis componian treinta y una fanegas y tres almudes. Los tamales son una comida bien conocida en estos paises, y muy usada, especialmente de los indios; son unos pastelitos, ó cubiletes de maza de maiz, rellenos de diversos guisados de carne y pescado en figura de bollos, envuelto en las mismas hojas de las mazorcas del maiz, y cocidos dentro de una olla de barro sin agua. Asímismo debia dar cada dia el dicho colector ó mayordomo para el gasto de la casa real tres tlacopintlis de frijoles, que en españa llaman judias, ó habichuelas; otros tres de chian, que es una semilla semejante á la que en Andalucia llaman zaragatona, y la usaban en varias maneras para bebidas; cuatro cientas mil tortillas de maiz hechas, que era el pan de estos naturales, y cuatro xiquipiles de cacao. Cada xiquipile se componia de ocho mil granos de cacao: con que los cuatro montaban treinta y dos mil granos; cien pavos; veinte panes de sal, que eran redondos, de mas de un palmo de diámetro, y como tres dedos de alto; veinte chiquihuimes, ó cestos de chile ancho; otros tantos de chile menudo, que llaman chiltecpin, que es muy picante. El chile es lo que en España llaman pimiento, y lo hay en estos paises de muchas y diversas especies. Los chiquihuimes, ó chiquihuites, como corruptamente llaman los españoles á los canastos, los hacian y hacen los indios de diversos tamaños y hechuras; pero la medida de estos que daban de chile y otras cosas para el gasto de la casa real los regulan los escritores en mé-

nos de media arroba. Daba tambien diez cestos de tomates, no los que en España son conocidos por este nombre, que á estos llaman aquí jitomates, sino otros pequeños, redondos, verdes, de carne mas consistente, la pepita mas menuda, y la piel mas gruesa, que les servia y sirve para hacer el guisado que llaman moli (1). Iten daba otros diez canastos de ayouachtli, que eran las pepitas de la calabaza, y les servian para otros guisados. Veinte jarros de miel de maguey, que regulan cada jarro á dos libras. Fuera de esto estaba obligado á dar, venados, jabalies, liebres, conejos, codornices, perdices, pavos, gallinetas, y otros muchos animales y aves de caza que ellos comian; todo género de pescados, ranas, y otros mariscos que producian las lagunas, los rios y estanques, que para este efecto tenian; mas la caza y pesca no tenia asignacion fija de piezas, porque era segun se cazaba y pescaba, y segun el tamaño de las piezas, pero siempre con suma abundancia, y correspondiente á los demas comestibles; y por lo respectivo á las yerbas, verduras y frutas, debia dar cuanto fuese menester.

Esta noticia del prodigioso gasto de la casa real de este emperador se hiciera increible, si no la hallara contestada por todos los autores indios que nos la refieren con toda puntualidad, como una cosa admirable, rara y singular, unos para ponderar su poder, otros para exaltar su gran opulencia, otros para manifestar

---

(1) Así se llaman en Puebla los guisados que se hacen con el chile seco, molido, y que forma una salsa ó caldo mas ó ménos picante segun la clase del chile que se emplea, ó el gusto de las personas. En Méjico ha prevalecido la voz *tlemole*.—*E*.

su liberalidad, y otros finalmente para demostrar su misericordia, porque á mas del gran número de hijos, concubinas y criados que mantenia, que es lo que propiamente se llama familia y que debia sostener, gustaba de tener cada dia á su mesa á todos los señores y caballeros principales de su corte; pero sobre todo se complacia grandemente en socorrer á todos los pobres que á la hora de comer se juntaban en un crecidísimo número á las puertas de su palacio, donde salia personalmente ántes de sentarse á la mesa, y hacia que en su presencia se les sirviese de comer.

El padre Torquemada refiere esta noticia, haciendo el cómputo por mayor del gasto anual de la casa de Nezahualcoyotl, y dice haberla sacado de los libros de su gasto. Serian algunos cuadernos traducidos á nuestros caractéres de los geroglíficos de sus mapas, y autorizados por el nieto suyo que despues de la conquista se hizo cristiano, y se llamó D. Antonio Pimentel, y el dicho padre se esfuerza grandemente en persuadir la verdad de esta noticia, como bien averiguada y digna de fe histórica (1).

---

(1) Oigase al mismo Torquemada hacer la cuenta anual del gasto de Nezahualcoyotl. „Se gastaban cada año de solo maiz cuatro millones, y novecientas mil y trescientas fanegas, (número por cierto harto excesivo, y aun increible, si para haberlo de escribir, no tuviera en mi poder la cuenta cierta de esta verdad, escrita en los libros de su gasto, y autorizada por un nieto suyo, que despues de cristiano se llamó D. Antonio Pimentel). De cacao (que es la almendra que se bebe) se gastaban dos millones, y setecientas cuarenta y cuatro mil. De gallinas

No han llegado á mis manos estos escritos, á lo ménos con el título de libros de gasto del emperador Nezahualcoyotl, ni con el nombre ni autorizacion del dicho Pimentel; pero los otros que tengo, así de aculhuas, como de mejicanos, concuerdan puntualmente en esta noticia, aunque algunos ponen las cantidades por mayor en el gasto anual, y otros por menor en el diario. Yo he seguido á estos últimos, y con especialidad á D. Fernando de Alba en su historia chichimeca, porque trae por menor la division de provincias, los nombres de los mayordomos ó administradores de ellas, y lo que cada uno daba para el gasto de la casa real, como hemos visto en este primero, y verémos en los que siguen.

El segundo se llamaba Tochtli, y estaba á su cargo la provincia de Atenco, que corria desde el territorio de la corte hácia las riberas de la laguna, que eso

---

y gallos, que en Castilla se llaman pavos de las indias, de siete á ocho mil, sin otras muchas carnes de venados, conejos, liebres, codornices, y otras aves y animales que comian. Tres mil y doscientas fanegas de chile y tomate, que es la especia con que guisaban la comida. De otro chile mas pequeño, muy picante (que llaman chiltecpin) doscientas y cuarenta fanegas; mil y seiscientos panes de sal, que son del tamaño de una ogaza de pan de Castilla. Chia, frijol, y otras muchas legumbres, en tanta abundancia, que parece patraña y mentira; pero al que lo leyere certifico que no es de las que en comun lenguage llaman de las indias; porque aunque es verdad que algunos mentirán, yo me precio de decir verdad en lo que escribo, y hiciera alevemente si no la dijera, pues nó es libro de caballerías este, donde se toma licencia para sacar de quicios las cosas, y aun para mentir en todo, sino historia donde todo lo que digo es verdadero y digno de toda fe humana."

quiere decir Atenco, *en las orillas del agua*, y se componia de once poblaciones, cuyos tributos debia recaudar, y mantener con la misma cantidad de comestibles la casa real otros setenta dias.

El tercero se llamaba Coxcox, á cuyo cargo estaba la cobranza de los tributos de la provincia de Tepepolco, que se formó de trece poblaciones, y estaba obligado á dar la misma cantidad de comestibles otros setenta dias.

El cuarto se llamaba Tlematzin, y recaudaba los tributos de la provincia de Axapochco, que hoy corrupta la voz llaman Chapusco (1), y se formó de otras trece poblaciones con el cargo de mantener del mismo modo la casa real cuarenta y cinco dias.

El quinto fué Ixtl, para recaudar los tributos de la provincia de Quauhtlatzinco. que se componia de veinte y siete lugares, y habia de mantener la casa real setenta y cinco dias.

El sexto, nombrado Quauhtecolotl, debia recaudar los de la provincia de Acatepec, y mantener la casa otros cuarenta y cinco dias, con los que se completan los trescientos setenta y cinco del año.

Al séptimo, llamado Papalotl, se le hizo cargo de la recaudacion de tributos de la provincia que nombraron de Tetitlan, que era muy dilatada, y comprendia las grandes ciudades de Cohuatepec, Itztapalocan, Tlapacoyan y otras poblaciones numerosas; y al octavo, nombrado Quauhtencohua, se le hizo cargo de la provincia de Tecpinpan, que se formó de ocho pobla-

---

(1) Hoy decimos Ajapusco.—*E.*

ciones. Estos dos últimos no tenian obligacion de suministrar cosa alguna para el gasto diario de la casa real. Los otros seis que tenian este cargo no podian cumplir perfectamente con él con solo lo que recolectaban de comestibles en sus respectivas provincias, porque no en todas habia de todo, y así se permutaban unos con otros y con los otros reinos y estados lo que tenian con lo que les faltaba, y los dos últimos permutaban los comestibles que recogian en sus provincias por otros efectos, cuales eran las mantas y ropas de todos géneros, plumas, piedras preciosas, perfumes, maderas, armas y armaduras, oro y plata en barretones y joyeles, y en otras muchas cosas que tributaban tambien los de las otras provincias, á mas de los comestibles, y se traian de otros reinos.

Del órden y método que guardaban en la paga de tributos las personas que los pagaban, y en qué manera, hablaré adelante en su propio lugar: por ahora baste decir para inteligencia de lo dicho, que en cada pueblo y lugar habia una suerte de tierra en lo mejor de ella, que era del rey ó señor del estado. Esta debia tener cuatrocientas medidas de las suyas en cuadro; cada medida componia tres varas castellanas, y así la dicha suerte de tierra debia tener mil doscientas varas en cuadro. Dábanles á estas tierras varios nombres, como tlatocatlali, *tierra del señor*, tlatocamili, *sementera del señor*, itonatlintlacatl, *cosechas de los señores*, ó como lo interpreta Alba alegóricamente, *tierras que acuden conforme á la ventura ó dicha de los señores.*

Para la siembra y labores de estas tierras nombraba diariamente el calpixque, que era un ministro de

república (1) que habia en cada pueblo, los operarios que habian de trabajar en ellas de la gente plebeya y tributaria y todos los frutos de las tierras pertenecian íntegramente al señor destinadas para la manutencion de su casa.

Fuera de estas habia tambien en cada pueblo otras suertes de tierras que llamaban tecpatlantli, esto es, *tierra del palacio, ó cámara del señor*, porque sus frutos que igualmente percibia íntegramente estaban destinados para las fábricas y reedificios de los palacios de los reyes, y otros gastos que no eran el de la manutencion. La gente que las labraba y cultivaba era tambien de la plebeya, pero estaba destinada y señalada en cada lugar, y los llamaban tecpanpuhque, ó tecpantlacatl, esto es, *gente que pertenece á los palacios*, y á estos no podian ocuparlos en la labranzas de otras tierras que estas.

Finalmente habia otras suertes de tierra en cada pueblo, que llamaban calpollali, esto es, *tierra de los barrios*, que se labraba tambien en comunidad, nombrando diariamente el calpixque los operarios para ellas,

---

(1) Esto es, de policía. Nuestro autor usa de esta palabra porque conforme á las leyes españolas, á mas de los magistrados y jueces nombrados por el gobierno, elegian los indios sus gobernadores, alcaldes y otros ministros subalternos de entre ellos mismos, cuya eleccion aprobaban los vireyes, y el conjunto de estos funcionarios, que estaba sujeto en el desempeño de sus oficios á los alcaldes mayores, y despues á los subdelegados, se llamaba república. Ya se deja entender cuan limitadas serian las facultades de estas repúblicas. Así es que los individuos que las formaban eran unos ciegos instrumentos de los alcaldes mayores y de los curas, y aun solian ser azotados públicamente.—*E.*

y de su producto pagaban los tributos en cada pueblo que estaba encabezonado, y el residuo se distribuia entre todos los vecinos tributarios para su manutencion, á proporcion de la familia que cada uno tenia. Fuera de estas habia otras tierras que eran propias de los caballeros y gente noble que no tributaba, que no pertenecen á este asunto.

En las tres sobredichas especies de tierras era propiamente en las que los reyes y señores de estados tenian el dominio directo y útil, y los recaudadores de tributos percibian los frutos de las primeras y segundas íntegramente, llevando su cuenta y razon de lo que pertenecia á la manutencion de la casa real, y lo que tocaba al palacio y cámara, y del mismo modo percibian lo que pagaban de tributo de la tercera especie de tierras que se aplicaban ó para lo uno ó para lo otro, segun se necesitaba, haciéndose sus permutas y aplicaciones de unos con otros efectos, porque, como ya dije, á mas de los comestibles pagaban tributo de mantas, plumas y otras cosas que permutaban por comestibles los que necesitaban de ellos para el gasto de la casa, ó al contrario. Las sementeras que se hacian en estas tierras, unas eran de maiz, otras de frijol, otras de chile ó de chian, ó de otras semillas, segun el clima y situacion de los pueblos, que no en todos se daba de todo, y así entraba tambien en esto la permuta entre unos y otros recaudadores.

Los reyes de Méjico y Tlacopan siguieron despues el mismo plan del emperador, repartiendo en provincias sus respectivos reinos, y poniendo en ellas sus recaudadores de tributos; pero no hallo escritor alguno ni de estas naciones, ni de la aculhua ó tezcocana,

que nos haya conservado las noticias tan individuales y por menor que nos dan del imperio, ni el gasto de las casas de aquellos reyes: parece que era tan cuantioso como el de Nezahualcoyotl; mas sus historiadores que refieren el de este, nada nos dicen sobre el de aquellos.

CAPITULO VII.

De los consejos ó tribunales supremos que erigió en su corte el emperador Nezahualcoyotl.

Ya hemos visto en el discurso de esta historia el singular esmero y sabia conducta de los monarcas chichimecas en establecer en sus pueblos la policía, formando leyes y erigiendo tribunales que cuidasen de su observancia, castigando á los transgresores de ellas, y que conociesen en las demas causas que ocurriesen entre sus súbditos.

Del emperador Nopaltzin, que fué el segundo, se dice que estableció siete leyes, como ya dije en su lugar (1). Techotlalatzin restauró algunas de sus mayores, promulgó otras, y erigió tribunales dentro y fuera de la corte para la buena administracion de justicia y gobierno de sus pueblos; pero con las turbaciones de las guerras que por tantos años se habian prolongado, y el trastorno que sintió el rey con la intrusion de la dominacion tecpaneca, mas bárbara y ménos política que la chichimeca, desde que Tetzotzomoc

(1) Lib. 2, cap. X y XXI.

se apoderó del imperio se habian extinguido los tribunales, y estaban abolidas y sin uso las justas leyes que habian establecido estos emperadores.

Bien entendido de ello el sábio Nezahualcoyotl, y de que las justas leyes y su observancia son las que conservan el buen órden de la república, y aseguran la fidelidad de los súbditos, determinó volver á erigir tribunales de justicia en todas las capitales y provincias, nombrando jueces de los mismos patricios, que conociesen de todas las causas civiles y criminales que ocurriesen en ellas, determinándolas segun las leyes establecidas por sus antepasados y las que de nuevo promulgó, de que hablarémos luego, y haciendo poner en ejecucion las sentencias; pero concediendo á las partes el recurso de apelacion para el gran tribunal de justicia que erigió en su corte de Tezcoco.

Componíase este consejo de un presidente, y veinte y tres consejeros de conocida rectitud, probidad é inteligencia. El presidente era de los primeros señores del reino; de los consejeros, los cuatro primeros eran caballeros de la nobleza de primer órden, los cuatro siguientes ciudadanos de Tezcoco, y los quince restantes de las ciudades principales y cabezas de provincia del reino de Tezcoco, los cuales tenian experiencia y conocimiento práctico de ellas y sus moradores.

Juntábanse todos los dias desde por la mañana, despues de salido el sol, en un salon de palacio que destinó para ello el emperador, donde sentándose en cuclillas los jueces sobre unas esteras, en un estrado que levantaba diez y ocho gradas del suelo, daban audiencia á todos los que entraban á pedir justicia, determinando, así las causas que se seguian en primera ins-

tancia como las que venian por apelacion de los tribunales inferiores del reino, y de las sentencias de este consejo, fuese en unas ó en otras causas, habia todavía apelacion para el consejo supremo, ó cámara del emperador, de que hablaré adelante.

Manteníanse los jueces en el tribunal, y allí les servian al medio dia la comida de la cocina del emperador, despues de la cual continuaban su tarea, hasta media tarde que se retiraban á sus casas; y este órden se guardaba inviolablemente todos los dias, excepto aquellos que por tener que asistir los jueces á los sacrificios públicos ó festividades solemnes no se abria el tribunal, y eran severamente castigados los que sin justo motivo de enfermedad, ocupacion en servicio del emperador, ó licencia suya, dejaban de ocurrir todos los dias.

No tenian asignacion fija de sueldo, porque este era al arbitrio del monarca, segun la mas ó ménos familia que cada uno tenia, para que pudiese mantenerla, no solo con la decencia correspondiente á su dignidad, sino con desahogo y abundancia, de suerte que no tuviese disculpa para admitir cohecho, porque al que se le justificaba haberlo recibido era castigado con pena de muerte. A mas del sueldo les daba una especie de gratificacion, porque cada ochenta dias les llamaba á su presencia, y despues de manifestarse satisfecho, y bien servido de ellos, con expresiones muy afables les regalaba joyas, mantas, plumas, y otras cosas tambien á su arbitrio, y segun le parecia mas conveniente á cada uno.

Conocia este consejo de justicia y los demas tribunales del reino de todas las causas civiles y crimina-

les entre nobles y plebeyos, sacerdotes y legos, y en todas materias, excepto las ciencias, artes y hacienda real, que estaban al cargo de otros tribunales, como vamos á ver; pero tanto los profesores de ciencias y artes, como los militares y empleados en el manejo de real hacienda, estaban sujetos á este tribunal de justicia en los asuntos que no eran pertenecientes á su profesion, ó en los delitos que cometiesen en otras materias; de suerte que si el militar tenia un pleito de tierras, ya fuese actor ó ya reo habia de litigarlo en este tribunal; si el astrónomo ó músico tenia pleito de divorcio como actor ó reo aquí habia de determinarse; y si el recaudador de tributos cometia un homicidio este tribunal habia de juzgar de la causa.

El segundo consejo que erigió el emperador fué el de las ciencias y artes, que le nombraban el consejo de música, á cuyo cargo puso el cuidado de la educacion de la juventud, porque ninguno podia enseñar ni abrir oficina, sin que primero fuese examinado y aprobado por este tribunal, y obtenido licencia de él. Todos los ministros que le componian eran sugetos consumados en las ciencias y artes que ellos alcanzaron. No podia salir á luz obra alguna de astronomía, cronología, música ó pintura histórica, que no revisasen estos ministros, y los contraventores eran severamente castigados, del mismo modo que los plateros, lapidarios y demas oficiales que hiciesen alguna obra defectuosa, que denunciada al tribunal, y examinada en él, era castigado el artífice á proporcion del defecto, ó á arbitrio de los jueces.

Tenian estos gran cuidado en que los profesores tuviesen copia de discípulos á quienes enseñar sus facul-

tades y artes, y estaban obligados á llevar á presentar al tribunal cada año un número de discípulos que hubiesen enseñado, para que se examinasen, y el que faltase á esto era castigado, y no ménos si alguno ó algunos de los discípulos no estaban bien instruidos; pero al mismo tiempo cuidaban los jueces de que los padres ó parientes de estos pagasen á los maestros, y por los pobres y huerfanos pagaba el emperador. Todo esto estaba á cargo de este consejo, y en él se determinaban todos los negocios que ocurrian concernientes á estas materias. Juntábanse igualmente todos los dias los ministros á las mismas horas y del propio modo que vimos en el de justicia, sirviéndoseles la comida de la casa real, y el mismo órden se seguia en cuanto á salarios y gratificaciones que en el consejo de justicia.

Pero no era la misma la colocacion de los asientos, porque en este tribunal habia tres tronos ó asientos sobre gradas, uno en el fondo del salon, mirando á la puerta, para el emperador de Tezcoco, á su derecha otro igual para el rey de Méjico, y á la izquierda el tercero para el de Tlacopan, y de uno y otro lado seguia el estrado de esteras para los ministros, que no tenian número fijo, porque nombraba el emperador á todos aquellos que se aventajaban en las ciencias y artes que conocian para miembros de este consejo, que tenia tambien su presidente, cuyo asiento estaba enfrente de las sillas de los reyes, y para su eleccion no se atendia tanto á la nobleza, como á la sabiduría é instruccion en las facultades.

Concurrian á este consejo las tres cabezas del imperio en ciertos dias á oir cantar las poesias históricas antiguas y modernas, para instruirse de toda su histo-

ria, y tambien cuando habia algun nuevo invento en cualquier facultad, para examinarlo, aprobarlo, ó reprobarlo. Delante de las sillas de los reyes habia una gran mesa cargada de joyas de oro y plata, pedrería, plumas, y otras cosas estimables, y en los rincones de la sala muchas de mantas de todas calidades, para premios de las habilidades y estímulo de los profesores, las cuales alhajas repartian los reyes en los dias que concurrian á los que se aventajaban en el ejercicio de sus facultades.

El tercer consejo fué el de guerra, compuesto de un presidente y veinte y un ministros. El presidente era siempre un gran señor y famoso general; de los ministros, tres eran de la primer nobleza, otros tres de los ciudadanos de Tezcoco, y quince de las otras provincias; pero todos oficiales veteranos de conocido valor y conducta. No se juntaba este consejo todos los dias, sino solamente cuando ocurria causa de algun militar en asunto del servicio, porque si era en otra manera, conocia de ella el tribunal de justicia, ya de su respectiva provincia, ó ya el gran consejo de la corte, como dije arriba.

Juntábase para determinar una guerra ofensiva ó defensiva, y en él se daban todas las providencias oportunas que juzgaban convenientes aquellos generales, y en estas ocasiones era siempre en presencia del emperador, ó de las tres cabezas del imperio. A este tribunal estaban tambien sujetos los embajadores, por lo respectivo al cumplimiento de sus encargos, y en él se examinaba su conducta, y el que no cumplia era castigado á proporcion de la falta, y al mismo tiempo eran premiados los que desempeñaban perfectamente su em-

bajada. En órden á sueldos y gratificaciones estaba sobre el mismo pie que los anteriores.

El cuarto consejo era el de hacienda, compuesto de ministros prácticos en el conocimiento de todas las provincias, sus frutos, y el modo en que pagaban el tributo de ellos, porque la inspeccion de este tribunal era tomar las cuentas anualmente á los cobradores ó recaudadores de tributos, percibirlos, guardar y distribuir la real hacienda, segun las órdenes del emperador, conocer de todas las causas que ocurriesen en la materia, castigando á los recaudadores que faltaban al cumplimiento de su obligacion, ya por usurpacion de las rentas, ya por haber cobrado mas de lo tasado, ó de aquellas personas ó cosas exentas, ó ya por haber procedido con rigor y perjuicio de los vasallos en la cobranza. Juntábase todos los dias, y á las mismas horas, este consejo en otra pieza de palacio; componiase de un presidente y veinte y tres ministros, en el mismo órden que el consejo de justicia á cuyo plan estaba igualmente arreglado en todo lo demas.

A mas de estos tribunales erigió otro supremo compuesto de catorce ministros, que eran los primeros señores ó grandes del imperio, á quienes obligó por este medio á estar siempre en la corte, para tenerlos á su lado, consultando siempre con ellos todos los negocios que ocurrian en cualquier materia, de suerte que no tomaba resolucion alguna sin consultar con ellos. Teniase este consejo en un gran salon, que formaba tres divisiones. En la primera, á la testera, estaba enmedio un fogon en que ardia el fuego siempre, sin apagarse ni de dia ni de noche; á la derecha del fogon se levantaba un magnífico trono sobre gradas, á que daban el

nombre de teohicpalpan, que quiere decir *tribunal de Dios*, cuya silla tenia el respaldo de oro guarnecido de piedras preciosas, y detras una especie de dosel ó baldoquin, tejido de ricas plumas, y enmedio de él, sobre la silla, unos como rayos ó resplandores de oro y pedrería, y todo el resto de las paredes del salon estaba entapizado de paños tejidos de pelo de conejo, con variedad de colores, flores y animales de todas clases, y el suelo alfombrado de pieles de tigre.

Delante del trono estaba un sitial cubierto con otro paño de estos, y sobre él al lado derecho una rodela de plumas y oro, una macana, un arco y una aljaba con flechas, una calavera humana, y sobre ella una pirámide de un palmo de alto de piedra verde, que algunos escritores dicen que era esmeralda, encajado en ella un plumage de la pluma mas rica, de aquellos que se ponian en la cabeza, á que daban el nombre de tecpilotl. Al lado izquierdo sobre el sitial estaba un monton de piedras preciosas, y una flecha de oro, que era la que usaban en lugar de cetro estos monarcas, empuñándola con la mano siniestra. Enmedio del sitial estaban tres mitras ó medias tiaras, insignia de que usaron estos príncipes en las funciones solemnes y actos de magestad, cuya invencion se atribuye al mismo Nezahualcoyotl, y se ve en las pinturas de los emperadores de Tezcoco y reyes de Méjico que le sucedieron. Estas tres que estaban sobre el sitial era una de oro guarnecida de pedrería, otra tejida de pluma, y otra de algodon y pelo de conejo (para oir las causas) de color azul.

A la izquierda del fogon estaba otro trono mas bajo, cuya silla era tejida de plumas con varias labores,

y aquel geroglífico ó insignia que usaban los emperadores como escudo de armas. No tenia sitial delante comó el otro, y en este era en el que ordinariamente se sentaba el emperador, que era el presidente de este consejo, para oir las causas y determinar los negocios que en él se trataban; y solo pasaba al otro cuando el negocio era de mucha gravedad, y para pronunciar ó confirmar alguna sentencia de muerte, y en estos casos se sentaba el emperador en el dicho tribunal de Dios, y puesta una de aquellas tiaras en la cabeza, la mano derecha sobre la calavera, y empuñando en la siniestra la flecha de oro, pronunciaba la sentencia de que no habia apelacion.

En la segunda division del salon estaban seis sillas, tres de cada lado, con sus estrados y adornos muy lucidos, pero inferiores á las del emperador. En las tres de la derecha se sentaban por el órden en que se refieren los señores de Teotihuacan, Acolman y Tepetlaoztoc y en las tres de la siniestra los señores de Huexotla, Cohuatlican y Chimalhuacan. En la tercer division estaban colocadas con igualdad las ocho sillas restantes; cuatro por banda, en que tomaban asiento á la derecha los señores de Otompan, Tolantzinco, Quauchinanco, y Xicotepec, y á la izquierda los de Tepechpan, Teyocan, Chiuhnautlan y Chiauhtla.

Todos los dias asistia el emperador á este consejo por las mañanas por espacio de tres horas, y en él oia á todos los que venian á pedirle justicia, y se las administraba aunque fuese en los asuntos de ménos monta, y entre las personas mas ínfimas del pueblo.

Tratábanse en este consejo todo género de negocios de estado, justicia, guerra, hacienda, y otros cualesquie-

ra que fuesen; porque iban á él por apelacion y segunda suplicacion los que seguian en los otros consejos y en los demas tribunales del reino. Los ministros de este consejo tampoco tenian sueldos fijos, pero eran mucho mas crecidos que los de los otros consejeros, y comian siempre á la mesa del emperador.

Tenian todos estos tribunales sus ministros inferiores, que correspondian á nuestros escribanos y alguaciles. A los primeros llamaban amatlacuilo, que quiere decir *el que pinta en papel*, y á los segundos topile. Es cierto que algunas causas se seguian y determinaban por juicios verbales, pero estas eran las de poca entidad, porque en las demas se procedia por escrito, sentando las declaraciones de los reos y deposiciones de los testigos y así mismo en los pleitos de tierras sobre linderos, y en los de cuentas, y generalmente se ponian por escrito las sentencias y determinaciones, para dar cuenta al rey cuando debian hacerlo, como diré luego, y quedaban archivados en los tribunales. Para esto tenian diestros escribanos, que pintaban con mucha brevedad y ligereza los geroglíficos y caractéres que les servian de letras sobre el papel de maguey que fabricaban. Los topiles servian de cuidar, barrer y limpiar las piezas en que se tenian los consejos, hacer comparecer los que eran llamados de los jueces, aprehender á los reos y las demas cosas que les eran mandadas, al modo que lo ejecutan nuestros alguaciles. Habia tambien abogados y procuradores; á los primeros llamaban tepantlatoani, que quiere decir *el que habla por otro*, y á los segundos *tlanemiliani*, que en lo sustancial ejercian sus ministerios casi del mismo modo que en nuestros tribunales.

Sustanciábanse las causas con mucha brevedad,

y sin permitir dilaciones, porque un pleito seguido po todas sus instancias no podia durar mas que cuatro me ses de los suyos, que componen ochenta dias. Era diligentísimos en la averiguacion de los hechos, y ha cian que los reos y testigos que declaraban interpusie sen una especie de juramento, cuya fórmula no nos di cen los autores, pero sí que quedaban estrechament ligados á decir verdad, y que al perjuro le castigaba con pena de muerte. Los jueces por sí mismos toma ban las declaraciones á los reos y testigos, y tenia gran maña é industria en las preguntas y repregunta que les hacian para indagar la verdad. Daban término á las partes para que sus abogados hablasen por ellas, estos lo hacian del mismo modo que en nuestros tribu nales, excepto en los delitos graves y públicos en qu procedian sumariamente, y hecha la informacion de lo testigos que examinaban, pronunciaban la sentencia si dar término al reo para defenderse. Usaban tambien d careos, y en estos casos no era permitido á abogado procurador ú otro alguno el hablar, sino solamente las partes, arguyéndose y defendiéndose entre sí en pre sencia de los jueces, que de aquel acto formaban juicio y pronunciaban la sentencia, la cual era á mayor nú mero de votos, bien que estos no eran secretos, sin que cada uno proferia en público el suyo, y en caso d discordia, si era en un tribunal inferior, se remitia l causa al superior de la corte, y si era en uno de ellos al gran consejo del emperador.

A mas de estos tribunales se juntaban tambien diariamente en otro salon de palacio otros ministros que n tenian número fijo. Estos eran dos visitadores y pesquisidores, á los cuales enviaba el emperador á hace

las pesquisas y averiguaciones que se ofrecian tanto dentro como fuera de la corte: servian tambien de llevar los mensages del soberano, y para ciertas embajadas, como luego verémos. Juntábanse todos los dias desde la mañana hasta la tarde, para estar allí prontos á lo que se les ordenase, y comian tambien de la cosina real; y á los que salian á diligencias fuera de la corte, se les proveia de todo lo necesario para el viaje, dándoles criados que les sirviesen, y cargasen los bastimentos, y los recaudadores de tributos de las provincias tenian obligacion de acudirles con lo que necesitasen en las respectivas donde eran enviados, ó en las mas inmediatas.

Los tribunales de las provincias, debian dar cuenta cada cuatro meses al emperador y á su supremo consejo, de todos los negocios que en ellos se habian seguido en aquel tiempo, las determinaciones que se habian dado en las causas, y el estado de las que estaban pendientes. Para esto iban uno ó dos ministros con sus escribanos, que llevaban los procesos. Los consejos de la corte debian hacer lo mismo cada doce dias; pero en estos habia otro órden, porque iban todos los ministros que componian el tribunal con sus escribanos y demas inferiores, eran recibidos del emperador y su consejo supremo con mucho honor y distincion, daban cuenta de todos los negocios, y consultaban en los que ocurrian de gravedad para la determinacion (1).

---

(1) *Aquí* concluye el M. S. del autor, á quien le faltó el tiempo para finalizar la Historia.

APÉNDICE.

ADVERTENCIA.

La súplica que hizo el editor en la página XXXVII de la noticia biográfica del autor con que da principio el primer tomo, á fin de que las personas que advirtiesen en ella algunas equivocaciones se las indicasen para salvarlas al fin de la obra, no fué enteramente inútil; y como propio de su lugar, y ántes del apéndice que ofreció en el prospecto, va á cumplir con el deber que se impuso, manifestando lás que tuvo la bondad de apuntarle una persona celosa de la verdad histórica relativas á la descendencia del Lic. Veytia.

En dicha noticia, pues, se padeció equivocacion al asentar que habian sido sus hijos Sor Mariana de San Juan Nepomuseno, y D. Manuel, el que fué fusilado en Puebla en 1816, quienes no eran sino sus sobrinos, hijos de D Sancho Veytia su hermano. Los hijos que él tuvo fueron Fr. Antonio, sobre el cual no hay que añadir nada á lo que se dijo en la noticia biográfica el Lic. D. Mariano, que murió de Cura en Otumba en 24 de abril de 1793, y D. Rafael, que fué Subdelegado de Chetla, y vino á morir no hace muchos años á esta capital. De este último viven dos hijos, á saber, el Lic D. Manuel Veytia, residente en Atlixco, y Doña Agustina que se halla en el convento de la Concepcion de esa ciudad; pues al mismo tiempo que al editor se hacian estas advertencias se le informó de que en dicho convento estaban en clase de niñas tres nietas del

autor, y habiéndolas visitado con el objeto de recibir sobre él nuevas informaciones, halló que una, á saber, la expresada Doña Agustina, es solamente la nieta, y que las otras dos, hijas de una hermana suya, son bisnietas de aquel.

Dicha señorita ha tenido la bondad de franquearle un retrato y la fe de bautismo del autor, juntamente con otros papeles de la familia, curiosos y de bastante antigüedad, de los que, y del primer tomo M. S. de sus viajes que le ha franqueado tambien un amigo, ha sacado las noticias siguientes.

El Lic. D. Mariano Veytia nació en la ciudad de Puebla el dia 16 de Julio de 1718, y fué bautizado el 19 del mismo en la parroquia del Sagrario por el prebendado de aquella Catedral D. Antonio Salas Navarro. Fué su padrino el capitan D. Sebastian Echeverría y Orcolaga. Estaba por consiguiente equivocada la fecha de su nacimiento, que en la página VIII de la noticia biográfica se dijo habia sido en 16 de Julio de 1720.

El tomo de viajes de que habló ántes, y conserva el editor en su poder, es como ya dijo el primero. Está en octavo, y la carátula que tiene es esta: *Diario del Lic. D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia desde el dia* 11 *de Abril de* 1737 *que salió del reino de la Nueva España* (de Méjco debia decir, pues no se embarcó sino hasta el diez de mayo) *para viajar por los reinos de la Europa.* Basta leer algunas páginas para conocer que Veytia lo escribia por mero pasatiempo, y para su instruccion particular, ó tal vez por encargo de su padre ó alguno de sus parientes, que le aconsejaria llevase notas ó apuntamientos de las cosas que notaba en su derrotero, como se aconseja á todos los jóvenes

ue viajan. Sin embargo de esto, y de resentirse el stilo de la poca edad que entónces tenia el autor, pues pénas contaba diez y nueve años, se advierte en sus elaciones un espíritu indagador y laborioso, que prourа no pasar en silencio ninguna de las circunstancias ue le parecen dignas de atencion; y así es que este esrito corresponde á la idea que de él nos da su hijo Fr. Antonio, y que puede verse en la página IX de la noicia biográfica.

Abraza dicho tomo un periodo de dos años, corrios desde abril de 1737 hasta marzo de 1739, en el ual viajó el autor por España, Francia y Holanda, habiendo residido la mayor parte de este tiempo en la priaera, por los negocios que tenia allí que desempeñar.

Entre los papeles que Doña Agustina franqueó al ditor se hallan algunos documentos originales, de los uales consta que D. Mariano Veytia fué cruzado ó arado caballero del órden de Santiago en el Colegio de Niñas de Leganes de Madrid, en 29 de junio de 1742, on la pompa acostumbrada en tales actos, pero que o hizo su profesion sino hasta 19 de febrero de 1768 n el Convento de San Agustin de la ciudad de Puebla; del título de caballero expedido por el rey en Buen Retiro á 23 de junio de 1742 aparece que en esa echa estaba nombrado corregidor de Méjico (1), aunue no llegó á desempeñar este cargo, que entónces era le los de primer rango, y despues se agregó al de Inendente, sin duda porque en Madrid le sobrevinieron

(1) En otro documento que se halla entre dichos papeles onsta que se le llegó á expedir formar despacho de este empleo n San Lorenzo á 9 de noviembre de 1743.

atenciones de preferencia, ó por la repugnancia que mostró siempre para admitir empleos que lo distrajesen de las tareas literarias á que toda su vida estuvo consagrado.

Entre estas debe mencionarse una traduccion que hizo de las famosas Cartas Provinciales de Pascal, de cuyo trabajo no tenia noticia su hijo Fr. Antonio, ni el editor, hasta hace pocos dias que la adquirió de la manera mas auténtica: y esto manifiesta que no era tan afecto á los jesuitas como supone aquel, pues es bien sabido que las Cartas Provinciales contribuyeron no poco á rebajar el crédito de que gozaba la compañía de Jesus.

En la página XXV manifestó el editor que habia grandes apariencias para creer que el M. S. original de esta historia se habia remitido á España. Efectivamente así se verificó, segun consta de un oficio que dirigió el virrey D. Martin de Mayorga á la viuda del autor, que original se conserva, y de la contestacion que ella le dió. Uno y otro se copian á continuacion.

„Con consulta de 1.° de último septiembre dirigió „ á mis manos el gobernador de esa ciudad, que en vir„ tud de mi superior órden exhibió V. pertenecientes á „ la historia general del reino compuesta por su difunto „ esposo D. Mariano Fernandez de Echeverría y Vey„ tia; y como para el cumplimiento de lo que S. M. „ tiene mandado en real órden de 12 de mayo de 80 de„ ben remitirse originales en ocasion segura de navios „ de guerra, espero me participe V. á vuelta de correo, „ si necesita testimonios de ellos, para que oportuna„ mente dispongo se le den á V. á costa de la real ha„ cienda y conforme á la mente del soberano.—Dios

„ guarde á V. muchos años. Méjico 10 de Abril de 1782.
„ —*Martin de Mayorga.*—Mi señora Doña Josefa de
„ Aróstegui."

„Exmo. Sr.—He recibido la carta de V. E. de 10
„ del corriente en que se sirve decirme, que si necesito
„ testimonios de los documentos pertenecientes á la his-
„ toria general del reino compuesta por mi difunto es-
„ poso D. Mariano Fernandez de Echeverría y Vey-
„ tia, que por órden de V. E. recogió de mi poder es-
„ te caballero gobernador, y mandó á V. E., se saca-
„ rán á costa de la real hacienda conforme á la mente
„ del soberano, por deber remitirse los originales en
„ ocasion segura.

„En su contestacion debo decir á V. E. que habién-
„ doseme dado testimonio relativo por órden de dicho
„ caballero gobernador de los títulos de que se compo-
„ ne, por si en algun tiempo aprovechasen á mis hijos las
„ fatigas impendidas por su padre en su formacion, se
„ puede escusar el gasto que se prepara á la real ha-
„ cienda (que es grande) en la saca de los testimonios
„ que ofrece V. E., contentándome por ahora, con el
„ relativo, para mayor prueba de servir á S. M. en es-
„ ta parte.—Dios guarde á V. E. los años que le supli-
„ co.—Puebla 13 de Abril de 1782.—*Josefa de Aróste-*
„ *gui.*—Exmo. Sr. D. Martin de Mayorga."

En la página XXII de la noticia biográfica se dijo que el padre del autor habia obtenido la dignidad de Chantre de la iglesia Catedral de Puebla, como efectivamente la obtuvo por real cédula expedida en Buen Retiro á 21 de junio de 1738; mas en los papeles franqueados por Doña Agustina consta que fué restituido á

la plaza de oidor por otra, fecha en el Pardo á 7 de Marzo de 1742. Ambas cédulas existen originales.

No se ha podido encontrar entre los papeles ningun documento que fije con precision la fecha en que murió el autor; pero todos los que se han registrado persuaden que ya no vivia el año de 1780. En una representacion de su esposa hecha al rey para que protegiese á sus hijos le asegura que lleva seis años de viuda, y siendo de 2 de marzo de 1786 la real órden que en su consecuencia se despachó para que el virrey informara sobre el estado de su fortuna, se debe inferir que la señora dirigió aquel ocurso á mediados ó á fines de 85; y rebajados los seis años que llevaba de viuda, resulta que Veytia murió el de 79.

Hechas estas enmiendas y adiciones, y omitiendo otras particularidades concernientes á la vida del autor que no ofrecen mayor interes, se cree obligado el editor á declarar el apéndice ó suplemento que sigue, y con que ha sido preciso completar esta historia, lo ha formado siguiendo principalmente á Torquemada y á Clavigero, dos historiadores no solo muy dignos de fe, sino los mas completos en órden á los sucesos antiguos de Méjico. El primero fué diligentísimo en inquirirlos, la época en que escribió fué el siglo mismo de la conquista, y vivió mas de cincuenta años con los indigenas, cuya lengua entendia muy bien. El segundo, aunque de época mas reciente, á mas de no carecer de esas circunstancias se distingue entre todos los historiadores mejicanos por su juiciosa crítica, por el órden admirable que guarda en la narracion de los sucesos, y por una concision que sin degenerar en obscuridad desecha todo cuanto no es necesario para la perfecta instruccion

e los lectores. Si conforme escribió la historia de México hubiera escrito la romana en tiempo de Augusto, abria sido digno rival de Salustio y Tácito. Así es que n muchos lugares no solamente lo seguirá el editor, ino que lo copiará. Hay materias en que ni se puede er original, ni aun cuando se pudiera se debe intentar; en este caso se halla el editor, quien convencido de os muchos conocimientos que se necesitan para ser historiador, y de los cuales carece, jamas habria emprendido este trabajo, si no hubiera sido por completar el uadro que no pudo acabar el Lic. Veytia (1), á lo cual e resolvió temiendo que sin este complemento no fuee esta obra tan bien recibida del público, como parece que lo ha sido.

No resta otra cosa que informar á los suscritores le la buena suerte que ha tenido el editor con las estampas de la obra, cuya pérdida lamentó por muchos años, que afortunadamente ha podido reemplazar. Cinco le ellas, á saber, las marcadas con los números 1, 2, , 6 y 7 fueron halladas en el Museo; y aunque no uede asegurarse que sean las mismas número que perenecian al manuscrito del autor, son indudablemente, copias suyas, en particular las tres primeras. En las los últimas se han hecho algunas ligeras variaciones, para que quedasen enteramente conformes con la expli-

(1) Se han hallado entre sus papeles dos fragmentos que nanifiestan que habia escrito mas de lo que contienen los M. S. que el editor ha tenido presentes; pero estando en borrador, y sin enlace entre sí, se desecharon sin duda por esta razon al emitirse á España los originales, y al sacarse el testimonio que quedó en los archivos de Méjico en 1782. Se hallarán dichos fragmentos al fin de este tomo.

cacion del texto que á ellas se refiere. Mas al hacerlas se ha procedido con toda la circunspeccion que requiere esta delicada materia, consultándose varios autores que copiaron los calendarios mejicanos, como son Gemelli, el arzobispo Lorenzana en la introduccion á las cartas de Cortez que publicó en esta ciudad, Clavigero, y otros. La número 4 se tomó de Gemelli, de donde la copió el autor segun él mismo nos dice, y la número 3 fué facil suplirla, como lo conocerá cualquiera que esté medianamente instruido en el modo con que los mejicanos ordenaban sus calendarios, y lea con atencion las referencias que el mismo autor hace á ella. Sin embargo, el editor que conoce cuantos requisitos le faltan para poderse llamar anticuario, no tiene embarazo en declarar francamente que recibirá, no solo con docilidad, sino con aprecio las advertencias que se le dirijan para enmendar los errores á que puede haberlo inducido el deseo de completar las estampas, pues á pesar de que en esto ha procurado ser bastante exacto, y no desviarse del sistema del autor, confrontándolas muy cuidadosamente con su explicacion; acaso no lo habrá conseguido. Si así fuere, espera que las personas sensatas mirarán con indulgencia sus errores en un tiempo en que, hallándose casi perdida la ciencia de los geroglíficos mejicanos, no le ha sido fácil consultar con los inteligentes.

Por último el editor ha creido complacer á los suscritores y dar mas estimacion á la obra, agregando á dichas estampas el retrato del autor, fielmente sacado del que le franqueó su generosa nieta, el cual es probable fuese pintado en Madrid, por la poca edad que en él representa, hallándose al parecer entre los trein-

ta y cuarenta años. Para esto se ha valido del C. José Severo Rocha, á cuyos afanes se debe el que se haya planteado en esta capital un buen establecimiento de litografia en que se sirve al público con puntualidad y esmero, y que asociado últimamente con un distinguido artista frances, Mr. Carlos Fournier, trabaja constantemente en perfeccionar este bello género de grabado.

El costo de las ocho estampas, segun lo que se ofreció en la página VI del primer tomo, será para los suscritores de la capital el de siete reales, y para los de fuera el de un peso francas de porte. Se repartirán de dos en dos, conforme las vaya despachando el litógrafo, y en cada entrega pagarán los suscritores dos reales. En la última pagarán solo un real los de la capital.

APÉNDICE.

CAPITULO I.

Dase noticia de los presidentes de los consejos y tribunales supremos del imperio de Aculhuacan, y de la legislacion, en parte restaurada, y en parte establecida por Nezahualcoyotl.

Poco habria hecho Nezahualcoyotl con el establecimiento de los consejos y tribunales de que se dió noticia en el cap. VII del lib. tercero, por mas sábios que hubiesen sido los reglamentos que debian observar, si no hubiera cuidado al mismo tiempo de poner á la cabeza de ellos magistrados íntegros y celosos que los mantuviesen en vigor; porque es sabido que la bondad de las leyes, por mucha que sea, de nada sirve si no cumplen con ellas los encargados de su ejecucion. Los historiadores nos han conservado los nombres de los personages que presidian dichos consejos y tribunales, todos los cuales eran hijos del emperador, y son los siguientes:

El consejo de gobierno, ó tribunal supremo, era presidido por Ichantlatohuatzin. El de artes y ciencias lo presidia Xochiquetzaltzin. El de la guerra tenia á su cabeza á Acapipioltzin, y el de hacienda á Ecuhuehuetzin.

Siendo estas personas tan allegadas al emperador, no solamente tenia este un perfecto conocimiento de su rectitud, sino que estaban ellas muy interesadas por el

honor mismo de su padre en cuidar de la puntual observancia de las leyes. Estas generalmente hablando eran, como observa Clavigero, excesivas y crueles en la parte penal, pero el órden judicial que se observaba en su aplicacion nos ofrece útiles lecciones de arreglo y de justicia. Recorrerémos brevemente las principales que regian en Tezcoco, muchas de las cuales fueron establecidas por Nezahualcoyotl para impedir la perpetracion de los delitos graves (1).

El adulterio se castigaba apedreando á los cómplices en el delito, bien á la manera que lo hacian los judios, concurriendo muchos del pueblo á lapidarlos, bien poniéndoles la cabeza sobre una piedra y dándoles con otra. Si los reos no habian sido aprendidos *in fraganti*, entónces eran ahorcados.

El que cometia incesto con madre, hermana, con suegra ó entenada moria tambien ahorcado; y si la muger habia consentido en el delito, lo eran ambos con una misma soga.

La sodomía tenia tambien impuesta pena capital, y la misma se impuso despues á los alcahuetes, los cuales en tiempo de Nezahualcoyotl sufrian la vergüenza de ser puestos en la plaza pública, donde se les quemaba el cabello y se les untaba la cabeza con ceniza caliente.

El amancebamiento entre solteros no tenia pena señalada. Sin embargo los padres de la manceba pro-

(1) D. Mariano Veytia, en los fragmentos hallados entre sus papeles, dice, y lo mismo afirma Clavigero, que las leyes promulgadas por Nezahualcoyotl eran ochenta; pero que entre los manuscritos de que se sirvió solo pudo reunir treinta y cinco. Véanse dichos fragmentos al fin de este tomo.

curaban de todas maneras legitimar su union, y si no lo conseguian, se la llevaban á su casa. Entre casados se consideraba ya como delito, y se castigaba con la muerte, aunque parece que los reyes podian tener lícitamente muchas mugeres, como las tuvo el mismo Nezahualcoyotl, si bien una sola era la que llevaba el título de reina, como verémos adelante.

Todos los delitos contra la castidad se agravaban si eran sacerdotes los que los cometian, pues casi todos los pueblos han visto á los ministros del culto como á personas que deben dar ejemplo de su sobriedad y templanza.

La severidad de las leyes contra el hurto rayaba en barbarie. Casi siempre se castigaba con pena de muerte, á ménos de que la parte ofendida conviniese en ser indemnizada por el ladron, en cuyo caso pagaba este al fisco una cantidad igual á la robada. Tambien tenia el ladron la pena de ser esclavo del dueño de lo que robaba; y si este no lo queria, era vendido por los jueces, y con su precio se pagaba el robo.

El que hurtaba en el mercado público debia ser muerto allí mismo á palos.

El que hurtaba plata ú oro era desollado vivo, y sacrificado al Dios Xipe, que era el númen tutelar de los plateros, considerando que el robo de esos metales era una ofensa hecha contra esta supuesta divinidad.

Los robos cometidos en los sembrados eran castigados con tanta severidad, que bastaba segun algunos autores robar cuatro mazorcas de maiz, y segun otros siete, para incurrir en la pena de muerte. Sin embargo Nezahualcoyotl moderó el excesivo rigor de la legislacion en este punto, disponiendo que en las orillas de

las sementeras, por la parte que confinaban con los caminos públicos, se sembrase maiz y otras semillas, para que pudiesen socorrerse con ellas los caminantes necesitados.

El usurpador de tierras agenas, aunque fuese noble, si eran de valor considerable, sufria la pena de horca; y esta misma se imponia, y con mayor razon, al que hurtaba un muchacho y luego lo vendia.

El homicidio, bien fuese ejecutado por noble ó plebeyo, bien por hombre ó muger, se castigaba con pena de muerte, depedazando al homicida; y la misma pena sufria el detractor en público y el calumniador, siendo en materia grave, particularmente si el agraviado era persona noble.

El que causaba la muerte de otro con veneno era ahorcado; y cuando se creia que alguno hacia hechizos ó maleficios, era sacrificado y abierto por los pechos. ¡Cuantos infelices lo serian por este supuesto delito!

Los jueces no podian recibir de las partes regalos de ninguna clase, y cuando se averiguaba que se habian burlado de esta prohibicion, si el obsequio recibido era ligero, eran seriamente reprendidos, pero si reincidian por cuarta vez eran privados de oficio, haciéndolos ántes rapar. Si el regalo era cuantioso, se consideraba como un soborno, y se les aplicaba la pena de muerte.

La embriaguez era vista con horror por las leyes. El jóven que se excedia en la bebida moria á golpes en la cárcel, y si era muger la apedreaban como si fuese adúltera. Tambien se aplicaba á los ébrios la pena de ser rapados en el mercado público, derribándoles la casa de su habitacion, como á individuos indignos de vi-

vir en sociedad, por haber renunciado al buen uso de la razon. Otras veces eran ahorcados, y su cuerpo arrojado al rio, lo que se practicaba siempre que la falta recaia en alguna persona noble.

Aun la bebida con moderacion estaba en cierto modo reglamentada. Así es que no se permitia sin licencia de los jueces, ó á los enfermos, ancianos y mugeres paridas, á quienes se suponia con necesidad de reparar las fuerzas. Los nobles y gefes militares tenian á cosa de ménos valor tomar algun licor embriagante. El pulque se permitia al comun del pueblo en las bodas y fiestas, y á los que se empleaban en trabajos fuertes, como los albañiles, gañanes y soldados, aunque estaban ciertos del castigo si se excedian.

La guerra que, como se ha visto en la serie de la historia, no se emprendia sin previas y formales intimaciones, tenia tambien sus leyes, con las cuales se castigaba severamente al que traspasaba los límites de la ofensa y defensa necesaria. Por lo mismo se respetaba en los mas reñidos combates á los viejos, á los niños y á las mugeres preñadas, las cuales para aplacar la cólera de los vencedores salian regularmente juntas á recibirlos, y pocas veces dejaban de desarmar su furor.

El que hacia daño al enemigo sin licencia del general, ó acometia ántes de tiempo, era castigado con pena de muerte.

Al traidor que descubria los secretos al enemigo lo despedazaban, se le confiscaban sus bienes, y su posteridad quedaba infamada.

Al que decia alguna mentira que acarrease graves daños era condenado entre los mejicanos á que le cortasen los labios, y á veces las orejas; y Nezahualcoyotl

era tan enemigo de los mentirosos, que impuso pena de muerte á los historiadores que expresasen hechos falsos en sus pinturas. Ley singular, con la cual parece que se propuso este príncipe confundir la incredulidadde muchos que, principalmente en el dia, desechan como fabulosas las relaciones de los indios, y que como Rainal dudan de todo cuanto se ha escrito sobre la fundacion é historia del imperio de los mejicanos.

Una de las cosas de que cuidó mucho Nezahualcoyotl fué de la conservacion de los bosques, y con razon, pues no conociéndose entónces el uso del sebo ni del aceite, se gastaban en los usos domésticos enormes cantidades de leña, y si no hubiera intervenido la policía en el corte de los árboles, se hubieran aquellos destruido. Así es que no se podia derribar un arbol en ciertos parages sin incurrir en graves penas; y para que se observasen estrictamente los reglamentos que se habian dado en el particular, tenia cuidado el mismo emperador de vigilar si se cumplia ó no con ellos. Con este objeto solia disfrazarse, y refieren que en cierta ocasion vió á un niño en la falda de un bosque, recogiendo algunos varejones secos de los que se desprendian naturalmente de los árboles, y habiéndole dicho que se internara y hallaria bastante leña que podria llevar á su casa, le respondió el niño: „El rey tiene man-„ dado que los pobres no pasen de aquí, porque la le-„ ña que hay en lo interior del bosque es para los tem-„ plos y para su palacio, y si yo quebrantara este man-„ damiento me quitaria la vida." „No hará tal cosa „ (le dijo Nezahualcoyotl) porque aquí no te ve nadie „ mas que nosotros, y puedes estar seguro de que no „ te descubrirémos." A esto replicó el niño que jamas

contravendria á las órdenes del monarca, pero habiéndole instado este, le dijo ya enfadado: „Tu y tu compañero debeis ser algunos malhechores ó enemigos de „mis padres, y no pudiendo vengaros de ellos, quereis „valeros de esta traza para darles el pesar de verme „castigado por el rey." Mirando Nezahualcoyotl que no era fácil inducir al niño á que traspasase sus órdenes, se retiró á su palacio satisfecho de que eran puntualmente obedecidas; aunque conmovido por otra parte de la escasez de leña que padecia la gente pobre, mandó alargar las medidas que se habian señalado en los bosques, para que en lo succesivo pudiesen penetrar mas adentro los necesitados y proveerse de un artículo tan indispensable.

Así fué como Nezahualcoyotl estableciendo penas severas contra los transgresores de las leyes, moderando el rigor de las que la experiencia acreditaba que conspiraban contra el bien de sus súbditos, vigilando continuamente sobre su observancia, no conociendo en su aplicacion las distinciones de rico ó pobre, de noble ó plebeyo, y abriendo sus tesoros para el socorro de los necesitados en las calamidades públicas, consiguió restablecer el buen órden en su reino, y poner un freno á la relajacion de costumbres, que se habia introducido en él con motivo de las frecuentes guerras, que desde el tiempo de su padre habia sido preciso mantener, para arrancarlo de la tiránica dominacion de los tecpanecas.

CAPITULO II.

Rebélanse los xochimilcas y cuitlahuacas, y son vencidos por Itzcohuatl. Conquista este la provincia de Quauhnahuac y otras poblaciones situadas al Norte de Méjico. Desvanece una conspiracion que tramó contra él el rey de Tlatelolco. Su muerte y su elogio.

Los mejicanos, que, como se ha visto, fueron los últimos que vinieron á establecerse al pais de Anáhuac, no solo figuran ya en tiempo de Nezahualcoyotl como una potencia respetable, sino como rivales del imperio de Aculhuacan, al que probablemente habian llegado á sojuzgar, como lo hicieron con las demas comarcas situadas al Oriente y al Sur de Méjico, extendiendo su dominacion de uno á otro mar, á excepcion solo de la fiera república de Tlaxcala. Mas la providencia dispuso que los españoles viniesen á humillar á ese coloso, que supo sacar tan ventajoso partido de las disensiones de los tecpanecas y aculhuas; pues no se puede negar que la necesidad que tuvo Tetzotzomoc de los mejicanos para sobreponerse á Ixtlixochitl, y el auxilio que despues recibió de ellos Nezahualcoyotl para recobrar el reino de sus mayores, les dió una importancia política muy superior á la que debian esperar, si las cortes de Tezcoco y Azcapuzalco hubieran conservádose en la buena armonía que demandaban las relaciones de parentezco que unian á sus monarcas.

Contribuyó tambien en gran manera á aumentar la preponderancia de los mejicanos la profunda política de

u rey Itzcohuatl; pues de nada sirve que un estado ıbunde en elementos de prosperidad, y que las circuns-ancias le brinden para engrandecerse, si los que lo ri-gen no se aprovechan de las coyunturas favorables que se les presentan. Pero este príncipe supo conducir tan bien los negocios públicos, así en el exterior, como en el interior de su reino, que sin disputa merece que le lamen los historiadores el fundador de la grandeza me-icana. El tuvo arte para realzar su dignidad con la prerrogativa de coronar al rey de Tezcoco, la cual pa-rece que debia haberse transferido al de Tacuba, suce-sor en el reino tecpaneca, cuyos monarcas habian es-ado en posesion de ella; y aunque este honor era al mismo tiempo una señal de subordinacion al imperio de os chichimecas ó aculhuas, en Itzcohuatl que habia puesto en el trono á Nezahualcoyotl, ayudándolo con sus armas, y festejándolo en su misma corte en donde se verificó la solemne inauguracion de este príncipe; que era ademas tio suyo, y que habia tenido maña pa-ra exaltar su dignidad, no solo quedando por una par-te de colega del imperio, como dice Veytia, sino con-decorando por otra, como asienta Clavigero, á los re-yes de Tezcoco y de Tacuba con el título de electores honorarios del rey de Méjico, ó lo que es lo mismo, igualándolos en esta parte con los cuatro próceres me-icanos que eran los verdaderos electores, en Itzcohuatl, digo, el ejercicio de esa prerogativa era mas bien un acto de superioridad.

Debe ademas considerarse á Itzcohuatl como el alma de la triple alianza, y para convencerse de esto basta-rá reflexionar que e haberse establecido en ella que el rey de Méjico fuese uno de los colegas en el imperio de

Aculhuacan, cuyos estados habian gobernado con ab-soluta independencia los monarcas chichimecas desde Xolotl hasta Ixtlixochitl, no pudo haber sido ni á pro-puesta de Totoquihuatzin, rey de Tacuba, y elevado á este rango por el favor é influjo de Nezahualcoyotl ni por espontáneo desprendimiento de este, así porque es muy raro que los príncipes cedan voluntariamente el derecho de mandar á sus súbditos sin la intervencion de otros soberanos, como porque Nezahualcoyotl, segun nos lo pintan las historias mejicanas y aculhuas, era muy celoso de su autoridad. Debe, pues, atribuirse esta reforma capital de las leyes fundamentales de los tezcocanos á la sabiduría de Itzcohuatl, que supo dar este golpe maestro de política.

Lo mismo debe decirse de la parte que al formar-se la triple alianza quedó consignada al rey de Méjico en los despojos de los enemigos que fuesen vencidos por las fuerzas unidas de los tres monarcas. En esta divi-sion sacó Itzcohuatl segun Clavijero el partido mas ven-tajoso, pues asienta que deducida la quinta parte para el rey de Tacuba, del resto se debian hacer tres, una de las cuales era para el de Tezcoco, y las otras dos pa-ra el de Méjico. Segun Veytia la division se hacia por parte iguales, despues de sacado el quinto para el rey de Tacuba; pero aun así resulta que los mejicanos que-daron igualados con los aculhuas, y sobrepuestos á los tecpanecas, de quienes pocos años ántes habian sido tributarios, y esto no puede atribuirse sino al diestro manejo de Itzcohuatl.

La prepotencia de este monarca pesó bien pronto sobre los xochimilcas. Estos, segun se dijo en el ca-pítulo I del libro 3, despues de haber sido vencidos por

Nezahualcoyotl, quedaron sometidos á su corona, pagando un tributo anual. Luego, en la division que se hizo de las tierras conquistadas, pasaron al dominio de los mejicanos; pero habiéndose restituido á la posesion de sus estados los señores que habian sido despojados durante la guerra, aunque con las condiciones de que se habló al fin del capítulo V y principio del VI, fueron comprendidos en esta restitucion los de Xochimilco, como lo afirma expresamente Veytia, pág. 189 Así es que era muy débil el vínculo de subordinacion que los unia con los mejicanos; pero temiendo que tarde ó temprano se agravase mas el yugo que pesaba sobre ellos, por el poder de Itzcohuatl que cada dia se aumentaba, deliberaron seriamente sobre la conducta que debian observar, y se resolvieron por fin, contra el parecer de algunos que opinaban por la sumision, á declararle la guerra, ántes de que llegase á ser mas formidable con las nuevas conquistas que meditaba.

No bien llegó á noticia de Itzcohuatl esta determinacion cuando puso sobre las armas un considerable número de tropas, y enviándolas al mando de Moteuhzuma, dió pronto aviso al rey de Tacuba para que acudiese con las suyas. Hízolo este así y marchando unas y otras en combinacion, se dirigieron á Xochimilco, en cuyas inmediaciones las esperaban los rebeldes en número no inferior; pero no hallándose tan bien disciplinados como los mejicanos, tuvieron que cederles el campo y retirarse á la ciudad, despues de un combate en que se peleó con valor por ambas partes. Los mejicanos los persiguieron y consiguieron entrar á la poblacion. Incendiaron los templos y los edificios principales, y no pudiendo los xochimilcas sostenerse por mas

tiempo, y viéndose sin auxilios, huyeron á los montes, pero acosados allí tambien por sus enemigos, se rindieron por fin, habiendo sido Moteuhzuma recibido por los sacerdotes al son de pífanos y tamboriles.

Concluida esta expedicion, determinó el rey de Méjico ir á tomar posesion de la ciudad, la que á excepcion de las capitales era la mas considerable de todo el valle de Méjico. Así lo verificó, y como buen político, al recibir el homenage de sus nuevos súbditos, tuvo buen cuidado de dirigirles un razonamiento en el cual procuró consolarlos de la pérdida de su libertad, prometiéndoles amarlos como á hijos, y cuidar como padre suyo de sus intereses, gobernándolos con justicia y equidad.

La desgracia de los xochimilcas no fué bastante para intimidar á los de Cuitlahuac, los cuales creyéndose seguros por la ventajosa posicion de su ciudad que estaba situada en una isleta de la laguna de Chalco, y movidos de iguales causas, provocaron á la guerra á los mejicanos. Pero les salió vana su confianza, porque Itzcohuatl despachó inmediatamente al bizarro Moteuhzuma, quien habiendo puesto sobre las armas algunas compañías de jóvenes, compuestas la mayor parte de aquellos que se educaban en los colegios de Méjico, y á quienes ejercitó en el manejo de las armas y dió todas las instrucciones necesarias sobre la conducta que debian observar, aprestó un competente número de canoas, y marchó con toda diligencia contra los chitlahuacas. La ciudad fué tomada al cabo de siete dias, agregada al reino de Méjico, y los vencedores regresaron cargados de despojos, y con un gran número de prisioneros que fueron inhumanamente sacrificados á

Huitzilopuchtli, dios de la guerra. Se cree que esta conquista y la de Quauhnahuac (Cuernavaca), de que vamos á hablar, se verificaron en los últimos años del reinado de Itzcohuatl.

El señor de Quauhnahuac habia prometido una hija suya al señor de Xiuhtepec, ciudad de los tlahuixcas, distante como diez leguas al Sur de Méjico. Pretendióla despues el señor de Tlaltexcal; y sea por algun agravio recibido de aquel, ó por otra causa, prefirió al segundo, faltando á su promesa. El señor de Xiuhtepec resentido vivamente de este desaire, y no pudiendo tomar venganza por sí solo, á causa de la inferioridad de sus fuerzas, se dirigió al rey de Méjico, ofreciéndole su alianza y amistad, y servirlo con su persona y las de sus súbditos siempre que lo necesitase, con tal de que lo ayudase á frustrar los intentos de su rival, y á castigar la inconsecuencia del padre de su amada.

Itzcohuatl no solo consideró que esta guerra era justa, sino que vió en ella una ocasion de acrecentar su poder. Armó, pues, toda la gente que pudo, y pidió tropas auxiliares á los reyes de Tacuba y Aculhuacan: y en verdad que necesitaba de la cooperacion de estos soberanos, pues el señor de Quauhnahuac era bastante poderoso, y su ciudad bastante fuerte, como lo experimentaron despues los españoles cuando la sitiaron. En virtud de las disposiciones de Itzcohuatl se dividió el ejército en cuatro trozos, con órden de atacar á un tiempo por los cuatro vientos. Así se verificó, siendo los tecpanecas los primeros que lo hicieron por el del Norte. Al principio fueron vigorosamente rechazados; pero viniendo en su auxilio las demas tropas del ejérci-

to, tuvieron que sucumbir los quauhnahuacas, y habiéndose sometido al rey de Méjico, quedaron obligados á pagarle un tributo anual de algodon, papel y otros artículos.

Quauhnahuac era capital de un considerable territorio poblado por los tlahuixcas, y así su conquista arrastró la de otras muchas poblaciones que le estaban sujetas, todas las cuales quedaron bajo la dependencia de los mejicanos.

A poco tiempo se siguieron las conquistas de Cuauhtitlan y Toltitlan, ciudades importantes situadas hácia el Norte de Méjico; y todas estas ventajas adquiridas por la energía, sabiduría y constancia de Itzcohuatl, si por una parte le conciliaban el respeto y consideracion de sus vecinos, engendraban por otra en algunos no poca envidia, y temor de ser á su vez tributarios de su poder.

Quauhtlatohuatzin, rey de Tlatelolco, era de este número; y como su antigua rivalidad con Itzcohuatl poco necesitaba para enardecerlo contra un vecino tan afortunado, y era ademas ambicioso, determinó quitarle la vida y apoderarse de Méjico. Mas como para conseguirlo no eran bastantes sus fuerzas, tuvo necesidad de confederarse con otros señores que, ó se hallaban poseidos del temor de ser dominados por los mejicanos, ó sufrian con impaciencia el yugo que ya les habian impuesto. Sin embargo, la fortuna que en todo favorecia á Itzcohuatl, hizo que llegasen oportunamente á su noticia las inteligencias secretas que mantenia el rey de Tlatelolco con los señores descontentos; y habiéndose preparado sin pérdida de momento á la defensa, frustró enteramente sus tentativas hostiles. De

aquí resultó que los mejicanos y tlatelolcas viviesen en lo sucesivo en perpetua desconfianza, la cual llegó á tal punto, que sin embargo de la inmediacion de sus capitales, estuvieron algunos años sin comunicarse, verificándolo solamente algunos traficantes los dias de mercado, y aun esto lo hacian con cierta reserva.

En fin Itzcohuatl con la prudencia y sabiduría de su gobierno consiguió que su nacion, que poco ántes habia sido tributaria de los tecpanecas, y vista con cierta ojeriza y desprecio de las demas que poblaban el valle de Méjico, se hallase en poco mas de doce años que duró su reinado en estado de imponer la ley á los mismos que la mandaban.

Murió este príncipe de edad muy avanzada en el año de nueve pedernales, que corresponde al de 1436, dejando su memoria en gran veneracion, por las singulares prendas que lo adornaban, y los importantísimos servicios que hizo á los mejicanos en todos los cargos militares y políticos que le confiaron; pues tanto en el de general, que obtuvo por mas de treinta años, como en el de rey, que desempeñó cerca de trece, estuvo constantemente dedicado á promover la gloria y felicidad de su patria. Y no se limitó á librarla del yugo de los tecpanecas, sino que ampliando sus dominios, echando los cimientos de su futura grandeza con la triple alianza en que tan sagazmente supo entrar y sacar tan buen partido, y enriqueciendo su corte con los despojos de los pueblos conquistados, proveyó tambien á su decoro y ornato. Edificó varios edificios públicos, y algunos templos, entre los cuales hacen especial mencion los historiadores del de la diosa Cihuacohuatl, y de otro que erigió en honor de Huitzilopuchtlli. Sus

exequias se celebraron con extraordinaria pompa, y en medio de las mas inequívocas demostraciones de dolor.

CAPITULO III.

Ocupa Moteuhzuma Ilhuicamina el trono de Méjico. Atrocidad y castigo de los chalcas. Muere Quauhtlatohuatzin rey de Tlatelolco; y los mejicanos conquistan nuevas provincias.

No fué dudosa para los electores de Méjico la eleccion del monarca que debia suceder á Itzcohuatl; pues no sobreviviendo ninguno de los hermanos de este, debia recaer la corona segun las leyes de sucesion en uno de sus sobrinos, entre los cuales ninguno era mas digno de obtenerla que el famoso Moteuhzuma Ilhuicamina. Era este hijo de Huitzilihuitl, y no ménos respetable por sus virtudes, que ilustre por los importantes servicios que habia hecho á la patria.

Hecha, pues, con general aplauso su eleccion, y ratificada por los reyes de Tacuba y Aculhuacan, quienes no solo la aplaudieron, sino que mandaron al nuevo rey presentes magníficos en testimonio del alto aprecio que hacian de sus relevantes prendas, determinó este, luego que se vió libre de la etiqueta que lo obligó á recibir las felicitaciones de la nobleza y los festejos públicos còn que se celebró su exaltacion, cumplir con la ley, no se sabe si establecida, ó introducida por la costumbre, de salir á la guerra, y proporcionarse por esta via cautivos que fuesen sacrificados en el acto solemne de su coronacion.

Los chalcas fueron los señalados para dar este terrible contingente de sangre. Y en verdad que si esa bárbara costumbre pudiera descansar en algun principio justificable, ningunos merecerian mas que ellos ser conducidos por Mocteuhzuma á las sangrientas aras de Huitzilopuchtli. El indigno tratamiento que dieron á este príncipe, prendiéndolo y condenándolo á muerte cuando regresaba á Tezcoco con el carácter sagrado de embajador, justificaban la venganza que quiso desahogar contra ellos en esta vez. Dirigióse, pues, á Chalco, y sin que esta expedicion le costase mucho, logró batirlos y derrotarlos completamente. No pensó por entónces someter la provincia á su obediencia, y volvió á Méjico con un considerable número de prisioneros. Fueron estos sacrificados el dia de la coronacion, la cual se verificó con extraordinaria pompa recibiendo Moteuhzuma muchos dones y tributos de los pueblos conquistados, los cuales se le presentaron por los comisionados que los traian, y que formaban otras tantas cuadrillas cuantos eran los lugares que enviaban, yendo á su cabeza los mayordomos del rey y otros oficiales de la corona. Los dones consistian en oro, plata, plumas, mantas, y gran cantidad de comestibles. No dicen los historiadores si asistieron á esta funcion los reyes de Tezcoco y Tlacopan, aunque es probable que no faltasen á ella.

Apénas hubo empuñado el cetro Moteuhzuma cuando se dedicó á la policía de la ciudad, la cual hermoseó con nuevos edificios, entre los cuales el principal fué un templo, en cuya construccion tomó tanto empeño, que no bastando los operarios mejicanos para concluirlo con la brevedad que él deseaba, se dirigió á los

reyes aliados para que le ayudasen. Así lo hicieron estos, y la obra se terminó prontamente, y se dedicó á Huitzilopuchtli con grandes y suntuosos aparatos.

Mientras se hacia esta fábrica acaeció uno de los sucesos mas lamentables para el buen rey Nezahualcoyotl. Sucedió, pues, que habiendo salido á cazar dos de sus hijos á los bosques que dominan las llanuras de Chalco, se separaron en union de tres nobles mejicanos de la numerosa comitiva que los acompañaba, y fueron apresados por un destacamento de soldados chalcas, que los condujo á su ciudad, conociendo que en esto hacia un gran servicio al inhumano y bárbaro señor que los mandaba. Este, que verosímilmente era el mismo Totzintecuhtli que habia atropellado el derecho de gentes, mandando prender á Moteuhzuma, sin consideracion al elevado carácter de los prisioneros, los hizo morir á todos, despues mandó salar sus cadáveres, y así que estuvieron bien enjutos los colocó en una sala de su palacio para que sirviesen de hacheros, poniéndoles, como les ponian, en las manos los trozos de ocote con que se alumbraba.

No bien se hubo divulgado tan horrible suceso cuando Nezahualcoyotl, penetrado de dolor, y ardiendo en deseo de la mas justa venganza, se dirigió á los reyes aliados para que lo ayudasen á castigar aquel atentado inaudito. Moteuhzuma, que habia sido tambien comprendido en el agravio, tomó á su cargo la empresa. Dispuso que los tezcocanos atacasen á Chalco por tierra, mientras él y el rey de Tacuba lo verificaban por agua, con cuyo objeto reunió un considerable número de canoas para el transporte del éjercito que quiso mandar él mismo en persona.

Los chalcas , sin embargo de la multitud de ene-nigos contra quienes tenian que combatir , hicieron una igorosa resistencia, pues á mas de ser naturalmente uerreros, la desesperacion aumentaba en esta ocasion u valor. Su señor, sin embargo de su avanzada edad, a cual no le permitia ya andar por su pie, se hizo lle-ar en una silla al lugar del combate para animar á sus úbditos; mas nada fué bastante á contener el furor de as huestes mejicanas y aculhuas, que rompiendo las fi-as de los chalcas entraron á saco en la ciudad, hacien-lo prisionero á su bárbaro gefe, quien pagó con l último suplicio sus atroces delitos. Despues de la ictoria se dividieron los despojos con arreglo á los ar-ículos establecidos al formar la triple alianza; mas la rovincia de Chalco quedó sujeta al reino de Méjico.

Los historiadores convienen en que esta victoria se lebió en gran parte al valor de Axoquentzin, príncipe le muy corta edad, é hijo de Nezahualcoyotl; y algu-ios suponen que precedieron circunstancias muy extraor-linarias, como fué la de haber tenido este jóven una vi-ion en la cual se le ordenó que fuese á la guerra, pues or su corta edad se habia quedado con su padre en Tezcoco, y se le anunció que saldria victorioso del ase-ino de sus hermanos. Torquemada dice que, dilatán-lose el término de la guerra, tuvo gana Axoquentzin le ir á ver sus hermanos que habian marchado con el jército, y que habiéndose reunido á ellos, se arrojó por un impulso de noble indignacion en el ejército con-rario, porque uno de sus hermanos habia extrañádole u presencia en aquel lugar, como á niño que por su orta edad no era capaz de las fatigas de la guerra; y ue atravesando intrépidamente por entre las filas ene-

migas, hizo prisionero á uno de los principales capitanes chalcas, y lo llevó arrastrando hasta el campamento de los tezcocanos, defendiendo su presa con heroico valor: que encendiéndose entónces la refriega se decidio por fin á favor de los reyes aliados. Hasta aquí no hay nada que sea maravilloso; pero añade este historiador que la noche ántes de la victoria, la reveló un hermoso mancebo á dos de los soldados de la guardia de Nezahualcoyotl, ordenándoles que la pusiesen como lo hicieron en noticia del rey, el cual, despues de haberse ellos ratificado en que no era sueño lo que le referian, los mandó prender hasta que se supiese el resultado del dia siguiente, que fué conforme se lo habian anunciado. Los lectores sensatos juzgarán del crédito que merecen estas relaciones.

Mientras Moteuhzuma se hallaba empeñado en la guerra de Chalco, Quauhtlatohuatzin, rey de Tlatelolco, pensó que debia aprovecharse de la larga ausencia que habia hecho de Méjico, ya por este motivo, ya por el casamiento de Nezahualcoyotl á que fué convidado, y de que se hablará en el capítulo siguiente; y creyendo que no podia presentársele ocasion mas oportuna para entablar de nuevo sus negociaciones con los descon-contentos y envidiosos de los mejicanos, no perdonó diligencia para tenerlos prontos y apercibidos para el golpe que meditaba. Pero Moteuhzuma supo prevenirlo, dando un furioso asalto á los tlatelolcas, en el cual hizo morir á este inquieto vecino; y aunque de resultas de esta jornada pudo haber quedado desde entónces agregada á Méjico la ciudad de Tlatelolco, no sucedió así, y en lugar de Quauhtlatohuatzin fué elegido pacíficamente, aunque bajo el influjo de Moteuhzuma, el nuevo

rey Moquihuix, cuyo valor y ambicion se manifestaron despues con provecho de los mejicanos.

Viéndose libre Moteuhzuma de un vecino tan pernicioso, se dirigió á la provincia de los cohuixcas, situada al Sur de Méjico, para tomar venganza de la ofensa que le habian inferido, dando muerte á unos mejicanos que transitaban por allí con el carácter de enviados suyos. La fortuna le fué tan propicia en esta expedicion, que á mas de haber escarmentado á los principales enemigos contra quienes fué preparada, quedaron agregados á la corona de Méjico los distritos de Huaxtepec, Yauhtepec, Tepoztlan, Yacapichtla, Totolapan, Tlalcozauhtitlan, Coixco, Oztomantla, Tlachmalac y Chilapan, cuyos pueblos habian sin duda provocado su enojo con atentados de igual naturaleza que los cohuixcas. Tambien conquistó por el lado del Poniente la provincia de Tzompahuacan, y otros paises vecinos.

A su regreso á la corte dió mas extension al templo de Huitzilopuchtli, adornándolo con los despojos de los pueblos vencidos, y todas estas conquistas se verificaron en los nueve primeros años de su reinado.

CAPITULO IV.

Casamiento de Nezahualcoyotl, y fiestas que hubo con este motivo, y con el de el estreno de su palacio. Inundacion y hambre en Méjico. Ultimas conquistas de Moteuhzuma, y su muerte.

En el capítulo III del libro 3 se ha visto que entre las varias concubinas que tenia Nezahualcoyotl una de

ellas era hija de Totoquiyauhtzin (1) rey de Tlacopan. Si esta es la misma que Matlalzihuatzin, hija tambien de este rey, de cuyo casamiento vamos á hablar, no es facil averiguarlo. Lo que al parecer no admite duda es que á ninguna de las mugeres que tenia habia creido digna del título de reina hasta la época de que vamos hablando. Determinado, pues, á elegir una esposa, recayó este honor en una princesa, cuya hermosura y modestia celebran los historiadores, llamada Matlalzihuatzin, hija del rey de Tlacopan. Torquemada refiere los amores de Nezahualcoyotl con esta princesa de una manera romancesca; pues dice que adoleciendo de una grave melancolía, se separó por algun tiempo de los negocios del gobierno, y vino á distraerse á casa de uno de sus generales que vivia en Tlatelolco, llamado Temitzin, á quien queria mucho. Que allí se encontró con Matlalzihuatzin, la cual habia sido dada por esposa á Temitzin por su padre el rey de Tacuba desde la edad de siete años; y que aunque á la sazon tenia ya diez y siete, aun no se habia ejecutado el matrimonio, y era tratada mas bien como hija, que como futura consorte de dicho general. Llegada la hora de comer, determinó este que la doncella hiciese el servicio de la mesa á Nezahualcoyotl, el cual quedó tan prendado de su honestidad y gallardía, que informado de quien era, y asegurado de que conservaba intacta su virginidad, determinó hacerla á toda costa muger suya; pero siendo Temitzin, á quien estaba prometida, un grande estorvo.

(1) Clavigero escribe Totoquihuatzin y lo mismo Torquemada; pero se ha seguido la ortografia de Veytia para guardar consecuencia en una obra que lleva su nombre.

discurrió una infame traza, muy semejante á la de David cuando determinó deshacerse de Urias para apoderarse de su esposa Bersabé. Ordenó, pues, luego que se restituyó á Tezcoco que se formase una expedicion de guerra, con el fin de sujetar una provincia que se le habia rebelado, y mandó llamar á Temitzin, á quien encareciéndole lo mucho que lo estimaba, y la confianza que de él hacia nombrándole general de las tropas que debian marchar á la expedicion, le encargó que redoblase sus esfuerzos y valor para que se concluyese felizmente. Temitzin, que ignoraba los pérfidos intentos del monarca, tuvo á mucha honra este nombramiento, y lleno de gratitud ofreció hacer cuanto estuviera de su parte para escarmentar á los sublevados, y dejar bien puesto el honor de las armas aculhuas. Mientras Temitzin marchaba con el ejército, dispuesto á sacrificarse por su soberano, mandó este llamar á dos gefes militares, de quienes hacia gran confianza, y que iban en la jornada con el cargo de Tlacatecas, (esto es, *colegas ó acompañados* del general), y les encargó que cuando se diese la batalla procurasen poner á Temitzin en el mayor riesgo, y despues lo abandonaran, para que acometido por los enemigos, y sin tener quien lo defendiera, muriese en la refriega. Todo sucedió á medida de sus deseos; y libre ya de su rival, le fué muy fácil obtener á Matlalzihuatzin, pues su padre el rey de Tlacopan condescendió muy gustoso en un enlace que le proporcionaba el honor de ser suegro del monarca mas respetable de Anáhuac.

Se ha copiado esta relacion, que atendido el carácter noble de Nezahualcoyotl es tan increible, como lo seria el crímen de David, si no lo refiriesen los mis-

mos sagrados libros que ensalzan sus virtudes, porque no obstante la inverosimilitud que presenta por una parte, debe considerarse por otra á cuantos excesos es capaz de precipitarse un rey absoluto dominado por una pasion imperiosa como la del amor, á la cual estaba muy distante de ser insensible el corazon de este príncipe.

Sea de esto lo que fuere, lo que no admite duda es que sus bodas se celebraron con una magnificencia extraordinaria. La novia fué conducida á Tezcoco por el mismo Nezahualcoyotl, el cual iba acompañado de los reyes de Méjico y Tlacopan, y cada uno de estos de un numeroso cortejo de nobles, sacerdotes y personas de la primera distincion. Las fiestas y regocijos públicos duraron cuatro meses de los suyos, que equivalen á ochenta dias; y al cabo de un año nació de este matrimonio Nezahualpilli, que sucedió á su padre en el trono, como verémos en su lugar.

A las fiestas nupciales siguieron bien pronto otras, que segun Torquemada fueron todavía mas magníficas, con motivo de la conclusion del Hueitecpan. Este era un gran palacio que Nezahualcoyotl habia mandado edificar para su habitacion; pues aunque sus antecesores los habian tenido bastante suntuosos, no eran tan grandes como convenia á su alta dignidad. Para el estreno de este edificio fueron convidados los reyes aliados, y todos los señores y gobernadores de los estados sujetos al imperio tezcocano. Los gastos que se impendieron en esta celebridad fueron muy grandes, las fiestas muchas, los convidados, cuyo número era inmenso, bien hospedados, y todos quedaron muy satisfechos del buen gobierno y liberalidad de Nezahualcoyotl.

Los españoles alcanzaron todavía este palacio, y quedaron admirados de su grandiosidad; y Torquemada la confirma, asegurando que lo vió ántes de que aquellos comenzaran á derribarlo, para aprovecharse de los materiales en el edificio de sus casas.

Poco ántes de que los convidados se despidieran dió Nezahualcoyotl un banquete general, no ménos espléndido que los anteriores; y acabada la comida, dispuso que los músicos terminasen aquel festin, entonando varias canciones, entre las cuales una habia sido compuesta por él mismo, y empezaba de esta manera *Xochitl mamani in huehuetitlan.* Su argumento era, segun Clavigero y Torquemada, recordar á los circunstantes, es decir, á todos los magnates de la tierra de Anahuac, la brevedad de la vida y de todos los placeres de los mortales, comparándolos á una bella flor que pronto se marchita. Las patéticas advertencias de esta cancion hicieron que la fiesta acabase con lágrimas, conociendo todos las tristes verdades que en ella se contenian.

En el año décimo del reinado de Moteuhzuma, que fué señalado con el símbolo de seis conejos, y corresponde al de 1446, hubo en Méjico una grande inundacion, ocasionada por la excesiva abundancia de lluvias con las cuales creció tanto la laguna, que sus aguas se derramaron por la ciudad, arruinando muchas casas, y no dejando calle por donde pudiese transitarse sino por medio de canoas. Nezahualcoyotl, á quien ocurrieron los mejicanos conociendo que su grande ingenio discurriria alguna traza para librarlos de aquella calamidad, propuso que se hiciese un gran dique para contener las aguas, prescribiendo las medidas y el lugar

en que debia levantarse. Moteuhzuma que aprobó el proyecto dispuso que se pusiese inmediatamente en ejecucion, y distribuyó entre varios pueblos los materiales con que debian contribuir, señalando á unos la cantidad de morillos ó estacas, y á otros la de piedra y arena que se consideró necesaria para la obra. A los pueblos de Tacuba, Iztapalapan, Culhuacan y Tenayocan les tocó dar los operarios, y como los mismos reyes dieron el ejemplo de poner manos á la obra, fué bastante este estímulo para que en poco tiempo se viese concluida. El dique tenia mas de tres leguas de largo y once brazas de ancho, y se formaba de dos estacadas paralelas, cuyo centro estaba terraplenado con piedra y arena. No era pequeña la dificultad de trabajar enmedio del agua, especialmente en algunos lugares de bastante profundidad; pero fué superada por la industria del director y la constancia de los trabajadores.

Aunque el dique no bastó para libertar enteramente á la ciudad de las inundaciones, se logró en gran parte este objeto. Y no fué poco conseguir, pues poco mas avanzaron en esto los españoles, sin embargo de los ingenieros europeos de que se valieron, y de los centenares de años y millones de pesos que emplearon en el desagüe hasta mediados del siglo pasado.

Mientras se trabajaba en esta importante obra se rebelaron los turbulentos chalcas; y aunque fueron prontamente reducidos á la obediencia, no fué sin pérdida de algunos gefes mejicanos.

La calamidad de la inundacion fué bien pronto seguida de otra mayor. Con motivo de la escasez de aguas y anticipacion de las heladas que sucesivamente

se experimentaron en el espacio de cuatro años, esto es, desde 1448 hasta 1452, fué tan grande la escacez de maiz, que no bastando á remediarla la generosidad de Moteuhzuma que mandó abrir sus trojes, haciendo lo mismo á su ejemplo los grandes señores, se vieron los mejicanos estrechados á vender su libertad para satisfacer el hambre. Muchos se ausentaron del reino para buscar en otras partes el alivio de su miseria; y sabiendo Moteuhzuma que algunos se vendian por esclavos en cambio de un escasísimo sustento que apénas bastaria para alimentarlos dos ó tres dias, ordenó que ninguna muger se vendiese por ménos de cuatrocientas mazorcas, ni ningun hombre por ménos de quinientas. Pero nada fué bastante á impedir los espantosos resultados de la carestia, siendo no pocos los que buscando alivio en otros paises murieron de hambre en los caminos, y los que habiendo enagenado su libertad fuera de su patria jamas pudieron volver á ella.

Duró esta calamidad hasta el año de 1454, en que las lluvias fueron abundantes, y lo mismo las cosechas de todo género de frutos. La laguna fué de no poco recurso á los mejicanos en la necesidad de que se ha hablado, pues á ejemplo de sus antepasados se mantuvieron por algun tiempo, particularmente los pobres, con las aves, yerbas, peces é insectos que produce.

Poco tiempo gozaron en paz los mejicanos de la abundancia. Atonaltzin, señor del estado de Coaixtlahuacan en el pais de los mixtecas, les era poco afecto, y siempre que los mejicanos tenian necesidad de transitar por sus tierras les negaba el paso, y si por accidente se establecian algunos en ellas les hacia todo el mal que podia. Habiendo recibido una embajada que le

mandó Motehuzuma para saber el motivo de esta enemiga, intimándole la guerra si no le daba una satisfaccion, no solo la aceptó, sino que haciendo ostentacion de sus riquezas, les entregó un cuantioso regalo para Moteuhzuma, diciéndoles que por él inferiria cuanto le daban sus súbditos, y cuan grande era el amor que le tenian, y que en la guerra quedaria decidido si estos habian de ser tributarios del rey de Méjico, ó al contrario.

Moteuhzuma con el auxilio de los reyes aliados preparó un ejército considerable, que no encontró desprevenido á Atonaltzin el cual lo esperaba en la frontera de su estado con otro no ménos respetable. Vinieron ambos á las manos, y los mixtecas atacaron con tal violencia que derrotaron á los mejicanos, teniendo estos qué retirarse sin pérdida de tiempo.

Sin embargo de esta ventaja Atonaltzin no se descuidó en pedir auxilio á los huexutzincas y tlaxcaltecas, previendo que Moteuhzuma despacharia contra él dobles fuerzas, y no dejaron de mandárselo, aprovechando la ocasion que se les presentaba de suspender el curso de las victorias de los mejicanos. Efectivamente Moteuhzuma aprestó otro ejército mas numeroso que el primero, y marchando á su cabeza supo que los tlaxcaltecas y huexutzincas habian asaltado á Tlachquiauhco, lugar de la Mixteca que le pertenecia, pasando á cuchillo la guarnicion mejicana que allí tenia.

Indignado con esta noticia, y doblemente empeñado en restablecer el crédito de sus armas, redobló las marchas para no dar tiempo á que los enemigos se reforzasen mas, y cayó sobre Atonaltzin con tanto ímpetu, que desbarató su ejército en el primer encuentro,

siendo tal la mortandad que perecieron casi todos los auxiliares de aquel orgulloso régulo, y los pocos que escaparon de la refriega murieron á manos de los mismos mixtecas á quienes habian ido á socorrer; vengándose estos inhumanamente del mal éxito de la batalla.

Esta campaña tuvo por resultado la sumision de Atonaltzin, la agregacion de su estado de Coaixtlahuacan á la corona de Méjico, y la de Tochtepec, Zapotlan, Tototlan y Chinautla.

A los dos años sujetó Moteuhzuma las provincias de Cozamaloapan y Cuautochco, hoy Huatusco, despues de una guerra que al parecer fué de corta duracion, ocasionada por los mismos motivos que la anterior, pues los mas de los pueblos libres que miraban el acrecentamiento del poder de los mejicanos y temian caer bajo su yugo, los aborrecian de muerte, haciendo recaer su encono en los infelices traficantes, ó en los correos que pasaban por su territorio, cuando no podian valerse de otros medios para alejar la tempestad que les amenazaba. Los mas fuertes no vacilaban en arrostrar los peligros de la guerra, para lo cual contaban siempre con el auxilio de los tlaxcaltecas y huexutzincas, que por estar tan inmediatos al territorio de Méjico veian mas próximo el riesgo de sucumbir.

Estos fueron al parecer los motivos de otra famosa guerra que se suscitó en el año de 1457. Los habitantes de Cuetlachtlan (Cotasta), provincia situada en la costa del seno mejicano, habitada por los olmecas, y muy bien poblada, pidieron auxilio contra los mejicanos á los huexutzincas y tlaxcaltecas, y estos resentidos por la derrota anterior, no solo lo dieron, sino que persuadieron á los cholultecas á entrar en la liga, y unidas las tres

repúblicas, enviaron numerosas tropas á Cotasta.

Moteuhzuma por su parte alistó un brillante ejército, en el cual iba la flor de la nobleza mejicana, acolhua, tlatelolca y tecpancca, y entre los muchos personages que se incorporaron en el ejército se distinguian Axayacatl, que era uno de los generales, Tizoc y Ahuizotl, hermanos los tres y sucesores de Moteuhzuma en el trono de Méjico. Pero el mas respetable por su caracter era Moquihuix, rey de Tlatelolco. Hasta despues de haber marchado este lucido ejército no se supo en Mejico la confederacion de las tres repúblicas con los cotastecas, cuya noticia obligó á Moteuhzuma á despachar órdenes á los gefes para que regresasen á la capital, con el fin de que aumentadas las tropas fuesen capaces de contrarrestar las fuerzas de aquella formidable liga. Despues de haber deliberado los generales, entre quienes hubo distintos pareceres, se acordó obedecer á Moteuhzuma, y ya se disponian á volver á la capital, cuando el rey de Tlatelolco tomó la voz y les dijo: „Retrocedan los que sean capaces de volver la es„palda al enemigo: que yo con solos los mios sabré ob„tener la victoria." Una resolucion tan decidida picó el honor de los demas gefes de tal modo, que todos se resolvieron á hacer frente al peligro, y dada á pocos dias la batalla, quedó triunfante el ejército mejicano, haciendo seis mil y doscientos prisioneros. Estos infelices fueron despues sacrificados en la fiesta de la dedicacion del Quaxicalco, que era un edificio destinado al depósito de las osamentas de las víctimas.

De resultas de esta gran victoria, debida principalmente á la decision de Moquihuix, quedó Cotasta sometida al reino de Mejico, y Moteuhzuma mas con-

tento por el buen éxito de la campaña que ofendido de su desobediencia, premió su valor, dándole por esposa á una prima suya hermana de Axayacatl.

Mientras tuvo entretenido á Moteuhzuma esta expedicion, los chalcas se rebelaron y cometieron varios atentados, prendiendo á varios mejicanos, entre ellos á un hermano de Moteuhzuma que al parecer era señor de Ehecatepec. La propuesta que luego le hicieron de crearlo rey de Chalco hace creer que su objeto fué, no tanto molestarlo en su persona, cuanto procurar por este medio hacer independiente su territorio, haciendo á Chalco émula de Méjico. El prisionero resistió constantemente á cuantas proposiciones le hicieron; pero viéndolos obstinados en su resolucion, fingió condescender, y pidió que se levantase un tablado muy alto enmedio de la plaza, desde donde lo pudieran ver sus nuevos súbditos, para que fuese mas solemne el acto de su coronacion. Dispuesto todo juntó á los mejicanos al rededor del tablado y en presencia de la multitud innumerable que habia concurrido allí les habló de esta suerte: „Mejicanos, me quieren hacer rey los chalcas: „ mas no permita Dios que yo haga traicion á mi patria: „ quiero enseñaros con mi ejemplo á apreciar mas que „ la vida la fidelidad que le debemos." Y al decir esto se precipitó del tablado. Accion verdaderamente bárbara, aunque bastante conforme á las ideas que tenian los antiguos de la magnanimidad, y ménos vituperable que la de Caton y otros famosos heroes de la antigüedad, por ser mas noble el motivo, y mas grande el ánimo del mejicano.

Esta accion inflamó de tal modo la cólera de los chalcas, que dieron muerte á todos los mejicanos que

se hallaban presentes, de lo que irritado altamente Moteuhzuma, publicó inmediatamente la guerra, mandando encender luminarias en las cimas de los montes, en señal del exterminio con que se preparaba á castigar á los rebeldes. En seguida marchó contra ellos, haciendo tales estragos, que quedó casi despoblada la comarca, habiéndose refugiado á los montes algunos de los que escaparon de la catástrofe, y retirádose otros á Huexutzinco y Atlixco. Mas sucediendo al furor de la venganza la compasion hácia aquellos desgraciados, publicó Moteuhzuma un indulto general, y no contento con esto mandó á sus tropas que recogiesen á los que encontrasen en los montes. Despues de esta expedicion dividió parte del territorio de Chalco entre los gefes que mas se habian distinguido en ella.

A poco tiempo fueron conquistados por los mejicanos los pueblos de Tamazollan, Piaztlan, Xilotepec, Acatlan, y algunos otros; y de esta manera amplió Moteuhzuma de tal suerte sus dominios, que por el Oriente se extendian hasta el golfo mejicano, por el Sudeste hasta la Mixteca, por el Mediodia hasta Chilapan, por el Poniente hasta el valle de Tolocan, por el Sudeste hasta el territorio de los otomitas, y por el Norte hasta donde termina el valle de Méjico.

Enmedio de los afanes de la guerra no descuidó Moteuhzuma los negocios del gobierno. Publicó nuevas leyes, aumentó el esplendor de su corte, é introdujo en ella un ceremonial no conocido de sus predecesores. Por lo que respecta á la religion, edificó un gran templo á Huitzilopuchtli, instituyó nuevos ritos, y aumentó el número de los sacerdotes.

Finalmente despues de un reinado de veintiocho

ños largos murió con uniuersal sentimiento el año de once pedernales, correspondiente al de 1464. Fué sobrio, muy severo en castigar la embriaguez, y con su justicia, prudencia y buenas costumbres consiguió ser temido y respetado de sus súbditos. Sus exequias se celebraron con mas pompa que las de sus antecesores.

CAPITULO V.

Axayacatl es elegido rey en lugar y por consejo de Moteuhzuma. El pequeño reino de Tlatelolco queda agregado al de Méjico, despues de una guerra provocada por Moquihuix, el cual muere en ella. Tambien muere Nezahualcoyotl. Su elogio.

Moteuhzuma poco ántes de morir habia convocado á la nobleza, exhortándola á la concordia y encargando á los electores que prefiriesen á Axayacatl en la sucesion de la corona, como el mas digno de ceñir con ella sus sienes. Los electores, siguiendo el consejo del difunto rey, lo verificaron así, sin embargo de que Tizoc era hermano mayor de Axayacatl.

Antes de su coronacion salió, como lo habian hecho sus predecesores, á hacer la guerra, para tener el bárbaro honor de presentar víctimas el dia que aquella se celebrase. Su expedicion se dirigió contra Tecuantepec (Tehuantepec), provincia de la costa del mar pacífico, distante mas de cien leguas al Sudeste de Méjico.

Los tehuantepecas se hallaban bien preparados y unidos estrechamente con sus vecinos, por lo cual juz-

gó Axayacatl que la fuerza no bastaria á sujetarlos, si no se valia al mismo tiempo del ardid. Fingió, pues, huir en la sangrienta batalla que se dió, para atraer á los enemigos á una emboscada; y habiéndolo logrado, y cuando los tehuantepecas creian ya suya la victoria, los atacó súbitamente por retaguardia con las tropas que se hallaban emboscadas, y por el frente con las que habian aparentado la fuga, de cuya manera logró derrotarlos completamente. Los que pudieron escapar la vida huyendo, fueron perseguidos por los mejicanos hasta la ciudad de Tehuantepec, que fué llevada á fuego y sangre, y prevaliéndose Axayacatl del terror que se difundió por todos aquellos pueblos, extendió su conquista hasta el puerto de Coauhtolco, hoy Huatulco, volviendo de esta larga expedicion rico de despojos y prisioneros, que en el acto de su coronacion fueron inhumanamente sacrificados.

En los primeros años de su reinado siguió las huellas de sus antecesores, dedicándose á nuevas conquistas y sujetando á Cotasta y Tochtepec que se habian rebelado. En 1468 obtuvo una completa victoria contra los huexutzincas y atlixqueños, y restituido á Méjico emprendió la fábrica de un templo que llamó Coatlan. Los tlatelolcas construyeron tambien otro, para no ser ménos, al que llamaron Coaxolotl, lo cual fué motivo para que reviviesen las disenciones entre ellos y los mejicanos, viniendo á parar en una empeñada guerra, cuyo resultado fué la sumision de los primeros á los segundos.

Moquihuix miraba con envidia las glorias de los mejicanos, y no perdia ninguna coyuntura para oscurecerla. Estaba casado como ántes se dijo con una

hermana de Axayacatl, y en esta infeliz muger desfogaba frecuentemente su odio contra el cuñado, y no contento con esto celebró una liga secreta con los señores de otros estados que deseaban sacudir el yugo de los mejicanos. Contábanse entre estos á los de Chalco, Xilotepec, Toltitlan, Tenayocan, Mexicaltzinco, Huitzilopochco (Churubusco), Xochimilco, Cuitlahuac y Mizquic, los cuales convinieron en atacar por la retaguardia á los mejicanos luego que los tlatelolcas hubiesen comenzado la batalla. Los quauhpanqueños, los huexotzincas y matlatzincas debian reunir sus tropas á las suyas para defenderse en la ciudad. La reina que supo toda esta trama, y no tenia muchos motivos para amar á su marido, dió pronto aviso de todo á su hermano Axayacatl, para que previniese un golpe que podia serle muy funesto.

Bien asegurado Moquihuix del auxilio de sus confederados, reunió á los nobles de su corte para animarlos á la empresa, y un sacerdote llamado Poyahuitl tomó la voz, ofreciéndose á combatir contra los mejicanos; y para mas entusiasmar á los concurrentes, lavó el altar de los sacrificios, dando á beber al rey y á los generales aquella agua teñida con sangre. Entretanto la reina, ostigada del mal trato que sufria, y temerosa de los peligros de la guerra, abandonó á su marido, acogiéndose á la proteccion de su hermano el rey de Méjico, y este suceso contribuyó á acalorar los ánimos y á aumentar las disposiciones hostiles que habia por ambas partes.

Cuando estaba ya próxima la declaracion de guerra hizo Moquihuix un solemne sacrificio en el monte

mas inmediato de la ciudad (1) para asegurarse de la proteccion de sus dioses, y á pocos dias avisó á los aliados para que estuviesen dispuestos á socorrerlo. Xiloman, señor de Culhuacan, debia atacar á los mejicanos, y fingiendo tomar la fuga provocarlos á que lo persiguiesen, para que entónces fuesen batidos á retaguardia por los tlatelolcas.

Al dia siguiente al aviso que se despachó á los aliados armó á sus tropas Moquihuix, se dirigió con ellas al templo de Huitzilopochtli para implorar su socorro, se volvió á tomar allí la abominable bebida de la agua tinta en sangre de las víctimas (2), y todos los soldados pasaron delante del ídolo, haciéndole profundas reverencias.

Apenas se habia concluido la ceremonia, cuando se presentó en la plaza del mercado una compañía de valientes mejicanos, matando á cuantos encontraban; pero fué rechazada por los tlatelolcas, los cuales hicieron algunos prisioneros que fueron prontamente sacrificados en un templo llamado Tlillan. En el mismo dia al ponerse el sol, algunas mugeres tlatelolcas tuvieron arrojo para penetrar hasta las calles de Méjico,

---

(1) Segun Torquemada el sacrificio se hizo en un cerro inmediato á Guadalupe, llamado Cacahuitzio.

(2) Esta bebida ó la ceremonia con que se hacia tenia su nombre particular; pues uno y otro puede entenderse de las palabras siguientes de Torquemada: „Volvieron á hacer la cere„monia idolátrica del *Itzpactli* (que es la bebida pasada, *esto es*, „*de la que ántes habló*, conficionada con muchas diabólicas ce„remonias, y hecha una profunda humillacion al ídolo, le pi„dieron favor contra sus enemigos, y pasaron delante de él con „grande órden y concierto." Véase á dicho autor tom. 1, lib. 2, cap. LVIII.

insultando á sus habitantes, y amenazándolos con su próxima ruina; mas fueron tratadas con el desprecio que merecian.

En la mañana siguiente comenzaron los tlatelolcas á atacar la ciudad de Méjico, y cuando se hallaban en lo mas vivo de la refriega llegó Xiloman, el cual mirando que el rey de Tlaltelolco habia empezado el combate sin aguardarlo para que se ejecutase la maniobra que él habia aconsejado y debia desempeñar, se retiró lleno de cólera, contentándose con cegar algunas acequias para que los mejicanos se viesen destituidos de los socorros que pudieran recibir por agua; pero Axayacatl reparó bien pronto el daño. Todo el dia se combatió con ardor por una y otra parte, y al llegar la noche se retiraron los tlatelolcas. Los mejicanos les incendiaron algunos edificios, pero en esta faccion fueron hechos prisioneros veinte de ellos y sacrificados inmediatamente.

El lugar del combate se cambió al siguiente dia; porque Axayacatl dispuso que saliesen todas sus tropas para Tlatelolco, y se dirigiesen á la plaza del mercado, que fué el punto de reunion que les señaló. Viéndose los tlatelolcas atacados por todas partes, se retiraron á dicha plaza para unir allí todas sus fuerzas; pero bien pronto se vieron embarazados por su misma muchedumbre, y no pudiendo maniobrar, empezaron á desordenarse, sin que bastasen á animarlos las voces que les dirigia Moquihuix desde lo alto del templo. Por todas partes se veian caer muertos ó heridos, desfogando estos su cólera contra el rey con insultos, tratándolo de cobarde, y diciéndole que bajase de aquella eminencia y tomase las armas: que no era propio

de valientes estar mirando con frialdad á los que com-batian y perdian la vida en defensa de la patria. Mas estos improperios eran injustos. Moquihuix hacia las funciones de general en gefe, debia ocupar su puesto para dirigir las operaciones, y exponer ménos una vi-da que sin duda valia mucho mas que la de un simple soldado.

Entretanto los mejicanos lograron subir al templo y llegando al atrio superior, donde Moquihuix se de-fendió á lo desesperado, un capitan mejicano llamado Quetzalhua lo derribó de un golpe por las escaleras, y cogiendo el cadáver los mejicanos lo presentaron á Axa-yacatl, quien abriéndole el pecho le arrancó el cora-zon. Otros dicen que Moquihuix despues de haber per-dido la batalla se subió al templo, y se precipitó desde su mayor elevacion, no pudiendo tolerar los insultos que le dirigió uno de los sacerdotes.

Este fué el trágico fin del valiente Moquihuix y del reino tlatelolca, cuya ciudad fué inmediatamente agre-gada a la de Méjico, bajo el mando de un gobernador que puso Axayacatl. Sus moradores, ademas del tri-buto á que quedaron sujetos, estaban obligados á ree-dificar el templo de Huitznahuac cada vez que fuese necesario.

No se sabe si los quauhpanqueños, huexotzincas y matlatzincas que se habian confederado con los tlate-lolcas se hallaron en esta refriega. El resto de los aliados llegó á su socorro bien tarde, por haber muer-to ya Moquihuix, y así se retiraron á sus provincias, sin hacer ningun daño á los mejicanos; mas no quedó impune su rebelion. Axayacatl, obtenida la victoria, fué inflexible en el castigo de los que habian encendido

la guerra; y despues de haber condenado al último suplicio á los sacerdotes que tanto contribuyeron á exaltar á los tlatelolcas contra los mejicanos, hizo sufrir la misma pena á los señores de Xochimilco, Cuitlahuac, Culhuacan, Huitzilopochco y demas que se habian comprometido en la guerra.

En 1469 murió Totoquiyauhtzin primer rey de Tacuba, que gobernó á sus súbditos con templanza y moderacion por espacio de cuarenta años. Su fidelidad á los reyes de Méjico fué invariable, y jamas dejó de auxiliarlos en las frecuentes guerras que se les ofrecieron. Le sucedió Chimalpopoca su hijo.

Mayor fué la pérdida que tuvieron los tezcocanos con la muerte de Nezahualcoyotl, acaecida en 1470, poco ántes de la guerra de Tlatelolco. La historia le ha señalado, y con justicia, el lugar mas preeminente entre los monarcas de Anahuac. Su valor, sin embargo de ser tan grande, que en su juventud rayaba en temeridad, fué una de las prendas ménos relevantes de su espíritu. La fortaleza y constancia en los trece años en que estuvo privado de la corona, y perseguido de los tecpanecas, son dignas de la mayor admiracion. Fué tan inflexible en la recta administracion de justicia, que si se ha de dar crédito á los historiadores tezcocanos hizo morir á cuatro de sus hijos por incestuosos. Pero al mismo tiempo era clementísimo con los desgraciados, para los cuales siempre tenia abiertos sus tesoros, gastándolos liberalmente en el socorro de los necesitados, principalmente de los viejos, enfermos y viudas.

Era tan celoso del cumplimiento de la leyes, que con el fin de que ningun magistrado ó juez tuviese dis-

culpa si llegaba á admitir dádivas, se les proveia de su palacio de cuantos artículos pudieran necesitar para su vestido y alimento, conforme al rango de cada uno.

Los progresos que hizo en las artes y ciencias fueron notables, y cuantos podia hacer un elevado ingenio desprovisto en los medios de aprender que facilitan su estudio. Cultivó la poesia con aplauso de los suyos y de los extraños, pues en el siglo XVI eran célebres entre los españoles los sesenta himnos que compuso en loor del criador del cielo. D. Fernando de Alba Ixtlixochitl uno de sus descendientes tradujo al castellano dos odas suyas, una de las cuales, dice Clavigero, fué compuesta poco despues de la ruina de Azcapuzalco y que su argumento es semejante al de la que se cantó en el banquete que dió á los nobles que asistieron al estreno del Hucitecpan, pues es una lamentacion de la instabilidad de las grandezas humanas, en la cual se compara al tirano tecpaneca á un árbol grande y robusto, que habia extendido sus raices y ensanchado sus ramas hasta dar sombra á todo el territorio del imperio; pero al fin seco y podrido, cayó al suelo, sin esperanza de recobrar su antiguo verdor. Lamentábase Clavigero de no tener esta pieza para publicarla en su historia, lo que ha hecho últimamente el Sr. D. Carlos Bustamante en el tomo segundo de las *Mañanas de la Alameda*, pág. 93, y lo hacemos aquí tambien, copiándola como allí se encuentra.

„Oid con atencion las lamentaciones que yo el rey „ Nezahualcoyotl hago sobre el imperio, hablando con-„ migo mismo, y presentándolo á otros por ejemplo. „ ¡O rey bullicioso y poco estable! ¡Cuando llegue tu „ muerte serán destruidos y desechos tus vasallos! ve-

„ ránse en obscura confusion, y entónces ya no estará
„ en tu mano el gobierno de tu reino, sino en el del
„ Dios criador y Todopoderoso. Quien vió la casa y
„ corte del anciano *Tetzotzomoc*, y lo florido y pode-
„ roso que estaba su tiránico imperio, y ahora lo vé
„ tan marchito y seco, sin duda creyera que siempre
„ se mantendria en su ser y esplendor, siendo burla y
„ engaño lo que el mundo ofrece, pues todo se ha de
„ consumir y acabar. Lastimosa cosa es considerar
„ la prosperidad que hubo durante el gobierno de aquel
„ viejo, y caduco monarca, que semejante al sáus,
„ animado de codicia y ambicion, se levantó y ense-
„ ñoreó sobre los débiles y humildes. Prados y flo-
„ res le ofreció en los campos la primavera por mu-
„ cho tiempo que gozó de ellos; mas al fin, carcomido
„ y seco, vino el huracan de la muerte, y arrancán-
„ dolo de raiz lo rindió, y hecho pedazos cayó al sue-
„ lo. Ni fué ménos lo que sucedió á aquel antiguo rey
„ *Cotzaztli*, pues ni quedó memoria de su casa y lina-
„ ge. Con estas reflexiones y triste canto que traigo á
„ la memoria, doy vivo ejemplo de lo que en la florida
„ primavera pasa, y el fin que tuvo *Tetzotzomoc* por
„ mucho tiempo que gozó de ella. ¿Quién, pues, ha-
„ brá, por duro que sea, que notando esto no se de-
„ rrita en lágrimas, puesto que la abundancia de las
„ ricas y variadas recreaciones, son como ramilletes
„ de flores, que pasan de mano en mano, mas al fin
„ todas se deshojan y marchitan en la presente vida?
„ ¡Hijos de los reyes, y grandes señores! considerad lo
„ que en mi triste y lamentoso canto os manifiesto cuan-
„ do refiero lo que pasa en la florida primavera, y el
„ fin y término del poderoso rey Tetzotzomoc! ¿Quién

„ (repito) viendo esto será tan duro é insensible que no
„ se derrita en lágrimas, pues la abundancia de diver-
„ sas flores y bellas recreaciones, son ramilletes que se
„ marchitan y acaban en la presente vida? Gocen por
„ ahora de la abundancia y belleza del florido verano,
„ con la melodía de las parleras aves, y liben las ma-
„ riposas el nectar dulce de las fragantes flores.... to-
„ do es como ramilletes que pasan de mano en ma-
„ no, que al fin se marchitan, y acaban en la presen-
„ te vida."

Era Nezahualcoyotl tan sensible á los encantos de la poesía, que segun refieren los historiadores, fué la única que consiguió ablandar su severidad en el castigo de los delincuentes, pues habiendo compuesto cierto reo condenado á muerte unos versos muy patéticos en que se despedia del mundo, los músicos amigos suyos los cantaron al rey, y este se conmovió de tal manera que perdonó la vida al poeta.

Pero en lo que mas se deleitaba Nezahualcoyotl era en el estudio de la naturaleza. Las continuas observaciones que hacia del curso de los astros le proporcionaron muchos conocimientos en la astronomía. Tenia en su palacio todos los animales y plantas que se criaban en el territorio de su imperio, y los que no podia adquirir, por ser de diversos climas, hacia que se los pintaran al vivo. El célebre Dr. Hernandez vió estas pinturas y se aprovechó de ellas. Sus profundas investigaciones acerca de la naturaleza lo condujeron al conocimiento del Ser Supreno, y á detestar la bárbara idolatría de su nacion, manifestando frecuentemente á sus hijos, aunque en lo privado, la insensatez del culto que se profesaba; que él no reconocia otro Dios que al Cria

dor del cielo y que si no prohibia la idolatría era por temor de los resultados que podia tener su oposicion á la doctrina de sus mayores. Abolió sin embargo los sacrificios de sangre humana; pero despues, considerando cuan peligroso sea querer destruir en un pueblo las antiguas ideas en materia de religion, los volvió á permitir, aunque ordenando que solo se sacrificasen los prisioneros de guerra.

Estaba tan persuadido de la unidad de Dios, á quien por faltarle las luces de la revelacion no pudo dar otro nombre que *Criador del cielo*, que fabricó para darle adoracion una elevada torre de nueve pisos. El último terminaba en una pequeña bóveda, pintada de azul, con cornisas de oro; y en esta torre habia siempre algunas personas encargadas de hacer sonar en ciertas horas del dia unas láminas de fino metal, á cuyo sonido se arrodillaba y dirigia sus oraciones al Criador del cielo, ayunando en su honor una vez al año.

Su grande ingenio, junto con el amor que tenia á su pueblo, hizo que ilustrara tanto su corte, que era considerada como el centro de las artes y de la cultura de Anáhuac. Así es que Tezcoco era la ciudad en donde se hablaba con mayor elegancia y perfeccion la lengua mejicana, donde se hallaban los mejores artífices, y donde habia mas historiadores, oradores y poetas. Aun despues de la conquista conservaron los tezcocanos su aficion á las letras humanas; pues entre los varios indígenas que escribieron historias ó relaciones sobre los antiguos sucesos de su pais hubo cinco descendientes de Nezahualcoyotl, y fueron D. Fernando Pimentel Ixtlixochitl, biznieto suyo, D. Antonio Pimentel Ixtlixochitl, hijo del anterior, D. Antonio de Tobar, Cano, Mo-

teuhzuma, Ixtlixochitl, descendiente de los reyes de Méjico y Tezcoco, D. Fernando de Alba Ixtlixochitl, y D. Juan Bautista Pomar.

La legislacion de Tezcoco, que en mucha parte fué obra de Nezahualcoyotl, sirvió de norma á la de los mejicanos y otros pueblos. Tiene, pues, razon Clavigero en decir que Tezcoco era la Aténas, y Nezahualcoyotl el Solon de Anáhuac.

Poco ántes de morir convocó á sus hijos, declarando por su heredero y sucesor en el trono de Aculhuacan á Nezahualpilli; pues aunque este era el menor de todos, su rectitud, sus singulares talentos, y el haber sido hijo de la reina Matlalzihuatzin lo hacian digno de esta preferencia. A su primogénito Acapipioltzin le encargó que ayudase á Nezahualpilli con sus consejos hasta que hubiese aprendido el arte dificil de gobernar, recomendando á este eficazmente el amor para con sus hermanos, el cuidado de sus súbditos y el celo por la justicia. Y para prevenir cualquiera alteracion que pudiese ocasionar la noticia de su muerte, ordenó que se ocultase al pueblo hasta que el nuevo rey estuviese en pacífica posesion del reino. Los príncipes, despues de haber recibido con llanto los últimos consejos de su padre, salieron á la sala de audiencia, donde los esperaba la nobleza, y allí fué proclamado Nezahualpilli rey de Aculhuacan, declarando Acapipioltzin que esta era la voluntad de su padre, quien, teniendo necesidad de hacer un largo viage, habia querido nombrar ántes su sucesor. Prestaron todos su obediencia al nuevo rey, y á la mañana siguiente murió Nezahualcoyotl, en el año cuarenta y cuatro de su reinado, y en el ochenta de su edad. Su cadáver fué quemado en secreto, y en

vez de honrarlo con las exequias fúnebres celebraron con fiestas y extraordinarias muestras de alegría la coronacion del nuevo rey. Sin embargo de estas precauciones, la noticia de su muerte se divulgó bien pronto por todo el imperio, y muchos magnates vinieron á la corte á dar el pésame á los príncipes. El vulgo empero quedó persuadio de que este gran rey habia sido trasladado á la compañía de los dioses, en premio de sus virtudes. ¡Que pocos monarcas habrán podido dejar á sus súbditos en esta persuasion!

CAPITULO VI.

Tizoc es elegido rey de Méjico por muerte de su hermano Axayacatl. Guerra entre los tezcocanos y huexutzincas. Casamiento de Nezahualpilli con dos princesas mejicanas.

Lisongeado Axayacatl de la fortuna, que le habia sido tan propicia en las guerras anteriores, emprendió la conquista del pais de los matlatzincas, nacion numerosa y pujante establecida en el valle de Tolocan (Toluca), y que se conservaba libre de la dominacion mejicana. Hechos los preparativos para la expedicion, salió en compañía de los dos reyes aliados, y habiendo sometido de paso los lugares de Atlapolco y Jalatlauhco, conquistó en el valle los de Tolocan, Tetenanco, Metepec, Tzinacantepec, Calimaya y otros situados hácia la parte meridional del valle, quedando desde entónces tributarios de la corona de Méjico.

Al cabo de algun tiempo volvió para apoderarse de la parte septentrional del valle, llamada hoy el valle de

Ixtlahuaca, siendo su principal objeto reducir á Xiquipilco, provincia considerable de los otomites, cuyo régulo llamado Tlilcuezpalin era famoso por su valor. Como Axayacatl preciaba tambien de valiente, quiso pelear con él cuerpo á cuerpo en la batalla que presentó á los xiquipilcas; pero el éxito le fué funesto, porque habiendo recibido una grave herida en un muslo, y sobreviniendo dos capitanes otomites lo postraron en tierra á fuerza de golpes, y lo habrian hecho prisionero, si unos jóvenes mejicanos viéndolo en tan grave peligro no lo hubieran libertado. Sin embargo de esta desgracia, los mejicanos obtuvieron una victoria completa, y segun dicen los historiadores hicieron once mil y sesenta prisioneros, entre ellos al mismo Tlilcuezpalin y á los dos capitanes que habian asaltado al rey. Esta gloriosa victoria aumentó el territorio del imperio mejicano con las poblaciones de Xiquipilco, Xocotitlan, Atlacomolco, y otros lugares de aquel ameno valle.

Aunque Axayacatl sanó de la herida, quedó cojo por el resto de sus dias, y luego que se vió restablecido dió á los reyes aliados y á los magnates mejicanos un gran convite, durante el cual hizo morir á Tlilcuezpalin y á los dos capitanes referidos; pues habituadas aquellas gentes á derramar la sangre humana, era para ellas una recreacion lo que debia inspirarles horror, y no les parecia extraña la ejecucion de un suplicio en medio de las delicias de un banquete. ¡Tan grande es la fuerza de la costumbre, y tan fácil es á nuestras almas familiarizarse con los objetos mas horribles!

Pareciendo á Axayacatl muy estrechos los límites de su imperio por el rumbo del poniente, determinó hacer en los últimos años de su reinado otra campaña, y

pasando los montes que circunscriben el valle de Toluca, conquistó á Tochpan y Tlajimaloyan, siendo desde entónces este lugar la frontera del reino de Michoacan. Retrocedió despues hácia el Oriente, y se apoderó de Ocuila y Malacatepec.

El curso de sus victorias fué interrumpido por la muerte, que le sobrevino en el año trece de su reinado, que en el calendario mejicano fué de once casas y correspondió al de 1477 de la era vulgar. A mas de belicoso, fué este príncipe muy severo en castigar á los transgresores de las leyes establecidas por sus antecesores. Tuvo muchas mugeres, de las cuales dejó un gran número de hijos, entre quienes se cuenta al célebre Moteuhzuma II.

Si es cierta la anécdota siguiente, que refiere Torquemada, Axayacatl era rencoroso y artero para desahogar sus venganzas. Hallándose vivamente resentido con Xihuitlemoc, señor de Xochimilco, segun parece por no haberlo auxiliado en la guerra contra los tlatelolcas, y no hallando modo de deshacerse de él publicamente, sin dar un escándalo, lo desafió á un partido de pelota. Xihuitlemoc, que era muy buen jugador, conociendo que bien ganase, bien se dejase ganar del rey, debian serle fatales las consecuencias, se excusó cuanto pudo; pero Axayacatl insistió de manera que hubo de condescender, temiendo que su negativa le ocasionase mayores daños. La apuesta por parte del rey fueron las rentas de aquel año, y algunos pueblos de la laguna, y por parte de Xihuitlemoc la ciudad de Xochimilco; lo que no debe parecer extraño, sabiendo lo afectos que eran los mejicanos á este juego, y la apuesta mucho mas extravagante que hicie-

ron Moteuhzuma II y Nezahualpilli, fiando á la suerte del juego el acierto del anuncio que habia hecho el segundo sobre la aparicion de un cometa, como se dirá en su lugar. Comenzóse, pues, el partido, y desde luego se conoció la ventaja que Xihuitlemoc habia de sacar al rey, como efectivamente la sacó, ganándole el juego. Entónces este, resentido no ménos de la pérdida de sus rentas, que de la del crédito de buen jugador de que preciaba, dijo públicamente: „Xihuitlemoc es rey por este año"; y notando el xochimilca lo mal que habian recibido estas palabras los cortesanos del monarca, repuso con discrecion: „Señor, vos sois siempre mi rey, y lo que he ganado ahora no son vuestras rentas, sino el favor de haberme dejado ganar; así como sin necesidad de que vos me ganarais á mí, debiais tener por vuestra la ciudad de Xochimilco, de que yo no soy poseedor sino en tenencia." Léjos de satisfacerse Axayacatl con este fino cumplimiento, replicó: „Yo he perdido, y por lo mismo debo pagar: llevaos, pues, la apuesta, y haced lo que quisiereis de los pueblos de la laguna." Diciendo esto lo despidió, y mandó llamar á sus ministros, ordenándoles que se pusiesen bajo la obediencia de Xihuitlemoc. Mas estos, que por una parte se consideraban degradados con la subordinacion que se les imponia, y por otra deseaban lisongear al rey, le dijeron que no tuviese cuidado, que ellos obrarian como mejor conviniese, y se concertaron para quitar la vida á Xihuitlemoc, como lo verificaron, ahorcándolo en un convite al tiempo de echarle al cuello un sartal de rosas. De esta manera logró Axayacatl quitar del medio á Xihutlemoc, sin cargar con la odiosidad de este atentado. Torquema-

da asegura que este suceso constaba de una pintura, que segun se explica parece se conservaba todavía en su tiempo.

El reinado de Axayacatl no solo fué memorable por sus conquistas, sino por unos terremotos que hubo en el año sexto, los cuales fueron tan violentos, que ademas de haberse arruinado muchas casas, algunas montañas se sacudieron con tanta fuerza que se desgajaron de ellas grandes peñascos.

Por muerte de Axayacatl fué elegido rey Tizoc, su hermano mayor, que obtenia el cargo de general. Se ignora donde hizo la expedicion de costumbre, para procurarse las víctimas con que es probable se celebraria su coronacion. Aunque su reinado fué breve y oscuro, dice Clavigero que en la pintura décima de la coleccion de Mendoza (1) se ven representadas catorce ciudades sometidas por él, entre las cuales se hallan Toluca y Tecaxic (hoy Tecajica), que se habian rebelado, Chillan y Yancuitlan en la Mixteca, y Mazatlan, Tlapan y Tamapachco. Torquemada hace mencion de una victoria ganada por este rey en Tlacotepec.

Tambien dice este historiador que Tizoc honró mucho á los huexutzincas por su valor, y como estaba recibida entre los mejicanos la costumbre de señalar á

---

(1) Así se llama una coleccion de sesenta y tres pinturas, mandadas hacer por el primer virey de Méjico D. Antonio de Mendoza, con su explicacion en lengua mejicana y española, para enviarlas al emperador Carlos V. Habiendo apresado un corsario frances el buque en que iban, y pasando despues por diversos dueños, se publicaron sucesivamente en Inglaterra y Francia. Clavigero alaba mucho esta coleccion, y asegura que le fué útil para componer su historia.

los reyes y señores principales de los paises independientes una casa en que se hospedaban cuando venian á la capital, ó para divertirse, ó para evacuar los negocios que se ofrecian con los reyes de Méjico, dispuso que así se verificase con los huexutzincas, para lo cual reunió una junta compuesta de sus consejeros, y otros nobles y personas de distincion, y les habló de esta manera: „ Ya sabeis cuan grande es el esfuerzo „ de los huexutzincas, y que con su ayuda hemos lo„ grado algunas veces sujetar varias provincias, siendo „ una de ellas la de Zapotitlan. Tambien sabeis que „ no contentos con sus triunfos, protestaron recorrer „ todas las tierras de Anáhuac. Y en verdad que si „ llegasen á verificarlo, podria suceder que se alzasen „ con ellas, lo cual debemos impedir á todo trance. Y „ pues han sido tan leales con nosotros, razon será que „ los tratemos con respeto y amor, y que les demos ca„ sa y asiento en nuestra corte." Pareció bien á la junta esta propuesta, y así se verificó. De aquí se infiere que los huexutzincas despues de la guerra de Tlatelolco, en la cual se habian confederado con Moquihuix, llegaron á ser amigos de los mejicanos, y contribuyeron á extender su dominacion.

Los huexutzincas eran sin duda por estos tiempos un pueblo bastante respetable, pues al mismo tiempo que se les tributaban en Méjico estas consideraciones, los vemos empeñados en una guerra con los tezcocanos, en la cual se trataba nada ménos que de trastornar el imperio de Aculhuacan. El orígen de esta guerra fué la ambicion de los hermanos de Nezahualpilli, quienes aunque se manifestaron al principio conformes con las disposiciones de su padre Nezahualcoyotl, que

lo habia nombrado su sucesor, poco á poco se fué borrando el respeto con que debian mirar su última voluntad, y no pudiendo soportar el verse bajo la obediencia de quien por su menor edad creian que debia estar sometido á sus órdenes, tramaron contra él una secreta conspiracion. Para llevar al cabo sus perversos designios invitaron primeramente á los chalcas, que eran los mas fáciles á entrar en esta clase de empresas; pero habiéndose frustrado sus esperanzas, solicitaron y obtuvieron la ayuda de los huexutzincas. Habiendo llegado la conjuracion á noticia de Nezahualpilli alistó sin pérdida de tiempo un ejército considerable, y marchó contra ellos, hallándolos bien prevenidos para resistirle. El general que habian elegido indagó sagazmente el trage y las señas por donde pudiera ser conocido Nezahualpilli, con el fin de dirigir contra él todos sus golpes, y ofreció premiar al que se lo entregase vivo ó muerto; pero no faltó quien diese cuenta de todo al rey, el cual ántes de entrar en campaña cambió sus vestidos é insignias con uno de los capitanes de su ejército. Este desventurado oficial fué inmediatamente rodeado por la muchedumbre enemiga, y muerto, como es fácil imaginar.

Mientras desfogaban en él su rabia, acometió Nezahualpilli por la espalda al general huexutzinca, no sin gran riesgo de ser víctima de los soldados que acudieron á socorrerlo y cercaron al emperador. Los tezcocanos que estaban en la misma persuacion que los huexutzincas de que el muerto habia sido este, por hallarse ignorantes del disfraz que habia tomado, comenzaron á desanimarse y á emprender la retirada, dejándolo desamparado y luchando con el general huexutzinca, al cual ha-

bia derribado al suelo Nezahualpilli con un fuerte golpe de macana; pero habiéndolo visto los suyos en tal conflicto arremetieron contra Nezahualpilli, quien para evitar los golpes que le dirigian se tiró al suelo, y se echó encima al huexutzinca para que él los recibiera. A esta sazon conocieron los huexutzincas quien era el que tan porfiadamente lidiaba con su general; y aunque pudieron haber quitado la vida á Nezahualpilli, los gefes que los mandaban contuvieron el grueso de gente que se habia agolpado, pues deseaban apresarlo vivo, y con esto dieron tiempo á que los tezcocanos volviendo sobre sí, y advirtiendo el riesgo del emperador, á quien habian creido muerto, corriesen á su defensa y lo librasen poniendo en fuga á los enemigos. Entónces Nezahualpilli volvió á ponerse encima de su contrario, y le cortó la cabeza inmediatamente, sin embargo de hallarse con varias heridas, siendo la mas grave la que recibió en una pierna, y de cuyas resultas quedó cojo.

Los tezcocanos persiguieron á los fugitivos sin dejarlos descansar, entraron á Huexutzinco, saquearon la ciudad y se volvieron á Tezcoco cargados de despojos.

Nada dicen los historiadores del fin que tuvieron los príncipes motores de esta revolucion, y por tanto es de presumirse que con la fuga se libraron del castigo que merecian, ó lo que es mas probable, que perecieron en la refriega.

Para que se perpetuase la memoria de este triunfo, despues de las grandes fiestas con que se solemnizó en Tezcoco, dispuso Nezahualpilli que se construyese un muro que comprendiese un espacio de tierra igual al que ocupaban los huexutzincas cuando acudieron á la defen-

a de su general, y que á este sitio se diese el mismo ombre del dia en que se ganó esta memorable batalla. Este muro ó cercado se conservaba todavía en tiempo e Torquemada, el cual nos dice que estaba en el lado e Tezcoco por donde se iba á Cohuatlican.

Afirmado ya en el trono con la derrota de los hue-otzincas, creyó Nezahualpilli que debia pensar en la ucesion del reino, eligiendo una esposa, como lo verifió, recayendo este honor en una princesa mejicana, hi-a de Tzotzocatzin. Pidióla al rey Tizoc, de quien era obrina, y habiéndosela este concedido, se celebraron os desposorios en Tezcoco con asistencia de la nobleza e ambas cortes.

La nueva reina tenia una hermana menor de singu-ar belleza, llamada Xocotzin, y se amaban tanto las os, que no pudiendo separarse sin gran pesadumbre, btuvo aquella el permiso de llevarse á Tezcoco á su ermana. Con la frecuente vista y el trato se enamoró el rey tanto de su cuñada, que determinó casarse on ella y exaltarla tambien á la dignidad de reina. Es-as segundas bodas se celebraron segun los historiado-es con una solemnidad y magnificencia no vista hasta ntónces en Tezcoco.

A poco tiempo tuvo el rey de la primera un hijo lamado Cacamatzin, el cual fué su sucesor en la corona, y hecho despues prisionero por los españoles murió lesgraciadamente. De la segunda tuvo á Xuexutzincat-in, cuyo nombre se le dió sin duda para conservar la nemoria del triunfo obtenido sobre los huexutzincas; á Coanacotzin que fué tambien rey de Aculhuacan, y al-gun tiempo despues de la conquista fué ahorcado por órden de Hernan Cortes, en compañía del célebre Quauh-

temotzin; y á Ixtlilxochitl, que se confederó con los conquistadores españoles, y habiendo abrazado la religion cristiana, tomó en el bautismo el nombre y apellido de aquel conquistador. Nezahualpilli tuvo tambien varias hijas, particularmente de Xocotzin, de quien se asegura que tuvo cuatro, aunque no nos han conservado sus nombres. Torquemada dice que esta princesa era su preferida entre las muchas mugeres que tenia.

CAPITULO VII.

Por muerte de Tizoc sucede Ahuizotl en el trono de Méjico. Dedicacion del templo mayor de Mejico.

Mientras la fortuna lisongeaba al rey de Tezcoco, llenándolo de placeres y satisfacciones, preparaba al de Méjico un fin bastante trágico. Techotlala, señor de Iztapalapan, ó resentido por algun agravio que habia recibido de Tizoc, ó disgustado de su dominacion, concibió el perverso designio de quitarle la vida; pero no atreviéndose á fiar el secreto á ninguno de los de su pueblo, porque no le pareció nadie capaz de cometer este atentado, lo comunicó al señor de Tlachco, llamado Maxtla, quien no tuvo dificultad para prestarse á su ejecucion.

Los historiadores no están de acuerdo en el medio de que se valieron estos traidores para llevarla al cabo, queriendo algunos hacer intervenir en el crímen á unas hechiceras mandadas por Maxtla, las cuales pusieron en obra con tanto acierto sus diabólicas artes que estando cierta vez Tizoc fuera de su palacio, donde habian logrado ellas introducirse, regresó vomitando sangre y

á poco tiempo murió. Otros dicen que aquellos hallaron modo de darle veneno, y esto parece mas creible. Como quiera que sea, sus maquinaciones tuvieron efecto, y Tizoc murió en el año quinto de su reinado, que fué el de 1482 de la era vulgar.

Los mejicanos conocieron que no habia sido natural la muerte del rey, y quisieron vengarla ántes de proceder á la eleccion del que debia sucederle. Fueron tan eficaces sus averiguaciones, que á pocos dias fueron descubiertos los autores de aquel atentado, los que fueron ajusticiados en la plaza mayor de Méjico, con asistencia de los dos reyes aliados y de la nobleza de ambos reinos.

Era Tizoc circunspecto, sério, y tan severo como sus antecesores en el castigo de los delincuentes. Acosta dice que fué notado por sus generales de cobarde, y que disgustados los mejicacos de tener un rey poco apto para la guerra, le dieron veneno. Mas esta especie no puede conciliarse con las diligentes pesquisas que hicieron para descubrir los autores de su muerte, ni con la severidad y publicidad con que los castigaron, ni con la solemnidad de sus exequias, que se verificaron con toda la pompa con que se habian celebrado las de sus antecesores. Tampoco se le debe suponer escaso de conocimientos militares ni apocado de espíritu, si se reflexiona que ántes de ceñir la diadema habia sido general de las tropas mejicanas, cuyo cargo no se conferia sino á los que tenian bien acreditado su valor y experiencia en los combates. Parece sin embargo que no fué tan inclinado á la guerra como sus predecesores, y que su principal atencion se dirigió al aumento del culto de sus falsos dioses, que quiso fuese correspon-

diente á la opulencia y poder de que gozaban ya en su tiempo los mejicanos. A este fin emprendió fabricar en honor del númen tutelar de esta nacion un templo, que excediese en grandeza y magnificencia á todos los que habia en la tierra de Anáhuac. Para la ejecucion de esta obra tenia acopiados infinitos materiales, y aun habia comenzado la fábrica, cuando la muerte vino á frustrar sus designios.

Ahuizotl, hermano suyo y de su antecesor Axayacatl, era Tlacatecatl ó general de los mejicanos; y como se habia establecido ya la costumbre de nombrar á los hermanos para que le sucediesen, y concurrian en Ahuizotl otras circunstancias que lo hacian merecedor del trono, particularmente la del valor que era la que mas estimaban, no vacilaron los electores en escogerlo para que remplazase á Tizoc.

El primer cuidado del nuevo rey despues de su coronacion fué la fábrica del magnífico templo que habia trazado y comenzado el infeliz Tizoc, cuyos trabajos se continuaron con la mayor actividad, concurriendo un número increible de operarios, y aun así la obra no pudo estar concluida sino al cabo de cuatro años.

Mientras se trabajaba en ella salió Ahuizotl muchas veces á campaña, y todos los enemigos que caian prisioneros se reservaban para ser sacrificados en la fiesta de la dedicacion. Las guerras de estos cuatro años fueron dirigidas contra los mazahuas, que se hallaban establecidos á corta distancia de Méjico, hácia el Poniente y se habian rebelado á la corona de Tlacopan, contra los zapotecas, que lo estaban á cien leguas hácia el Sudeste, y contra otros muchos pueblos.

En el año de siete conejos que corresponde al de

1486 se concluyó el magnífico templo, cuya descripcion hecha por Clavigero, despues de haber confrontado las relaciones de cuatro historiadores (1), es la siguiente.

Ocupaba el centro de la ciudad, y comprendia con otros templos y edificios anexos todo el sitio que hoy ocupa la iglesia Catedral, parte de la plaza mayor, y parte de las calles y casas de las inmediaciones. El muro que lo rodeaba formaba un cuadro, y era tan grande, que dentro de su recinto cabia, segun Cortes, un pueblo de quinientos hogares, y el conquistador anónimo asegura que lo que contenia parecia una ciudad. Este muro, fabricado de piedra y cal, era bastante grueso, tenia ocho pies de alto, estaba coronado de unos merlones ó almenas en forma de caracol, y adornado de muchas figuras de piedra, á modo de serpientes, por lo que le dieron el nombre de coatepantli ó muralla de serpientes.

Tenia cuatro puertas que miraban á los cuatro vientos cardinales. En la del lado del Oriente empe-

---

(1) Estos cuatro historiadores son Hernan Cortes, Bernal Diaz del Castillo, el conquistador anónimo y el padre Sahagun. Los tres primeros vivieron muchos meses en el palacio de Axayacatl que estaba en la calle de Santa Tereza, es decir, contiguo al templo, y cada instante lo veian. Sahagun, aunque no lo alcanzó entero, vió una parte de él y pudo reconocer el sitio que ocupaba. Llama Clavigero conquistador anónimo al autor de una relacion que se supone escrita por un *Gentil hombre de Hernan Cortes*, cuyo nombre no se ha podido averiguar, porque ningun otro autor lo menciona, pero que segun el mismo Clavigero es tan sincero, exacto y curioso, que si no fuera por su concision ningun otro historiador podria compararsele en lo respectivo á las antigüedades mejicanas.

zaba un ancho camino que conducia á la laguna de Tezcoco, y las otras tres miraban á las tres principales calles de la ciudad, que eran las mas largas y rectas, y de las cuales eran una continuacion las tres calzadas de la laguna por donde se iba á Iztapalapan, Tacuba y Tepeyacac (hoy Guadalupe). Sobre las cuatro puertas habia otras tantas armerías, abundantemente provistas de todo género de armas ofensivas y defensivas, á donde en caso de necesidad acudian á armarse las tropas.

El patio ó atrio inferior que estaba dentro del recinto del muro estaba curiosamente empedrado de piedras tan lisas y bruñidas, que no podian dar un paso allí los caballos de los españoles sin resbalar y caer.

En medio del atrio se elevaba un vasto edificio, sobre cuya figura no están enteramente de acuerdo los historiadores, porque Sahagun dice que era un cuadro perfecto, y el conquistador anónimo lo representa cuadrilongo, y es probable que así fuese, pues esta era la figura que tenian los templos de Teotihuacan que sirvieron de modelo á todos los otros. Era todo maciso, y estaba revestido de ladrillos cuadrados é iguales, y compuesto de cinco cuerpos casi de una misma altura, pero desiguales en longitud y latitud, pues los mas altos eran menores que los de abajo.

El primer cuerpo ó base del edificio tenia de Oriente á Poniente mas de cien varas, y como noventa y seis de Norte á Sur. El segundo tenia dos varas ménos de largo y ancho que el primero. El tercero tenia otro tanto de ménos, y los otros iban disminuyendo en las mismas proporciones: de modo que sobre cada cuerpo habia un espacio ó corredor abierto, por

el cual podian andar tres y aun cuatro hombres de frente girando en torno del cuerpo superior.

Las escaleras, que estaban en el lado del Sur, eran de piedras grandes bien labradas, y tenian ciento catorce escalones, cada uno del alto de un pie. No era una sola escalera, como la representan los autores de la *Historia general de los viages* y los editores mejicanos de las *Cartas de Cortes*, sino que habia tantas escaleras cuantos eran los cuerpos del edificio. Así es que subida la primera no se podia subir á la segunda, sin dar una vuelta por el primer corredor en torno del segundo cuerpo; ni subida la segunda se podia llegar á la tercera, sin dar la vuelta por el segundo corredor en rededor del tercer cuerpo, y así de los demas.

Sobre el quinto y último cuerpo habia una plataforma cuadrilonga, que llamarémos atrio superior, de mas de ochenta varas de largo, y sesenta y ocho de ancho, y estaba tan bien empedrada como el patio ó atrio inferior. En la estremidad oriental de aquel espacio se alzaban dos torres á la altura de diez y ocho varas poco mas, cada una de las cuales estaba dividida en tres cuerpos; el inferior de piedra y cal, y los otros dos de madera bien trabajada y pintada. El cuerpo inferior ó base era propiamente el santuario, donde sobre un altar de piedra de cinco pies de alto estaban colocados los ídolos tutelares. Uno de estos santuarios estaba consagrado á Huitzilopuchtli y á los otros dioses de la guerra, y el otro á Tezcatlipoca. Los demas cuerpos servian para guardar los utensilios necesarios al culto de los ídolos, y las cenizas de algunos reyes ó señores que por devocion particular lo habian dejado dispuesto así.

Los dos santuarios tenian la puerta al Poniente, y las dos torres terminaban en hermosas cúpulas de madera; pero ningun autor habla del adorno y disposicion interior de los santuarios, como tampoco del grueso de las torres. Lo que puede asegurarse sin temor de errar es que la altura del edificio, sin las torres, no bajaba de treinta y ocho varas, y con ellas pasaba de cincuenta y seis. Desde aquella elevacion se alcanzaba á ver la laguna, las ciudades que la rodeaban y una gran parte del valle, lo que formaba segun los testigos oculares la mas hermosa vista del mundo.

En el atrio superior estaba el altar de los sacrificios ordinarios, y en el inferior el de los sacrificios gladiatorios, como los llamaron con bastante propiedad los españoles. El sacrificio ordinario se hacia de esta manera. Cogian á la víctima seis sacerdotes, y teniéndola en el altar, que era una piedra verde convexa en la parte superior, de tres pies de alto, otro tanto de ancho, y cinco de largo, le aseguraban unos los pies, otros las manos y otro la cabeza, y el sacerdote principal, llamado Topiltzin, con un cuchillo de piedra muy agudo, le abria el pecho, le arrancaba el corazon, y todavía palpitante lo ofrecia al sol y lo arrojaba á los pies del ídolo. Si la víctima era algun prisionero de guerra, le cortaban despues de sacrificado la cabeza, que se quedaba allí para adorno de la muralla, y precipitaban el cuerpo por las escaleras al atrio inferior, donde lo tomaba el que lo habia hecho prisionero, y lo llevaba á su casa para condimentarlo y dar con él un banquete á sus amigos. Si no era prisionero, sino esclavo comprado para el sacrificio, su amo tomaba el cadáver, y se lo llevaba para el mismo objeto. Comian

solo las piernas, los muslos y los brazos, y lo demas lo quemaban, ó lo destinaban para mantener las fieras de las casas reales. Entre los otomites parece que se comia todo el cuerpo, porque lo hacian pedazos, y estos se vendian en el mercado público.

El sacrificio gladiatorio era sumamente honorífico, y solo se destinaban á él los prisioneros mas afamados por su valor. Habia cerca del templo una gran piedra redonda, mucho mayor que las de molino, de tres pies de alto, adornada con algunas figuras, llamada Temalacatl. Sobre esta piedra ponian al prisionero, armado de rodela y espada corta, y atado al suelo por un pie. Subia á lidiar con él un soldado mejicano, á quien daban mejores armas que al prisionero. Es fácil figurarse los esfuerzos que haria este infeliz para evitar la muerte, y los que emplearia su contrario para no perder su reputacion militar delante del concurso innumerable que presenciaba este bárbaro espectáculo. Si el prisionero quedaba vencido, acudia inmediatamente un sacerdote, llamado Chalchiutepehua, y muerto ó vivo lo llevaba al altar de los sacrificios ordinarios, donde le abria el pecho y le arrancaba el corazon, y el vencedor era aplaudido de la muchedumbre, y recompensado por el rey con alguna insignia militar. Pero si el prisionero quedaba vencedor de su contrario, y de otros seis combatientes que sucesivamente subian á pelear con él, segun el conquistador anónimo, se le concedia no solo la vida, sino la libertad y todo cuanto le habian quitado, y se volvia lleno de gloria á su patria. Algunos escritores dicen que vencido el primer combatiente quedaba libre el prisionero; mas no parece probable que á tan poca costa diesen libertad á un guerrero que

podria serles tan perjudicial por su valor. El mismo conquistador refiere que en una batalla que dieron los cholultecas á los huexutzincas fué hecho prisionero el gefe de los primeros, y que puesto en la piedra del sacrificio gladiatorio venció á los siete combatientes, sin embargo de lo cual le dieron muerte los huexutzincas, previendo el daño que podria hacerles un enemigo tan animoso; pero que este procedimiento fué visto con horror, y que quedaron infames á los ojos de las demas naciones, por haber contravenido á la costumbre general, que puede decirse era entre ellas un derecho de gentes. Los sacrificios variaban con respecto al número de las víctimas, al lugar y al modo, segun las circunstancias de la fiesta; pero los mas comunes eran los dos de que se ha hablado.

En frente de las dos torres ó santuarios que coronaban el templo mayor habia dos braseros ó estufas de piedra, de la altura de un hombre, y de la figura de las pilas de agua bendita que vemos en nuestras iglesias, en donde se mantenia de dia y de noche fuego perpetuo, que atizaban y conservaban los sacerdotes con la mayor vigilancia, porque estaban persuadidos de que si llegaba á extinguirse sobrevendrian grandes castigos del cielo.

En el espacio que mediaba entre el muro y el templo, ademas de una plaza para los bailes religiosos, habia mas de cuarenta templos menores consagrados á los otros dioses, varios colegios de sacerdotes, algunos seminarios de jóvenes de ambos sexos, y otros diversos edificios que por su singularidad conviene que se haga aquí mencion de ellos, siendo de advertir que en cada uno de estos santuarios y edificios habia enfrente de

las puertas braseros de igual tamaño y forma, y en número de mas de seiscientos, los cuales formaban un vistoso espectáculo en las noches en que se encendian todos.

Entre los templos los mas considerables eran los de Tezcatlipoca, Tlaloc y Quetzalcohuatl. Todos, aunque diferentes en el tamaño, eran semejantes en su estructura y tenian la fachada vuelta al templo mayor, siendo así que los demas templos construidos en el resto de la ciudad la tenian hácia el Poniente. El templo de Quetzalcohuatl era el único que se diferenciaba de los demas en la forma, porque siendo todos cuadrilongos, este era circular, y su puerta representaba la boca de una enorme serpiente de piedra con sus dientes. Muchos españoles, que por curiosidad entraron en él, confesaron que se habian llenado de horror. Entre los otros templos habia uno, llamado Ilhuicatitlan, dedicado al planeta Venus, y en el interior una gran columna en que estaba representada la imágen de este astro. Cerca de la columna se sacrificaban prisioneros al planeta en el tiempo de su aparicion.

Los colegios ó monasterios de sacerdotes eran cinco, y los seminarios de jóvenes tres: mas estos sin duda eran los principales, pues era excesivo el número de personas que allí vivian consagradas al servicio de los dioses.

Entre los edificios notables comprendidos en el recinto del templo, ademas de las cuatro armerías colocadas sobre las puertas, habia otra cerca del templo Tezcacalli, ó casa de espejos, llamada así porque la parte interior de sus muros estaba revestida de espejos.

Habia otro pequeño templo llamado Teccizcalli, todo cubierto de conchas, con una casa inmediata, á la cual se retiraba el rey de Méjico para hacer sus oraciones y ayunos.

Tambien habia una casa de retiro para el gran sacerdote, llamada Poyauhtlan, y otras para los particulares: un buen hospicio para alojar á los forasteros de distincion que iban por devocion á visitar el templo, ó á ver por curiosidad las grandezas de la corte; varios estanques para que se bañasen los sacerdotes, y fuentes para suministrarles el agua que bebian. En el estanque llamado Tezcapan se bañaban muchos por voto particular que hacian á los dioses. Entre las fuentes habia una llamada Texpalatl, cuya agua creian que era santa: bebianla solamente en las fiestas solemnes, y fuera de ellas á nadie era lícito tomarla. Esta fuente, cuya agua era bastante buena, se cegó cuando los españoles arruinaron el templo; y aunque se volvió á abrir el año de 1582 en la plazuela llamada entónces del Marqués, que hoy se llama el Empedradillo, cerca de la Catedral, no se sabe por qué causa la volvieron á cegar despues.

Habia sitios para la cria de las aves que sacrificaban, jardines en que se cultivaban flores y plantas aromáticas para el adorno de los altares, y un bosquecillo con representaciones artificiales de montes, peñascos y precipicios, y de allí salian á la caza general que hacian con grandes preparativos.

Tenian allí tambien estancias destinadas á guardar los ídolos, ornamentos, y todo lo perteneciente al culto de sus dioses, y entre ellas dos salas tan espaciosas que los españoles quedaron admirados al verlas. Pero

los edificios mas notables por su singularidad eran una gran cárcel á manera de jaula en que encerraban á los ídolos de las naciones vencidas, y otros en que se conservaban los cráneos de las víctimas, los cuales eran de dos maneras. Unos no contenian mas que montones de huesos: mas en otros las calaveras estaban curiosamente embutidas en las paredes, formando algunas figuras con simetría, aunque horribles á la vista, ó enfiladas en palos dispuestos con bastante órden. El mayor de estos edificios llamado Hueitzompan, aunque no estaba comprendido en el recinto del templo, distaba poco de su puerta principal, Era un vasto terraplen cuadrilongo y medio piramidal. En la parte mas baja tenia ciento cincuenta y cuatro pies de largo. Se subia á la parte superior por una escalera de treinta escalones, y encima estaban puestas perpendicularmente mas de sesenta bigas muy altas, con muchos agugeros en toda su longitud, y separadas unas de otras por una distancia de cuatro pies. De los agugeros de una biga á los de otra habia palos delgados atravesados, y en cada uno de ellos cierto número de cráneos ensartados por las sienes. En los escalones habia tambien un cráneo entre piedra y piedra. A mas de esto se elevaban en las estremidades del edificio dos torres construidas solamente, segun la apariencia que presentaban, de cráneos y cal, y cuando alguno se deterioraba cuidaban los sacerdotes de remplazarlo con otro nuevo, para que no faltase el número ni la simetría.

Los cráneos de las víctimas comunes se conservaban despojados de los tegumentos; pero cuando el sacrificado era persona de distincion se conservaba la cabeza con la piel y los cabellos, lo que hacia mas horro-

rosos aquellos trofeos de su bárbara supersticion. Eran tantos los cráneos conservados en aquellos edificios, que algunos de los conquistadores españoles, que se tomaron el trabajo de contar solo los que habia en los escalones y entre las bigas, hallaron ciento treinta y seis mil.

Despues de esta relacion ya no parecerá tan inverosímil la de las atroces ceremonias con que se celebró la dedicacion del soberbio templo que se acaba de describir. Fueron convidados á ella los reyes de Tlacopan y Aculhuacan, y toda la nobleza de ambos reinos. Acudieron á la solemnidad gentes de los paises mas remotos, y así fué el concurso el mas numeroso que hasta entónces se habia visto en Méjico. Algunos autores aseguran que el número de personas que concurrieron á esta funcion llegó á seis millones, lo cual no parece á Clavigero increible, atendida la vasta poblacion que tenia ya entónces Anáhuac, la grandeza y novedad de la fiesta, y la facilidad con que pasaba la gente de unos puntos á otros, caminando á pie, y sin el embarazo del equipage.

La fiesta duró cuatro dias, y en ellos se sacrificaron en el atrio superior del templo todos los prisioneros hechos en los cuatro años anteriores. Los historiadores no están de acuerdo acerca del número de las víctimas. Torquemada dice que fueron setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro, y otros las hacen bajar á sesenta y cuatro mil sesenta. Para hacer con mayor aparato esta horrible carnicería, ordenaron á aquellos infelices en dos filas, cada una de media legua de largo, que empezaban en las calzadas de Tacuba é Iztapalapan, y venian á terminar en el mismo templo, donde

ran sacrificados luego que llegaban. Betancurt dice
ue la fila de prisioneros ordenada en la calzada de Iz-
apalapan comenzaba en el sitio que despues se llamó la
Candelaria Malcuitlapilco, cuyo nombre se le dió des-
le entónces con alusion á este suceso, lo que parece á
Clavigero bastante verosímil, porque Malcuitlapilco
ignifica *cola* ó *extremidad de prisioneros*.

Oigamos las reflexiones juiciosas que hace sobre
ste suceso el Sr. Bustamante, en las *Mañanas de la
Alameda*, tom. 2, pág. 201. „ Dejando á salvo, dice,
, el crédito que me merecen los respetables escritores de
, este suceso, Torquemada, Clavigero, Betancurt y
, otros, yo no puedo creer que tan crecido número de
, prisioneros se hubiese sacrificado en cuatro dias en
, los términos que se dice. Supónese que habia dos
, hileras, una desde San Antonio Abad hasta la calle
, del Relox, en que segun Betancurt acababa el tem-
, plo mayor inclusa la arca de la Catedral; y la otra
, ringlera por la del Poniente, segun Torquemada,
, que comenzaba media legua del lugar del sacrificio;
, pues bien, en dos hileras de hombres de este espacio,
, que eso supone la palabra rengle *quasi series*, ó línea,
, no caben setenta y dos mil trescientos cuarenta y
, cuatro hombres. El templo mayor tenia setenta y
, ocho capillas en su recinto, segun dice el P. Saha-
, gun, que las describe desde el fol. 197 al 211, tom.
, 1. Supóngase que en todas ellas se hizo sacrificio:
, ni aun así es creible. En un sacrificio ordinario se
, empleaban seis ministros: cuatro aseguraban al pri-
, sionero por los pies y brazos, otro le afirmaba la ca-
, beza, y otro le abria el pecho y arrancaba el cora-
, zon. No es creible que hubiese habido tanto número

„ de ministros para tantas operaciones. ¿Y qué se h
„ zo de tantas víctimas? ¿Dónde se enterraron ó qu
„ maron? ¿En qué lugar se depositaron, que no con
„ ta? Setenta y dos mil y mas víctimas ocupan mu
„ cho lugar, y aun cuando se hubiesen comido mu
„ chas de ellas, solo se comian los pulpejos y mollare
„ y nada mas; de algunos los pies y partes gelatinosa
„ Esta relacion tiene todos los caracteres de inveros
„ mil en los términos que se cuenta por estos escrito
„ res. Yo sí creo que se sacrificarian muchas víctima
„ y si fueron en tanto número, no fueron inmoladas e
„ *cuatro dias*. Vaya otra prueba á mi juicio conclu
„ yente. Cuando Moteuhzuma segundo dedicó el tem
„ plo de Coatepetl, y sacrificó los prisioneros que tra
„ jo de la expedicion de Tuctepec en número de ocho
„ cientos, solo se inmolaron doscientos veinte aque
„ solo dia, y con el último se acabó aquella escena d
„ horror á las *once de la noche*, quedando tan teñido d
„ sangre el templo, dice Tetzotzomoc Alvarado, qu
„ parecia un dosel carmesí. Véase la historia de Moc
„ tehuzuma que publiqué en el *Cenzontli*, y despue
„ por suplemento en el tom. 2 del P. Sahagun. Con
„ que si para doscientos veinte hombres, se emple
„ todo un dia, ¿cuántos se necesitarian para setenta y
„ dos mil y mas?"

Hasta aquí el Sr. Bustamante. Es verdad que por lo respectivo al número de sacerdotes, no solo es posible que se hubiesen inmolado las setenta y dos mi víctimas en cuatro dias, sino que bastaba uno para despacharlas descansadamente. Solo el templo mayor segun Clavigero, tenia cinco mil sacerdotes: fuera de él habia otros dos mil templos esparcidos en la ciudad.

y aunque este número se rebaje á la mitad, calculando á cada templo el de seis ministros, que es lo ménos que deberian tener los de poca consideracion, por ser este el número que se empleaba en un sacrificio, y dando algunos mas á los de mayor gerarquía, parece que no es exagerada la suposicion de que hubiese en Méjico en todos los templos doce mil sacerdotes, que divididos por seis componen dos mil secciones ó grupos de sacrificadores. Cada grupo podia sin fatiga inmolar cuatro víctimas en una hora, ó lo que es lo mismo, en cada hora podian sacrificarse ocho mil. Por consiguiente bastaban nueve horas para inmolar las setenta y dos mil.

No es, pues, el número de sacerdotes el que debe detener nuestro asenso cuando se trata de esta espantosa carnicería, mucho mas cuando pudieron haberse traido de fuera de la capital, si no eran bastantes los que habia en ella, no bajando de un millon los que segun Clavigero podian contarse en todo el imperio. Sin embargo, las demas reflexiones que emplea con juiciosa crítica el Sr. Bustamante para desmentir el hecho, no solamente lo hacen muy dudoso, sino que abren campo á otras que aumentan su inverosimilitud, algunas de las cuales expondré brevemente para explayar el espíritu de los lectores, en quienes supongo la misma ansiedad con que me hallo de ver, si no enteramente desvanecido, por lo ménos disminuido en gran parte el horror que causa esta catástrofe inaudita.

Clavigero, refutando los testimonios de Zumárraga, Gomara, Acosta y otros escritores, que hablan con variedad sobre el número de víctimas que se sacri-

ficaban anualmente, calcula en veinte mil las de todo el imperio. De estas puede aplicarse la tercera parte, esto es, seis ó siete mil á los mejicanos, y el resto á los reinos de Tezcoco y Tlacopan, á las repúblicas de Tlaxcala y Huexotzinco, y á los demas estados que en la fecha de que vamos hablando se conservaban todavía independientes de Méjico, como Cholula, Atlixco y otros muchos; y aunque no se pueda calcular cuantos serian los que se sacrificaban cada año en la capital, debe suponerse que siendo esta costumbre general á todos los pueblos, sin duda la mayor parte seria inmolada en los templos de fuera de Méjico. Désele sin embargo á esta ciudad esa mayor parte, y tendrémos que el número anual que se sacrificaba en ella no podia pasar de cuatro mil, esto es, el quinto de todas las víctimas de Anáhuac, cuyo cálculo es mas bien excesivo que corto. Supongamos tambien que ninguna de ellas fué sacrificada en los cuatro años que duró la obra del templo, sino que todas se reservaron para la dedicacion, cosa inverosímil por las frecuentes fiestas que en cada uno se celebraban con este sanguinario aparato, y que tampoco murió ninguna de muerte natural, lo que es todavía mas inverosímil, mucho mas si se atiende á la situacion física y moral en que debian hallarse unas gentes, privadas de los ejercicios corporales que mantienen la salud, y teniendo á todas horas presente la congojosa idea del trágico fin que se les preparaba. Resulta de todas estas suposiciones que no podia exceder de diez y seis mil el número de los prisioneros sacrificados en la fiesta de que se trata.

Ni se diga que para aumentar las víctimas salió Ahuizotl varias veces á campaña en los cuatro años in-

termedios, con lo cual debió ser mayor el número de prisioneros; porque el cálculo de Clavigero en que se ha descansado está hecho supuesto el estado continuo de guerra en que vivian los mejicanos, la que no fué ciertamente mas estragosa en el cuatriennio expresado que en los tiempos posteriores, como despues verémos.

Aun rebajado el cálculo á los diez y seis mil cautivos, quedan en pie otras dificultades, que no sabemos como resolverian los historiadores que no han hecho alto en la inverosimilitud de este suceso, como por ejemplo el enorme gasto que debia causar su manutencion y el de la tropa que los custodiaba, la mucha gente que debia ocuparse en esto, y sobre todo el lugar en que se aseguraron miéntras duró la fábrica del templo. Para cuidar diez y seis mil hombres, que debian hacer continuamente esfuerzos por su libertad, se necesitaba un ejército en continua vigilancia, y muchas cárceles de enorme extension en que tenerlos bien seguros, y sabemos que las que usaban los mejicanos eran una especie de jaulas, en que no era fácil contener á tanta gente.

Mas sea lo que fuere de esta sagrada matanza, el número de los sacrificados debió de ser muy grande, aunque no tanto como asientan los historiadores. Torquemada dice que la sangre corria por las gradas del templo „como los arroyos de agua cuando llueve muy continua y reciamente." Al fin de los cuatro dias que duró la fiesta hizo Ahuizotl muchos y magníficos presentes á todos los convidados, segun la dignidad de cada uno, y los mas fueron distribuidos por su mano, habiéndose gastado sumas inmensas en este y en los demas preparativos de tan gran solemnidad.

En el mismo año el señor de Xalatlauhco, llamado Mozauhqui, á imitacion del rey de Méjico, á quien tenia particular aficion, dedicó otro gran templo, para cuyo estreno habia juntado tambien un considerable número de prisioneros, que fueron del mismo modo sacrificados. Tan cierto es que las acciones de los reyes sirven de regla en la conducta de sus súbditos; y tal era el estrago que hacia la bárbara y cruel supersticion á que se habian entregado los mejicanos.

CAPITULO VIII.

Muerte de Chimalpopoca, rey de Tlacopan, á quien sucede Totoquiyautzin II. Inundacion de Méjico causada por el capricho de Ahuizotl. Rápidas conquistas de este príncipe, y su muerte.

El año siguiente al de la dedicacion del templo, mayor, á saber, el de 1487, fué memorable por un gran terremoto, y por la guerra que hizo el rey de Tlacopan Chimalpopoca contra los de Cuextlan, en la cual murieron varios ilustres mejicanos. Despues se dirigió contra los estados de Chinautla y Coyotlapan, á quienes hizo tributarios, y á poco tiempo murió, habiéndole sucedido en el trono Totoquiyauhtzin II, cuya coronacion se celebró con bastantes fiestas y regocijos, á que concurrieron los reyes de Méjico y Tezcoco.

Se nombraron tambien en este año los gobernadores de Iztapalapan, Azcaputzalco y Tula, sin duda por muerte de los anteriores, ó porque no estaba contento con ellos el rey de Méjico, á quien tocaba el

nombramiento. En Ixtapalapan fué puesto Cuitlahuatzin, en Azcaputzalco Tezozomoctli y en Tula Ixtlilcuechahuacatzin.

Ahuizotl, cuyo carácter guerrero no podia gustar por mucho tiempo las dulzuras de la paz, salió nuevamente á campaña, dirigiéndose contra los cozcaquauhtenancas, de quienes alcanzó una completa victoria; pero como esta le fué muy costosa por la vigorosa resistencia que le hicieron, se mostró con ellos demasiado severo y cruel. Despues sometió á los de Quapilollan, y en seguida llevó la guerra á Quetzalcuitlapillan, provincia grande, y poblada de gente belicosa, para cuya sumision tuvo que emprender varias campañas, no habiéndola podido reducir en la primera; aunque Torquemada asegura que jamas logró conquistarla, y que fué, lo mismo que Tlaxcala, una de las que proveian á los mejicanos de prisioneros para los sacrificios en las frecuentes guerras que contra ella se emprendian. Tambien marchó Ahuizotl contra Quauhtla, lugar situado en la costa del seno mejicano, y en los obstinados combates que allí se dieron se señaló por su valor Mocteuhzuma, hijo de Axayacatl y despues emperador, haciendo muchos prisioneros, lo cual era mas honroso para los mejicanos que matarlos en el campo de batalla, por la bárbara costumbre que tenian de sacrificarlos en sus festines.

A poco tiempo se dirigieron los mejicanos en compañía de los tezcocanos contra los huexutzincas, y en esta guerra se distinguieron por su valor Tezcatzin, hermano de Mocteuhzuma, y Tliltototl, uno de los oficiales mas visibles por su nobleza, y que llegó despues á ser general del ejército. No nos refieren los historia-

dores las causas ni las circunstancias de esta guerra, y lo único que se sabe es que concluida la expedicion celebró Ahuizotl el estreno de un nuevo templo, llamado Tlacateco, en cuya fiesta fueron sacrificados los prisioneros hechos en las anteriores; pero la alegría de esta solemnidad fué turbada por el incendio de otro templo situado en el barrio llamado Tlillan, cuyo suceso se tuvo por de mal agüero.

Por estos tiempos dice Torquemada que tuvieron ciertas diferencias los señores de Tepeaca y Chollolan (Cholula), de cuyas resultas llegaron á las manos ambos pueblos, yendo los de Tepeaca á atacar á los cholultecas á su capital, en donde los aguardaron bien apercibidos á la defensa. Se dió un combate muy reñido, en el cual murieron muchos de ambas partes, y aunque la victoria no se decidió por ninguna, los de Tepeaca lograron grandes ventajas sobre los de Chollolan, habiéndoles hecho mil y doscientos prisioneros.

Entretanto Ahuizotl, que no vivia sino en continuas guerras, emprendió en 1496 la de Atlixco, sin que se sepa tampoco cual fué el orígen ó pretexto que hubo para ella. La irrupcion del ejército mejicano en el hermoso valle que lleva aquel nombre fué tan inesperada, que la primera noticia que recibieron los habitantes fué un encuentro que tuvieron con una guerrilla de los invasores. Armáronse inmediatamente para la defensa, pero no hallándose con fuerzas suficientes para resistir largo tiempo, imploraron el auxilio de sus vecinos los huexutzincas. Cuando llegaron á Huexutzinco los embajadores atlixqueños, se hallaba jugando á la pelota un famoso capitan, llamado Toltecatl, cuyo valor era tan grande, como extraordinarias las fuer-

zas físicas con que la naturaleza lo habia dotado. Luego que supo el motivo de la embajada, abandonó el juego para marchar á Atlixco con las tropas auxiliares, y entrando desarmado en la batalla, para hacer gala de su intrepidez y manifestar el desprecio con que miraba á sus enemigos, derribó al suelo al primero que se le presentó, lo despojó de sus armas, é hizo con ellas grandes estragos en las filas de los mejicanos. No pudiendo estos superar la resistencia de sus enemigos, abandonaron el campo, y se retiraron á Méjico cubiertos de ignominia.

Los huexutzincas, para remunerar el singular esfuerzo de Toltecatl, lo hicieron gefe de su república, la cual habia estado sometida á los mejicanos; pero como los conquistados no sufren el yugo del conquistador si no es cuando no pueden sacudirlo, siempre que los huexutzincas se hallaban con fuerzas suficientes para resistir, proclamaban su libertad, y lo mismo hacia la mayor parte de los pueblos sometidos por fuerza á la corona de Méjico; de modo que el ejército mejicano tenia necesidad de estar en continuo movimiento, para restaurar tantas y tan frecuentes pérdidas.

Toltecatl aceptó el cargo que le habian conferido sus compatriotas, pero no duró mucho en él; pues apénas habia pasado un año, cuando se vió obligado á dejarlo, desterrándose de su ingrata patria. Los sacerdotes y demas ministros de los templos se habian corrompido en extremo; y acostumbrados á vejar al pueblo de cuantos modos podian, no conocian freno ni subordinacion. Abusando de su autoridad, y del respeto con que eran mirados por su carácter, entraban en las casas de los particulares, se apoderaban del maiz y

demas comestibles, ofendian el pudor de las mugeres, y cometian otros desmanes agenos de su estado. Quiso Toltecatl poner remedio á tanto desórden; pero los sacerdotes tuvieron arte para seducir á muchos del pueblo, y se armaron contra él. El P. Torquemada, que sin embargo de las apreciables dotes que lo recomiendan como historiador, cree en encantos y brujerías, achaque muy comun en las gentes de su tiempo, quiere hacer intervenir al demonio en este negocio; pues dice que aunque eran muchos mas los ciudadanos que se habian levantado contra los sacerdotes que los que favorecian su partido, uno de los principales, que debia ser muy respetado por tener á su cargo una reliquia de su dios Camaxtle, hizo ciertos hechizos, mezclando algunas palabras diabólicas, con las que hizo salir fuego de una calabaza ó tecomate, donde se contenian otras cosas de supersticion, y dirigiéndose contra los enemigos comenzó á quemarlos, siendo todo ordenado por el demonio: y que esto fué bastante para que los gefes se intimidasen, y abandonasen no solo la empresa, sino tambien la ciudad.

Pero cualquiera echará de ver que sin necesidad de que apelasen los sacerdotes al socorro de las potencias infernales, les bastaba el prestigio y autoridad de su ministerio para arrastrar á la multitud á su partido, y conseguir que dividido el pueblo en facciones, como dice Clavigero, se encendiese una guerra, que como todas las civiles ocasionase gravísimos males. Esto fué lo que sucedió, y Toltecatl, cansado de regir una gente tan indócil, ó temiendo perecer en la tempestad, se ausentó de la ciudad en union de otros nobles, entre los cuales se mencionan á Ayauhtzin, Tlapixqui,

Quautlixtac, Quachayatl, y Elotlaxcatl, y pasando los montes se refugiaron unos en Tlalmanalco, y otros en Amaquemecan. Los gobernadores de estos lugares dieron inmediatamente noticia á Ahuitzotl, quien para vengarse de la afrenta que por causa de ellos habia recibido cuando fué derrotado su ejército en Atlixco, cometió la crueldad de mandarlos matar, de acuerdo con sus colegas los reyes de Tlacopan y Tezcoco, y que sus cadáveres se llevasen á Huexutzinco, para aterrar á los que habian abrazado la misma causa.

Torquemada habla de una inundacion que hubo en tiempo de Ahuitzotl, originada de una excesiva abundancia de lluvias; pero tal vez la confunde con la que ocasionó la imprudencia del monarca, sin embargo de que hace tambien mencion de ella este historiador. Fué el caso, que pareciéndole que la navegacion de la laguna se habia hecho dificultosa por falta de agua, quiso aumentar su volúmen con la de Huitzilopochco (hoy Churubusco) de que se servian los de Coyohuacan. Torquemada asienta que lo que lo movió á esta empresa fué el deseo de sus vasallos, que habiéndose hecho antojadizos con la prosperidad, no se contentaron con tener la agua de Chapultepec, sino que quisieron tambien beber de la de Huitzilopochco y le pidieron que la hiciera traer.

Sea como fuere, el hecho es que Ahuitzotl mandó llamar con este objeto á Tzotzomatzin, señor de Coyohuacan, el cual le hizo presente que aquel venero no era permanente: que unas veces estaba casi seco, y otras salian sus aguas en tanta abundancia que podrian ocasionar grandes daños á la capital. El rey, creyendo que las razones de Tzotzomatzin fuesen meros pre-

textos para escusarse de hacer lo que le mandaba, repitió sus primeras órdenes, y viendo que el otro persistia en los inconvenientes que le habia manifestado lo despidió con enojo, y despues lo hizo morir. Esta suele ser la recompensa que dan á los consejeros fieles y zelosos los principes obstinados y déspotas, cuando pretenden que sus caprichos prevalezcan á los sanos consejos de la razon. No queriendo Ahuitzotl abandonar de ningun modo su proyecto, mandó hacer un acueducto bastante ámplio de Coyohuacan á Méjico, haciendo conducir por él la agua con muchas supersticiosas ceremonias, pues algunos sacerdotes la venian incensando, otros sacrificaban en el camino codornices y untaban con su sangre los bordes del canal, otros tocaban varios instrumentos músicos, y todos festejaban la llegada del agua. El sumo sacerdote llevaba el mismo vestido con que solian representar á Chalchihuitlicue diosa del agua. El P. Acosta alcanzó una pintura en que se representaban las ceremonias hechas por los sacerdotes en la conduccion de esta agua, la que Clavigero congetura poder hallarse en la biblioteca del Vaticano. A poco tiempo de haber llegado el agua con este ceremonial, conoció Ahuitzotl, aunque tarde, cuanta razon habia tenido el señor de Coyohuacan cuando le representó los daños que podria ocasionar; porque habiendo sido muy copiosas las lluvias de aquel año, fué tanta el agua que entró por el nuevo conducto, que unida á la de la laguna que habia crecido tambien mucho, se inundó la ciudad, en términos que fué necesario levantar el piso de las casas, y no quedó calle en la ciudad por donde pudiese transitarse sino en canoas.

Hallándose un dia Ahuitzotl recogido en un cuarto

bajo de su palacio, en lo mas interior de él, entró repentinamente un golpe de agua en tanta abundancia, que asombrado, y temiendo ahogarse, se dió prisa á salir; pero siendo la puerta baja, se hizo en la cabeza una contusion terrible de que al fin vino á morir al cabo de tres años, despues de haber padecido mucho.

Arrepentido en extremo, y urgido por los clamores del pueblo, que pedia un remedio pronto á los males de la inundacion que cada vez iba en aumento, acudió al rey de Aculhuacan, mandándole suplicar como tan ingenioso que era diese alguna traza para atajar el daño. Nezahualpilli vino en persona, y despues de haber reconocido la ciudad y la laguna, dispuso que sin tardanza se reparase el dique construido por consejo de su padre Nezahualcoyotl, y que al mismo tiempo se cegase el manantial de Huitzilopochco, de donde habia venido el mal. „Sobre el modo con que esto se hizo, dice el señor Bustamante (1), he oido contar algunas „ patrañas, y no ha faltado quien diga que se arrojaron „ en el ojo muchas barras de plata y alhajas preciosas; „ ni tampoco ha faltado quien en estos últimos tiempos „ haya pretendido descubrir este tesoro, sacando licen- „ cia del Gobierno para hacerlo, por la parte que este „ tiene, segun las leyes, en el descubrimiento de los „ tesoros ocultos." Igual especie se refiere de la alberca de Chapultepec, en donde con motivo de otra inundacion se dice que arrojaron muchos ídolos y alhajas de oro y plata, y que hasta las mugeres fueron á echar allí sus sarcillos; y que habiéndose disminuido las aguas del manantial, por haberse obstruido parte de sus ver-

(1) *Mananas de la Alameda* tom. 2, pág. 208.

tientes con la gran cantidad de alhajas que allí sumieron, continuaron por muchos años arrojando en determinados dias figurillas de oro y plata, en reconocimiento del beneficio que atribuian á sus dioses de haber reducido el gran caudal de agua que allí brotaba. Si esto fuera cierto, la alberca de Chapultepec debia contener un tesoro inmenso.

De resultas de la inundacion sufrieron los mejicanos el año siguiente una grande escasez, por haberse perdido las cosechas de maiz con la abundancia de las aguas; pero al mismo tiempo tuvieron la fortuna de que se descubriese en el valle una cantera de la piedra ligera llamada tezontli, que desde entónces ha sido tan útil en la construccion de los edificios de la ciudad. Ahuitzotl, que conoció las ventajas de este descubrimiento, hizo que concurrieran gentes de todos los pueblos comarcanos, y sacó una gran cantidad de piedra, que empleó en reedificar los templos y casas que se habian arruinado, y como á ejemplo del rey usaban tambien de ella los particulares, de esta manera creció notablemente la magnificencia y hermosura de la corte.

Ahuitzotl pasó los dos últimos años de su vida en continuas guerras, como fueron las que hizo contra Izquixochitlan, Amatlan, Tlacuilollan, Jaltepec, Tecuantepec, y Huexotla (Huejutla) en la Huaxteca. Terminada la de Izquixochitlan, el general Tliltototl llevó su ejército victorioso hasta Quahtemallan, ó sea Guatemala, mas de trescientas leguas al Sudeste de Méjico, en cuya expedicion hizo prodigios de valor segun los historiadores; pero ninguno refiere los pormenores de sus hazañas, ni se sabe que aquel territorio quedase sujeto al reino de Méjico, como muchos creen.

Finalmente en el año de 1502, ó sea de diez conejos, y despues de cerca de veinte de reinado, murió Ahuitzotl de la enfermedad que le ocasionó el golpe que recibió en la cabeza. Como tan aficionado á la guerra, fué uno de los reyes que mas ampliaron los dominios de la nacion mejicana Cuando murió tenia el imperio casi la misma extension que cuando llegaron los españoles. Ademas del valor tuvo otras prendas recomendables en un monarca, y que lo hicieron célebre entre los mejicanos, como fueron la magnificencia y la liberalidad. Hermoseó de tal suerte á Méjico con los nuevos y magníficos edificios que levantó, que esta ciudad era ya en su tiempo la mas bella y grande del nuevo mundo. Cuando recibia los tributos de las provincias juntaba al pueblo en un lugar determinado, y distribuia personalmente víveres y ropa á los pobres. Remuneraba á los oficiales y soldados que se distinguian en la guerra, y á los ministros y dependientes de la corona que le servian fielmente con oro, plata, piedras preciosas y hermosas plumas.

Mas estas virtudes estaban oscurecidas con algunos defectos, pues era caprichoso, vengativo, algunas veces cruel, y tan amigo de la guerra que parecia mirar con odio la paz: de modo que su nombre se usa todavía entre nosotros proverbialmente para significar un hombre que con sus molestias y vejaciones no deja vivir á nadie, y así decimos: *Fulano es mi ahuizote; á nadie le falta su ahuizote &c.*

Sin embargo, por otro lado era de buen humor, y gustaba tanto de la música que ni de dia ni de noche faltaba esta diversion en su palacio; lo cual debia ser muy perjudicial al bien público, por el tiempo que le

robaria, y que habria estado mejor empleado en cuidar del reino, y atender al buen gobierno de sus súbditos. Agregábase á esto la mucha inclinacion que tenia á las mugeres. Sus antepasados habian tenido muchas, pareciéndoles que su grandeza y autoridad se realzaban á proporcion del número de personas que se destinaban á sus placeres; y Ahuizotl, que extendió tanto los dominios y aumentó el poder de la corona, quiso ostentar tambien su superioridad en el excesivo número de mugeres que tuvo.

CAPITULO IX.

Eleccion de Moteuhzuma II. Conducta que observó al principio de su reinado, y ceremonial que introdujo. Magnificencia de sus palacios y casas de recreo.

En el mismo año de 1502 en que murió Ahuitzotl, despues de haberse celebrado sus exequias con magnificencia extraordinaria, se procedió á la eleccion del nuevo soberano. No existia ya ninguno de los hermanos de los reyes anteriores, y por tanto segun la costumbre debia suceder al difunto alguno de sus sobrinos. Eran estos muchos, pues de los hijos de Axayacatl, que como hemos visto era hermano de Ahuitzotl, vivian Moteuhzuma (1), Cuitlahuac, Matlatzincatl, Pina-

(1) Algunos han querido suponer que Moteuhzuma era hijo del otro Moteuhzuma por sobrenombre Ilhuicamina; pero la mayor parte de los historiadores conviene en que era hijo de Axayacatl. Véanse á Torquemada, Bernal Diaz del Castillo, Clavigero &c.

huitzin, Tepehuatzin, y otros cuyos nombres no sabemos.

Entre estos fué electo Moteuhzuma, á quien para distinguirlo del otro rey que se llamó del mismo modo le dieron el sobrenombre de Xocoyotzin, esto es, Moteuhzuma el jóven (1). Suponen algunos escritores que Nezahualpilli rey de Tezcoco concurrió á la eleccion, y que fué el que propuso á Moteuhzuma á los demas electores; pero Torquemada y Clavigero asientan que no vino á Méjico sino hasta despues de celebrada, con objeto de felicitar al nuevo rey.

Moteuhzuma, ademas del valor con que se habia distinguido en muchas campañas ejerciendo el cargo de general, era sacerdote tambien, y estaba muy respetado por su gravedad, circunspeccion y religiosidad. Era taciturno, muy medido en sus acciones y palabras, y siempre que hablaba en el consejo real de que era miembro era escuchado con respèto.

Luego que se dió parte de su nombramiento á los reyes aliados pasaron estos á la capital á felicitarlo, y sabedor de esto Moteuhzuma, se retiró al templo, como para dar á entender que se creia indigno de tanto honor. Se dirigió allí la nobleza para darle noticia de su eleccion, y segun algunos historiadores lo hallaron barriendo el templo, donde, dice Torquemada, estaba de ordinario recogido en una grande sala que habia destinado para sí, y que se creia que en aquel lugar tenian los dioses con él frecuentes comunicaciones.

(1) La palabra *xocoyotzin* castellanizada se usa hasta el dia para designar al hijo menor de una familia, al cual llamamos *socoyote*.

Fué conducido con grande acompañamiento al pa
lacio, donde los electores le intimaron solemnemente
la eleccion hecha en su persona para que ocupase e
trono de Méjico. De allí regresó al templo para hace
las acostumbradas ceremonias, y despues de haber in
censado á Huitzilopuchtli, y sacádose sangre de la
orejas, molledos y espinillas, como estaba en uso, s
sentó en el trono, recibió los homenages de la nobleza
y escuchó las arengas gratulatorias que le dirigieron lo
principales magnates. La primera fué la de Nezahual
pilli, rey de Tezcoco, la cual, conservada por los me
jicanos y referida por la mayor parte de los historiado
res, merece por su elocuencia transcribirse aquí á la le
tra. Dice así:

„La gran ventura que ha logrado, señor, la mo
„narquía mejicana en teneros por cabeza, se ma
„nifiesta en la concordia que ha reinado en esta elec
„cion, y en los grandes aplausos con que de todos h
„sido celebrada. Y en verdad que no pueden ser esto
„mas justos; porque el reino de Méjico ha llegado á
„tal engrandecimiento, que no bastaria á sustentar ta
„grave peso, ni menor fuerza que la de vuestro inven
„cible corazon, ni menor sabiduría que la que en vo
„admiramos todos. Claramente veo el grande amor co
„que favorece á esta nacion el Dios omnipotente, pue
„la ha iluminado para escoger lo que mas puede con
„venirle. Porque ¿quien será capaz de poner en dud
„que el que siendo particular supo penetrar los secre
„tos del cielo (1), elevado ya á la alta dignidad de re

(1) Torquemada escribe: „que habia investigado los nueve
„dobleces del cielo."

„ conocerá las cosas de la tierra para procurar la felici-
„ dad de sus súbditos? Quien tantas veces ha desple-
„ gado la grandeza de su ánimo ¿qué no hará ahora que
„ tanto necesita de esa eminente cualidad? ¿Quien pue-
„ de creer que donde hay tanto valor y sabiduria no se
„ halle tambien el socorro de la viuda y del huerfano?
„ El imperio mejicano ha llegado sin duda á la cima de
„ la autoridad, pues es tanta la que os ha comunicado
„ el criador del cielo, que inspirais respeto á cuantos
„ os miran. Regocíjate, pues, venturosa nacion, por
„ haberte tocado en suerte un príncipe que será tu apo-
„ yo, y en quien los súbditos hallarán un padre y un
„ hermano. Tienes en efecto un soberano que no se
„ aprovechará de su autoridad para darse á la molicie,
„ y estarse en el lecho abandonado á los pasatiempos y
„ á los deleites; sino que ántes bien enmedio de su re-
„ poso le inquietará el corazon, y le despertará el cui-
„ dado que tendrá de tí, y que ni hallará sabor en el
„ manjar mas delicado por la inquietud que le ocasiona-
„ rá el deseo de tu bien. Y vos, nobilísimo príncipe
„ y poderoso señor, tened ánimo y confiad en que le
„ criador del cielo os dará fuerzas para desempeñar las
„ obligaciones anexas á la eminente dignidad á que os
„ ha exaltado. Quien ha sido hasta ahora con vos tan
„ liberal, no, no os negará sus preciosos dones, ha-
„ biendoos él mismo subido al trono, en que os anuncio
„ muchos y muy felices años."

Escuchó Moteuhzuma esta arenga con la mayor atencion, y se enterneció de tal suerte, que queriendo tres veces responder se lo impidieron las lágrimas que le hizo derramar, bien la patética pintura que hizo el orador de los estrechos deberes de un rey, bien, co-

mo dice Clavigero, la dulce satisfaccion que le causaron sus elogios, y que tenia toda la apariencia de humildad; pero al fin, habiendo podido reprimir el llanto, contestó brevemente: „Harto ciego estuviera yo, „ hermano mio, si no conociera que los elogios que me „ habeis tributado han sido mas bien efecto de vuestro „ favor, que dignos de mi merecimiento; pues habien„ do tantos nobles capaces de corresponder al alto ho„ nor que me han hecho elevándome á esta dignidad, „ echaron mano del ménos á propósito. Ciertamente „ me hallo con tanta insuficiencia para manejar los ar„ duos negocios del estado, que solo podré llevar tan „ grande carga con el auxilio del señor de todo lo cria„ do, á quien para que me favorezca pido á todos le di„ rijan sus humildes ruegos."

Concluidas las demas arengas con que lo felicitaron, permaneció en el templo para hacer el ayuno de cuatro dias establecido, y regresó á su palacio con el mismo acompañamiento que lo habia traido. Dice Torquemada que iba con tanta gravedad, que todos los que lo veian decian que le cuadraba muy bien el nombre de Moteuhzuma, como otra vez que hemos dicho quiere decir *señor severo.*

Ya se deja entender que lo primero de que cuidó pasados estos cumplimientos fué de hacer la expedicion de costumbre, para proporcionarse víctimas que sacrificar en su coronacion. Tocó esta vez tamaña calamidad á los atlixqueños, que se habian sustraido á la obediencia de Méjico. Salió, pues, contra ellos, llevando la flor de la nobleza, en la cual iban incorporados sus hermanos y sus primos. Moteuhzuma se mostró en esta guerra con el valor que siempre lo habia distinguido,

y aunque los mejicanos perdieron en ella algunos capitanes de cuenta, como fueron Huitzilihuitzin, Xalmich y Cuatacihuatl, volvieron á sujetar á los insurgentes al antiguo yugo, y regresaron victoriosos á la capital, conduciendo á los infelices prisioneros que debian ser inmolados.

La fiesta de la inanguracion fué magnífica, pues se celebró con tal aparato de juegos, bailes, representaciones dramáticas é iluminaciones, y con tal abundancia de tributos mandados por las provincias, que acudieron á presenciarla muchos forasteros jamas vistos en Méjico, y aun sus mismos enemigos, como fueron los tlaxcaltecas y michoacanos, se disfrazaron para confundirse entre los espectadores; mas habiéndolo sabido Moteuhzuma, dispuso que se les alojase y obsequiase magníficamente, y que se les levantasen unos tablados desde donde pudiesen ver mas cómodamente todas las fiestas. Estos óbsequios hacen probable lo que dicen algunos escritores, á saber, que los disfrazados eran los magnates de primer órden en sus estados; y aun hay quien diga que entre los michoacanos vino el mismo rey llamado Catzonzi. Tambien dicen algunos que estos personages fueron convidados por el mismo Moteuhzuma, aunque en secreto, y que únicamente los ministros de su confianza sabian el alto rango á que pertenecian.

Los primeros actos del reinado de Moteuhzuma daban grandes esperanzas de que su gobierno fuese justo y paternal, pues á poco tiempo de su coronacion recompensó con el estado de Tlachauco, por los grandes servicios que habia hecho á sus antecesores en varias guerras, á un famoso capitan llamado Tlilxochitl; mas

no correspondieron á esta accion generosa las demas que le siguieron. A proporcion de que fué usando de su autoridad se hizo manifiesto el orgullo que hasta entónces habia tenido encubierto bajo las apariencias de humildad. Todos sus antecesores habian acostumbrado conferir los empleos á los hombres de mas mérito, y á los que creian mas capaces de ejercerlos, premiando con ellos indiferentemente á los nobles y á los plebeyos, sin embargo de la convencion solemne celebrada entre la nobleza y la plebe en tiempo del rey Itzcohuatl. Pero Moteuhzuma, luego que tomó las riendas del gobierno, se mostró de opinion diferente, y desaprobó la conducta de sus antepasados, bajo el pretexto de que los plebeyos obraban segun su clase, y que en todas sus acciones manifestaban la bajeza de su nacimiento, y lo inculto de su educacion.

Imbuido en estas máximas despojó á los plebeyos de todos los puestos que tenian en su palacio y en la corte, declarándolos incapaces de obtenerlos en lo sucesivo. En vano le representó un prudente anciano que habia sido su ayo que esta resolucion podria enagenar los ánimos entre el pueblo; nada bastó para disuadirlo, y su determinacion fué llevada al cabo.

En consecuencia toda la servidumbre de su palacio se componia de personas principales; y ademas de aquellas que siempre vivian en él, entraban diariamente por la mañana seiscientos señores feudatarios y nobles para hacerle la corte. Manteníanse estos todo el dia, hablando en voz baja y esperando las órdenes del soberano en las antecámaras, donde no podian entrar los de la servidumbre. Eran tantos los criados que acompañaban á estos señores, que llenaban los tres patios

del palacio, y muchos quedaban en la calle. No era menor el número de mugeres que vivian en él entre señoras, criadas y esclavas, todas las cuales estaban encerradas en una especie de serrallo, bajo el cuidado de algunas nobles matronas que velaban sobre su conducta; pues los reyes de Méjico eran muy celosos, y cualquier desórden que notaban en palacio, por ligero que fuese, lo castigaban con severidad. De estas mugeres elegia el rey para sí las que mas le agradaban, y con las otras recompensaba los servicios de sus vasallos. Algunos historiadores dicen que Moteuhzuma fué tan dado á las mugeres, que llegó á tener á un mismo tiempo ciento y cincuenta embarazadas, lo cual no parece creible á Clavigero.

Dispuso tambien este monarca que todos los príncipes ó señores feudatarios de la corona residiesen algunos meses del año en la corte, y que al volver á sus estados dejasen en ella á sus hijos ó hermanos, en clase de rehenes, para asegurarse de su fidelidad, por lo cual les era preciso tener casa en Méjico.

Otro rasgo del despotismo de Moteuhzuma fué el ceremonial que introdujo en la corte. Ninguno podia entrar en palacio, ya fuese para servirlo, ya para tratar con él sobre algun negocio, sin descalzarse ántes á la puerta. A nadie era permitido comparecer en su presencia con vestidos de lujo, porque consideraba que en esto se faltaba al respeto debido á su dignidad: así es que los mas grandes señores, á excepcion de sus parientes sedespojaban de sus galas ó cuando ménos las cubrian con un ropage ordinario en muestra de su humildad.

Al entrar en la sala de audiencia, y ántes de ha-

blar al rey, hacian todos tres reverencias, diciendo en la primera *señor*, en la segunda *mi señor*, y en la tercera *gran señor*, á cuyas expresiones equivalen las palabras mejicanas tlatoani, notlatocatzin y hueitlatoani de que usaban en estos casos. Hablaban en voz baja y con la cabeza inclinada, y recibian las respuestas que daba el rey por medio de sus secretarios con tanta atencion y humildad, como si fuesen de un oráculo. Nadie podia al despedirse voltear las espaldas al trono.

En la misma sala en que Moteuhzuma daba audiencia se le servia la comida. La mesa era un gran almohadon, y la silla un banco bajo. Los manteles eran de tela de algodon, tan fina como blanca y limpia, y la vagilla de barro fino de Chololian. Ninguno de estos utensilios le servia mas de una vez, pues inmediatamente los daba á alguno de los nobles. Las copas en que le presentaban el chocolate y demas bebidas de cacao eran de oro, ó de bellas conchas del mar, ó jícaras curiosamente barnizadas. Tenia tambien platos de oro, pero los usaba únicamente en el templo, en ciertas solemnidades de primer órden. Las viandas eran tan abundantes y varias, que los españoles quedaron admirados al verlas. Cortes dice que llenaban el pavimento de una gran sala, y que se servian á Moteuhzuma platos con toda especie de aves, peces, frutas y legumbres; y Torquemada afirma que la comida que desechaba era bastante para mantener á tres mil hombres, que eran los que ordinariamente le hacian guardia. Llevaban la comida trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles, en filas bien ordenadas: se la presentaban ántes de que se sentase á la mesa y se retiraban inmediatamente; y á fin de que no se enfriase, ca-

da plato tenia un braserillo debajo. El rey señalaba con una vara los platos de que queria comer, y los demas se distribuian entre los nobles que estaban en las antecámaras. Antes y despues de comer le ofrecian agua para lavarse las manos cuatro de sus mugeres, las mas hermosas del serrallo, las cuales permanecian en pie todo el tiempo de la comida, juntamente con seis de sus principales ministros y el mayordomo. Comia, dice Torquemada, aunque pocas veces, carne humana, pero esta habia de ser de la sacrificada, y si no estaba muy condimentada, no tomaba de ella.

Luego que se sentaba á la mesa cerraba el mayordomo la puerta de la sala, para que ninguno de los otros nobles lo viese comer (1). Los ministros se mantenian á cierta distancia, y guardando un profundo silencio, ménos cuando tenian necesidad de responder á lo que el rey les preguntaba. Le servian los platos el mayordomo y las cuatro mugeres, á mas de las cuales habia otras dos que le ministraban el pan, cuya masa era de maiz amasado con huevos, no conociéndose en Méjico el trigo sino despues que vinieron los españoles. A los ministros que le acompañaban solia dar algunos de los platos que mejor le sabian, en señal de aprecio, y ellos los comian allí mismo, pero sin faltar al silencio que debian guardar. El privilegio de interrumpirlo estaba reservado únicamente en ciertas ocasiones á algunos truanes ó bufones, que á la manera de los príncipes europeos de la edad media mantenia Moteuhzuma por

(1) Torquemada dice que el mayordomo ,,cerraba una varan- ,,da que dividia la sala, para que los nobles que acudian á ver- ,,le comer no embarazasen la mesa."

ostentacion. Habia entre ellos algunos enanos, corcobados, y otros notables por su deformidad, lo mismo que entre los que tenian dichos príncipes. Moteuhzuma decia que no solo se divertia con ellos, sino que entre las burlas le solian decir algunas verdades, y darle consejos de importancia. Era muy frecuente que la comida fuese acompañada de música, de la cual gustaba mucho el rey, como tambien del tabaco, que concluida la mesa fumaba, mezclado con ambar, en una pipa ó caña hermosamente barnizada, y de esta manera conciliaba el sueño.

Despues de un rato de siesta, sentado en la misma silla daba audiencia á sus vasallos, escuchando atentamente cuanto le decian, animando á los que por su turbacion no acertaban á hablar, y respondiendo á todos por medio de sus secretarios.

Acabada la audiencia seguia un rato de música, y se deleitaba mucho en que le cantasen las acciones gloriosas de sus antepasados. Otras veces se divertia con varios juegos, entre los cuales gustaba mucho de los de pies y manos, pero principalmente del llamado por los españoles *las fuerzas de Hércules*, que describe Clavigero de esta suerte: „Poníase un hombre á bailar; otro, „ en pie sobre sus hombros, lo acompañaba con algunos „ movimientos, y otro tercero, sobre la cabeza del se„ gundo, bailaba tambien y daba muestras de su agili„ dad. Alzaban tambien una biga (1) sobre los hombros „ de los bailarines, y otro se ponia en pie y bailaba so-

(1) Esta biga se dividia en dos por la parte de abajo para que descansase en los dos bailarines, como se ve en las estampas de Clavigero.

„ bre su extremidad. Los primeros españoles que vie-
„ ron estos y otros juegos de los mejicanos se maravi-
„ llaron tanto de su agilidad, que sospecharon, por
„ confesion de ellos mismos, que intervenia en ellos el
„ demonio, sin hacerce cargo de lo que puede el inge-
„ nio humano, ayudado de la constancia y la apli-
„ cacion.

Cuando Moteuhzuma salia de su palacio lo llevaban en hombros los nobles en una litera descubierta, bajo un rico docel, y lo acompañaba un numeroso séquito de cortesanos. Todos se detenian y cerraban los ojos por donde pasaba, como si temiesen que los deslumbrase el esplendor de la magestad. Cuando descendia de la litera para andar estendian tapetes, para que sus pies no tocasen la tierra.

Correspondia á tanta magestad la grandeza y magnificencia de sus palacios, casas de recreo, jardines y bosques. El palacio en que residia comunmente era un vasto edificio de cal y canto, que tenia veinte puertas que daban á la plaza y calles, y tres grandes patios, en uno de los cuales habia una hermosa fuente, muchos salones, y mas de cien piezas pequeñas. Algunas de estas tenian las paredes cubiertas de mármol y otras piedras raras. Los techos eran de cedro, de cipres y otras buenas maderas, bien trabajadas y entalladas. Habia una sala tan grande, que segun el conquistador anónimo, testigo de vista y exacto en sus narraciones, cabian en ella tres mil hombres. El mismo añade que habiendo estado cuatro veces en el palacio, y andado por él hasta cansarse, no pudo verlo todo. Ademas del serrallo para sus mugeres, habia en él habitaciones para sus consejeros y ministros, y para todos los em-

pleados de su servidumbre y de la corte, y aun para alojar á los extrangeros de calidad, particularmente á los dos reyes aliados. Ademas de este palacio tenia otros dentro y fuera de la ciudad.

Tenia en Méjico dos casas destinadas para conservar muchas especies de animales. Una para las aves que no eran de rapiña, y otra para las que lo eran y para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera habia muchas cámaras y corredores, que descansaban en columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daban vista á un jardin, donde entre la frondosidad de una arboleda habia diez estanques, unos de agua dulce para las aves acuáticas de rio, y otros de agua salada para las de mar. En lo restante de la casa estaban las demas aves, y eran estas tantas y tan diversas, que los españoles cuando las vieron creyeron que no faltaba ninguna de las especies que hay en la tierra. A cada una se ministraba el mismo alimento de que usaba en estado de libertad, ya fuese de granos, de frutas ó de insectos. Solo para las que vivian de peces se consumian diez canastas de ellos diariamente, como dice Cortes en sus cartas á Carlos V; y segun él mismo, se empleaban trescientos hombres en cuidar de estas aves, sin contar con los médicos que observaban sus enfermedades, y les aplicaban los remedios oportunos. De esta gente una se empleaba en buscar lo que debia servirles de alimento, otra en cuidar de los huevos, y otra en desplumarlas en la estacion conveniente; pues á mas del placer que tenia el rey en ver allí reunidas tantas especies de pájaros, las plumas servian para los famosos mosaicos que con ellas hacian, y en otros diversos trabajos y adornos. Las salas y cuartos de estas casas

eran tan grandes, que como dice el mismo conquistador, hubieran podido alojarse en ellas dos príncipes con sus comitivas. La casa de las aves ocupaba el mismo lugar en que hoy se halla el convento de San Francisco.

La otra casa destinada á las fieras tenia un grande y hermoso patio, y estaba dividida en varios departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de rapiña, desde el águila hasta el gavilan, y de cada especie habia muchos individuos. Estaban divididas segun sus clases en estancias subterraneas de mas de siete pies de profundidad, y mas de diez y siete de ancho y largo. La mitad de cada pieza estaba cubierta con petates, y tenia varias estacas clavadas en la pared, para que pudieran dormir y defenderse de la lluvia. La otra mitad estaba cubierta de una celosía, con otras estacas para que pudiesen gozar del sol. Para mantenerlas se mataban diariamente quinientos guajolotes.

Habia en la misma casa muchas salas bajas con un gran número de jaulas fuertes de madera, donde estaban encerrados los leones, tigres, lobos, coyotes, gatos monteses y otras especies de fieras, las cuales se mantenian de ciervos, conejos, liebres, techichis y otros animales, y asimismo de los intestinos de los hombres que se sacrificaban en los templos. El techichi, que tambien se llamaba alco, era un cuadrúpedo que por tener la figura de perro fué llamado así por los españoles. Era de un aspecto triste y enteramente mudo, de donde tomó origen la fábula de que los perros dejaban de ladrar cuando eran transportados á América. Los mejicanos y tambien los españoles comian su carne, y segun estos era gustosa y nutritiva. No ha-

biendo aquí rebaños recien hecha la conquista, se hacian las provisiones de los buques con carne de techichi, y así es que se extinguió enteramente la raza, sin embargo de que era muy numerosa.

No solo mantenia Moteuhzuma todas las especies de animales que reunen los príncipes por ostentacion, sino tambien aquellas que por su naturaleza parecen estar exentas de la esclavitud, como los cocodrilos y las culebras. Muchas especies de estas se conservaban en grandes vasijas, y los cocodrilos en estanques circundados de paredes. Habia tambien muchos estanques para los peces, de los cuales subsisten dos todavía en Chapultepec.

No contento con tener en sus palacios todos los animales de que se ha hablado, habia reunido allí tambien á todos los hombres que, ya por el calor de la piel, ya por el del cabello, ó por cualquiera otra deformidad eran singulares en su especie. Vanidad, dice Clavigero, ciertamente provechosa, pues de esta manera aseguraba la subsistencia á todos aquellos miserables, y los ponia á cubierto de los crueles insultos de los demas hombres.

En todos sus palacios habia hermosos jardines con las mas exquisitas flores, yerbas aromáticas y plantas medicinales. Tenia tambien bosques cercados y provistos de caza abundante, donde solia divertirse. Uno de ellos estaba situado en una isleta de la laguna, conocida hoy con el nombre del Peñon.

Así los palacios como los demas sitios de recreo se mantenian sumamente aseados, inclusos aun aquellos á donde nunca iba el rey, pues no habia cosa de que hiciese mas vanidad que del aseo de su persona y de-

mas cosas que le pertenecian. Mudaba todos los dias cuatro vestidos, y no volvia á usar los que se quitaba, sino que se destinaban para los nobles y soldados que se distinguian en la guerra. Se bañaba todos los dias, y por esto habia tantos baños en sus palacios. Empleaba diariamente mas de mil hombres en barrer y regar las calles de la ciudad.

En una de las casas reales habia una grande armería, donde se hallaba toda especie de armas ofensivas y defensivas, insignias y adornos militares, en cuya construccion empleaba un número increible de artesanos, así como para otros trabajos tenia muchos plateros, trabajadores en mosaico, escultores y pintores. Habia una comarca entera habitada por bailarines destinados á su diversion.

De todos estos palacios, jardines y bosques no ha quedado otra cosa que el bosque de Chapultepec, que conservaron los vireyes para su recreo. Todo lo demas fué destruido por los conquistadores, quienes arruinaron los edificios mas suntuosos de la antigüedad mejicana, ya por un celo indiscreto de religion, ya por venganza, y ya para aprovecharse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, talaron los bosques y redujeron al pais de Anahuac á tal estado, que no podria creerse hoy la opulencia de sus reyes, si no constase por el testimonio de los mismos que lo conquistaron.

CAPITULO X.

Del principio que tuvieron las rivalidades entre Méjico y Tlaxcala, y de la guerra que hizo á esta república Moteuhzuma en el segundo año de su reinado.

Los tlaxcaltecas, que habian poblado gran parte de las costas del golfo mejicano, tenian muchas relaciones con los pueblos establecidos en ellas; y ya por esta razon, como por la necesidad de proveerse de muchos artículos de que carecian en su territorio, mantenian un comercio muy activo con dichos pueblos, de donde en cambio de sus frutos traian oro, cacao, cera, algodon, ropa, miel, sal y ricas plumas, siendo estas tenidas en mucho aprecio en todas las comarcas de Anáhuac. La prosperidad de que gozaban por su industria fué un motivo de envidia para sus vecinos los huexutzincas, cholultecas, tepeaqueños y otros pueblos, que aunque habian sido amigos suyos, se convirtieron en enemigos, ya por los celos que les causaba su bien estar, ya porque habiendo caido bajo el yugo de los mejicanos hacian causa comun con estos, y participaban de su espíritu conquistador y ambicioso.

Los tlaxcaltecas por otra parte, alarmados con las continuas expediciones que armaban, ya la triple alianza, ya los mejicanos solos, y que por lo regular terminaban con la sumision de nuevas provincias á la corona de Méjico, creyeron que debian tomar sus medidas para que su territorio no corriese la misma suerte, y se decidieron á todo trance á defender su libertad, sin hos-

tilizar por esto á sus vecinos, con quienes se propusieron vivir en paz y buena inteligencia.

Mas lo que en realidad era una mera precaucion fué interpretado siniestramente por estos, y les sirvió de pretesto para indisponer á los mejicanos, haciéndoles creer que los tlaxcaltecas trataban de apoderarse de las provincias marítimas del golfo, y que por medio de su comercio con ellas aumentaban diariamente su poder, procurando seducirlas para que se pusiesen bajo su dominio. El tráfico de que sus envidiosos se quejaban no podia estar mas justificado por parte de los tlaxcaltecas; pues ademas de ser la gente de la costa originaria de Tlaxcala, y de considerarse unos y otros pueblos ligados con los vínculos del parentezco, los tlaxcaltecas tenian necesidad de proveerse en otra parte de algodon, cacao y sal, de cuyos efectos carecian. Sin embargo las representaciones, ó por mejor decir, calumnias de los huexutzincas y demas rivales de Tlaxcala indispusieron de tal suerte á los mejicanos, que desde los tiempos de Moteuhzuma Ilhuicamina trataron á los tlaxcaltecas como á sus mayores enemigos, manteniendo fuertes guarniciones en las fronteras de su imperio para impedirles el comercio con las provincias marítimas.

Privados los tlaxcaltecas de la libertad del tráfico, y por consiguiente de las cosas necesarias á la vida, determinaron mandar una embajada á los mejicanos (lo que parece fué en tiempo de Axayacatl), quejándose de los perjuicios que se les seguian por las siniestras informaciones de sus rivales. Los mejicanos, insolentados con su prosperidad, respondieron que el rey de Méjico era señor universal del mundo, y todos los vivientes sus vasallos, y que como tales debian los tlax-

caltecas prestarle obediencia, y reconocer su vasallage por medio de tributos, á la manera que lo hacian las demas naciones; pero que si reusaban someterse, perecerian sin remedio, sus ciudades serian arruinadas enteramente, y su pais habitado por otras gentes.

A una respuesta tan insensata y arrogante replicaron animosamente los embajadores: „Poderosísimos se-
„ ñores, Tlaxcala no os debe homenage alguno, ni des-
„ de que sus antepasados salieron de los paises septen-
„ trionales para habitar esta tierra han pagado los tlax-
„ caltecas tributo á ningun príncipe. Siempre se han
„ conservado libres; y no conociendo la esclavitud á
„ que pretendeis reducirlos, ántes que someterse á vues-
„ tro poder derramarán mas sangre que la que derra-
„ maron sus mayores en la batalla de Poyauhtlan."

Afligidos los tlaxcaltecas con la arrogante y ambiciosa pretension de los mejicanos, y sin esperanza de poderlos reducir á que entrasen en un acomodamiento razonable, pensaron seriamente en fortificar mas sus fronteras, para impedir cualquiera invasion. Antes de estas ocurrencias habian ya circundado su territorio con grandes fosos, y colocado fuertes guarniciones en los puntos fronterizos; pero ahora con las amenazas de los mejicanos aumentaron sus fortificaciones, y el número de tropas que las defendian, y fabricaron aquella famosa muralla de dos leguas de largo, que impedia la entrada á sus enemigos por el lado del oriente, hácia donde era mas probable el peligro de una invasion. Desde entónces fué tal su vigilancia y el entusiasmo con que defendian su libertad, que habiéndolos atacado muchas veces los huexutzincas, cholultecas, itzcoaqueños, y tecamachalcas, y otros pueblos vecinos ó poco distan-

tes de Tlaxcala, no pudieron quitar á esta república ni un palmo de tierra.

Se habian refugiado á Tlaxcala muchos vasallos de la corona de Méjico, principalmente de los chalcas y otomites de Xaltocan, que escaparon de la ruina de su patria en la última guerra. Como era muy natural profesaban á los mejicanos un odio implacable por los males que habian recibido de ellos, siendo por consiguiente los mas a propósito para oponerse vigorosamente á los enemigos de los tlaxcaltecas. De facto los mejicanos no hallaron en otros mayor resistencia que en estos prófugos, particularmente en los otomites que eran los que componian la guarnicion de las fronteras, y los cuales por la fidelidad con que sirvieron á la república fueron grandemente recompensados por ella.

Desde el reinado de Axayacatl habian estado privados los tlaxcaltecas del comercio con los pueblos de la costa, de lo que resultó que el pueblo estuviese tan escaso de sal que se acostumbró á comer sin este condimento, del que no volvió á usar sino hasta muchos años despues de la conquista de los españoles; pero algunos nobles, que tenian secreta correspondencia con los mejicanos, se proveian de cuanto necesitaban, sin que lo entendiese el pueblo; pues ya se sabe que en las calamidades públicas los pobres son los que soportan todo el peso de la tribulacion, mientras que los ricos hallan medios de librarse de ella, ó por lo ménos de suavizarla.

Otro príncipe ménos ambicioso y soberbio que Moteuhzuma habria cuando ménos respetado á una nacion que habia sufrido tan grandes privaciones por conservar su libertad; pero muy al contrario, su orgullo no pudo

tolerar que esta pequeña república dejase de prestarle los homenajes que le tributaban los demas pueblos, y ordenó desde el principio de su reinado que los estados vecinos tuviesen listas sus tropas para invadirla por todas partes. Los huexutzincas y cholultecas confederados levantaron las suyas ántes que los otros, y dieron el mando de ellas á Tecayahuatzin gobernador de Huexutzinco; pero fiándose mas de su astucia que de sus fuerzas, intentaron primero con dádivas y promesas atraer á su partido á los habitantes de Hueyotlipan, ciudad de la república situada en la frontera del reino de Tezcoco, y á los otomites que la guarnecian por los demas rumbos. Esta tentativa fué vana, porque ni los unos ni los otros se dejaron seducir, y ántes bien protestaron que estaban resueltos á morir en defensa de la república.

Viéndose, pues, los huexutzincas obligados á valerse de la fuerza entraron con tal furia en las tierras de Tlaxcala, que no siendo bastantes á contenerlos las guarniciones de la frontera, avanzaron haciendo grandes estragos hasta Xiloxochitla, lugar que apénas distaba una legua de la capital. Tizatlacatzin, famoso general tlaxcalteca, les hizo allí gran resistencia, pero al fin murió sucumbiendo á la multitud de sus enemigos, quienes sin embargo de haber obtenido estas ventajas, y de hallarse tan inmediatos á la capital, recelaron tanto de la venganza que tomarian los tlaxcaltecas, que se retiraron precipitadamente á sus tierras.

Quedaron los tlaxcaltecas tan resentidos contra los huexutzincas, que ya no se limitaron despues á mantenerse á la defensiva, sino que los invadieron varias veces, y una de ellas que atacaron su ciudad por el lado del Poniente los estrecharon en términos que se vieron

obligados á pedir auxilio á los mejicanos. El emperador Moteuhzuma alistó inmediatamente un ejército bajo el mando de su hijo el mayor, llamado Tlacahuepantzin, con cuyo socorro se figuraron los huexutzincas que les seria muy fácil acabar con sus enemigos. Tlacahuepantzin, que sin duda conoció cuan serio era el empeño en que se hallaba, no se dirigió inmediatamente á Huexutzinco, sino que se situó en Quauhquecholan para reforzar su gente con varias partidas de Chietlan é Itzocan (Izucar) que allí se le agregaron, y despues emprendió su marcha hácia Huexutzinco por el valle de Atlixco. Pero los tlaxcaltecas, noticiosos de los movimientos de los mejicanos, conocieron cuanto les importaba atacarlos ántes de que se reuniesen con los huexutzincas que se habian refugiado á la falda del volcan de Popocatepetl, y fué tan pronta é impetuosa su embestida que arrollaron enteramente á los mejicanos, haciendo en ellos una horrible matanza. Uno de los muertos fué el general Tlacahuepantzin, con cuya desgracia se pusieron en fuga los demas, y en el alcance que les dieron los tlaxcaltecas hicieron muchos prisioneros, y regresaron á su pais llenos de ricos despojos.

Es de creer que este triunfo les costase caro á los tlaxcaltecas, tanto porque los mejicanos eran muy valientes, como por no haberse atrevido á seguir inmediatamente estrechando como parecia natural el sitio de Huexutzinco, sino que se dirigieron á su capital á gozar el fruto de la victoria, y á prepararse para continuar la campaña con mayores fuerzas. Mas cuando lo verificaron ya estaban los huexutzincas muy bien fortificados, y así es que lograron rechazarlos, sin que los tlaxcaltecas obtuviesen otra ventaja que talar sus semen-

teras: de donde resultó que tanto en Huexutzinco como en Chololian hubiese tal escasez de maiz, que muchos habitantes para remediar su necesidad emigraron á las provincias mejicanas y aculhuas.

Pero volvamos á Moteuhzuma, á quien la pérdida de su hijo le fué tan sensible, que para vengarla puso inmediatamente sobre las armas otro ejército, resuelto á asolar enteramente la república de Tlaxcala. Las fuerzas de que este se compondria se pueden conjeturar, así por el dolor que debió causarle la muerte de su primogénito, como por el discurso que segun Torquemada dirigió al consejo de guerra que mandó reunir cuando llegó á su noticia aquel infausto suceso. „Determi„nado estoy, dijo, á que todo el poder mejicano vaya „contra esa orgullosa nacion. La afrenta que nos han „causado exige por nuestra parte la mas pronta ven„ganza; y si nuestros antepasados se contentaron con „impedir á los tlaxcaltecas la comunicacion con nues„tros pueblos, teniéndolos en sus tierras enjaulados co„mo codornices, para sacrificarlos y tener ocasiones de „renovar frecuentemente los ejercicios de la guerra en „que tanto importa tener adiestrados á los nobles, aho„ra que han llevado al colmo su atrevimiento, y que su „orgullo debe haber subido de punto con el triunfo que „han obtenido, he determinado destruirlos para que „conozcan que en la tierra no hay mas de una volun„tad, un solo mando y un absoluto poder, que es el „mio. Mientras que Tlaxcala estuviere por conquistar, „no seré yo el que debo ser."

Todas las provincias limítrofes de la república tuvieron órden para levantar cuantas tropas pudiesen para bloquearla por todas partes; pero los tlaxcaltecas,

que habian previsto las hostilidades de los mejicanos, estaban muy bien preparados para repelerlas, y tenian muy reforzados todos sus puestos militares. Se combatió vigorosamente por una y otra parte, habiendo atacado por el Norte los zacatecas, tuzapanecas, iztacmixtitecas, zautecas y teteleños; por el Sur y Levante los tepeaqueños, quecholtecas, tecamachalcas, tecalpanecas y totomihuas; y por el Poniente los cholultecas, huexutzincas, aculhuas y mejicanos; pero al fin fueron rechazadas todas estas tropas, que al retirarse dejaron un rico botin en poder de sus enemigos. La república celebró con grandes fiestas esta victoria, y recompensó á los otomites, á quienes principalmente se debió, elevando á los principales gefes á la dignidad de Tecuhtli, que como se ha dicho en el discurso de esta historia era un distintivo de los mas honoríficos, y dándoles por mugeres á las hijas de los mas nobles tlaxcaltecas.

Los esfuerzos que hizo Moteuhzuma en esta vez, echando digámoslo así el resto para subyugar y aniquilar á Tlaxcala, hacen inverosímil lo que creen algunos historiadores, y entre ellos Clavigero, esto es, que los mejicanos dejaron de intento subsistir á esta república, tanto para tener siempre abierto un campo de batalla donde ejercitar el valor de sus tropas, como para procurarse fácilmente víctimas que inmolar en sus festividades. Cuando mas este designio podrá atribuirse á los antecesores de Moteuhzuma, como se percibe claramente del razonamiento copiado arriba; pero este mismo razonamiento y los sucesos que acabamos de referir no dejan duda de que, por lo ménos en esta ocasion, se pusieron en obra por parte de los mejicanos cuantos

medios estuvieron á su alcance para exterminar á los tlaxcaltecas. Lo que sí parece probable es que las frecuentes guerras entre Méjico y Tlaxcala, si los españoles no hubieran aportado á estas regiones, habrian terminado al cabo con la sumision de la república á la corona; pues aunque sus fuerzas eran grandes, y sus tropas bastante aguerridas, era muy superior el poder de los mejicanos.

La historia de estos tiempos nos ha trasmitido el nombre de un héroe tlaxcalteca, cuya elevacion de alma y fuerzas hercúleas han sido justamente celebradas por todos los historiadores: hablamos del famoso Tlahuicole. Este fué hecho prisionero en una de las guerras siguientes, aunque no se sabe á punto fijo en cual, ni el tiempo en que esto se verificó (1). El maquahuitl ó espada con que combatia, que los españoles llamaron macana, dicen que era tan pesado que apénas podia alzarlo del suelo un hombre de fuerzas ordinarias. Su nombre solo bastaba para aterrorizar á los enemigos de la república, y todos huian donde quiera que se presentaba con su arma formidable. En un asalto que dieron los huexutzincas á una guarnicion de otomites se metió Tlahuicole incautamente en un pantano, donde no pudiendo moverse con la expedicion que era necesaria cayó en poder de los enemigos, y encerrado en una fuerte jaula fué conducido á Méjico y presentado á Moteuhzuma.

El rey supo apreciar el valor de este nemigo suyo, y en lugar de hacerlo morir le concedió generosamente

(1) Torquemada y Clavigero creen que fué en los últimos años del reinado de Moteuhzuma.

la libertad, y le permitió que regresase á su patria, cosa que jamas se habia concedido á ningun otro; pero el arrogante prisionero no quiso aceptar esta gracia, diciendo que no tenia valor para presentarse á sus compatriotas con ignominia, y que queria morir como los otros prisioneros en honor de sus dioses. Viéndolo tan decidido á no volver á su patria, y no queriendo privar de la vida á un guerrero tan valiente, lo entretuvo Moteuhzuma en su corte, con esperanza de reconciliarlo con los mejicanos, y aprovecharse de sus servicios en favor del imperio.

Entretanto se declaró la guerra á Michuacan, y aunque se ignoran los sucesos particulares que en ella ocurrieron, se sabe que Tlahuicole aceptó el mando de un ejército que le confió Moteuhzuma, y que marchó con él á Tlaximaloyan que era uno de los puntos fronterizos del reino de Michuacan. Tlahuicole correspondió cumplidamente á la confianza que se habia hecho de él; pues si bien no pudo desalojar á los michuacanos del puesto en que se habian fortificado, hizo muchos prisioneros, y les tomó una cantidad considerable de oro y plata. Moteuhzuma apreció como debia este servicio, y volvió á instarle para que usara de la libertad que le habia otorgado; mas rehusándola él lo mismo que ántes, le ofreció el rey el honorífico empleo de Tlacatecatl que, como se ha visto ya, correspondia al de general de los ejércitos mejicanos. Entónces contestó denodadamente el tlaxcalteca: „Jamas seré yo traidor á „mi patria: quiero morir, y la gracia que pido es re„cibir la muerte en el sacrificio gladiatorio." Sin duda lo pidió así por ser este el que se destinaba á los prisio-

neros de mas nota, y por lo mismo le era mas honroso que el sacrificio ordinario.

Tres años se mantuvo este famoso capitan en Méjico, en compañía de una de sus mugeres, que vino de Tlaxcala á reunírsele. Clavigero congetura que los mejicanos proporcionarian esta union para que les dejase una gloriosa posteridad, que ennobleciese con sus proezas la corte y el reino de Méjico. En todo este tiempo no cesó de instarle Moteuhzuma para que usase de su libertad, ofreciéndole, si no queria volver á su patria, los cargos mas honoríficos y muchas mercedes para sí y para cuantas personas quisiese; pero nunca consigió que Tlahuicole le pidiese otro favor que el de morir en el sacrificio gladiatorio.

Viendo, pues, el rey la obstinacion con que rehusaba todos sus ofrecimientos, condescendió á sus bárbaros deseos, y fijó el dia del sacrificio. Ocho dias ántes comenzaron los mejicanos á celebrarlo con bailes y muchas fiestas, y en ellos dicen algunos escritores que le dieron á comer la carne de su muger, á quien sacrificaron ántes (1); y luego que pasó el término señalado fué conducido al lugar del sacrificio, donde en presencia del rey, de la nobleza y de una inmensa multitud de pueblo, lo ataron por el pie al temalacatl, que como se dijo en el capítulo VII era el nombre que daban á la piedra redonda en que combatia el prisionero. Se

(1) Torquemada dice que fué sacrificada el mismo dia que Tlahuicole; pero sin duda fué antes, pues conviene en que este comió de su carne. La decencia no permite referir el pasage segun se lee en Torquemada. Quien quisiere satisfacer su curiosidad puede consultarlo á la pág. 220, tom. 1, lib. 2, cap. LXXXII.

presentaron en seguida muchos combatientes, de los cuales mató ocho é hirió veinte, segun algunos refieren, hasta que cayó en tierra medio muerto de un golpe que recibió en la cabeza. Inmediatamente fué conducido ante el ídolo de Huitzilopuchtli, donde los sacerdotes le abrieron el pecho, le arrancaron el corazon, y precipitaron su cadáver por las escaleras del templo conforme al rito establecido. Así terminó su vida este famoso caudillo, digno por su valor y acendrado patriotismo de los elogios de la posteridad.

CAPITULO XI.

De la grande hambre que se padeció en el reino de Mejico despues de la guerra de Tlaxcala. Expedicion contra Quauhtemallan. Moteuhzuma renueva el acueducto de Chapoltepec, y construye un nuevo templo. Rebelion de los mixtecas, y otras revueltas.

Se hallaba Moteuhzuma en el tercer año de su reinado, cuando con motivo de una gran seca que se experimentó por dos años consecutivos se hizo sentir el hambre en la capital y en todos sus contornos, habiéndose extendido esta calamidad hasta mas de veinte leguas á la redonda. Para proverse de maiz acudian los mejicanos á lejanas tierras; pero bien pronto se hizo este recurso muy dificil por la costumbre que tenian aquellas gentes de no sembrar sino lo preciso para el consumo anual, como sucede regularmente en todos los paises que no han llegado á un alto grado de civilizacion.

*

Llegó á tal estremo la escasez, que las madres, para socorrerse y no ver perecer á sus hijos, los vendian á vil precio. Moteuhzuma tuvo entonces ocasion para ejercer su gran liberalidad. Abrió sus graneros, y distribuyó entre los pobres todo el maiz que habia en ellos, en lo cual se mostró tan humano, que segun Torquemada entraba él á la particion que se hacia entre sus súbditos por iguales partes, como uno de tantos. Pero mirando que estos socorros eran insuficientes para remediar la necesidad, les permitió que emigraran á otras provincias para procurarse el sustento que aquí les faltaba, imitando en esto al gran Moteuhzuma I, que en iguales circunstancias les habia concedido el mismo permiso. El año siguiente, que fué el de 1505, cesó esta calamidad con las abundantes cosechas que en él se levantaron.

El mismo año en que se padeció el hambre se advirtió por espacio de veinte dias que el volcan de Popocatepetl cesó de arrojar humo, lo cual, dice Torquemada, tuvieron los mejicanos por indicio de que el siguiente habia de ser año de abundancia, aunque no indica la relacion que daban á la falta del humo del volcan con la prosperidad que anunciaban.

Apénas se vieron libres del hambre cuando marcharon contra los quauhtemaltecos, á quienes declaró Moteuhzuma la guerra, probablemente por algunas hostilidades cometidas contra sus súbditos. Para esta expedicion dió á los soldados armas y vestidos nuevos que fueron á estrenar al combate, y habiendo sido el resultado favorable al imperio, todos los prisioneros que se hicieron en esta campaña fueron despues sacrificados en la dedicacion del templo de la diosa Chicomecohuatl,

por otro nombre Centeotl, en cuya fábrica se empeñó Moteuhzuma enmedio de las guerras que ocupaban su atencion.

Esta era la diosa de la tierra y del maiz, y así es que la celebridad con que se estrenó su templo fué extraordinaria con motivo del hambre que se acababa de padecer. Uno de los muchos nombres que le daban era el de Tonacayohua, que quiere decir *la que nos sustenta.* Tenia en la corte cinco templos, y se le hacian tres fiestas en el discurso del año. Los totonacas eran los que mas la reverenciaban, pues la miraban como á su principal protectora, y le tenian consagrado un templo en la cima de una montaña, servido por muchos sacerdotes. El afecto con que la miraban provenia de que creian que no gustaba del sacrificio de víctimas humanas, sino del de tórtolas, codornices y otros animales que le ofrecian en gran cantidad, y esperaban que los habia de libertar del bárbaro yugo de los otros númenes que adoraban, y á quienes sacrificaban tanta gente. Los mejicanos tenian sin embargo distinta opinion acerca de esta diosa, y así es que en sus fiestas derramaban mucha sangre humana.

Otra de las empresas que ocuparon la atencion de Moteuhzuma fué la reparacion de la calzada de Chapoltepec, y del acueducto construido en ella, el cual estaba muy deteriorado, y se padecia por lo mismo en Méjico grande escasez de agua potable. Mas el regocijo que causó la conclusion de esta importante obra fué turbado por el incendio de la torre de un templo, llamado zomolli, de resultas de un rayo que cayó en ella. Los habitantes de los arrabales, particularmente los de Tlatelolco, que ignoraban el orígen del incendio, cre-

yeron que lo habian causado algunos enemigos llegados improvisamente á la ciudad, por lo cual se armaron para defenderla y acudieron en tropel al templo. Moteuhzuma, equivocado tambien por su parte, pues creyó que este era un alboroto suscitado por los tlatelolcas para provocar una sublevacion, pues siempre se les veia con alguna desconfianza, como que su sumision á la corona no habia sido voluntaria, se indignó en tal extremo que los despojó de todos los empleos que servian en la corte, y aun les prohibió que se presentasen en ella. No pudieron apartarlo por entónces de esta resolucion ni las solemnes protestas que le hicieron de su inculpabilidad, ni las súplicas con que imploraban su perdon; pero despues que se serenó revocó las severas órdenes que habia dictado en el primer ímpetu de su cólera, y los restituyó á su gracia.

Mientras esto pasaba en la capital, los mixtecas y zapotecas á instigacion de sus gobernadores se rebelaron contra Moteuhzuma, habiendo sido los principales gefes de la conjuracion Cetecpatl, señor de Cohuaixtlahuacan, y Nahuixochitl señor de Tzotzolan. Para llevarla al cabo se determinó que Cetecpatl diese un banquete, y convidase para disimular á los habitantes principales de los pueblos comarcanos, y entre ellos á los gefes y oficiales de las guarniciones mejicanas que habia en Tecuantepec, Huaxyacac (hoy Oajaca), y otros puntos de aquel territorio, y que al regreso del convite fuesen estos asaltados por una emboscada, que debia prepararse en un sitio del camino muy á propósito para el caso, por estar léjos de poblado y ser paso preciso para los mejicanos. Todo se verificó conforme lo habian dispuesto, y el despiadado Nahuixochitl, que

fué el encargado de ejecutar la inicua trama, tuvo tanto acierto para descargar sobre los mejicanos este golpe de perfidia, que todos ellos fueron asesinados, sin que ninguno pudiera defenderse, porque iban sin armas, sin preveer que pudieran necesitarlas para asistir á un banquete.

Texacan, uno de los gobernadores que tenia puestos Moteuhzuma en aquellas provincias, luego que supo el suceso le dió noticia circunstanciada de él. Lleno de sentimiento el emperador, lo comunicó á los dos reyes aliados, para que lo auxiliasen en la guerra con que dispuso tomar venganza de tan horrible atentado; y obtenida la cooperacion que deseaba, marchó un ejército respetable contra los sublevados, quienes bien apercibidos á la defensa, como que conocian la atrocidad del hecho con que habian provocado á Moteuhzuma, pelearon valerosamente contra los mejicanos. Estos lograron al fin ponerlos en fuga, pero no se atrevieron á internarse en su territorio sin nuevos refuerzos que pidieron á Méjico, porque hallándose muy poblado, y habiendo hecho causa comun la mayor parte de aquellos pueblos, eran muchos los enemigos con quienes tenian que combatir.

Mientras se disponian los refuerzos, tuvieron tiempo de fortificarse los mixtecas; y así es que cuando aquellos llegaron, hallaron tomados los mejicanos todos los puntos por donde podian internarse á la provincia de Tzotzolan, y tuvieron que hacer un gran rodeo para llegar á Huautlan, donde se les reunió Cozcaquauhtli, hermano de Cetecpatl segun Torquemada, y segun Clavigero de Nahuixochitl, el cual habia permanecido fiel á los mejicanos. Fué este muy bien recibido del ge-

neral, que era Cuitlahuatzin, hermano y sucesor de Moteuhzuma en el trono, como despues verémos; y habiéndose celebrado una junta de guerra para deliberar sobre el modo de apresurar la campaña y asegurar sus buenos resultados, sirvieron de mucho en él los informes de Cozcaquauhtli, quien como práctico en el terreno, y muy bien instruido en los proyectos de los insurgentes, dió cuantas noticias se pudieran desear para formar el plan de las operaciones militares.

Arreglado todo, se puso en marcha el ejército, y se dirigió en busca del enemigo. Hizo noche en el mismo lugar en que habian sido asesinados los gefes mejicanos, que era una cañada por donde pasaba un arroyo llamado de Tzotzolan, sin duda porque sus aguas regaban las tierras de esta provincia. A la mañana del siguiente dia se encontraron los mejicanos con una division compuesta de tixtecas, y habiéndose trabado un combate muy reñido, quedó la ventaja por parte de los mejicanos, pues los tixtecas que no los esperaban tan pronto se hallaban sin gefe, por haber este ido á concertar con el señor de Tototepec las medidas que debian adoptar para la defensa; y así es que cedieron el campo á los enemigos, y se retiraron á un cerro que de antemano tenian muy bien pertrechado.

Luego que Nahuixochitl supo este descalabro, y que los mejicanos tenian acorralados á los suyos en el cerro, acudió á su socorro con mucha gente de Tototepec, y presentó la batalla á los sitiadores. Aceptáronla estos, y aunque lograron que la victoria se decidiese á su favor, fué despues de un combate muy sangriento en que se peleo por ambas partes con mucha obstinacion. Los pocos que escaparon de la refriega,

uno de los cuales era el general Nahuixochitl, tuvieron despues mucho que sufrir, pues la guarnicion de Huaxyacac los persigió de mil maneras, y prendió á muchos de ellos: sin embargo Nahuixochitl logró frustrar por entónces las tentativas de sus enemigos.

Los mejicanos despues del triunfo se derramaron por todos los pueblos de la comarca, los saquearon, hicieron prisionero á Cetecpatl, y á otros varios nobles que habian abrazado el partido de los insurgentes, y regresaron á Méjico ricos de despojos justamente cuando se celebraba la fiesta del mes tlacaxipehualiztli, que como se ha dicho en otra parte quiere decir *desollamiento de hombres;* lo que basta para inferir el paradero que tendrian los infelices que cayeron prisioneros en esta guerra. Sin embargo, á Cetecpatl no lo sacrificaron sino despues que hubo declarado quienes eran sus cómplices en la conspiracion.

A pesar de estas ventajas obtenidas por los mejicanos, no debia darse por concluida la guerra mientras no se lograse prender á Nahuixochitl, que habia sido uno de los principales motores del levantamiento. Fué necesario para esto enviar otra expedicion, y en un encuentro que este caudillo tuvo con las tropas mejicanas quedó vencido y hecho prisionero, y por supuesto sacrificado en Méjico. La provincia de Tzotzolan, de que era gobernador, fué dada á Cozcaquauhtli, por haberse mantenido fiel á los mejicanos, posponiendo al afecto que les tenia los vínculos de la sangre lo unian con los géfes de la revolucion.

En el mismo año en que se hizo esta guerra tuvieron algunas diferencias los huexutzincas y chololtecas, y aunque se ignora el motivo que las ocasionó, se sa-

be que llegaron á ser muy serias, y que se dieron u terrible combate. Los chololtecas, no muy práctic en el ejercicio de la guerra, pues eran gentes pacíf cas dedicadas á la religion, á las artes y al comercio sucumbieron en la lid, y se retiraron á su ciudad; pe ro sus enemigos los persiguieron sin demora, les que maron algunas casas, y les mataron no poca gente.

Cholollan era una ciudad, digámoslo así, sagra da, por los muchos templos que habia en su recinto y particularmente por el que estaba consagrado al Dio Quetzalcohuatl en la famosa montaña ó pirámide qu describe Veytia en el cap. XX del libro primero, cu yo templo dice el mismo autor que fué el primero d que halló memoria en las historias indígenas. Así e que no bien lograron esta victoria los huexutzincas cuando conociendo lo mal que habia de recibir la no ticia el supersticioso emperador de Méjico, le envia ron dos mensageros, llamados Tolimpanecatl y Tzon coztli, con el fin de justificar su conducta con los cho loltecas; y bien fuese por exaltar el valor de sus com patriotas, ó por otra causa que se ignora, exageraron aquellos de tal suerte el descalabro de los chololtecas que Moteuhzuma llegó á creer que todos habian pere cido, y que los pocos que se habian salvado habian abandonado la ciudad.

Afligido en extremo, y temiendo la venganza de Quetzalcohuatl, cuyo santuario creyó que habian pro- fanado los huexutzincas, consultó con los dos reyes aliados lo que deberia hacerse en el caso, y se deter- minó que fuesen á Chololan algunas personas de cali- dad, que cercioradas de lo ocurrido diesen cuenta al emperador. Así se verificó, y mirando este el enga-

o que le habian causado con sus ponderaciones los enviados de Huexutzinco, se irritó en extremo, y alistó n ejército, dando órden al general de que los llevase resos y los entregase á los huexutzincas, castigando estos severamente si no le daban la debida satisfaccion.

Se hallaba el ejército en un lugar inmediato á Huexutzinco, llamado Ayocatla, cuando los habitantes, creyendo que iban á ser atacados, se presentaron formados en órden de batalla; y hubieran acometido á los mejicanos, si el general no se hubiera adelantado haciéndoles señales de paz, y dirigiéndoles á nombre suyo y de los demas gefes el discurso siguiente: „Nuestro señor Moteuhzuma, que tiene su corte en medio „de las aguas, y el señor de Aculhuacan Nezahualpilli, que manda en las orillas de la laguna, y Totoquiyauhtzin, señor de los tecpanecas, que reina en „la falda de los montes, nos mandan para que os digamos que han sabido por vuestros embajadores la „ruina de Chalollan, y la muerte de sus habitantes: que „esta noticia les ha causado el mas vivo dolor, y que „se creen obligados á vengar el atentado sacrílego que „se ha cometido en la casa de nuestro Dios Quetzalcohuatl." A esta seria intimacion contestaron los huexutzincas: „Nuestras disensiones con los cholultecas „no han llegado al extremo que decis; y si nuestros „enviados han faltado á la verdad, nosotros no solo es„tamos en obligacion de desmentirlos, sino tambien de „castigarlos." Y diciendo esto, mandaron cortar las orejas y las narices á los embajadores, que era la pena de los que propagaban falsedades contrarias al bien público, y los entregaron al general mejicano, diciéndole: Volved á vuestros señores, y presentadles á estos

„ miserables, para que vean lo que hemos hecho con „ ellos." Esta satisfaccion fué bastante para los reyes aliados, y con ella se evitaron los males de la guerra que de otra suerte habrian sido inevitables.

CAPITULO XII.

De otras guerras hechas en tiempo de Moteuhzuma. Fiesta secular. Conferencias que tuvo este monarca con Nezahualpilli sobre la aparicion de un cometa. Reflexiones sobre los sucesos que el comun de los historiadores cree anunciados en este fenómeno, y sobre la supuesta resurreccion de la princesa Papantzin.

En el mismo año que tuvieron lugar las disenciones entre huexutzincas y chololtecas hicieron guerra los mejicanos á los itztecàs é itzcuintepecas, cuyas poblaciones fueron llevadas á fuego y sangre, y los prisioneros que hicieron se reservaron para las fiestas que celebraron el siguiente año que fué el de 1506. Estas fiestas fueron dos, la de la dedicacion del Tzompalli, que era aquel edificio inmediato al templo mayor donde se guardaban las calaveras de las víctimas, y la de la renovacion del fuego que se hacia cada cincuenta y dos años, al terminar el siglo. Este fué el último año secular que celebraron los mejicanos, y como habian llegado á tan alto punto de grandeza y opulencia, lo festejaron con mayor solemnidad y aparato que en los siglos anteriores.

La sangre de los atlixqueños fué tambien aunque

no impunemente derramada en estas fiestas: porque despues de vencidos los iztecas é itzcuintepecas, se dirigieron las tropas mejicanas contra la provincia de Atlixco que se habia rebelado, y cuya sumision lograron despues de un reñidísimo combate, en que los atlixqueños hicieron prodigios de valor. Quedaron muertos en el campo ocho gefes, cuyos nombres omitimos por lo escabroso de su pronunciacion, pero que segun Torquemada eran de los mas nobles y valientes caudillos de los ejércitos de Moteuhzuma.

Tambien fueron inmolados en ellas muchos tecuhtepecas á quienes en seguida hicieron guerra, y que sucumbieron como los atlixqueños á la prepotencia de las armas mejicanas; aunque ignoramos los pormenores de esta expedicion, y solo sabemos que fueron muchos los prisioneros hechos en ella y en la de Atlixco, y que fueron sacrificados en las solemnidades expresadas.

Una de estas, que como hemos dicho era la secular, merece que hagamos de ella particular mencion, tanto por la singularidad de sus ritos, como porque era la principal, no solo entre los mejicanos, sino en todas las naciones de Anáhuac. „La última noche del „ siglo, dice Clavigero, apagaban el fuego en los tem- „ plos y en las casas, y rompian los vasos, las ollas „ y toda su vasigería, y de esta suerte esperaban el „ fin del mundo, que temian debia llegar al fin de ca- „ da siglo. Salian del templo y de la ciudad los sacer- „ dotes, vestidos y adornados como sus dioses, y acom- „ pañados de un inmenso pueblo se dirigian al monte „ de Huixachtla, inmediato á la ciudad de Iztapalapan, „ distante poco mas de dos leguas de la capital. Arre-

„ glaban su viage por la observacion de las estrellas,
„ de manera que pudiesen llegar poco ántes de media
„ noche al monte, en cuya cima debia hacerse la re-
„ novacion del fuego. Entretanto quedaba el pueblo en
„ un gran sobresalto, esperando por un lado la seguri-
„ dad de un nuevo siglo con el fuego nuevo, y temien-
„ do por otro la ruina del mundo, si por disposicion
„ de los dioses dejara de encenderse. Los maridos cu-
„ brian el rostro de las mugeres preñadas con ojas de
„ maguey, y las encerraban en las trojes, temiendo
„ que se convirtiesen en fieras y los devorasen. Tam-
„ bien cubrian el rostro á los niños, y no los dejaban
„ dormir, para que no se transformasen en ratones.
„ Los que no habian ido con los sacerdotes subian á las
„ azoteas, para observar desde allí el resultado de
„ aquella gran ceremonia. La operacion de sacar
„ el fuego tocaba exclusivamente á un sacerdote de
„ Copolco, que era uno de los barrios de la ciu-
„ dad. Los instrumentos con que se sacaba eran dos
„ pedazos de leña, lo cual se hacia sobre el pecho
„ de un prisionero de alta gerarquía, que despues sa-
„ crificaban. Cuando se encendia el fuego todos pro-
„ rrumpian en exclamaciones de gozo, y se hacia una
„ grande hoguera en el mismo monte, para que la vie-
„ sen de léjos, en la cual quemaban á la víctima sacri-
„ ficada. Todos iban á competencia á tomar de aquel
„ fuego sagrado, para llevarlo con la mayor prontitud
„ posible á sus casas. Los sacerdotes lo llevaban al
„ templo mayor de Méjico, de donde se proveian todos
„ los habitantes de aquella capital. Los trece dias si-
„ guientes á la renovacion del fuego, que eran los in-
„ tercalares, y se interponian entre uno y otro siglo pa-

„ ra ajustar el año al curso solar, se ocupaban en com„ poner y blanquear los edificios públicos y particula„ res, y en comprar nueva vagilla y nueva ropa, pa„ ra que todo fuese, ó pareciese nuevo, al principio del „ nuevo siglo. El primer dia de aquel año y de aquel si„ glo, que era como hemos dicho el 26 de febrero (1), „ á nadie era lícito beber agua ántes de medio dia. A „ la misma hora empezaban los sacrificios, cuyo núme„ ro correspondia á la solemnidad de la fiesta. Reso„ naban por todas partes las voces de júbilo, y las mú„ tuas enhorabuenas por el nuevo siglo que el cielo les „ concedia. Las iluminaciones de las primeras noches „ eran magníficas, y no ménos espléndidos y suntuo„ sos los convites, los bailes, las galas y los juegos pú„ blicos. Entre otros se hacia enmedio de un gran con„ curso, y con las mayores demostraciones de alegría, „ el juego de los voladores (2), en el cual habia cuatro „ que volaban, y cada uno daba trece vueltas, para „ significar los cuatro periodos de trece años de que se „ componia el siglo."

Torquemada hace mencion de un eclipse de sol que se observó este mismo año de la renovacion del fuego, indicando que fué visto por Moteuhzuma como anuncio de mal agüero.

El año siguiente, por disposicion de la triple alianza, salió una expedicion al mando de Cuitlahuatzin, hermano del emperador, contra Tzolan y Mictlan, dos

---

(1) Segun Veytia el dia primero del año mejicano corespondia al dos de febrero. Veáse el cap. X del libro primero.

(2) Hoy, hablando en singular, decimos *del volador*, y la plebe es casi la única que se divierte con este juego.

provincias mixtecas, cuyos habitantes, sabiendo anticipadamente la nube que iba á descargar sobre ellos, dejaron burlados á sus invasores, huyendo á la sierra, sin que estos lograran mas ventaja que algunos prisioneros que hicieron de los pocos que habian permanecido en sus casas.

A su regreso subyugaron á los de Quauhquechollan, que habian sacudido el yugo de Méjico, y les hicieron tres mil y doscientos prisioneros; aunque este triunfo no se logró sino con gran pérdida de la triple alianza, pues murieron cinco valientes caudillos, y habria tal vez sido mayor su descalabro si el príncipe Cuitlahuatzin no hubiera desplegado en esta ocasion su gran valor y pericia militar. Como de allí á poco se celebraron dos grandes fiestas, siendo una la de Tlacaxipehualixtli, y otra la de la dedicacion del templo de Zomolli, que fué magníficamente renovado despues del incendio ocasionado por el rayo, parece ocioso detenerse sobre la suerte que corrieron los prisioneros que condujo á Méjico el ejército de Cuitlahuatzin.

Por estos tiempos hubo tambien guerra entre los mejicanos y huexutzincas; pero debió ser de poco momento, así porque Clavigero no hace mencion de ella, como porque Torquemada, que es el que la refiere, lo hace sin detenerse mucho, y habla de solos sesenta prisioneros hechos por los mejicanos: bien que agrega que por ser huexutzincas, y siendo estos muy valientes, lo tuvieron á buena dicha.

Mas no les acompañó esta en la jornada que emprendieron el año siguiente (1508) las tropas combinadas de mejicanos, tezcocanos y tecpanecas contra la remota provincia de Amatlan. Al atravezar una serra-

nía sobrevino una furiosa nevada, acompañada de violentos uracanes, que ocasionó terrible estrago en el ejército, pues algunos de los soldados como iban casi desnudos y estaban acostumbrados á un clima suave, murieron de frio, y otros sucumbieron al peso de los árboles que arrancaba el viento, y de los peñascos que los mismos árboles precipitaban en su caida. Los que sobrevivieron á este contratiempo llegaron á Amatlan muy maltratados, y los mas de ellos encontraron allí su sepulcro, siendo muy pocos los que regresaron de esta desgraciada campaña.

Por este tiempo apareció un cometa por el rumbo del Oriente, el cual segun Torquemada puso en grande consternacion á los mejicanos. Nada extraño debe parecer esto en un pueblo tan supersticioso como ellos, cuando en otros paises mas ilustrados se ha creido con bastante generalidad que estas estrellas errantes son anuncios de mal agüero, y aun en nuestros dias en que la astronomía ha hecho tantos progresos, y se pronostica la aparicion de los cometas como la de cualquiera otro astro, vemos al vulgo imbuido en mil errores que se han ido trasmitiendo desde la mas remota antigüedad. Lo que sí debe causar sorpresa es que Clavigero, que sin duda estaba libre de estas preocupaciones, se haya dejado arrastrar de la necia ó maliciosa credulidad del comun de los historiadores, y suponga que la aparicion de este cometa fué ó pudo ser un presagio de la ruina del imperio mejicano. Oigamos como refiere el suceso: „ Moteuhzuma que era demasiado supersticioso para ver „ con indiferencia aquel fenómeno, consultó á los astró- „ logos; y no habiendo podido estos darle una respues- „ ta satisfactoria, hizo la misma consulta al rey de

„ Aculhuacan, que era muy dado á la astrología y á la „ adivinacion. Estos reyes, aunque parientes y perpe- „ tuamente aliados, no vivian en muy buena armonía „ desde que el de Aculhuacan habia mandado dar muer- „ te á su hijo Huexotzincatzin, sin dar oidos á los rue- „ gos de Moteuhzuma, que como tio de este príncipe „ habia implorado su perdon. Habia ya mucho tiempo „ que no se trataban con la frecuencia y confianza que „ ántes; pero en aquella época, *el vano terror que se apo-* „ *deró* del ánimo de Moteuhzuma lo excitó á valerse del „ saber de Nezahualpilli: así que, le rogó que pasase á „ Méjico, para tratar de aquel asunto que á uno y á „ otro era tan interesante. Condescendió con sus ruegos „ el rey de Aculhuacan, y despues de haber discurrido „ largo tiempo con Moteuhzuma, fué de opinion, *se-* „ *gun dicen los historiadores*, que el cometa anunciaba „ las futuras desgracias de aquel reino de resultas de la „ llegada de gentes extrañas. Pero no agradando tam- „ poco esta interpretacion á Moteuhzuma, lo desafió „ Nezahualpilli á jugar á la pelota, que era juego muy „ comun en aquellas gentes, y aun entre los mismos „ monarcas, y convinieron en que si el rey de Méjico „ ganaba el partido el de Aculhuacan renunciaria á su „ interpretacion, y la creeria falsa; y si ganaba este, „ aquel la adoptaria como verdadera. Insensatez verda- „ deramente ridícula de aquellos hombres, al creer de- „ pendiente la verdad de una prediccion de la destreza „ del jugador, ó de la fortuna del juego; pero ménos „ dañosa que la de los antiguos europeos, que compro- „ metian en la barbarie del duelo y en la incertidumbre „ de las armas la verdad, el honor y la inocencia. Ne- „ zahualpilli quedó vencedor en el juego, y Moteuhzu-

„ ma desconsolado por la pérdida, y por la confirma-
„ cion de tan triste vaticinio. Sin embargo, quiso
„ tentar otras vias, esperando hallar una prediccion
„ mas favorable que contrapesase la del rey de Acul-
„ huacan y la desgracia del juego. Hizo, pues, con-
„ sultar á un famosísimo astrólogo muy versado en las
„ supersticiones de la adivinacion, con la cual habia ad-
„ quirido tanta celebridad é influjo, que sin salir de su
„ casa era consultado como un oráculo por los mismos
„ reyes. Este, *sabiendo sin duda lo que habia ocurrido*
„ *entre los dos reyes,* en vez de dar una respuesta favo-
„ rable á su soberano, ó por lo ménos equívoca, como
„ hacen por lo comun tales embaucadores, confirmó la
„ funesta prediccion del tezcocano. Moteuhzuma se in-
„ dignó de tal modo con la respuesta, que en recom-
„ pensa mandó destruir la casa del infeliz adivino, que-
„ dando este sepultado en las ruinas de su santuario (1)."

Hasta aquí parece que Clavigero refiere el hecho conforme lo halló escrito en los historiadores, y sin dar crédito al supuesto vaticinio que en él se pretende fundar: ántes bien indica que se burla de él pues llama *vano terror* al de Moteuhzuma; cuando habla el anuncio de Nezahualpilli se refiere *al dicho de los historiadores,* y al tratar de la conformidad de la prediccion del astrólogo no vacila en creer que *este sabia sin duda lo ocurrido entre ambos monarcas.* Pero como á renglon seguido dice: „Estos y otros vaticinios de la ruina de

---

(1) Las diferencias que notarán los lectores en este pasage y otros que copiamos de Clavigero, si los confrontan con la traduccion castellana que corre impresa en Londres, provienen de que hemos consultado para mayor seguridad el original italiano.

„ aquel imperio se ven en las pinturas de los america„ nos, y en las historias de los españoles," y el epígrafe de este párrafo es *Presagios de la guerra de los españoles,* parece que se inclina á creer el tal vaticinio. Pero si este fué cierto, no era *vano el terror* de Moteuhzuma, sino muy fundado. Una de dos cosas creia Clavigero, ó que la aparicion del cometa anunciase la guerra de los españoles, ó que la ciencia de Nezahualpilli en la arte divinatoria fuese capaz de pronosticarla. Ni lo uno ni lo otro caben en su notorio juicio y profunda sabiduría, y admira por lo mismo que no hubiese desechado como fabulosa esta conseja del P. Torquemada, que fué de quien la copió.

Tambien tomó de este autor el pasage de la famosa resurreccion de la princesa Papantzin, cuyo suceso fué sin duda inventado por los españoles para consolidar su dominacion. Aunque es un poco largo merece trasladarse aquí por su singularidad, y para que se vea la destreza con que se manejaban los resortes de la religion para conservar á los mejicanos en la dependencia de sus conquistadores. Dice así: „Papantzin, prince„ sa mejicana y hermana de Moteuhzuma, se habia ca„ sado con el gobernador de Tlatelolco, y muerto este „ permaneció en su palacio hasta el año de 1509, en „ que murió ella tambien de enfermedad natural. Sus „ funerales se celebraron con la magnificencia corres„ pondiente al esplendor de su nacimiento, habiendo „ asistido á ellos el rey su hermano y toda la nobleza „ mejicana y Tlatelolca. Su cadáver fué sepultado en „ una cueva ó gruta subterranea que habia en el jardin „ del mismo palacio, cerca de un estanque donde ella „ solia bañarse, y la entrada se cerró con una piedra

„ de poco peso. El dia siguiente le dió gana á una niña „ de cinco ó seis años de pasar de la habitacion de su ma- „ dre á la del mayordomo de la difunta, que estaba ade- „ lante del jardin, y en su tránsito vió á la princesa sen- „ tada en los escalones del estanque, y oyó que la llama- „ ba con la palabra *Cocoton*, de la cual usan los meji- „ canos para hablar cariñosamente á los niños. La mu- „ chachita que no era capaz por su edad de reflexionar „ sobre la muerte de la princesa, y pareciéndole que „ iba á bañarse como acostumbraba, se acercó sin te- „ mor, y la princesa la envió á llamar á la muger del „ mayordomo. Así lo hizo: mas esta muger, sonrién- „ dose y haciéndole cariños, le dijo: *Hija mia, Pa-* „ *pantzin ha muerto y ayer la hemos enterrado.* Pero „ como la niña instaba, y aun la tiraba del huepilli, ó „ sea camisa mugeril, ella, mas bien por complacerla „ que porque creyese lo que le decia la siguió; mas apé- „ nas llegó á presencia de la princesa, se horrorizó de „ tal suerte, que cayó al suelo sin sentido. La niña „ avisó á su madre, y esta acompañada de otras dos „ mugeres acudió al socorro de la del mayordomo, pe- „ ro al ver á la princesa quedaron tan despavoridas, que „ se habrian desmayado si ella misma no les hubie- „ se hecho cobrar aliento, asegurándoles que estaba vi- „ va. Les mandó que llamasen al mayordomo, y á es- „ te le dijo que fuese á dar noticia de lo ocurrido al rey „ su hermano; mas él no se atrevió á hacerlo, temien- „ do que Moteuhzuma lo tuviese á fábula, y sin exami- „ nar el caso lo castigase como embustero con su acos- „ tumbrada severidad. *Id, pues, á Tezcoco*, le dijo la „ princesa, *y suplicad á mi nombre a Nezahualpilli que* „ *venga á verme.* Obedeció el mayordomo, y el rey

„ vino inmediatamente á Tlatelolco, hallando á la prin-
„ cesa en una pieza del palacio á donde habia entrado.
„ Saludóla lleno de asombro, y ella le rogó que pasase
„ á Méjico, y dijese al rey su hermano que estaba viva,
„ y que deseaba verlo para comunicarle cosas de gran-
„ de importancia. Llegado el rey á Méjico, apénas
„ podia creer Moteuhzuma lo que le referia. Sin em-
„ bargo, por no faltar al respeto debido á un mensage-
„ ro tan autorizado, fué con él y con muchos nobles á
„ Tlatelolco, y entrando en la sala donde estaba la prin-
„ cesa, le preguntó si era su hermana. *Soy, señor*, le
„ dijo ella, *vuestra hermana Papantzin, á quien habeis*
„ *enterrado ayer. Estoy realmente viva, y quiero ma-*
„ *nifestaros lo que he visto porque os importa.* Dicho
„ esto se sentaron los dos reyes, y los demas permane-
„ cieron en pie, maravillados de lo que veian."

„Entónces la princesa continuó hablando así: Des-
„ pues que perdí la vida, ó si esto no os parece creible,
„ despues que quedé privada de sentido y movimiento,
„ me hallé repentinamente en una dilatada llanura, á la
„ que no se descubria fin por ningun lado. Enmedio
„ de ella observé un camino que se dividia en varios sen-
„ deros, y por un lado corria un caudaloso rio, cuyas
„ aguas hacian un ruido espantoso, y queriendo echar-
„ me á él para pasar nadando á la orilla opuesta, se me
„ presentó un hermoso jóven, de gallarda estatura, ves-
„ tido con un ropage largo, blanco como la nieve, y
„ resplandeciente como el sol, con dos alas de hermo-
„ sas plumas, que tenia en la frente esta señal (al decir
„ esto la princesa hizo con los dedos la señal de la cruz),
„ y tomándome la mano me dijo: *Detente, que todavía*
„ *no es tiempo de pasar este rio. Dios te ama mucho*,

„ *aunque tú no lo conoces.* Despues me condujo á lo
„ largo del rio, en cuyas ondas ví muchísimos cráneos
„ humanos y osamentas, y oí gemidos tan lastimeros,
„ que me movieron á compasion. Volviendo despues la
„ vista al rio vi de repente algunas canoas grandes, y en
„ ellas á ciertos hombres de color y vestido muy diverso
„ del nuestro. Eran blancos y barbados, y llevaban estan-
„ dartes en las manos, y yelmos en la cabeza. *Dios*,
„ me dijo entónces el jóven, *quiere que vivas, para que*
„ *des testimonio de las revoluciones que van á sobrevenir*
„ *en estos reinos. Los gemidos que oiste entre aquellas*
„ *osamentas son de las almas de tus antepasados, que*
„ *están y estarán siempre atormentados por sus delitos.*
„ *Esos hombres que ves venir en las canoas son los que*
„ *á fuerza de armas se han de hacer dueños de estos rei-*
„ *nos, y con ellos vendrá tambien la noticia del verda-*
„ *dero Dios, creador del cielo y de la tierra. Luego*
„ *que la guerra se concluya, y se promulgue el baño con*
„ *que se borran los pecados, tú serás la primera que lo*
„ *reciba y guie con su ejemplo á tus compatriotas.* Di-
„ cho esto desapareció el jóven, y yo me encontré res-
„ tituida á la vida: me levanté del lugar en que yacia,
„ levanté la piedra del sepulcro, y salí al jardin, don-
„ de me encontraron mis domésticos."

„Quedó Moteuhzuma atónito al oir este razonamiento, y turbada su mente con un tropel de funestas ideas, se levantó, y se dirigió inmediatamente á uno de sus palacios, que estaba destinado para los tiempos de duelo, sin hablar á su hermana, ni al rey de Tezcoco, ni á ninguno de los que lo acompañaban; aunque algunos aduladores para tranquilizarlo procuraron persuadirle que la enfermedad que habia pade-

„ cido la princesa le habia trastornado el cerebro. No
„ quiso volver á verla, por no escuchar otra vez los me-
„ lancólicos presagios de la ruina de su imperio; y ella
„ vivió despues muchos años, entregada al retiro y á la
„ abstinencia. Fué la primera que en el año de 1524
„ recibió en Tlatelolco el sagrado bautismo, y desde
„ entónces se llamó Doña Maria Papantzin. En los
„ años que sobrevivió á su regeneracion fué un perfecto
„ modelo de virtud cristiana, y su muerte correspondió
„ á su vida y á su maravillosa vocacion al cristianismo."

Hasta aquí Clavigero, quien para dar mas fe á esta relacion, dice, ó mas bien, repite con Torquemada, que se envió un testimonio jurídico á la corte de España del suceso, y que se halla ademas representado en algunas pinturas mejicanas. Mas todas las apriencias son de que los españoles lo inventaron, para hacer intervenir al cielo en su injusta usurpacion.

La resurreccion de una princesa tan allegada á los dos monarcas mas poderosos de Anáhuac es un acontecimiento tan notable, que ninguno de los historiadores antiguos debia ignorarlo, mucho mas constando como se supone de documentos fehacientes, y hallándose consignado en las pinturas históricas de los mejicanos. Sin embargo D. Fernando de Alba Ixtlixochitl guarda sobre él un profundo silencio, cuando debia mencionarlo expresamente, ó por lo ménos indicarlo.

Este laborioso indígena (1) que escribió una relacion sobre la *Venida de los españoles*, y que „hizo constar (son palabras de Clavigero) la conformidad de sus

(1) Nació por los años de 1570, cuando debia estar muy fresca la memoria de un suceso tan estupendo.

narraciones con las pinturas históricas que habia heredado de sus antepasados" al hablar del bautismo de Papantzin, se explica de una manera que, si no contradice, hace por lo ménos muy dudoso el hecho de que se trata. He aquí sus palabras: „Esta reina (habla de la madre de Ixtlixochitl, rey de Tezcoco, á quien este amenazó con que la quemaria viva si no se queria bautizar) que fué la primera que se bautizó (esto es, de las mugeres, porque ya lo habian sido el rey y ocho hermanos suyos) se llamó Doña Maria. Fué su padrino Cortes, y tras ella Papantzin, muger que fué del gobernador de Tlatelolco, y que la tenia Ixtlilxochitl por muger legítima: llamóse Doña Beatriz: todo lo hizo á contemplacion de Cortes, que fué su padrino, por ser muger de su íntimo y leal amigo."

Si la resurreccion de Papantzin hubiera sido cierta, no habria dejado de indicarla en este lugar un escritor como Ixtlilxochitl, descendiente de los reyes de Tezcoco, con quienes estaba ella enlazada. Pero no solo no hace indicacion alguna del hecho, sino que al decir que lo hizo todo á contemplacion de Cortes pudiera inferirse que, si no fué obligada por la violencia á abrazar el bautismo, como su suegra, lo hizo al ménos por condescender con el amigo de su marido, y no lo pidió con aquel fervor ansioso que la habria animado para realizar el anuncio del ángel, de que seria la primera que debia recibirlo, y que guiaria con su ejemplo a sus compatriotas. Mas dejando á un lado toda congetura, bastará notar que la relacion de Ixtlixochitl difiere de la de Clavigero en todas las circunstancias relativas al bautismo y al género de vida de la princesa: pues segun él, no fué la primera que se bautizó; no se bautizó

en Tlatelolco, sino en Tezcoco: no se le puso por nombre Doña Maria, sino Doña Beatriz: ni se mantuvo en aquel retiro y abstinencia que asegura Clavigero, pues pasó á segundas nupcias; y aúnque este estado no es incompatible con las virtudes cristianas, no se aviene muy bien con las austeridades de una vida como la que se supone haber abrazado Papantzin, particularmente tratándose de la muger de un príncipe, colocada por su mismo estado entre el regalo y el bullicio. ¿Y no es por otro lado muy notable la resistencia de la madre de Ixtlixochitl para recibir el bautismo? ¿Habria sido necesario que su hijo la amenazara con la hoguera, si Papantzin hubiera tenido la vision que se supone? ¿Quien mas á proposito que esta para convencerla de que en ello se interesaba su eterna felicidad? Pero ni habia necesidad de tal convencimiento. El suceso de Papantzin, que habia sido tan público, debia serlo mucho mas entre las personas de su familia: su suegra se lo habria oido referir muchas veces; y cuando no participara del mismo entusiasmo que ella para ser de las primeras que corriesen á la fuente de su regeneracion, que era lo mas natural atendido el ardor con que su sexo se impresiona de las ideas religiosas, por lo ménos no hubiera manifestado tanta repugnancia, sino que se habria conducido como quien se halla en estado de incertidumbre, y tiene algunos motivos para creer que puede ser ventajoso el partido que se le propone.

Mucho mas reciente debia estar la memoria de este suceso en tiempo del P. Sahagun, el cual vino de España el año de 1529, es decir, ocho años despues de la conquista, y vivió hasta el de 1590, consagrado al estudio de nuestras antigüedades, y conferenciando

siempre con los indios mas instruidos en ellas. Sin embargo, este docto religioso parece haber ignorado enteramente la anécdota de Papantzin, pues aunque en su historia general (lib. 8, cap. 1) habla de la resurreccion de una muger que predijo á Moteuhzuma el fin de su imperio, su relacion difiere tanto de la de Clavigero en las demas circunstancias, que no es posible atribuir el suceso á una misma persona. Dice así: „Acaeció otra señal en este tiempo de Mocthecuzoma, que una muger de Méjico *Tenuchtitlan*, murió de una enfermedad, que fué enterrada en el patio, y encima de su sepultura pusieron una piedra; la cual resucitó despues de cuatro dias de su muerte, de noche, con grande miedo y espanto de los que se hallaron allí, porque se abrió la sepultura, y las piedras derramáronse léjos; y la dicha muger que resucitó fué á casa de Mocthecuzoma, y le contó todo lo que habia visto, y le dijo: La causa porque he resucitado es para decirte que en tu tiempo se acabará el señorío de Méjico, y tú eres último señor, porque vienen otras gentes y ellas tomarán el señorío de la tierra y poblarán á Méjico. Y la dicha muger que resucitó, despues vivió otros veinte y un años, y parió otro hijo."

Se ve claramente que la muger de que aquí se trata era una muger comun, y no una hermana del emperador Moteuhzuma, cuya circunstancia era muy notable para que la hubiera omitido el historiador; que resucitó no al dia siguiente, sino pasados cuatro; que fué enterrada en un patio, y no en un jardin; que resucitó de diversa manera que Papantzin, esto es, de noche y arrojando léjos del sepulcro las piedras que lo cubrian; que no mandó llamar á Moteuhzuma, sino

que fué á su casa á contarle lo que habia visto; y en fin que habiendo vivido veinte y un años, parió otro hijo, lo que prueba que tenia ántes alguno, circunstancia que ni se refiere de Papantzin, ni se concilia con la vida contemplativa y dada á la abstinencia en que se supone haber vivido. Mas lo que persuade hasta la evidencia que la persona de que aquí se trata no debe confundirse con Papantzin es que vivió veinte y un años despues de su resurreccion, y suponiéndose que la de la princesa se verificó en 1509, segun lo afirma Clavigero, se deduce que, si fueran una misma estas dos mugeres, el año de 1529 en que vino el P. Sahagun vivia aun la princesa; que debió por lo mismo conocerla, ó cuando ménos asistir á su entierro que harian los PP. franciscanos con la pompa correspondiente á su elevada clase, y á la celebridad de su nombre; ó cuando nada de esto hubiese sucedido, habria sin duda llegado á su noticia la singular historia que se le atribuye, y habria hecho mencion de la princesa en el pasage que se ha copiado. Mas para nada toma en boca el nombre de Papantzin, ni en él, ni en el cap. 6 del mismo libro, en que refiere muy circunstanciadamente las señales y pronósticos que hubo de la venida de los españoles diez años ántes de que llegaran, ni en el cap. 1.° de su *Historia de la conquista*, en que trata de esta misma materia. ¿Y no prueba todo esto que en tiempo del P. Sahagun, esto es, en mas de medio siglo corrido despues de la conquista, pues vivió como se ha dicho hasta el año de 1590, se ignoraba un suceso tan ruidoso?

Boturini en la pág. 27 del catálogo de su museo habla de esta resurreccion, pero la atribuye á una her-

mana de Catzontzin, rey de Michuacan: lo que manifiesta que el suceso es tan dudoso, que no están de acuerdo los escritores sobre la persona á quien aconteció, así como no lo están en otras circunstancias. En Boturini la resurreccion fue al cabo de cuatro dias, y á la sazon en que los españoles se hallaban sitiando á Méjico, sin que la princesa hubiera tenido vision alguna, pero sí el rey su hermano, á quien le pronosticó que el dia de la feria veria, como vió, por los aires á un mancebo con una luz en la una mano y una espada en la otra. Clavigero haciéndose cargo de este pasage desprecia la autoridad de Boturini, como de un escritor que adoptó muchas fábulas. Así debió en efecto sucederle, siendo extrangero; mas no habiendo fundamento para decir que él las inventase, se debe creer que la especie de que tratamos llegó á su noticia como él la refiere, y por consiguiente que no hay en la supuesta resurreccion aquella conformidad de testimonios que es necesaria para hacer creible un suceso tan prodigioso.

CAPITULO XIII.

Se indican otros sucesos referidos por los historiadores, como presagios de la ruina de los mejicanos. Nuevas expediciones de Moteuhzuma, y ereccion de un nuevo altar para los sacrificios.

Aunque nos hallamos muy distantes de dar crédito á todos los acontecimientos que se refieren como sucedidos por estos tiempos, y mucho mas de considerarlos como indicios de la próxima ruina del imperio meji-

cano, como lo hace el comun de los historiadores, nos ha parecido que debiamos indicarlos aquí brevemente, dejando al buen juicio de los lectores en libertad para que formen de ellos el concepto que merezcan.

Uno de ellos es el incendio de las torres del templo mayor, que en sí no tendria nada de extraordinario, porque eran de madera, si no se pretendiera revestir de otras circunstancias, pues se dice que se verificó en una noche serena, y sin que jamas se hubiera podido averiguar su causa. Este incendio tuvo lugar el año de 1510.

Antes de este accidente se dice que las aguas de la laguna se agitaron con tanta violencia, que arruinaron muchas casas de la ciudad, sin que precediera viento, terremoto, ú otra causa natural á que se pudiera atribuir este raro fenómeno.

Se supone tambien que el año siguiente al incendio aparecieron en el aire hombres armados que combatian entre sí y se mataban. Que se vió igualmente en el aire un gran pájaro con cabeza de hombre. Que traian á Moteuhzuma de diferentes partes mostruos de horrendas figuras, que en breve desaparecian de su presencia. Que cayó junto al templo mayor una gran columna de piedra, sin que se supiese de donde habia venido. Y dándose por sentado que todos estos eran presagios de la venida de los españoles, se quiere tambien que lo fuesen hasta los terremotos y otros fenómenos naturales, como las grandes lluvias, las tempestades &c.

Torquemada asegura que Nezahualpilli estaba tan impresionado de estos anuncios funestos, que habiéndose introducido en su palacio una liebre del campo que querian matar sus criados, se los prohibió diciéndoles

que de esta manera vendrian gentes extrañas, que penetrarian hasta el interior de Anáhuac, sin resistencia de sus moradores.

Moteuhzuma sin embargo parece que no hacia mucho caso de tales pronósticos, pues continuaba con el mismo ardor sus belicosas empresas, aunque algunos dicen que esto lo hacia para disipar las tristes ideas que aquellos le causaban. Así es que en el año de 1508 fueron muchas las expediciones que hicieron sus ejércitos; pero las principales fueron las de Tlaxcala, Huexutzinco, Atlixco, Icpactepec y Malinaltepec. Aunque en todas ellas triunfaron los mejicanos, haciendo mas de cinco mil prisioneros, perdieron algunos gefes de reputacion, particularmente en la de Atlixco, en la cual murieron cinco.

En los años siguientes hasta el de 1512 hizo guerra Moteuhzuma á los de Xochitepec, que habian sacudido el yugo; á los yopitzincas, que intentaron hacer lo mismo asesinando ántes á la guarnicion mejicana que habia en Tlacotepec, pero descubierta á tiempo la conjuracion fueron severamente castigados; á los de Tlachquiauhco, cuyo pueblo asolaron trayendo preso á su caudillo Malinal; á los de Nopallan, en donde murieron muchos mejicanos, entre ellos veinte gefes: á los huaxtecas de Quetzalapan, en donde perdieron tambien alguna gente; y en fin á los de Cihuapohualoyan y Cuezcomaixtlahuacan, habiendo destruido á los primeros, pues los segundos se les escaparon, y se hicieron fuertes en Quetzaltepec.

Mientras se hacian estas expediciones se celebraban en Méjico tres grandes fiestas, y se derramaba en abundancia la sangre de los prisioneros. Estas fiestas

fueron las de la dedicacion de los templos de Tlamatcinco y Quaximalco, y el estreno del nuevo altar ó piedra para los sacrificios. La conduccion de esta piedra ha dado tambien motivo á algunos historiadores para tejer varias fábulas ridículas, suponiendo que no se dejaba traer, y que á los que la conducian les repetia frecuentemente estas palabras: *No me lleveis*; que a cada paso se hacia mas pesada, y que al llegar á un puente dijo: *Hasta aquí no mas*, y se hundió en la acequia. Moteuhzuma dió órden de que la sacaran; mas no pudieron encontrarla sin embargo de su gran volumen, y fué á resultar al mismo lugar de donde la habian tomado.

Mas lo único que parece creible es lo que asientan Clavigero y Torquemada, á saber, que pareciendo á Moteuhzuma demasiado pequeño el altar de los sacrificios, y poco correspondiente á la magnificencia del templo, mandó buscar una piedra de desmesurada grandeza, la cual fué hallada en Tenanitlan junto al pueblo de Coyohuacan. Despues de haberla hecho pulir y labrar primorosamente, mandó que se trajese á Méjico con gran solemnidad, á lo cual concurrieron muchas gentes de la comarca, haciendo por el camino sacrificios de varias clases, y otras supersticiosas ceremonias. Mas al pasar por un puente de madera, que habia en el barrio de Xoloco sobre la acequia que lo separaba de la ciudad, sin embargo de haberlo reforzado para aquel objeto, se rompieron las bigas con el enorme peso de la piedra, y cayó esta al agua, arrastrando á varias personas, entre ellas al gran sacerdote que la venia incensando. La sacaron de allí con bastante trabajo, y la llevaron al templo, donde se estrenó con el sacrificio

de todos los prisioneros que se habian reservado para esta fiesta. Dícese que en ella, y en la dedicacion de los dos templos arriba mencionados, se inmolaron doce mil doscientas diez víctimas. Moteuhzuma convocó para esta funcion á todos los magnates de los tres reinos, y gastó un tesoro inmenso en obsequiarlos, habiéndoles dado joyas y otros regalos, de cuya munificencia participaron tambien los que no eran nobles, pues á todos agasajó segun su esfera, dejándolos muy contentos.

Por estos tiempos se refiere que habiendo ido los recaudadores de Moteuhzuma á recoger los tributos de la provincia de Cuetlachtlan, no solo se negaron los habitantes á satisfacerlos, sino que se propasaron á insultar y dar muerte á los recaudadores. Se supone que este atentado lo cometieron, persuadidos de que el reinado de Moteuhzuma se hallaba próximo á su fin, y confiados por lo mismo en que quedaria impune; y aunque es probable que el monarca no dejaria de escarmentarlos como merecian, Torquemada dice que efectivamente no tomó providencia alguna por entónces. Es digno de risa lo que tambien refiere este historiador sobre el motivo que tuvieron los cuetlachtecas para creer tan cercano el fin del imperio de Moteuhznma, y fué que unos hechiceros, de los muchos que habia entre ellos, vieron en el fondo de un pozo donde adivinaban lo futuro á unos hombres barbados, armados y montados á caballo, y que detras de ellos iban varios mejicanos, cargados con huacales y otros instrumentos de servicio. De aquí infirieron que aquellos hombres eran los que habian de avasallarlos dentro de muy breve tiempo.

Despues de las fiestas referidas hicieron los mejicanos una expedicion á las remotísimas provincias de Hon-

duras, Nicaragua y Vera Paz. Los habitantes de Nicaragua fueron los que mas resistencia hicieron; pues habiendo formado una division respetable con ayuda de los pueblos vecinos, salieron al encuentro de los mejicanos, y les enviaron sus embajadores intimándoles que se retirasen, y manifestándoles que estaban dispuestos á morir en defensa de su libertad. Los mejicanos, engreidos con su fortuna, despreciaron este aviso, y acometieron á los nicaraguas, los cuales hicieron una résistencia tan vigorosa que aquellos tuvieron que retroceder á los puestos que ántes ocupaban, dejando muchos muertos en el campo de batalla. Despues de este reves discurrieron el modo de conseguir con ardides lo que no habian podido lograr por medio de la fuerza; y fingiendo que querian vivir en paz con los nicaraguas, y que su único objeto era pasar por su territorio para continuar su expedicion á otras tierras, les pidieron bagages, pretextando que se hallaban escasos de gente, por los encuentros que habian tenido con ellos y los demas pueblos con quienes se habian visto en precision de combatir. Los nicaraguas sin sospechar cuales eran las intenciones de sus enemigos, les aprontaron una multitud de hombres para que les ayudasen á conducir las municiones de boca y guerra, y cuando los mejicanos los vieron debilitados con la falta de esta gente, despues de haberla despachado con la vanguardia, se echaron repentinamente sobre las poblaciones indefensas, cuyos moradores se hallaban muy descuidados, no esperando semejante perfidia. Dice Torquemada que de resultas de esta expedicion quedaron dichas provincias tributarias de Méjico; pero si esto es cierto, se debe creer que durarian muy poco tiempo bajo la dependencia de Mo-

teuhzuma; porque cuando vinieron los españoles no pertenecian al imperio, siendo muy probable que por la gran distancia á que se hallaban tuviesen mas facilidad que otros paises de substraerse á su dominacion.

CAPITULO XIV.

Muere Nezahualpilli rey de Aculhuacan, y su reino se divide. Ultimas expediciones de los mejicanos.

Cuarenta y cinco años habia que Nezahualpilli gobernaba sus estados en pacífica posesion, cuando, ó cansado del gobierno, ó conociendo que se acercaba su fin, dejó encargados del mando á dos de los príncipes, y se retiró á uno de los palacios que tenia en Tezcotzinco, en compañía de su favorita Xocotzin y de algunos criados, dando órden á sus hijos de que no saliesen de la corte, y que esperasen en ella sus ulteriores disposiciones. Seis meses permaneció allí entregado al ejercicio de la caza, y ocupándose de noche en la observacion de las estrellas, para lo cual habia mandado construir en la azotea del palacio un pequeño observatorio, que se conservó muchos años despues de la venida de los españoles, y que alcanzó todavía Torquemada (1). Allí observaba el curso de los astros, y conferenciaba sobre sus dudas con los inteligentes en la astronomía, cuyo estudio fué tenido en mucho aprecio entre aque-

(1) Véase la descripcion que hace de él en el cap. LXIV del lib. 2, tom. 1, pág. 188.

llos pueblos, estimulados sin duda por el ejemplo de los reyes que con tanto ardor lo cultivaban.

Pasados estos seis meses, regresó á la corte, ordenó á su querida Xocotzin que se retirase al palacio de Tecpilpan con sus hijos, y él se encerró en el de su ordinaria residencia, sin dejarse ver mas que de algunos pocos confidentes, para poder ocultar su muerte como lo habia hecho su padre: y en efecto nunca se pudo averiguar ni el dia en que se verificó, ni las demas circunstancias que la acompañaron; y lo que únicamente se sabe es que acaeció el año de 1516, y que ántes de morir dejó ordenado á sus confidentes que quemasen en secreto su cadáver. De aquí se originó que el vulgo, y no pocos nobles, se persuadieron de que no habia muerto, sino que se habia ido al reino de Amaquemecan, cuna de sus antepasados, como lo habia anunciado varias veces.

Este rey fué muy parecido á su padre Nezahualcoyotl, y así es que tenia las mismas opiniones que él en materias de religion, y despreciaba en su interior el culto de los ídolos, aunque en lo exterior aparentaba hallarse conforme con las ideas del pueblo. Lo imitó igualmente en su celo por la observancia de las leyes, y en la severidad con que castigaba sus infracciones; y así como de aquel se refiere que condenó á muerte á cuatro de sus hijos por incestuosos, se dice que Nezahualpilli hizo lo mismo con uno de los suyos, llamado Huexotzincatzin. Fué el caso que habia una ley que prohibia so pena de muerte decir palabras obscenas en el palacio del rey. Violó Huexotzincatzin esta ley, y lo supo su padre por una de sus concubinas á quien fueron dirigidas, mas bien por un efecto de inconsideracion

del jóven príncipe, que con designio de quebrantarla. Se informó el rey de que el lance hàbia ocurrido en presencia de los ayos del príncipe, y habiéndose retirado á una pieza del palacio destinada para los tiempos de luto, hizo comparecer á los testigos para examinarlos. Los ayos, temiendo por una parte el severo castigo que les amenazaba si ocultaban la verdad, é interesados por otra en salvar al príncipe, cuya buena índole y virtuoso corazon se traslucia desde su tierna edad, procuraron excusarlo cuanto pudieron, manifestando que no habia conocido á la persona á quien hablaba, ni las expresiones eran obscenas. Sin embargo de esta manifestacion, y de ser este príncipe el que mas amaba Nezahualpilli, por ser el primero que tuvo de su favorita Xocotzin, mandó inmediatamente que lo encerrasen en una prision, y aquel mismo dia pronunció su sentencia de muerte.

La consternacion que se derramó en toda la ciudad por este rigor excesivo fué tan grande que los nobles, y aun el mismo Moteuhzuma, acudieron al monarca, interponiendo sus súplicas para que lo perdonase; y á pesar de ellas, y de que la misma madre del príncipe se le presentó llorando, confiada en el grande amor que le tenia, y acompañada de sus otros hijos para moverlo mas á piedad, nada fué bastante á hacer que triunfasen en su alma los sentimientos de la naturaleza. „Mi hi-„jo, decia, ha violado la ley. Si le perdono, se dirá „que las leyes no fueron hechas para todos; y quiero „que mis súbditos estén entendidos de que á ninguno se „le perdonará su transgresion, pues no la perdono al „hijo que mas amo.” La reina penetrada de dolor, mirando que nada podia ablandarlo, le dijo despecha-

da: „Pues por tan leve motivo habeis desterrado de „ vuestro corazon todos los afectos de padre y de espo- „ so, y quereis ser el verdugo de vuestro propio hijo, „ dadme á mí tambien la muerte, y á estos tiernos prín- „ cipes que os he dado.” Nezahualpilli entónces, re- vistiéndose de la gravedad de monarca, le mandó que se retirase, pues no habia remedio. Así lo verificó ella, yéndose á su aposento muy desconsolada, donde en compañía de algunas señoras que fueron á consolarla se entregó á su dolor. Entretanto los que estaban en- cargados del suplicio del príncipe lo iban difiriendo, pa- ra dar tiempo á que entibiado el celo por la justicia, diese lugar al amor paterno y á la clemencia; pero pe- netrando su intencion el rey, mandó que se ejecutase inmediatamente, como se hizo con general desconten- to de todo el reino, y grave disgusto de Moteuhzuma, quien á mas de ser pariente del príncipe, se ofendió mucho de que Nezahualpilli hubiese desairado su em- peño. Muerto él, se encerró su padre por espacio de cuarenta dias en una sala, sin dejarse ver de na- die, para dar allí rienda á su pesar, y mandó tapiar las puertas de su habitacion, para apartar de su vista cuanto fuese capaz de recordarle este suceso.

Esta excesiva severidad en el castigo de los deli- tos estaba contrapesada con la compasion que manifes- taba hácia los miserables. Habia en su palacio una ventana que daba vista á la plaza del mercado, cubier- ta con una celosia desde donde observaba sin ser visto cuanto allí pasaba; y cuando veia alguna muger mal vestida, la hacia llamar, é informándose de su vida y de sus necesidades, la proveia de todo lo que le falta- ba, sin olvidar á sus hijos si los tenia. Todos los dias

socorria en su palacio á los enfermos y á los huérfanos. En Tezcoco habia un hospital para todos aquellos que se habian inutilizado en la guerra, y allí eran mantenidos segun su clase á expensas del rey, quien les hacia frecuentes visitas para informarse de la asistencia que recibian, gastando gran parte de sus tesoros en estas obras de beneficencia.

Los historiadores aculhuas han celebrado mucho el ingenio de Nezahualpilli, pues se propuso imitar el ejemplo de su padre, así en los estudios á que se dedicó, como en el resto de su conducta, y de hecho le fué muy semejante. Puede decirse que con él acabó la gloria de los reyes chichimecas, pues no habiendo declarado cual de sus hijos debia sucederle en el trono, se excitó entre ellos la discordia, se disminuyó el esplendor de la corte, y se debilitaron las fuerzas del estado. No se saben los motivos que tuvo para no seguir el ejemplo de sus antecesores, y cometer este descuido que fué tan funesto al reino de Aculhuacan, y no ménos trascendental al de Méjico, como despues verémos.

No bien se aseguró de su muerte el consejo del rey, cuando se creyó obligado á elegir quien le sucediese, como lo hacian los mejicanos; y reunido para deliberar sobre un asunto de tanta importancia, el mas anciano y mas condecorado de los consejeros hizo presentes los gravísimos daños que podrian sobrevivir al estado, si se diferia la eleccion, manifestando que en su opinion debia recaer la corona en el príncipe Cacamatzin, quien á mas de su prudencia y valor, era el primogénito del rey difunto, habido en la primera princesa mejicana con quien se habia casado. Todos los

demas consejeros se adhirieron á este parecer, que era tan fundado y de una persona tan respetable; y los príncipes, que aguardaban en una sala inmediata la resolucion del consejo, fueron llamados para comunicarles el resultado.

Luego que entraron se dió el principal asiento á Cacamatzin, jóven de veinte y dos años, sentándose á sus lados sus hermanos Coanacotzin, que tenia veinte, é Ixtlilxochitl que no contaba mas de diez y nueve. Entónces el anciano que habia tomado la palabra se levantó, y declaró la resolucion del consejo, en la cual estaba comprometida de antemano la del reino, fundándola en el derecho de primogenitura que asistia al electo. Ixtlilxochitl, jóven ambicioso y emprendedor, se opuso diciendo que si el rey hubiese realmente muerto, sin duda habria nombrado sucesor; que el no haberlo hecho era un indicio manifiesto de que vivia; y siendo así era un atentado el nombrárselo. Los consejeros, que conocian bien el carácter de Ixtlilxochitl, no le contradijeron abiertamente, sino que pidieron á Coanacotzin dijese su parecer. Este príncipe, no solo alabó y confirmó la determinacion del consejo, sino que manifestó los inconvenientes que se seguirian de diferir su ejecucion. Ixtlilxochitl le contradijo, echándole en cara su ligereza é inconsideracion, pues abrazando aquel partido favorecia los designios de Moteuhzuma, que era muy amigo de Cacamatzin, y procuraba colocarlo en el trono esperando tener en él un rey de cera, á quien pudiese manejar á su arbitrio. Coanacotzin le replicó entónces: „No es prudencia, „ hermano mio, oponerse á una resolucion tan justa y „ sábia. ¿No adviertes que aun cuando Cacamatzin

„ no fuese rey, la corona no te pertenecia á tí, sino „ á mí?" „Es cierto, dijo Ixtlilxochitl, si para la su„cesion no se considera otro derecho que la edad; „ pero si se prefiere, como es justo, el valor, la co„rona me corresponde á mí solo." Los consejeros, mirando que se iba encendiendo la cólera de los príncipes, les impusieron silencio, y disolvieron la reunion.

Entónces los dos competidores se dirigieron á su madre Xocotzin, para continuar la disputa en su presencia, y Cacamatzin, acompañado de muchos nobles, pasó inmediatamente á Méjico, y dando cuenta á Moteuhzuma de todo lo que habia pasado, este, que ademas del amor que le tenia, conocia la legitimidad de sus derechos, y que estos se hallaban sancionados por el consentimiento de la nacion, le aconsejó que ante todas cosas pusiese en salvo el tesoro real, y le prometió que interpondria su mediacion con el hermano descontento, y aun emplearia en su favor las armas, si no bastaban las negociaciones, para ponerlo en pacífica posesion del trono.

Luego que Ixtlilxochitl supo la salida de Cacamatzin, previendo las consecuencias de su visita á Moteuhzuma, dejó la corte con todos sus partidarios, y se fué á los estados que sus ayos tenian en la sierra de Mextitlan, de lo cual dió Coanacotzin pronto aviso á Cacamatzin, para que sin tardanza se volviese á Tezcoco, y se aprovechase de una ocasion tan oportuna para coronarse. Cacamatzin adoptó el saludable consejo de su hermano, y volvió en compañía de Cuitlahuatzin, hermano de Moteuhzuma, señor de Iztapalapan, y de otros muchos nobles mejicanos. Cuitlahuatzin sin perder tiempo convocó á la nobleza tezcocana

en el Huecitecpan, que era el palacio principal de los reyes de Aculhuacan, y le presentó á Cacamatzin para que lo reconociese como á legítimo soberano. Así lo hicieron todos, sin embargo de que en su ausencia habian manifestado algunos frialdad, ó por ser amigos de Ixtlilxochitl, ó porque temian á su génio emprendedor y belicoso, diciendo que convenia allanar por vias conciliatorias á este príncipe, para que todo se hiciese en buena armonía. Mas con la venida de Cuitlahuatzin todos se prestaron al reconocimiento, como que veian en él tan interesado á Moteuhzuma, y quedó fijado el dia para la solemnidad de la coronacion; pero esta se suspendió, por las noticias que llegaron de que el príncipe Ixtlilxochitl bajaba de la sierra de Meztitlan, al frente de un gran ejército.

Este inquieto jóven, luego que llegó á Meztitlan, convocó á todos los señores de la provincia, y les participó su designio de oponerse á la eleccion de su hermano, bajo el pretexto de que así lo exigia el honor y la libertad de las naciones chichimeca y aculhua, siendo cosa indigna y peligrosa someterse á un rey tan flexible á la voluntad de Moteuhzuma; pues olvidados los mejicanos de cuanto debian á los aculhuas, querian aumentar sus inicuas usurpaciones, y él se hallaba resuelto á emplear todo el valor que Dios le habia dado no solo por defender á su patria de la tiranía de Moteuhzuma, sino aun para recobrar algunos terrenos que su padre Nezahualpilli habia dado al rey Ahuizotl, y por los cuales debian pagar los mejicanos cierto feudo, con que ya no acudian desde que Moteuhzuma era emperador. Con semejantes razones, que probablemente le sugirieron sus ayos, enardeció de tal

suerte los ánimos de aquellos señores, que todos se ofrecieron á ayudarlo con sus fuerzas, y en efecto levantaron tantas tropas, que cuando el príncipe bajó de la sierra y llegó á Tulancingo montaba su ejército, segun dicen, á mas de cien mil hombres. En todos los lugares por donde transitaba era bien recibido, ya porque en unos inspiraba miedo con su poder, ya por que en otros habia disposiciones para favorecer sus designios. Llegado á Tepeapulco mandó una embajada á los de Otompan, previniéndoles que le reconociesen y le prestasen obediencia como á su propio rey; pero ellos respondieron que muerto Nezahualpilli no podian reconocer á otro que á Cacamatzin, el cual lo habia sido pacíficamente en la corte, y se hallaba en posesion del reino de Aculhuacan. Esta respuesta irritó á Ixtlilxochitl, y marchó inmediatamente contra aquella ciudad. Los otompanecas le salieron al encuentro en órden de batalla, y aunque hicieron alguna resistencia, fueron vencidos, y el príncipe se apoderó de la ciudad, habiéndosele facilitado esta victoria por haber muerto en el combate el mismo señor de Otompan.

La noticia de este suceso puso en gran inquietud á Cacamatzin y á toda la corte, y temiendo que el príncipe se adelantase á atacar la capital procuró fortificarse en ella; pero este se contentó con verse respetado y temido, y no solo no se movió de Otompan, sino que envió algunas pequeñas partidas de tropa á los caminos, con órden de que no molestasen á nadie, de que no impidiesen el paso á los particulares que transitasen de la capital á cualquiera otro punto, y aun de que obsequiasen á las personas de primer rango que pasáran por ellos. No por esto se descuidó de estable-

cer fuertes guarniciones en Aculman, Chiconauhtlan, Tzompanco y Huehuetocan, que eran los puntos por donde los mejicanos y tezcocanos podian atacarlo.

Viendo Cacamatzin las fuerzas y la resolucion de su hermano, y considerando que era ménos malo sacrificar una parte, aunque considerable, del reino, que perderlo todo, le dirigió con anuencia de Coanacotzin una embajada, proponiéndole que se conservase en el dominio de todo el territorio comprendido en la sierra, y que él se contentaba con el de la corte y demas estados de la llanura. Le manifestaba tambien que pensaba dividir con Coanacotzin las rentas de la corona, y le rogaba en fin que abandonase cualquiera otra pretension, y no continuase turbando la tranquilidad del reino, pues de esta manera se fomentaria en él la division, y si Moteuhzuma abrigaba los proyectos ambiciosos que él le atribuia, le seria mas fácil llevarlos al cabo. Que por lo mismo de él dependia que el imperio de Aculhuacan no llegase á ser tributario de los mejicanos.

Fueron con esta embajada dos personages de la sangre real, á quienes Ixtlilxochitl miraba con mucho respeto, aunque los historiadores callan sus nombres; y sea por esta razon, ó porque efectivamente fuesen sinceros los motivos que alegaba el príncipe para su alzamiento, ó en fin porque la solidez de las razones que se le manifestaban no le dejaban pretesto para llevar adelante sus miras, Ixtlilxochitl, despues de haber recibido muy bien á los embajadores, les dijo: „En verdad, „ señores, que mis hermanos son libres para hacer lo „ que mas gusto les diere, y pueden estar seguros de „ que yo no haré oposicion alguna, ni emprenderé na-

„ da que pueda perjudicarlos. Mi único fin ha sido „ atajar el mal que podia sobrevenirles, porque siempre „ he estado en la firme inteligencia de que nuestro tio „ Moteuhzuma ha de pretender sojuzgar á los aculhuas. „ ¿Ignoran por ventura mis hermanos la arrogancia con „ que ha dicho algunas veces que él es rey de reyes, y „ el desden con que solia recibir los dictámenes de nues- „ tro padre Nezahualpilli, hasta mandarle decir en cier- „ ta ocasion que no tenia derecho para ingerirse en los „ negocios, pues ya era otro tiempo, y que á él solo „ le tocaba determinarlos? ¿Ignoran la pesadumbre que „ recibió entónces Nezahualpilli, y que se retiró por „ algun tiempo del gobierno para divagarse en el cam- „ po, donde permaneció una temporada, devorando en „ su interior la pena que le causaba la altanería de Mo- „ teuhzuma, y la consideracion de las guerras y desas- „ tres que anunciaba tan extraña respuesta? Me acuer- „ do que cuando lo oia yo lamentarse de esto, me sen- „ tia con impulsos, á pesar de mi poca edad, de mar- „ char á Méjico al frente de los aculhuas, y hacer una „ guerra de muerte á ese ingrato rey, que debió su „ exaltacion á Nezahualpilli (1). Esto es notorio á to- „ dos, y no lo es ménos que Itzcohuatl, que fué el pri- „ mer rey que tuvieron los mejicanos libre de pagar tri- „ buto, debió este favor á Nezahualcoyotl. ¿Y no se- „ ria la mayor ignominia consentir que los aculhuas re- „ cibiesen la ley de quienes eran ántes sus feudatarios? „ ¿No será este el resultado de esa ciega deferencia con

(1) Aquí se da á entender que Nezahualpilli, aunque como dijimos en el cap. IX no concurrió á la eleccion de Moteuhzuma, tuvo grande influjo en ella, lo que no debe extrañarse por las relaciones de parentezco que los unian.

„ que mis hermanos se prestan á la voluntad de Mo-
„ teuhzuma? En conclusion, repito, que ellos pueden
„ hacer lo que les pareciere, y que yo no me opondré
„ á nada: pero decidles que se guarden de las astucias
„ y asechanzas del rey de Méjico, que es el único mo-
„ tivo por el cual me he resuelto á estar siempre aper-
„ cibido á la guerra Y si ahora queda nuestro reino
„ dividido, tiempo llegará en que se reuna bajo el man-
„ do de aquel que mas lo mereciere por su valor."

No se engañó Ixtlilxochitl en la desconfianza con que miraba á Moteuhzuma, pues en efecto él fué quien puso al infeliz Cacamatzin en manos de los españoles, sin embargo del amor que le profesaba. Tambien debe decirse en honor de Ixtlilxochitl que hasta la llegada de Cortes se mantuvo fiel á sus promesas despues del convenio celebrado con sus hermanos, pues Cacamatzin poseyó en pacífica posesion el reino de Aculhuacan, aunque con la diminucion de lo que le habia cedido; y aunque mantuvo siempre sus tropas en movimiento, nunca atentó contra sus hermanos, sino contra Moteuhzuma, á quien desafió á pelear cuerpo á cuerpo en diversas ocasiones que se dejó ver con su ejército en las cercanías de Méjico. Pero este monarca, que habia perdido el brio de su juventud, y que se habia enervado con los placeres, ni se hallaba en estado de aceptar semejante desafio, ni hubiera sido prudencia entrar en combate con un enemigo, que con secretas negociaciones habia atraido á su partido una gran parte de las provincias mejicanas.

Varios fueron los encuentros que las tropas de Moteuhzuma tuvieron con las de Ixtlilxochitl, y en uno de ellos se refiere una accion bárbara cometida por este

príncipe, que da á conocer el profundo resentimiento de que estaba animado. Fué el caso que un noble de Iztapalapan, pariente de Moteuhzuma, le habia prometido prenderlo y entregárselo vivo. Ixtlilxochitl tuvo aviso de ello, y habiéndolo hecho prisionero, mandó que lo atasen y cubriesen con tlazole, ó caña seca, y que le prendieran fuego en presencia del ejército, y á vista de los mejicanos, los cuales quedaron espantados, y no se atrevian á acometerle despues con la confianza que al principio.

Las divisiones del reino de Aculhuacan no impidieron que Cacamatzin sostuviese por su parte, y cumpliese los empeños á que se hallaba ligado como miembro de la triple alianza. Por disposicion de esta se concedió una tregua á los huexutzincas, quienes al mismo tiempo pidieron auxilio para continuar la guerra que hacia muchos años mantenian contra los tlaxcaltecas. Todo se les otorgó, con condicion de que se habian de establecer guarniciones mejicanas, aculhuas y tecpanecas en varios puntos situados en la falda del volcan, como en clase de garantía de las estipulaciones celebradas. En consecuencia los huexutzincas entraban á las ciudades de Chalco, Méjico y Tezcoco, y comerciaban libremente en ellas; habiendo ordenado Moteuhzuma que se les tratase como si fueran mejicanos, sin hacerlos esclavos, ni inferirles ninguna clase de vejaciones. Pero los tlaxcaltecas noticiosos de estos convenios, y de que los mejicanos trataban de extender sus guarniciones hasta tocar los límites de su territorio, les salieron al encuentro, y se trabó una batalla muy reñida en que murieron no pocos de ambas partes, habiendo caido prisioneros dos gefes tlaxcaltecas.

A esta contienda se siguieron otras varias. Una de ellas fué la de la provincia de Centzontepec, que invadieron los mejicanos, asolándola, y trayendo á la capital un gran número de prisioneros. Mientras esto se verificaba, los huexutzincas y tlaxcaltecas continuaban hostilizándose con encarnizamiento, quedando las mas veces la ventaja por parte de los segundos, á cuyo frente se hallaba un general tan experto como valiente, que llegó á ser el terror de sus enemigos, aunque no dicen su nombre los historiadores: pero sí nos han conservado el del gefe huexutzinca que tuvo la gloria de hacerlo prisionero, que fué Tlachpanquizqui. Por este servicio mereció extraordinarias recompensas, siendo una de ellas la de que se le perdonara el crímen de adulterio que habia cometido con dos mugeres de unos nobles huexutzincas, con grande escándalo de la república, por la calidad de las personas ofendidas.

En el año siguiente, que era el décimo séptimo del reinado de Moteuhzuma, se emprendió de nuevo la guerra entre mejicanos y tlaxcaltecas, en la cual, dice Torquemada, que se armó contra la república casi todo el poder de la triple alianza. Sin embargo, los tlaxcaltecas quedaron victoriosos, habiendo perdido sus enemigos tres mil y doscientos hombres y varios gefes, cuyos nombres se pueden ver en dicho historiador.

Despues de esta campaña se dirigió la triple alianza contra la provincia de Mazatzintla, que se habia declarado á favor de Ixtlilxochitl, y despues de un reñido encuentro fué sometida á los mejicanos, habiendo corrido la misma suerte la de Zacatepec. Los prisioneros hechos en estas guerras, que eran muchísimos, fueron despues sacrificados en la dedicacion del templo lla-

mado Cohuatlan, que fué la última fiesta de esta clase que celebró Moteuhzuma, pues de allí á poco tiempo aportaron los españoles, y se cambió la escena con un nuevo género de tragedias.

CAPITULO XV.

Recibe Moteuhzuma noticias de la llegada de los españoles. Sobresalto que este suceso le causa. Recibe á Cortes en Méjico, despues de haber hecho varias tentativas inútiles para alejarlo.

Observa Clavigero, y con razon, que la felicidad de un reino no consiste en la extension de sus dominios, y que los rápidos triunfos de los mejicanos fueron en gran parte la causa de su ruina; pues cada provincia, cada pueblo conquistado era un nuevo enemigo, que sufriendo con impaciencia el yugo que se le imponia, é irritado contra la violencia de sus opresores, solo esperaba una ocasion oportuna para vengarse y recobrar la libertad perdida. Esta ocasion se presentó á los pueblos de Anáhuac, cuando la pequeña escuadrilla de Cortes fondeó en Ulúa, el jueves santo, 21 de abril del año de 1519; décimo octavo del reinado de Moteuhzuma.

Este monarca supo la primera llegada de los españoles cuando vinieron con Grijalva el año anterior, por unos comerciantes que habian ido á las ferias de la costa, segun Alba Ixtlixochitl. Los gobernadores de la misma costa hicieron representar por medio de pinturas los buques, la artillería, las armas, la ropa y el aspecto de aquella nueva gente, remitiéndoselas con

unas cuentas de vidrio y otras bujerias que los españoles les habian dado; y Motéuhzuma lleno de turbacion con estas nuevas, consultó lo que deberia hacer con su sobrino Cacamatzin, su hermano Cuitlahuatzin, y doce consejeros suyos. Todos fueron de opinion que el que se habia presentado en Ulúa con tanto aparato debia ser el dios Quetzalcohuatl, á quien hacia muchos años que aguardaban, y de quien los reyes se creian lugartenientes y depositarios de su corona, que deberian volverle cuando se presentase.

A pesar de esta creencia, cuando por segunda vez vinieron al mando de Cortes, y supo Moteuhzuma el empeño que este caudillo tenia en pasar á Méjico, hizo cuanto pudo por estorvarlo, si bien le mandó magníficos regalos, entre ellos una cantidad considerable de oro, con lo cual, léjos de impedir la importuna visita de los españoles, estimulaba mas los deseos que tenian de apoderarse de un pais tan rico y extenso.

Mientras los embajadores de Moteuhzuma iban y venian á la costa de Chalchiucuecan, en que despues se fundó Veracruz, y donde habian tomado tierra los españoles, trayéndoles magníficos presentes, acompañados siempre de negativas sobre los deseos que manifestaban de internarse en el pais, el afortunado y astuto Cortes supo por el señor de Cempoalan, que muchos pueblos llevaban con impaciencia el yugo del emperador; y esto fué bastante para que formase el proyecto de destronarlo, atrayendo á su partido á los descontentos, y engrosando con ellos su pequeño ejército, si podia darse este nombre á una fuerza que apénas se componia de quinientos ocho solados de infantería, diez y seis de caballería, y ciento nueve marineros, con diez

cañones y cuatro culebrinas, que era toda su artillería. El proyecto no era fantástico, pero su ejecucion demandaba tantas combinaciones de política, valor, constancia y actividad, principalmente entrando en él como base principal la de destruir el culto religioso de los mejicanos, empresa á que no se atrevieron ni los mismos emperadores de Tezcoco, que para llevarlo al cabo se necesitaba nada ménos que de un héroe, y es necesario convenir en que este héroe era Cortes. Así es que apénas llevaba este aventurero dos meses de haber desembarcado, cuando ya habia destruido los ídolos en Cempoala, confederádose con el señor de esta provincia y la de Quiahuiztla, pertenecientes á la nacion totonaca tributaria de Méjico, é inducido á sus gefes á que prestasen obediencia al rey de España.

Moteuhzuma, que mirando la obstinacion de los españoles de querer venir á su corte, estaba ya decidido á enviar un ejército para castigar su insolencia, supo que Cortes habia puesto en libertad á unos recaudadores de tributos que habia mandado á las provincias totonacas, los que habian sido presos por los gobernadores á sugestiones del mismo Cortes, y que habrian sido sacrificados si este general no lo hubiera impedido, conciliándose de esta manera artificiosa el amor y respeto de unos y otros. Esta noticia cambió las disposiciones del monarca, y en vez del ejército le envió á dos de sus sobrinos, acompañados de muchos nobles, quienes le presentaron un regalo de alhajas de oro bastante valiosas, dándole las gracias á nombre de aquel, aunque echándole en cara que hubiese hecho amistad con los rebeldes totonacas, lo cual los habia insolentado para negar el tributo que debian á su soberano. Cor-

tes se excusó como mejor pudo, y los embajadores se retiraron muy satisfechos por el buen trato que de él habian recibido.

A poco tiempo se supo en Mejico que los españoles habian avanzado hasta Tlaxcala, y que habian salido victoriosos en varios encuentros que habian tenido con las tropas de la república, por cuyo motivo se ventilaban en el senado las proposiciones de paz que habia hecho el general español; y temiendo Moteuhzuma que los tlaxcaltecas llegasen á confederarse, como sucedió despues, con aquellos extrangeros, reunió el consejo, al cual asistieron su sobrino el rey de Tezcoco y su hermano Cuitlahuatzin, expuso el estado de las cosas, les descubrió sus temores, y les pidió su parecer sobre el partido que deberia tomarse en aquellas circunstancias. Cacamatzin se mantuvo en su primera opinion, esto es, de que los extrangeros fuesen magníficamente tratados por donde transitasen, y benignamente admitidos en la capital; que se oyesen sus proposiciones, y que si llegaban á maquinar contra el rey, se emplease con ellos la fuerza. Cuitlahuatzin dijo que no era conveniente admitirlos en la capital; que se enviase á su gefe un buen regalo, y se le preguntase qué era lo que deseaba el gran señor en cuyo nombre venia, ofreciéndosele la amistad y buena correspondencia de los mejicanos; pero que al mismo tiempo se le hiciesen nuevas instancias para que regresase á su patria. Prevaleció este dictámen en el consejo y en el ánimo de Moteuhzuma, y en consecuencia despachó á Cortes sus embajadores con un magnífico presente, encargándoles le diesen la enhorabuena por sus victorias, y le ofreciesen mayores regalos si desistia de su viage á la capital, representán-

dole las dificultades del camino, y otros obstáculos que no era fácil superar. Cortes los recibió con los honores correspondientes á su dignidad, y los entretuvo para que, si se empeñaba algun nuevo encuentro con los tlaxcaltecas, fuesen testigos del valor de sus tropas, lo que consigió sin tardanza, pues habiéndolo atacado tres batallones de la república, los derrotó sin mucho esfuerzo á presencia de los embajadores.

Estos no solo fueron testigos de la victoria de los españoles, sino de la alianza que á consecuencia de ella celebraron con los tlaxcaltecas, quienes desde aquella ocasion fueron su mas firme apoyo y los que principalmente contribuyeron á la ruina de los mejicanos; y asimismo de la embajada que recibió Cortes del príncipe Ixtlilxochil, felicitándolo por sus victorias, y convidándolo á seguir su viage por Teotlalpan, donde queria unir sus fuerzas con las de los españoles para hacer la guerra al rey de Méjico.

Estos acontecimientos fueron seguidos por la catástrofe de Cholula. Los embajadores mejicanos mirando que no era ya tiempo de hacer desistir á Cortes de su viaje á Méjico, le instaron á que lo emprendiese por Cholula; y aunque esta proposicion le causó alguna desconfianza, porque los cholultecas se habian manejado con frialdad despues de su entrada á Tlaxcala, en donde recibió felicitaciones de otros pueblos inmediatos, ménos de Cholula, convino en ello, y apenas habia entrado en la ciudad cuando tuvo varios indicios de que se tramaba contra él alguna conjuracion. Los informes que despues recibió lo confirmaron en ello, particularmente los que le dió Doña Marina, india noble y muy avisada que le servia de intérprete,

de confidente y de dama, la cual supo toda la trama por otra muger noble de Chollolan; y habiendo tomado cuantas disposiciones exigia su situacion, y resuelto á escarmentar á los chololtecas por su perfidia, dió la señal del ataque, y los españoles partieron furiosamente contra los miserables habitantes, siendo las primeras víctimas los nobles que se hallaban en el patio del alojamiento de Cortes, y muchos hombres de carga, que debian conducir los equipages del ejército en su marcha para Méjico, que se habia señalado para aquel dia. No habiendo dejado allí ni uno vivo, se derramaron despues los españoles por toda la ciudad, y las tropas auxiliares de Tlaxcala hicieron lo mismo, pues aunque se habian acampado fuera de ella, estaban avisados para acudir á la primera señal, lo que ejecutaron como leones rabiosos, estimulados por el ódio que tenian á los de Chollolan, y el deseo de complacer á sus nuevos aliados. Mas de seis mil perecieron en este horrible estrago, y satisfecha la venganza de Cortes recibió el juramento de fidelidad que prestaron los chololtecas á la corona de España, y continuó su viaje á Méjico en compañía de los tlaxcaltecas, y de algunos chololtecas y huexutzincas.

Mientras esto sucedia en Chollolan, Quauhpopocan, señor de Nautlan, que tenia órden de Moteuhzuma para reducir á los totonacas á la debida obediencia, luego que Cortes se retirase de la costa, despues de haber hecho varias correrías en las poblaciones rebeldes, mirando que los españoles los protegian los provocó á la guerra; y aunque sus tropas fueron derrotadas, murió á pocos dias del combate el gobernador de Veracruz Juan de Escalante, que habia salido he-

rido, juntamente con seis ó siete soldados españoles. Uno de estos fué hecho prisionero y enviado á Moteuhzuma, pero murió en el camino de resultas de sus heridas, y solo le llevaron la cabeza, cuya vista le horrorizó en términos que no permitió que se ofreciese á sus dioses. Cortes, aunque tuvo noticia del suceso, lo reservó para no desanimar á sus soldados.

Al pasar los españoles por la falda del Popocatepetl, el capitan Diego de Ordaz, para dar á conocer á los aliados el valor de su nacion, subió con otros nueve soldados á la cumbre, aunque no pudo observar el cráter del volcan, por la mucha nieve que habia, y la gran cantidad de humo y cenizas que arrojaba. En Itualco recibió Cortes nueva embajada y nuevos regalos del rey de Méjico, quien se ofrecia á pagar anualmente un tributo al rey de España, y á dar al general cuatro cargas de oro y una á cada uno de sus soldados, si retrocedian desde aquel punto; pero Cortes contestó que no podia volver atras sin desobedecer á su soberano, y que si despues de haber manifestado la embajada que traia juzgaba el emperador que no convenia al bien del estado la permanencia de los españoles en la capital, se restituiria sin tardanza á su patria. Protextas fingidas, pues desde que desembarcó se propuso la ruina del imperio.

Moteuhzuma entretanto, consternado por la catástrofe de Chollolan, y por los funestos anuncios de los sacerdotes, reunió de nuevo al consejo, y oyó de Cacamatzin y de su hermano Cuitlahuatzin las mismas opiniones que habian manifestado anteriormente, y conformándose con la del primero le encargó que fuese al encuentro de los extrangeros, y procurase disuadirlos

del viage. Entónces Cuitlahuatzin le dijo: „Quieran los dioses, hermano mio, que no admitas en tu casa al que despues te arroje de ella." Moteuhzuma le contestó: „¿Qué hemos de hacer? Nuestros amigos, y lo que es mas, nuestros mismos dioses, en vez de favorecernos, amparan á nuestros contrarios."

Cortes, luego que despidió á los emba adores, siguió su camino por Amaquemecan y Tlalmanalco, en cuyas poblaciones no solo fué muy bien recibido, sino que sus habitantes, por sugestion de los cempoaltecas y tlaxcaltecas, se confederaron con él; y de esta manera, dice Clavigero, los españoles mientras mas se internaban mas se aumentaban sus fuerzas, como un arroyo que con las aguas que recibe en su curso crece hasta llegar á ser un gran rio.

De Tlalmanalco se dirigieron á Ayotzinco, donde durmieron aquella noche, y al dia siguiente al emprender la marcha tuvo aviso Cortes de que Cacamatzin, rey de Tezcoco, venia á visitarlo á nombre del rey de Méjico. A poco tiempo se presentó este príncipe, en una litera adornada con hermosas plumas, llevada por cuatro hombres, y seguida de una brillante y numerosa comitiva. Cuando empezó á andar, los que lo servian quitaban del camino todo cuanto podia ofender sus pies ó su vista, y los españoles, que se admiraron de tanta grandeza, infirieron por ella cuanta seria la del rey de Méjico. Cortes lo salió á recibir á la puerta de su alojamiento, haciéndole una profunda reverencia, á la que correspondió Cacamatzin tocando la tierra con la mano derecha, y llevándola á la boca. Entró luego á una de las piezas del alojamiento, y dió á Cortes el mensage que traia de Moteuhzuma su tio, asegurando que

este tenia grandes deseos de estrechar su amistad con el gran monarca del Oriente que lo enviaba; pero al mismo tiempo ponderó las dificultades que era preciso vencer para llegar á la capital, rogándole que mudase de propósito, si queria complacer al rey. Cortes contestó en los términos que lo habia hecho á los otros embajadores, y manifestó que hallándose en gran parte vencidas las dificultades del viage, seria mas digno de reprension por parte de su soberano si retrocediese, estando ya tan cerca de la capital. „Siendo así, dijo Cacamatzin, en la corte nos verémos" y despidiéndose de Cortes, de quien recibió algunas frioleras de Europa, dejó allí parte de su comitiva para que lo acompañase en el resto del viage.

En Cuitlahuac fueron los españoles muy bien recibidos, y el señor de la ciudad se quejó secretamente con Cortes de la tiranía de Moteuhzuma, se confederó con él, y le hizo saber que era muy cómodo el camino de la capital, y que Moteuhzuma estaba muy consternado por los oráculos de sus dioses y las ventajas obtenidas por las armas españolas.

De Cuitlahuac marchaban á Iztapalapan, y en el camino se les presentó el príncipe Ixtlilxochitl, en compañía de su hermano Coanacotzin, que ya se habia reconciliado con él y puéstose de acuerdo en unirse con Cortes. Ambos le rogaron que pasase á Tezcoco, y él convino en ello, considerando la utilidad que podia sacar de la alianza con estos príncipes, principalmente de Ixtlilxochitl, cuyo afecto á los españoles y odio á Moteuhzuma era ya bien conocido. El recibimiento que se le hizo en Tezcoco fué magnífico, y allí le expuso largamente Ixtlilxochitl sus pretendidos derechos al

reino de Aculhuacan, y sus quejas contra su hermano Cacamatzin y su tio Moteuhzuma. Cortes le ofreció ponerlo en posesion del trono, y sin detenerse volvió á tomar el camino de Iztapalapan. Cuitlahuatzin, señor de esta ciudad, y Matlatzincatzin, señor de Coyohuacan, recibieron á Cortes con las mismas demostraciones que habian hecho los gobernadores de las demas poblaciones por donde habian transitado; el primero le dirigió una elocuente arenga, y fueron alojados sus soldados en su mismo palacio. Despues de haber sido allí muy obsequiados y regalados, marcharon los españoles al siguiente dia á la capital. Pasaron por las ciudades de Mejicaltzinco, Culhuacan, Huitzilopochco, Coyohuacan y Mixcoac, fundadas en la orilla de la laguna, y llegaron enmedio de un innumerable gentío á un sitio llamado Joloc, en que se unian los caminos de Iztapalapan y Coyohuacan, á distancia de media legua de la capital. Allí hizo alto el ejército, y Cortes recibió el parabien de mas de mil nobles mejicanos que venian á recibirlo de órden de Moteuhzuma, y que al llegar á su presencia hicieron la ceremonia de tocar la tierra y besarse la mano.

Concluida esta larga etiqueta, se continuó el viage, y poco antes de llegar á la ciudad, se dejó ver Moteuhzuma con un numeroso y lucido acompañamiento. Iban delante de él tres nobles, alzando las manos, en las cuales llevaban unas varas de oro, con que anunciaban al pueblo la presencia del soberano. Moteuhzuma estaba ricamente vestido, llevando un manto adornado con riquísimas joyas, en la cabeza una corona ligera de oro, y en los pies unas sandalias de lo mismo, atadas con cordones de cuero, y cubiertas con

piedras preciosas. Lo llevaban cuatro nobles en una litera, cubierta tambien de planchas de oro, y bajo un parasol de plumas verdes, salpicadas de alhajas del mismo metal, y lo acompañaban doscientos nobles, mejor vestidos que los otros, pero todos descalzos. Cuando se acercaron el rey de Méjico y el general español, se apearon, aquel de la litera, y este de su caballo, y empezó á andar el primero apoyado en los brazos del rey de Tezcoco y del señor de Iztapalapan. Cortes le hizo una profunda reverencia, y se le acercó para ponerle al cuello un cordon con cuentas de vidrio: Moteuhzuma inclinó la cabeza para recibirlo; pero queriendo Cortes abrazarlo, no se lo permitieron los príncipes en quienes iba apoyado. Despues le manifestó en una corta arenga su afecto, su veneracion, y el placer que experimentaba al conocer á un rey tan grande y poderoso. Moteuhzuma contestó brevemente, le recompensó el don de las cuentas de vidrio con dos collares de hermoso nacar, de que pendian algunos cangrejos de oro hechos al natural, y encargando al príncipe Cuitlahuatzin que lo condujese á su alojamiento, se volvió á su palacio con el rey de Tezcoco. Los mejicanos estaban aturdidos por la inaudita dignacion de su rey en salir á recibir á los españoles, lo que contribuyó mucho á que los mirasen con gran respeto, y estos por su parte estaban tambien llenos de admiracion al ver la grandeza de la ciudad, la magnificencia de los edificios y el número de sus habitantes.

Llegaron á su alojamiento, que era el palacio del rey Axayacatl, padre de Moteuhzuma, en donde este los estaba esperando. Tomó á Cortes por la mano, lo introdujo á una gran sala, lo hizo sentar, y despi-

diéndose de él le dijo: „Vos y vuestros compañeros están en vuestra propia casa: comed y descansad, que yo volveré pronto." Ido el monarca, mandó Cortes hacer una salva de artillería, para amedrentar con su estrépito á los mejicanos. Despues pasó á examinar las estancias del palacio, para distribuir los alojamientos de su tropa; y halló que era tan grande, que cabian en él cómodamente todos los españoles, con sus aliados y las mugeres y servidumbre que los acompañaba, y que componian una reunion de mas de siete mil personas. Por todas partes reinaba el mayor aseo y comodidad: casi todas las piezas tenian camas hechas con petates finos de palma y de tule, y rollos de lo mismo para servir de almohadas, abrigadas con cortinas de algodon, y puestas en bancos de madera. El piso de algunas estaba cubierto tambien de petates, y las paredes con lienzos de algodon de varios colores. En la parte superior del edificio habia á cortas distancias unas torres ó baluartes, y así es que los españoles hallaron allí cuanto podian apetecer para su comodidad y defensa. Dentro de un breve rato se presentó á Cortes y á sus capitanes un magnífico banquete, servido por la nobleza, y al resto de su tropa se dió de comer tambien con abundancia, aunque la comida era de inferior calidad. Este memorable dia fué el 8 de noviembre de 1519, siete meses despues de la llegada de los españoles.

CAPITULO XVI.

Conferencias de Moteuhzuma y Cortes. Pretextos de que este se vale para prenderlo. Su muerte y la de su hermano y sucesor Cuitlahuatzin.

Despues de haber comido los españoles, volvió Moteuhzuma á visitarlos. Hizo á Cortes nuevos regalos, y tomando asiento le dirigió el discurso siguiente: „Valiente general, y vosotros sus compañeros: todos mis „cortesanos, y domésticos son testigos de la satisfac„cion que me ha causado vuestra feliz llegada á esta „capital, y si hasta ahora he aparentado mirarla con „repugnancia, ha sido únicamente para condescender „con mis súbditos. Vuestra fama ha engrandecido los „objetos, y turbado los ánimos. Decian que erais dio„ses inmortales, que veniais montados sobre fieras de „portentosa grandeza, y ferocidad, y que lanzabais ra„yos, con los cuales haciais estremecer la tierra. Otros „creian que erais monstruos arrojados del seno del mar; „que la sed del oro os habia obligado á dejar vuestra „patria; que os dominaba el amor de los deleites, y „que tal era vuestra gula, que uno de vosotros comia „tanto como diez de mis súbditos. Pero todos estos „errores se han disipado con el trato, que ellos mismos „han tenido con vosotros. Ya se sabe que sois hom„bres mortales como todos, aunque algo diferentes de „los demas en el color, y en la barba. Hemos visto „por nosotros mismos que esas fieras tan famosas no „son mas que ciervos mas corpulentos que los nuestros,

„ y que vuestros supuestos rayos son unas cervatanas „ mejor construidas que las comunes, y cuyas bolas se „ despiden con mas estrépito, y hacen mas daño que „ las de aquellas. En cuanto á vuestras prendas per- „ sonales, estamos bien informados por los que os co- „ nocen de cerca, que sois humanos, y generosos, que „ tolerais con paciencia los males, y que no usais de „ rigor sino con los que excitan vuestro enojo con su „ enemistad, y que no os servis de las armas, sino pa- „ ra la justa defensa de vuestra persona. No dudo que „ vosotros igualmente habreis desechado, ó desechareis „ las falsas ideas que de mí os habrá dado la adulacion „ de vuestros vasallos, ó la malevolencia de mis ene- „ migos. Os habrán dicho que soy uno de los dioses „ que se adoran en esta tierra, y que tomo cuando „ quiero la forma de leon, de tigre, ó de otro cualquier „ animal: pero ya veis (y al decir esto se tocó un bra- zo como para hacer ver que estaba formado á guisa de los otros hombres) que soy de carne y hueso como „ los demas mortales, aunque mas noble que ellos por „ mi nacimiento, y mas poderoso por la elevacion de „ mi dignidad. Los cempoaltecas, que con vuestra pro- „ teccion se han sustraido á mi obediencia, aunque no „ quedará impune su rebelion, os habrán hecho creer, „ que los muros, y los techos de mi palacio son de oro, „ pero vuestros ojos pueden desmentirlos. Este es uno „ de mis palacios, y ya veis que los muros son de cal „ y canto, y los techos de madera. No niego que son „ grandes mis riquezas, pero las aumenta la exagera- „ cion de mis súbditos. Algunos se os habrán quejado „ de mi crueldad, y de mi tirania, pero ellos llaman „ tirania el uso legítimo de mi autoridad, y crueldad la

„ necesaria severidad de la justicia. Depuesto así por „ una y otra parte todo concepto desventajoso ocasio- „ nado por las falsas noticias, acepto la embajada del „ gran monarca que os envia, aprecio su amistad, y „ ofrezco á su obediencia todo mi reino, pues en vista „ de las señales que hemos observado en los cielos, y „ de lo que vemos en vosotros, nos parece llegado el „ tiempo de que se cumplan los oráculos de nuestros „ antepasados, en los cuales se anunciaba que debian „ venir de la parte de Levante ciertos hombres diferen- „ tes de nosotros en trages, y costumbres, y que al fin „ serian señores de estos paises. Nosotros no somos „ originarios de ellos: hace muchos años que nuestros „ progenitores vinieron de las regiones septentrionales, „ y nuestro dominio no ha sido hasta ahora, si no co- „ mo lugar-tenientes de Quetzalcohuatl, nuestro dios, „ y legítimo señor."

El fin de esta arenga explica la conducta de Moteuhzuma, al parecer contradictoria, y manifiesta que la supersticion que lo dominaba fué la causa principal de su ruina. Efectivamente, un rey absoluto como él, y acostumbrado por tantos años á mandar despóticamente á una numerosa nacion, era natural que procurase alejar de sí cuanto pudiese á unos huéspedes que segun los oráculos en que creia debian enseñorearse del pais, y despojarlo de su alta dignidad; pero tambien lo era que al tener á la vista á esos huéspedes, enviados por Quetzalcohuatl, que habian superado tantos obstáculos, y á quienes se habian unido tantos pueblos en su tránsito, los considerase traidos por la irresistible voluntad de su dios, y confesase en su presencia lo precario de su dominio, pues de otra manera

hubiera ofendido á ese mismo dios, de quien solo se consideraba lugarteniente. El general español, aprovechándose de la credulidad del monarca, despues de darle las gracias por los beneficios que de él habia recibido, contestó que era enviado por el rey mas poderoso de Europa, el cual, aunque podia aspirar como descendiente de Quetzalcohuatl al pleno dominio del pais, se contentaba con establecer una confederacion y amistad perpetua con los reyes mejicanos; y que el fin de su embajada no era despojarlo del imperio, sino anunciarle la verdadera religion, y darle consejos importantes para mejorar su gobierno y la suerte de sus vasallos: seguridades que desmintió bien pronto, como verémos.

Al dia siguiente correspondió Cortes su visita al rey, y en ella se extendió la conversacion sobre varios asuntos, siendo el principal el de la religion cristiana, cuyos principales misterios explicó Cortes, y aunque no logró persuadir á Moteuhzuma de las verdades que le anunciaba, obtuvo, segun dicen los historiadores, que no se volviese á servir en su mesa carne humana. Recibió tambien en esta ocasion grandes regalos de Moteuhzuma, que consistian en varias alhajas de oro, un collar del mismo metal para cada soldado, y diez cargas de vestidos de algodon.

Uno de los dias siguientes subieron los españoles al templo mayor, donde encontraron al rey que se les habia anticipado para evitar que cometiesen algun atentado contra los ídolos. Cortes, al considerar el horrendo estrago que hacia en aquel lugar la bárbara supersticion de los mejicanos, dijo á Moteuhzuma; „Me maravillo, señor, de que un monarca tan sabio adore como

dioses esas abominables figuras del demonio." Moteuhzuma se ofendió mucho de esta reconvenciou; y habiendo Cortes escusádose, y despidiéndose para retirarse á sus cuarteles, le dijo el rey: „id en buena hora, que yo me quedo aquí, para aplacar á los dioses, irritados con vuestras blasfemias." Sin embargo de este disgusto, continuó tratándolo con cariño, y llenándolo de favores, miéntras Cortes revolvia en su imaginacion la manera con que debia llevar al cabo el proyecto de prenderlo, que habia formado, segun escribió á Carlos V, desde su salida de Cempoalan. Las hostilidades cometidas por el gobernador de Nauhtlan contra la guarnicion de Veracruz, y de cuyas resultas habia muerto Juan de Escalante, fueron el pretexto de que se valió para cometer una accion tan atrevida, y tan agena de la gratitud con que debia mirar á un rey que tanto lo habia favorecido. Hasta entónces habia tenido oculto aquel descalabro, para no intimidar á su tropa; y pareciéndole que era ya tiempo de revelárselo para concertar con los gefes el modo de apoderarse de la persona de Moteuhzuma, lo verificó, haciéndoles presente las ventajas que deberian seguirse de la ejecucion de este atentado, y disminuyendo los peligros y malos resultados que podia tener.

Arreglado el infame complot, y puesta la tropa sobre las armas, dispuso Cortes que cinco de sus capitanes, y veinte y cinco soldados de los mas resueltos, se dirigiesen de dos en dos al palacio de Moteuhzuma, á donde él se encaminó tambien en compañía de su intérprete Doña Marina. Introducidos á presencia del rey, les mandó este tomar asiento, les regaló algunas alhajas de oro, y presentó á Cortes á una de

sus hijas para que la tomase por muger, y lo mismo hizo con varias hijas de otros nobles, que dió á los demas oficiales. La pluma se cae de la mano al considerar que este exceso de generosidad y benevolencia no fué bastante para desarmar á los españoles, y hacer que desistiesen de una empresa, ademas de bárbara, innecesaria; pues esta accion de Moteuhzuma, y la sencilla confesion que habia hecho en su primera visita á Cortes de lo precario de su autoridad, indicaban con bastante claridad cual era el camino de estrechar con los mejicanos una alianza duradera, con ventajas de ambas naciones, y sin echar este negro borron que oscurece el brillo de las grandes hazañas obradas en la conquista. Pero dejando á un lado estas tristes reflexiones, véamos como salió Cortes del conflicto en que debió hallarse su corazon, al recibir del monarca esta prueba tan señalada de su amor. Se excusó al principio de recibir á la princesa, alegando que estaba casado en Cuba, y que su ley no le permitia tener dos mugeres, aunque al fin la admitió por no disgustarlo, con objeto de reducirla al cristianismo. Despues hizo recaer la conversacion sobre la conducta del señor de Nauhtlan, quejándose de las hostilidades que habia cometido contra los totonacas, y de la guerra que habia hecho á la guarnicion de Veracruz, en la que habia muerto Juan de Escalante y otros seis españoles. „Todos, le dijo, os inculpan como al principal autor de estos sucesos; mas yo „ estoy léjos de creer tamaña perfidia, cual seria la de „ tratar como enemigo en aquella provincia al que en „ vuestra corte estais colmando de favores." Moteuhzuma contestó que los que le hacian esa imputacion serian sus enemigos los tlaxcaltecas; que Quauhpopoca,

señor de Nauhtlan, habia obrado sin órden suya; y para satisfacer á Cortes dispuso que lo hiciesen venir inmediatamente á la capital, ofreciendo ponerlo en sus manos, en union de los que hubiesen contribuido á la muerte de los españoles. „¿Puedo hacer mas, dijo á Cortes, para aseguraros de mi sinceridad?" „No dudo de ella, respondió este; mas para disipar el error en que están vuestros mismos vasallos, de que el atentado se ha cometido por órden vuestra, es necesario que hagais una demostracion extraordinaria que manifieste la benevolencia con que nos mirais. Ninguna me parece mas conveniente que la de que os digneis venir á vivir con nosotros, hasta que lleguen los reos, y por su confesion se aclare vuestra inocencia. Esto servirá para satisfacer á nuestro soberano, para justificar vuestra conducta, para honrarnos y ponernos á cubierto bajo la sombra de vuestra magestad." „¿Donde se ha visto, dijo Moteuhzuma, que un soberano se deje llevar preso? Aun cuando yo consintiese en semejante vileza ¿lo permitirian mis vasallos? Sin someterme á tal infamia, estoy pronto á satisfacer vuestras quejas." Cortes procuró suavizar lo insultante de su propuesta, manifestándole que la casa á donde se le convidaba á ir era uno de los palacios reales, y que los mejicanos, acostumbrados á verlo mudar de residencia, no debian extrañar se trasladase á la casa de su difunto padre Axayacatl, en donde seria honrado y servido por los españoles, lo mismo que si fuese por sus súbditos. El rey perseveró en su repugnancia, y Cortes en su pretension, hasta que uno de los oficiales españoles dijo en tono colérico, *que se dejasen las palabras, y que seria mejor llevarse al rey por fuerza, ó quitarle la vida.*

*

Moteuhzuma preguntó á Doña Marina qué decia aquel furioso, y ella le respondió: „Si os dignais hacer lo que „ estos hombres solicitan, sereis tratado con todo el ho- „ nor y distincion que se debe á vuestra real persona; „ pero si insistis en vuestra negativa, vuestra vida co- „ rre peligro." Entónces Moteuhzuma, temiendo perecer ántes de que sus guardias pudiesen darle socorro, dijo á Cortes: „Quiero fiarme de vos: vamos, pues que los dioses lo quieren así;" y preparada la litera se puso en ella para ir al cuartel de los españoles.

Al salir de su palacio dijo á sus cortesanos que por ciertos motivos, que habia ya consultado con los dioses, iba por su gusto á vivir algunos dias con aquellos extrangeros, y les ordenó que así lo publicasen por la ciudad. Sin embargo de esto, de que salió con el mismo tren y magnificencia que acostumbraba, y de que los españoles iban á su lado aparentando que lo honraban, el tropel de gente que acudió á presenciar este extraordinario suceso manifestó bien claramente el vivo sentimiento que le causaba, pues unos lloraban, y otros se tiraban al suelo como desesperados. Fué necesario que el rey, mirando que no se tranquilizaban con las protestas que les hacia del gusto con que iba á residir entre los españoles, impusiese pena de muerte al que ocasionase la menor inquietud. Cortes por su parte, despues de haber reforzado las guardias, intimó tanto á los españoles como á los aliados que lo tratasen y lo sirviesen con el respeto debido á su alta dignidad, y permitió que lo visitasen cuantas personas quisiesen, con tal de que no se reuniesen muchas á un tiempo.

Moteuhzuma en su prision daba audiencia á sus vasallos, y gobernaba como ántes por medio de sus mi-

nistros y consejeros. Lo servian sus criados con la misma diligencia y puntualidad de siempre. Cuando comia, despues de haber escogido lo que le gustaba, distribuia lo demas entre los españoles que lo guardaban, y los mejicanos de su servidumbre. Cortes mostraba tanto celo en que sus soldados lo respetaran, que mandó apalear á uno por haberle respondido con aspereza, y aun lo habria mandado ahorcar, segun algunos historiadores, si el mismo Moteuhzuma no hubiera intercedido por él. Cuando iba á visitarlo le hacia los mismos acatamientos que cuando estaba en su palacio. Para distraerlo, mandaba á sus soldados que hiciesen varias evoluciones militares, ó que jugasen en su presencia, y el mismo rey solia jugar con él y con el capitan Alvarado, manifestando gusto en que le ganasen para tener motivos de ejercer su liberalidad.

El palacio en que estaban era como se ha dicho del rey Axayacatl, y se guardaba allí un gran tesoro que habia pertenecido á este monarca. Los soldados españoles, como se deja suponer, no lo respetaron, y así es que con frecuencia sacaban piezas de oro, plumas, vestidos, liquidambar y otras cosas de las que allí se conservaban. Cortes al principio avisó á Moteuhzuma que esto habia sido sin su conocimiento, y que ya habia mandado reponerlas donde estaban. „Como no toquen, dijo el rey, las imágenes de los dioses, ni lo que está destinado á su culto, tomen cuanto quieran." Con este permiso se desmandaron mas los españoles, y aunque Cortes quiso varias veces castigarlos, el rey no se lo permitió. A pocos dias presentó á Cortes á otra de sus hijas, y este la recibió para casarla con Cristobal Olid, maestre de campo de las tropas españolas. Es-

ta princesa, en union de la que ántes le habia dado, fué prontamente bautizada, sin que el rey hiciese la menor resistencia.

Despues de mas de quince dias de la prision de Moteuhzuma, fueron conducidos de Nauhtlan el infeliz Quauhpopoca, uno de sus hijos, y quince nobles de aquella provincia que habian tenido parte en la guerra contra la guarnicion de Veracruz. Moteuhzuma, despues de haber recibido muy mal á Quauhpopoca, lo puso con los demas á disposicion de Cortes, para que examinado el delito fuesen castigados con la pena correspondiente. ¿Mas qué delito habian cometido estos desgraciados? Moteuhzuma les habia dado órden para reducir á los totonacas, y si no pudieron verificarlo sin venir á las manos con los españoles que protegian á esos rebeldes, no solo no fué culpable su conducta, sino meritoria. Por otro lado el suceso de Escalante fué muy anterior á la entrada de Cortes en Méjico, pues este lo supo desde Cholula, y así no podia echárseles en cara, como dice Clavigero que lo hizo Moteuhzuma, el haber tratado como enemigos á unos extrangeros á quienes él habia recibido amigablemente en su corte. Fué, pues, en esta ocasion la conducta del rey tan injusta y débil, como bárbara la de Cortes por el suplicio á que los condenó.

Los reos confesaron el hecho, y aunque al principio no inculparon al rey, viéndose amenazados del tormento, y de una muerte que acaso creyeron evitar declarando lo que Cortes deseaba, confesaron al fin que lo que habian hecho habia sido mandado por el rey. Cortes, fingiendo que no creia sus excusas, los condenó á ser quemados vivos. Mientras se disponia la hoguera.

pasó á la estancia de Moteuhzuma y le dijo: „Señor, los reos han confesado su delito, inculpandoos á vos como autor de la muerte de mis españoles. Yo los he condenado al suplicio que merecen, y que mereceis vos mismo en virtud de su confesion. Sin embargo, considerando los grandes beneficios que nos habeis hecho, os concedo la gracia de la vida, aunque no puedo evitar que sufrais una parte de la pena á que os habeis hecho acreedor." Y diciendo esto, mandó lleno de ira á un soldado que le pusiese unos grillos en los pies, y sin querer oirlo le volvió la espalda, y se retiró. La sorpresa del monarca fué tan grande, que lo privó de sentido; y cuando volvió en su acuerdo, prorrumpió en ademanes de impaciencia, aunque de allí á poco se serenó, atribuyendo su desventura á disposicion de los dioses.

Despues de asegurado el rey, y prohibida la entrada á los mejicanos que venian á visitarlo, mandó conducir Cortes al suplicio á los supuestos reos. Estaba la hoguera encendida en frente del palacio principal, y la leña consistia en una gran cantidad de arcos, flechas, dardos, lanzas, macanas y escudos que habia en una armería, porque así lo exigió Cortes para libertarse de la inquietud que le ocasionaba la vista de tantas armas. Quauhpopoca protestó de nuevo su inocencia, repitiendo que cuanto habia hecho habia sido por órden expresa del rey: hizo oracion á sus dioses, y exhortó á sus compañeros á que muriesen con valor. En pocos minutos fueron consumidos todos en presencia de un pueblo innumerable, que segun congetura fundadamente Clavigero, se mantuvo quieto por creer que la sentencia se ejecutaba por órden del rey. El apocamiento de

este era tal, que cuando terminada la ejecucion fué Cortes á quitarle los grillos, ponderandole la gracia que le hacia concediéndole la vida, manifestó la mayor alegría, abrazó á Cortes muy afectuoso, y dió muchos regalos á los españoles y á sus vasallos. Cortes mandó retirar la guardia que lo custodiaba, y le dijo que podia cuando quisiera volver á su palacio; pero estaba seguro de que no lo haria, como de facto no lo hizo, sin duda porque no ignorando cuanto desaprobaban sus súbditos el envilecimiento á que se habia reducido, se creia mas seguro viviendo con los españoles.

El suplicio de Quauhpopoca hizo en la nobleza la mayor impresion, y Cacamatzin, rey de Tezcoco, avergonzado de ver á su tio Moteuhzuma en tan degradante situacion, le mandó decir que se acordase de su alta dignidad, y sacudiese el yugo de aquellos advenedizos; y mirando que no hacia aprecio de sus consejos, se determinó á hacer la guerra á los españoles. Mas la fortuna de estos permitió que los mejicanos, que no tenian gran concepto de Cacamatzin, desconfiasen de él, temiendo que bajo el celo que aparentaba por el honor de su tio ocultase miras ambiciosas, y el designio de usurparle la corona. Viéndose, pues, sin partido en Méjico, se dirigió á Tezcoco con ánimo de tomar la empresa por su cuenta. Reunió al consejo, y le expuso el miserable estado de la capital, y las consecuencias que podrian sobrevenir al reino de Aculhuacan, si se llegaba á consolidar la autoridad que los españoles se habian arrogado en Méjico, diciendo que era llegado el tiempo de combatir por su religion, por su libertad y por su honor, ántes de que el poder de los extrangeros se aumentase con nuevos refuerzos que les viniesen de

su pais, ó con nuevas alianzas, como la que habian celebrado con los tlaxcaltecas. Algunos ancianos le manifestaron lo peligroso que era tomar aquella resolucion, porque ademas de ser los españoles belicosos y resueltos, la amistad de Moteuhzuma con ellos lo induciria á sacrificar á su ambicion todos los intereses de la sangre y de la patria; pero la mayor parte de los consejeros se pronunciaron por la guerra, ó porque esta fuese su opinion, ó por no contradecir al rey.

La noticia de los preparativos de guerra que se hacian en Tezcoco no tardó en llegar á Moteuhzuma y á Cortes. Este se sobresaltó; mas considerando que la fortuna lo ayudaba en sus empresas, pensó marchar á Tezcoco con sus tropas, y prevenir el golpe que lo amenazaba; pero habiéndolo disuadido Moteuhzuma de tan osado proyecto, determinó enviar una embajada á Cacamatzin, recordándole la amistad que le habia ofrecido en su primera entrevista tenida en Ayotzinco, y haciéndole presentes otras consideraciones sobre los males de la guerra. Cacamatzin contestó que no podia tener por amigos á los que le quitaban el honor, oprimian á su patria, é insultaban su religion, y que si queria evitar el golpe que le amenazaba, saliese prontamente de Méjico y se restituyese á su pais. Le envió Cortes segundo mensage, y no habiendo tenido mejor éxito que el primero, se quejó con Moteuhzuma, fingiendo sospechar que él tenia alguna inteligencia con su sobrino. Para satisfacerlo envió Moteuhzuma á decir á Cacamatzin que viniese á visitarlo, y que él hallaria modo de ajustar aquella disension; pero indignado este, le contestó que si conservara todavía algun sentimiento de honor, se avergonzaria de verse hecho esclavo de

aquellos aventureros; que iria en efecto á la corte, como se lo rogaba, pero no con las manos en el seno, sino al frente de un ejército, para borrar el oprobio de los mejicanos con la sangre de los españoles.

Consternado Moteuhzuma con esta respuesta, y ofuscado su espíritu, temiendo por una parte ser víctima de la venganza de los españoles, y por otra del furor de Cacamatzin, cometió un acto de perfidia. Dió instrucciones secretas á unos oficiales mejicanos que servian en la guardia de su sobrino, para que se apoderasen de él y lo condujesen á Méjico. Uno de los palacios del infeliz Cacamatzin estaba construido á orillas de la laguna, y como allí residia él entónces, les fué muy fácil ejecutar las órdenes de Moteuhzuma, atacando al rey enmedio de la oscuridad de la noche, con tanta prontitud, que ántes de que viniesen los suyos á su socorro lo metieron en una canoa, y lo llevaron á Méjico. Moteuhzuma lo puso inmediatamente en manos de Cortes; y este, que no tenia la menor idea del respeto que se debe á un soberano, mandó encadenarlo, y encerrarlo bajo la custodia de una buena guardia. Se hallaba en Méjico un hermano de Cacamatzin, llamado Cuicuitzcatzin, á quien habia tratado no como á hermano sino como á enemigo, y por huir de su persecucion se habia refugiado en el palacio de su tio Moteuhzuma, y este príncipe fué el que con aprobacion de Cortes sucedió á Cacamatzin en el reino de Aculhuacan, con agravio de Coanacotzin é Ixtlilxochitl, que tenian mas derecho á la corona.

No tardó mucho Cortes en apoderarse del rey de Tlacopan, de los señores de Tlatelolco, Iztapalapan y Coyohuacan, hermanos estos dos de Moteuhzuma,

y de uno de los sumos sacerdotes; y animado con estos sucesos, y con la deferencia con que el rey se prestaba á todos sus deseos, obtuvo que él y sus súbditos reconociesen al rey de España por legítimo soberano, como descendiente de Quetzalcohuatl. Al confesarse Moteuhzuma súbdito de otro monarca sintió tan gran pena, que el llanto interrumpió el discurso que en aquel acto dirigió á la nobleza, el cual fué acompañado del de todos los concurrentes, en términos que los españoles llegaron á enternecerse. Cortes dió gracias al rey y á todos los nobles por su pronta y sincera sumision, declarando que su soberano no pretendia privar de la corona á Moteuhzuma, el cual seguiria mandando como siempre á los mejicanos, reconociendo solo el alto dominio del monarca español en el pais de Anáhuac.

En seguida indujo Cortes á Moteuhzuma á que diese algunas pruebas de subordinacion, por medio de algun tributo á su soberano. El rey de Méjico no quedó corto en esta ocasion; pues le cedió el tesoro de su padre Axayacatl, que se conservaba en el palacio que servia de alojamiento á los españoles, y que era tan considerable, que deducido el quinto para el rey de España, tuvo Cortes lo bastante para pagar las deudas que habia contraido en Cuba para armar su expedicion, y para remunerar á sus oficiales y soldados, quedándole lo bastante para los gastos que pudieran ofrecérsele en lo sucesivo. Ademas del quinto, se destinaron al rey de España varias piezas de oro y plata de exquisito trabajo, y cuyo valor, segun el mismo general, pasaba de cien mil ducados.

Poco duró á los españoles la felicidad de que goza-

ban, viéndose dueños de un pais tan opulento. Moteuhzuma, estrechado por la nobleza, que cada dia estaba mas impaciente con el nuevo yugo, y amenazado por los sacerdotes, que le anunciaban horrendos castigos del cielo, si no despedia pronto a aquellos extrangeros que venian á destruir el culto de sus dioses, mandó llamar á Cortes, y le dijo resueltamente que era necesario que saliese de sus estados; que bastantes pruebas le habia dado de su amistad; pero que ni sus dioses, ni sus vasallos, consentian que permaneciese mas tiempo en ellos. Cortes disimulando el pesar que le causó esta inesperada declaracion, le contestó que estaba pronto á regresar á su patria, pero que no teniendo buques en que verificarlo, necesitaba tiempo para construirlos; y Moteuhzuma, lleno de gozo al ver la facilidad con que el general español se disponia á complacerlo, le dijo, abrazándolo, que no corria tanta prisa su viage; que construyese sus buques, y que él le daria gente para que cortase la madera necesaria y la llevase al puerto. Mas apénas habian pasado ocho dias, cuando lo volvió á llamar y le manifestó que ya no era necesario construir los barcos, pues acababan de llegar á Veracruz diez y ocho semejantes á los que habia destruido, en los cuales podria embarcarse.

El júbilo que sintió Cortes, creyendo que la gente que venia era algun auxilio que le enviaban de la corte, se cambió en el mas amargo dolor, cuando supo por las cartas que le escribió Sandoval que era una expedicion de once navios y siete bergantines, en que venian ochocientos infantes, ochenta y cinco caballos, y mas de quinientos marineros, con doce piezas de artillería y abundantes municiones de guerra, al mando de Pánfilo

de Narvaes, y que venia dirigida por el gobernador de Cuba, Diego Velazquez, contra el mismo Cortes, como vasallo rebelde y traidor á su soberano. Disimuló su cuidado en presencia de Moteuhzuma, diciéndole que aquella gente eran nuevos compañeros que le venian de Cuba, y lo mismo hizo con su tropa. Se valió de algunos mediadores para conciliarse el ánimo de Narvaez, aunque inútilmente; pues este, respondiendo á una embajada que le habia mandado el emperador, lo acusaba de traidor, prometia castigarlo por el atentado que habia cometido aprisionándolo, y se ofrecia á ponerlo en libertad.

Moteuhzuma tuvo la mejor ocasion para deshacerse de sus enemigos, destruyendo tanto las fuerzas de Cortes como las de Narvaez; pero léjos de hacerlo así, y de ceder á las sugestiones del segundo, cuando supo que Cortes proyectaba una expedicion contra él, le ofreció auxiliarlo con su ejército, y se mostró apesarado por el riesgo que corria teniendo que luchar contra fuerzas tan superiores á las suyas. Cortes, agotados los medios de pacificacion, se dirigió contra Narvaez, dejando en Méjico ciento cuarenta españoles al mando de Alvarado, y las tropas de Tlaxcala, recomendándoles la buena armonía con los mejicanos, principalmente con el rey y la nobleza.

Despues de seis meses de residencia en la capital salió Cortes de ella, á principios de mayo de 1520, con setenta españoles y algunos nobles mejicanos. En Cholula se le incorporó el capitan Velazquez, que regresaba de Coatzacoalco con alguna tropa, y en Tapanacuetla el capitan Sandoval, con sesenta hombres de la guarnicion de Veracruz; de manera que toda la

fuerza con que emprendió esta temeraria campaña no pasaba de doscientos cincuenta hombres. Entró á media noche en Cempoala, donde se hallaba Narvaez, y encaminándose con el mayor silencio al templo mayor, que era el cuartel de su enemigo, lo asaltó improvisamente con tanta decision, que al rayar el dia era dueño del puesto. Mandó á Narvaez encadenado á Veracruz, se hizo reconocer por sus tropas capitan general, dispuso que se quitaran á los buques las velas, las brújulas y los timones, y se halló con cerca de dos mil hombres de fuerza, entre los cuales habia cien caballos, y con muchas provisiones de guerra.

Apenas habia conseguido esta brillante victoria, cuando tuvo que regresar precipitadamente á la capital, de donde habia recibido las mas infaustas noticias. Se hacia á Huitzilopuchtli en aquel mes una gran fiesta, la cual era la mas solemne del año, y se celebraba con bailes del rey, de la nobleza y del pueblo. No habiendo permitido Alvarado que se hiciese en el templo mayor, se dispuso el baile en el patio del palacio en que se hallaba alojado, en donde como se ha dicho vivia tambien Moteuhzuma. Llegada la hora, concurrieron muchísimos nobles (no falta quien haga ascender su número á dos mil), cubiertos con los mas ricos adornos que tenian; y mientras bailaban, mandó Alvarado que algunos soldados ocupasen las puertas, haciendo á los demas señal para que atacasen á los indefensos mejicanos, en los que hicieron un terrible estrago, despojandolos de sus preciosas joyas, y dejando el patio lleno de cadáveres. Muchos historiadores afirman que la codicia de Alvarado fué la que lo indujo á un hecho tan atroz y bárbaro: pero Clavigero presume

que habiendo tenido noticia de que los mejicanos con pretexto del baile se proponian dar un golpe á los españoles, quiso anticiparse, siguiendo el proverbio español de que quien da primero da dos veces. Irritado el pueblo con este inhumano golpe, en que habia perdido la flor de su nobleza, trató desde aquel dia á los españoles como á enemigos capitales. Atacó el cuartel lleno de furia, y fue rechazado por los españoles; volvió á la carga el dia siguiente, haciéndoles mucho estrago, y los habria acabado, si el rey no se hubiera presentado al tropel de combatientes, y refrenado su furor. El respeto al monarca lo contuvo para no atacar ya con las armas el cuartel; pero resolvió sitiar á los españoles por hambre, impidiendo que se introdujesen en él víveres, á cuyo fin se abrió un ancho foso al rededor.

La situacion de los españoles era extrema, cuando llegó Cortes á Méjico el 21 de junio. Al entrar en el cuartel lo salió á recibir Moteuhzuma, pero él se pasó de largo sin fijar su atencion en el monarca, lo que afligió á este en extremo. Reprendió severamente á Alvarado, y le habria impuesto el castigo que merecia, si no hubiera conocido que necesitaba de su valor en aquellas circunstancias. Con los refuerzos que traia entre españoles y tlaxcaltecas contaba con un ejército de nueve mil hombres, que no cabiendo en el cuartel, fueron alojados en los edificios anexos al templo mayor que se hallaba inmediato; y habiéndose aumentado la escasez de víveres con esta nueva tropa, requirió á Moteuhzuma con grandes amenazas para que diese órden de que se celebrase el mercado, á fin de proveerse de lo que necesitaba. El rey contestó, que las personas autorizadas de que podia valerse para complacerlo

se hallaban presas como él; y entónces Cortes puso en libertad á su hermano Cuitlahuatzin, muy ageno de pensar que este príncipe ocasionaria la ruina de su tropa; pues no solo no restableció el mercado, sino que, sea porque así se lo dictaban sus sentimientos, ó porque el pueblo lo estrechó á ello, el fué quien desde entónces se puso á la cabeza de los mejicanos, y dirigió las hostilidades contra los españoles, correspondiendo cumplidamente á los deberes de general, cuyo empleo ejercia ántes que viniesen á Méjico.

Desde que volvió Cortes tuvo necesidad de estar en continua lucha con los mejicanos, que todos los dias renovaban sus ataques al cuartel. En uno de ellos, en que venian preparados á un asalto general, viendo Moteuhzuma el conflicto de los españoles, y el riesgo en que él mismo se hallaba, se determinó á hablar á la muchedumbre desde la azotea de su palacio, y serenarla con la promesa que Cortes le habia hecho de salir de la ciudad al punto que depusieran las armas. Hízolo en efecto vestido con las insignias reales, y escoltado por sus ministros y muchos españoles, y fué escuchado con gran silencio; mas á poco rato de haber concluido su discurso, uno de la muchedumbre alzó la voz, llamándolo cobarde y afeminado, y mas digno de manejar el huso y la rueca, que de gobernar á la valerosa nacion mejicana; y no contento con estas injurias, le disparó una flecha. Siguió su ejemplo el populacho, y llovieron sobre el lugar en que se hallaba el infeliz monarca una multitud de dardos y piedras. Los historiadores españoles refieren que aunque estaba resguardado con dos rodelas, fué herido de una pedrada en la cabeza, de otra en una pierna y de una flecha en el brazo, de

cuyas resultas murió al cabo de pocos dias; los mejicanos, por el contrario, dicen que lo mataron los españoles, y así lo escribe el P. Sahagun. Murió Moteuhzuma á los cincuenta y cuatro años de edad, y diez y ocho de reinado, en el séptimo mes de su prision. Sus buenas y malas cualidades, dice Clavigero, pueden inferirse de la relacion de sus hechos. Fué circunspecto, magnífico, liberal, celoso defensor de la justicia, y agradecido á los beneficios de sus súbditos; pero su altanera circunspeccion hacia inaccesible el trono á los lamentos de los oprimidos. Su magnificencia y liberalidad se ejercian á expensas de la sustancia de los pueblos, y su justicia degeneraba á veces en crueldad. Fué exacto y puntual en los deberes de la religion, y muy adicto al culto de sus dioses. En su juventud fué animoso y dado á la guerra, habiendo quedado victorioso, segun dicen, en nueve batallas; pero en los últimos años de su reinado los placeres domésticos, la fama de las primeras victorias de los españoles, y sobre todo los errores de la supersticion habian degradado de tal manera su ánimo, que parecia haber mudado de sexo, como le echaban en cara sus súbditos. Se deleitaba en la música y en la caza, y era tan diestro en el ejercicio del arco como en el de la cerbatana. Era de alta estatura y buena complexion, y tenia el rostro largo, y los ojos vivos. Dejó muchos hijos, tres de los cuales perecieron en la *noche triste*, de que despues se hablará, y los demas fueron bautizados despues de la conquista. De uno de ellos descienden los condes de Moteuhzuma y Tula, y la posteridad de los otros, aunque muy honrada á los principios por los singulares pri-

vilegios que le concedieron los reyes católicos, poco á poco fué confundiéndose en la oscuridad.

Cortes envió á los mejicanos el cadáver de Moteuhzuma, cuya vista excitó el mas tierno llanto; y, como sucede en casos semejantes, la mayor parte de sus súbditos, echando en olvido sus errores y debilidades, se deshacian en elogios suyos, y el recuerdo de sus virtudes hacia mas dolorosa su pérdida. Despues de quemarlo conforme al uso establecido, enterraron sus cenizas en Copolco, y no en Chapoltepec, como dicen algunos historiadores.

La muerte de Moteuhzuma fué fatal para los españoles, pues no teniendo los mejicanos ya el respeto que imponia su persona, redoblaban sus ataques cada vez con mas furia, hasta que Cortes determinó abandonar de noche la ciudad, conociendo que era imposible salvarse si emprendia su marcha de dia. Ordenada esta, dispuso que Sandoval mandase la vanguardia con 200 infantes y 20 caballos, Alvarado la retaguardia con la mayor parte de su fuerza, y él se colocó en el centro del ejército, donde iban los ilustres prisioneros que tenia en su poder, las dos hijas de Moteuhzuma, y los bagages, con cinco caballos y cien infantes para dar auxilio á donde fuese necesario. Las tropas de Tlaxcala, Chollolan y Cempoalan, que pasaban de siete mil hombres, se repartieron en los tres trozos del ejército, y dispuesta así la marcha se dirigió por el camino de Tlacopan con el mayor silencio. La mayor parte de la tropa pasó felizmente la primera acequia; pero los sacerdotes que velaban en el templo observaron el movimiento de los españoles, despertaron á los habitantes con las trompetas, y en un momento corrieron todos

á las armas. Los españoles fueron atacados por tierra y agua por numerosos enjambres de enemigos furibundos, que estaban decididos á morir, con tal de que consiguiesen exterminar á aquellos aborrecidos huéspedes, que en pocos meses habian causado tantos trastornos y desastres en la capital. Mas la decision con que estos se defendieron no fué menor que la de los mejicanos, conociendo muy bien que si no peleaban á lo desesperado, aquella noche seria la última de su vida. Cortes acudia como buen general á todas partes, pasando las acequias á nado para animar á los unos, ayudar á los otros, é impedir que entrase el desórden en el ejército. La segunda acequia se llenó de tantos cadáveres, que la retaguardia pasó por encima de ellos, sin necesidad del puente portatil que se llevaba á prevencion; pero en la tercera se vió tan acosada, que Alvarado, no pudiendo hacer frente á los enemigos, ni pasarla á nado, sin evidente peligro, fijó su lanza en el centro de la acequia, y apoyándose en la extremidad de la hasta, se lanzó de un salto á la orilla opuesta.

La pérdida que hubo por ambas partes fué muy grande. De los españoles perecieron cerca de quinientos, y mas de cuatro mil de sus tropas auxiliares, entre ellos todos los chololtecas. Murieron tambien un hermano, un hijo y dos hijas de Moteuhzuma, su sobrino Cacamatzin, y los demas nobles prisioneros, excepto Cuicuitzcatzin, nuevo rey de Tezcoco. La pérdida de los mejicanos no es calculable, porque el mismo furor con que acometian los hizo pelear en desórden. Los tesoros acumulados por los españoles quedaron sepultados en la laguna, y todas estas desgracias hicieron que se diese á tan infausta noche el nombre de *noche triste*.

Cortes, despues de haber contemplado llorando las miserables reliquias de su ejército, se dirigió á Popotla al rayar el dia, descansó allí, y al siguiente emprendió su marcha para Tlaxcala; pero al acercarse á Otompan le salió al encuentro un numeroso y brillante ejército de mejicanos, que los españoles calcularon en doscientos mil hombres, sin duda por el miedo, creyendo que habia llegado su última hora. Pero era necesario pelear; y Cortes, que nunca desmayó por apurados que fuesen los lances en que se hallaba, dirigió una corta arenga á sus soldados, y entró en batalla. Duró esta cuatro horas, y la habrian perdido los españoles, si Cortes, viéndolos tan desanimados, no se hubiera dirigido contra el general mejicano que llevaba el estandarte nacional, acordándose de que los mejicanos huian siempre que perdian esta insignia. Rompió las filas enemigas escoltado de sus mas valientes oficiales, hasta llegar al centro del ejército donde estaba el general, á quien derribó de un lanzazo. Entónces Juan de Salamanca se desmontó, le quitó la vida, y presentó á Cortes el estandarte, lo cual bastó para que la muchedumbre se pusiese inmediatamente en fuga. Los españoles la persiguieron, é hicieron muchos estragos, aunque por su parte hubo tambien grandes desgracias, pues á mas de haber muerto muchos, y salido todos heridos, incluso el mismo Cortes, perecieron todos los tlaxcaltecas.

Cuando los españoles llegaron á Tlaxcala fueron muy bien recibidos del pueblo, sin embargo de su derrota, lo cual da á conocer cuan sincera fué la alianza de esta república con ellos. Magiscatzin, que era uno de sus principales gefes, se distinguió en obsequiar á Cortes, y aunque habia perdido á su hija en la *noche*

triste, no por esto se entibió el grande afecto que profesaba al caudillo español.

Mientras este y los demas heridos se curaban y disponian de concierto con los tlaxcaltecas el modo de volver sobre Méjico, los mejicanos se preparaban á la defensa, y procuraban reorganizar el estado, que habia quedado acéfalo por la muerte de Moteuhzuma, y plagado de desórdenes á consecuencia de las revoluciones que habia sufrido. Los afligia el mayor de los males, la guerra civil; pues muchos personages de la primera nobleza se habian declarado á favor de Cortes cuando se hallaba este sitiado por el hambre, y tal vez por consideracion á Moteuhzuma lo proveian secretamente de víveres. Las disensiones que de aquí se originaron fueron tales, que solo pudieron calmarse con la muerte de algunos nobles, entre los cuales perecieron Cihuacohuatl, Tzihuapopoca, Cipocatli y Tencuecuenotzin, hijos unos, y otros hermanos de Moteuhzuma.

Cuitlahuatzin, que fué su sucesor en el trono, reparó en el corto tiempo de su reinado muchos templos y casas destruidas, aumentó las fortificaciones, excitó á las provincias para que acudiesen á la defensa comun, prometió eximir de todo el tributo á los que se alistasen en las banderas de la patria, y en fin mandó embajadores á Tlaxcala con magníficos presentes, solicitando la alianza de la república. El senado oyó con atencion el mensage, en el cual se manifestaban al vivo los horrores de que habia sido teatro la capital, y se exponian todas las razones de conveniencia pública que habia para estrechar los vínculos de la union entre Méjico y Tlaxcala; pues siendo todos de un mismo orígen, hablando un propio idioma, y profesando el mismo culto, no de-

bian permitir que unos extrangeros viniesen á trastornarlo todo, mucho ménos cuando ya se habia visto que estos hombres orgullosos é inhumanos por la insaciable sed del oro habian atentado contra los santuarios, correspondido con ingratitud y perfidia á la bondadosa amistad del difunto rey, y violado descaradamente las santas leyes de la hospitalidad Sin embargo de estas razones, y de que algunos senadores, entre ellos el célebre Jicoténcatl, apoyaron las proposiciones de Cuitlahuatzin, manifestando que seria mucho mejor conservar las antiguas costumbres de la nacion que someterse á los usos de aquella gente altiva y feroz, cuyo exterminio era muy fácil en aquella ocasion en que estaba tan débil y abatida, prevaleció el partido de los españoles, que era mas numeroso y estaba regenteado por Magiscatzin, íntimo amigo de Cortes, y tan parcial suyo que arrebatado de cólera dió un golpe á Jicoténcatl en el calor de la disputa, y lo precipitó por las gradas del salon, llamándolo sedicioso y traidor á la patria. Así es como el espíritu de faccion suele prodigar al patriotismo acrisolado los insultos mas atroces. Jicoténcatl arrebatado del odio que profesaba á los españoles proponia, es verdad, una accion indigna y contraria al derecho de gentes; pero no merecia el epíteto de traidor á la patria: este convenia mejor á Magiscatzin, que la ponia á discrecion de sus enemigos.

Convalecidos los españoles de sus heridas, salieron á campaña ayudados de los tlaxcaltecas, é hicieron la guerra á las provincias de Tepeyacac, Quauhquechollan, Itzocan, Jalatzinco y Tochtepec, que ó se habian mantenido en la obediencia de Méjico, ó se le habian sometido de nuevo despues de la noche triste. Cuitla-

huatzin no se descuidó en mandarles oportunos y numerosos auxilios, como fué el ejército que hizo frente á los españoles en Quauhquechollan que se componia de cuarenta mil hombres; pero en todas partes se decidió la fortuna por Cortes; pues aunque en Tochtepec tuvo el sentimiento de que en el primer ataque le matasen al capitan Salcedo con ochenta españoles, pérdida irreparable en las circunstancias en que se hallaba, al fin se hizo dueño de la ciudad.

Mientras Cortes corria victorioso de provincia en provincia, y debilitaba el poder de los mejicanos para asegurar mas el golpe que preparaba á la capital, apareció en Anáhuac por primera vez el horrendo azote de las viruelas, cuyo contagio fué propagado por un negro esclavo de Narvaez. Entre las muchas victimas que arrebató fué la principal el rey Cuitlahuatzin, cuya muerte fué muy sensible á los mejicanos. Su reinado no pasó de cuatro meses, y si hubiera vivido, tal vez habria impedido la conquista, ó por lo ménos la habria hecho mas costosa á los españoles. Era hombre sabio y de gran talento, por confesion de su enemigo Cortes, y tan liberal y magnífico como su hermano Moteuhzuma. Su valor y pericia militar le grangearon la estimacion de los mejicanos, y los españoles conservaban indeleble su memoria, considerándolo autor de los desastres que padecieron en la noche triste. Cortes se indignaba tanto al acordarse de Cuitlahuatzin, que no pudiendo vengarse en su persona de los daños que recibieron sus soldados en aquella fatal noche por haber ya muerto, se vengó despues, como él mismo confiesa, en Iztapalapan, ciudad favorita de Cuitlahuatzin, en donde tenia un magnifico palacio, y un jardin de

que hacen grandes elogios los historiadores antiguos. Pueril venganza, que pudo haberle costado muy caro, pues los habitantes soltaron los diques de la laguna cuando los españoles se creian ya victoriosos, y habrian sido todos ahogados si permanecen tres horas mas sin advertir el peligro; pero la luna los favoreció, porque ayudados de su luz, no solo pudieron notar el crecimiento de las aguas que por momentos se amontonaban sobre ellos, sino emprender su retirada por el camino mas practicable, y aun así se ahogaron algunos.

CAPITULO XVII.

Sitio y toma de Méjico. Muerte de Quauhtemotzin, último rey de los mejicanos.

La relacion de los sucesos de la conquista exige una obra aparte; y ya por esto, como porque en ellos figuran principalmente los españoles, y el objeto de esta historia fué mas bien dar á conocer las costumbres y gobierno de los antiguos mejicanos, que referir prolijamente los acontecimientos de la ruina de su imperio, recorrerémos brevemente estos últimos.

Muerto Cuitlahuatzin, fué elegido para sucederle su sobrino Quauhtemotzin, jóven de 25 años y de ánimo intrépido, y aunque no muy práctico en la guerra, siguió el plan de su predecesor, é hizo cuanto pudo por la defensa de sus súbditos. Por este tiempo reinaba en Tezcoco Coanacotzin, el cual con acuerdo de Quauhtemotzin mandó matar á su hermano Cuicuitzcat-

zin, rey de farsa, que se habia escapado de Tlaxcala, sin que se sepa el motivo, y fué tenido por espía de los españoles.

Mientras Cortes habia estado en Tlaxcala habia mandado construir trece bergantines para sitiar á Méjico por tierra y agua, como que de otra suerte era imposible impedir que los habitantes recibiesen socorros de todo género. Un soldado español llamado Martin Lopez, hizo uno que sirvió de modelo para los demas, de cuya construccion se encargaron los tlaxcaltecas. Así que estuvieron concluidos se dispuso la marcha por Tezcoco, de donde se fugó Coanacotzin á Méjico luego que se aproximó Cortes, el cual hizo proclamar por rey á Ixtlilxochitl. Este solo gozó de las apariencias de su dignidad, habiendo sido mas bien un ministro de la voluntad de los españoles, y el partido de estos se aumentó considerablemente con la exaltacion de un príncipe tan enemigo de los mejicanos, por lo que Cortes resolvió fijar en Tezcoco su cuartel general.

Entretanto que se disponia el sitio, viendo infructuosas sus negociaciones para que los mejicanos se sometiesen sin necesidad de emplear la fuerza, dirijió Cortes sus tropas contra varias provincias comarcanas, como fueron Huaxtepec, Yacapixtla, Quauhnahuac, Xochimilco é Iztapalapan, llevando el estrago y la desolacion á donde quiera que hallaba resistencia; y reunido despues el ejército en Tezcoco, y echados al agua los bergantines, se encaminó hácia á Méjico, dividiendo la fuerza en cuatro trozos. Alvarado se situó en Tlacopan con dos cañones, 30 caballos, 160 infantes y cinco mil tlaxcaltecas. Olid ocupó á Coyohuacan con casi igual fuerza española, dos cañones y veinte y cin-

co mil aliados. Sandoval llevó alguna ménos, pero pasaban de 30ᵾ sus tropas auxiliares, y se acampó en las inmediaciones de Iztapalapan. Cortes tomó el mando de los bergantines, en los cuales se distribuyeron trescientos veinte y cinco españoles y trece piezas de artillería: constando todo el ejército sitiador de 917 españoles y cerca de 70ᵾ auxiliares, cuyo número se aumentó despues hasta doscientos mil.

Los mejicanos estaban bien preparados á la defensa, y con ménos temor que en los primeros encuentros tenidos con los españoles: y así es que despues de muchos dias de ataques repetidos sin ventaja por parte de los segundos, se vió Cortes instado por su tropa para que se diese de una vez un golpe decisivo; y aunque conocia el riesgo de esta empresa, tuvo que condescender. Tomó cuantas medidas y precauciones puede tomar un buen general; fué acometida la ciudad á un mismo tiempo en todas direcciones; los mejicanos hicieron una falsa retirada; y cuando los sitiadores habian penetrado hasta cerca de la plaza de Tlatelolco, los embistieron con tal furia que los desordenaron, los obligaron á huir, y en la acequia que de antemano habian cubierto de ramazon, perecieron muchísimos al querer pasarla. Quiso Cortes contener el desórden, pero fué hecho prisionero; y ya lo conducian al sacrificio, cuando un soldado llamado Olea lo libertó, cortando el brazo al mejicano que lo llevaba. Con mil trabajos pudieron retirarse los españoles á sus campamentos, despues de haber perdido siete caballos, sesenta infantes, mas de mil aliados, un cañon, y muchas armas y canoas. Apénas hubo uno, incluso el mismo Cortes, que no saliese herido.

Mientras se curaban los españoles, atacaron los mejicanos sus fuerzas navales con treinta grandes piraguas que habian construido para rivalizar con los bergantines, y se valieron de tantas estratagemas en esta ocasion, que si no hubiera sido tan avisado el general español, habrian conseguido destruirlos ó apoderarse de ellos; pero Cortes, jugando sus mismas armas, los atrajo, fingiendo huir, á donde estaba el grueso de su fuerza, y los derrotó completamente. Renovó entonces sus negociaciones de paz, pero infructuosamente; y la guerra continuó con igual encarnizamiento.

Iban corridos ya dos meses y medio desde que empezó el asedio; los mejicanos se hallaban en un estado deplorable por la falta de víveres; la fetidez que exhalaban tantos cadáveres amontonados en las calles y en las acequias era tal, que obligó á los españoles á retirarse de la ciudad, que habian estrechado ya á lo sumo; pero el dia siguiente 13 de agosto de 1521, memorable en los fastos de Anáhuac, se dió el último asalto á Tlatelolco, donde se habian refugiado los mejicanos. Antes de emprenderlo hizo Cortes la última tentativa para que se rindiesen, solicitando una entrevista con Quauhtemotzin; pero un mensagero le trajo esta respuesta: „Mi rey y señor está resuelto á morir ántes que ponerse en vuestra presencia." Con esta respuesta se dió la señal del ataque, y aunque los mejicanos se defendieron hasta el último trance, tuvieron por fin que ceder, arrojándose unos al agua, y entregándose otros á los vencedores.

Quauhtemotzin habia logrado salvarse con su familia en una piragua, pero fué alcanzada esta por Garcia de Olguin, que mandaba uno de los bergantines. Al

acercarse le dijo el rey con dignidad: „Soy vuestro prisionero, y no os pido otra gracia sino la de que trateis á la reina mi esposa y a sus damas con el respeto debido á su sexo y á su dignidad." Conducido á presencia de Cortes, le dijo con el mismo tono: „He hecho por defender á mis súbditos cuanto exigia el honor de mi corona, y el amor de mis pueblos: los dioses me han sido contrarios, y ahora me veo sin corona y sin libertad. Disponed como gusteis de mi persona;" y poniendo la mano en un puñal que llevaba Cortes en la cintura, añadió: „quitadme la vida con este puñal, ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino." Cortes procuró consolarlo, y á peticion suya mandó que no se hiciese mas daño á los vencidos. Dispuso tambien que todos los mejicanos saliesen desarmados y sin cargas de la ciudad, y durante tres dias y tres noches estuvieron las calles llenas de hombres, mugeres y niños, débiles y macilentos, que se retiraban de aquel lugar de desolacion. Quauhtemotzin, rey de Méjico, Coanacotzin, rey de Tezcoco y Tetlepanquetzalzin, rey de Tlacopan, fueron ahorcados en el carnaval de 1525 por órden de Cortes de resultas de una falsa denuncia. Despues de esta bárbara ejecucion se vió atacado de una profunda melancolía, originada de los remordimientos que frecuentemente lo asaltaban.

Así terminó el famoso imperio mejicano. Los inapreciables beneficios de una religion dulce y benéfica, y de una civilizacion muy superior á la que habian alcanzado los indígenas, que fueron las consecuencias de la conquista, se confunden con las crueldades y horrores cometidos en ella.

FRAGMENTOS.

CAPITULO VIII.

De las leyes que nuevamente promulgó, y estableció el emperador Nezahualcoyotl.

Contestan todos los escritores nacionales en que este gran emperador no solo restauró la observancia de las leyes promulgadas por sus antecesores, sino que estableció otras de nuevo, para el mejor gobierno de sus pueblos, y convienen en que estas fueron ochenta, pero ninguno nos dejó la cabal noticia del contenido de todas: unos refieren unas, y otros otras, y confrontados todos los manuscritos que tengo entre manos, solo llego á juntar treinta y cinco, y casi todas penales, y aun de estas se ha de hacer alguna rebaja, como luego diré. Es regular que hubiese otras dirigidas al gobierno económico, al reglamento de tropas, á la exaccion de tributos, pero de estas no dan particular noticia. Las que refieren, pues, como inventadas por Nezahualcoyotl son las siguientes:

1. Al señor de vasallos, si se rebelase contra el emperador, pudiendo ser habido muriese en público cadalso, aplastada la cabeza con una porra, y se le confiscasen sus estados.

2. Al traidor al soberano, fuese noble ó plebeyo, pena de muerte, roto á golpes por las coyunturas, saqueada su casa por el pueblo, y arrasada, confiscadas sus tierras, y sus hijos esclavos hasta la cuarta generacion.

3. Al general ú otro oficial militar, que acompañando al rey en campaña le desamparase, pena de muerte, degollado.

4. Al soldado que faltase á la obediencia á su gefe, ó desamparase el puesto en que se le ponia, ó volviese la espalda al enemigo en campaña, ó diese paso ó favor á alguno de ellos en tiempo de guerra, pena de muerte, degollado.

5. Al que usurpase á otro el cautivo que hizo ó algun despojo, muriese ahorcado, y la misma pena al que cediese á otro el cautivo que hizo.

6. Al noble de otro pais, cautivado en guerra, si lidiase con cuatro soldados, que para este efecto se destinasen, y los venciese, quedase libre, y pudiese volverse á su patria; pero que si fuese vencido muriese sacrificado en el templo de Huitzilopuchtli dios de la guerra.

7. Al noble vasallo del imperio, que habiendo sido cautivado huyese de la prision y se volviese á su pais, pena de muerte, degollado; pero si no venia fugitivo, sino libre, por haber lidiado y vencido allá á algunos soldados ó capitanes, fuese recibido con mucho honor, y premiado del emperador. El plebeyo cautivado, aunque volviese fugitivo, fuese bien recibido y premiado.

8. Al que acogiese, amparase ó encubriese algun enemigo en tiempo de guerra, fuese noble ó plebeyo, pena de muerte, despedazado enmedio de la plaza, y entregados sus miembros á la plebe para juguete é irrision

9. A los embajadores, que no desempeñaban su encargo segun las órdenes é instrucciones que llevaban,

ó se volvian sin respuesta, pena de muerte, degollados.

10. Los jueces á quienes se averiguase haber admitido cohechos muriesen degollados, si el cohecho fuese de entidad, y si fuese de poca monta quedasen despojados del empleo, y los trasquilasen en público mercado.

11. La adúltera y el cómplice si fuesen deprehendidos por el marido en el delito, muriesen apedreados, y para la justificacion fuese bastante la denuncia del marido; pero si este no los deprehendiese en el delito, sino que por sospechas los acusase á los jueces, y se averiguase ser cierto, muriesen ahorcados; y si el adúltero matase al marido ofendido, muriese asado en medio de la plaza, y rociado con agua y sal.

12. A las que sirviesen de terceras ó alcahuetas para con mugeres casadas, pena de muerte, ahorcadas, aunque no se hubiese seguido el delito.

13. La muger noble, que se diese á ramera, muriese ahorcada.

14. A los sacerdotes que debian guardar castidad, si se les averiguase incontinencia, pena de muerte.

15. A los sométicos pena de muerte, el agente atado á un palo y cubierto de ceniza, quedase sofocado, y el paciente sacadas las entrañas por el orificio.

16. Al hijo que levantase la mano para su padre, ó madre, y de algun modo les injuriase, pena de muerte, y exheredado, para que sus hijos, si los tuviese, no pudiesen suceder en los bienes de los abuelos.

17. Que asímismo pudiese el padre exheredar al hijo que fuese cobarde, cruel, ó desperdiciado.

18. Que el marido pudiese repudiar á la muger floja, y descuidada en los ministerios de su casa, ó si

fuese inquieta ó pleitista, y asímismo pudiese ella separarse del marido..................................

....

sus leyes las ceremonias que usaban para declarar una guerra, y describen prolijamente los escritores. Dicen, pues, que se juntaban las tres cabezas del imperio, Tezcoco, Méjico y Tlacopan, y con ellos sus generales y oficiales principales, y se trataba sobre si seria ó no justo declarar la guerra; y conviniendo en que lo era, la primer diligencia que se hacia era enviar ciertos mensageros de una clase de ministros, á quienes daban el nombre de Quaquauhnochtzin, cuyo número no era fijo, sino que variaba segun las circunstancias y esfera del señor ó príncipe á quien se habia de declarar la guerra, porque mientras esta fuese mas elevada, era menor el número de embajadores, y en siendo á un gran rey ó monarca era uno solo, pero regularmente era un infante ó príncipe de la sangre real, ó algun gran general. Estos primeros embajadores debian ser de la nacion mejicana, los cuales llegados á la capital de la provincia ó reino donde iban, se presentaban en la plaza pública, y hacian llamar á los ministros y ancianos, á quienes requerian de parte de las tres cabezas del imperio, sobre el asunto que se cuestionaba, diciéndoles que sobre ellos y sus familias habian de caer todos los males y trabajos de la guerra, si su señor se obstinase en no condescender á las proposiciones (que les hacian) de parte de sus soberanos, y así les exhortaban á que le aconsejasen y persuadiesen á ello, haciéndole presente por una parte lo bien que le estaria el mantener la buena amistad y proteccion del imperio, y por otra los graves males que

de lo contrario les acarreaba: que para esto les daban veinte dias, que era un mes de término, en el cual esperarian la respuesta, y para que en ningun tiempo se quejasen de que los habian sorprendido y cogido desprevenidos, les daban una gran cantidad de arcos, flechas, macanas y rodelas, y se retiraban fuera de la ciudad á esperar la respuesta.

Si en los veinte dias se allanaba el señor á aceptar las propuestas de los embajadores, salian los ministros y ancianos á verse con ellos al parage donde se habian retirado, y los conducian á la ciudad donde eran recibidos del señor con muchas atenciones, y ajustadas las cosas, enviaba el señor con ellos otros embajadores suyos, que cumplimentasen á las cabezas del imperio, y con ellos algunos regalos de oro, plata, plumas, mantas ú otras cosas de las que eran entre ellos estimables; pero si se cumplian los veinte dias sin haber habido ajuste, ya estaban en el lugar donde se habian retirado los embajadores otros segundos del imperio, que debian ser de los aculhuas y reino de Tezcoco, á los que daban el nombre de Achcacauhtzin, y eran ministros de justicia de aquellos pesquisidores de que hablamos en el capítulo anterior, los cuales llevaban consigo otra gran cantidad de arcos, flechas, macanas y rodelas, y un hermoso plumage para la cabeza de los que llamaban Tecpílotl, y en una redoma ó cantarillo de barro cierto licor balsámico y aromático, que componian de varias yerbas y gomas, y decian ser provechoso para fortificar los miembros. Estos iban derechamente á la casa ó palacio del señor, al cual en presencia de los caballeros de su corte le daban la embajada de parte á las tres cabezas del imperio, re-

presentándole los daños y estragos de la guerra, y los trabajos que él y sus súbditos habian de tolerar en ella; y finalmente le apercebian, que si dentro de otros veinte dias que le daban de término para resolver, no se reducia á condescender á las propuestas que se le hacian, y se rompia la guerra, si en ella no muriese y le hiciesen captivo, habia de ser sacrificado á los dioses muriendo en el suplicio determinado por la ley, que era machacada la cabeza con una porra, y sus vasallos serian igualmente castigados á proporcion de la culpa que tuviesen.

Acabado el razonamiento, si prontamente no se convenia, le ungian el brazo derecho y la cabeza con aquel licor que llevaban, diciéndole que se esforzase y cobrase ánimo y valor para pelear con las tropas del imperio, cuyo ánimo y destreza le ponderaban, y cuánto esfuerzo necesitaba para combatir con ellas: luego le ponian en la cabeza el Tecpílotl atado por detras con unas correas encarnadas, y le daban los arcos, flechas y demas armas que habian traido, y ellos se retiraban al lugar donde estaban los otros embajadores á esperar los veinte dias. Si dentro de ellos se rendia, era perdonado, pero quedaba obligado á pagar cierto tributo anual aunque muy corto; pero si no, cumplidos los veinte dias venian terceros embajadores, que debian ser de los del reino de Tlacopan y se dirigian al señor, á quien en presencia de sus ministros y nobles de sus estados, hacian otra semejante reconvencion, con mas fuertes amenazas, apercibiéndoles que de no rendirse á los últimos veinte dias que les daban de plazo, vendria sobre ellos el ejército de los Triunviros y los castigaria sin perdonar estado, edad ni sexo;

y aunque entónces implorasen su clemencia, no serian oidos ni admitidos: dábanles en esta ocasion mas cantidad de armas que en las antecedentes, diciéndoles que se aprovechasen de ellas, y en ningun tiempo dijesen que les habian acometido desprevenidos: si dentro de los veinte dias se rendian, solo el señor era castigado á arbitrio de los Triunviros, mas no con pena de muerte ni despojo de sus estados y dignidad, y aquella provincia ó señorío quedaba obligada á pagar cierto tributo extraordinario, mas no á costa de los vasallos sino de las rentas del señor, de las cuales habia de salir; pero si este se mantenia rebelde, cumplidos los veinte dias, se rompia la guerra y estaba ya pronto á las fronteras de aquellos estados el ejército del imperio para comenzar sus operaciones.

CAPITULO IX.

De otras leyes que Nezahualcoyotl restableció, corrigió y redujo á mejor órden.

Asientan contestes los escritores, que restableció el emperador y redujo á mejor órden otras muchas leyes de sus antecesores, y señaladamente lo expresan en asunto de tributos, y su cobranza. No es fácil averiguar qué órden se guardaba en uno y otro en los tiempos anteriores; pero es fuera de toda duda, que desde la venida de Xolotl y su nacion chichimeca se estableció algun método en cuanto á las contribuciones que siempre..................................
....

INDICE

DEL TOMO TERCERO.

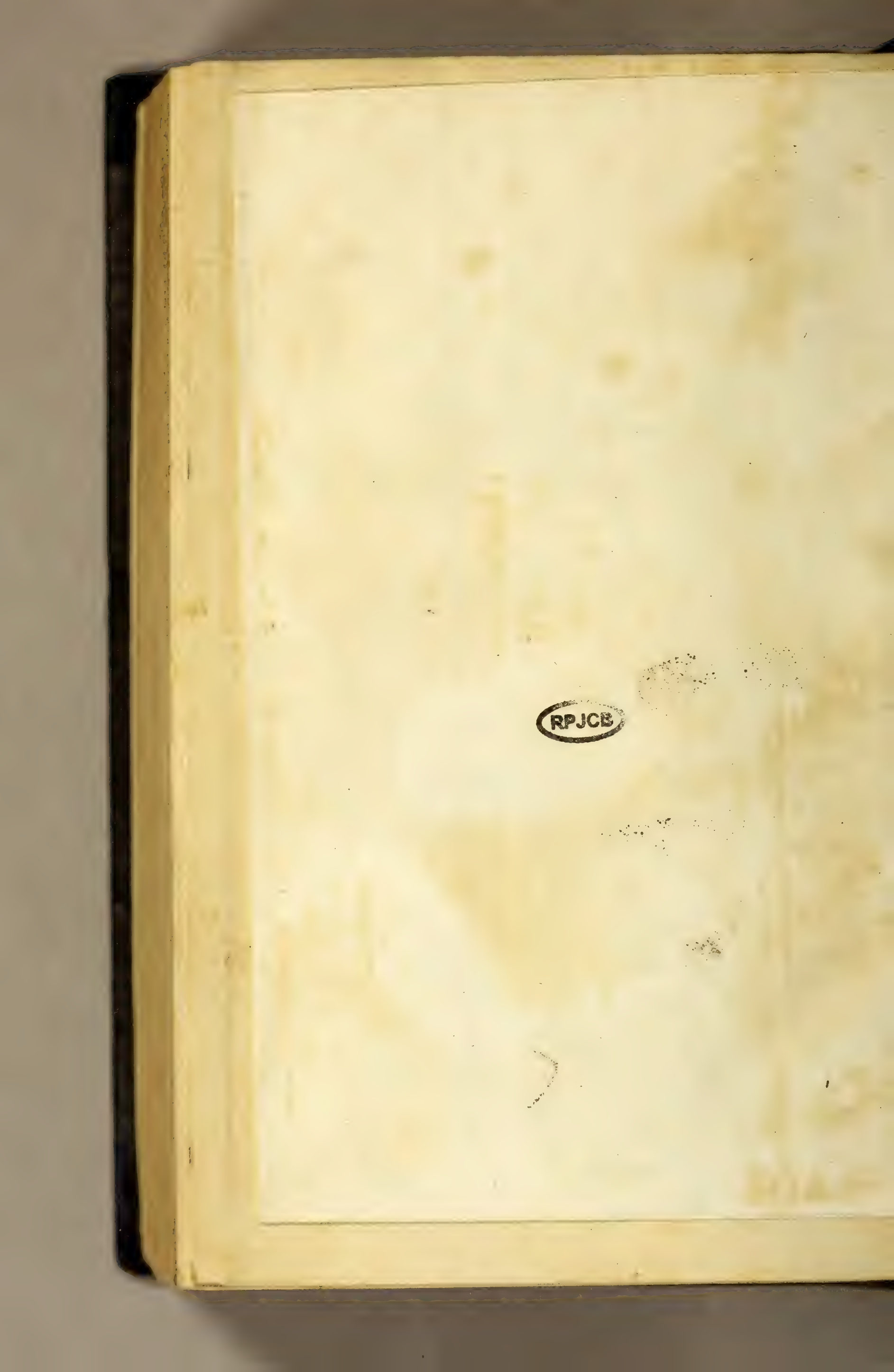
APÉNDICE.

FIN DEL TERCERO Y ULTIMO TOMO.

Ipan molpi Xihuitl Cohuacicamac	Ipan molpi Xihuitl Apazco	Ipan molpi Xihuitl Tecpayoca	Ipan molpi Xihuitl Chapoltepec						
1195	1247	1299	1351	14o3	1455	15o7	1559	1611	1663
A	B	C	D						

Axcanipan Xihuitl. 1654.

1654 1655 1656 1657 1658 1659 166o 1661 1662 1663 1664 1665 1666 1667 1668 1669 167o 1671 1672 1673 1674 1675 1676 1678 1679 168o 1681 1682 1683 1684 1685 1686 1687 1689 169o 1691 1692 1693 1694 1695 1696 1697 1698 1699 12oo 12oo1 12oo2 12oo3 12oo4 12oo5 12oo6


RPJCB

n.º 2

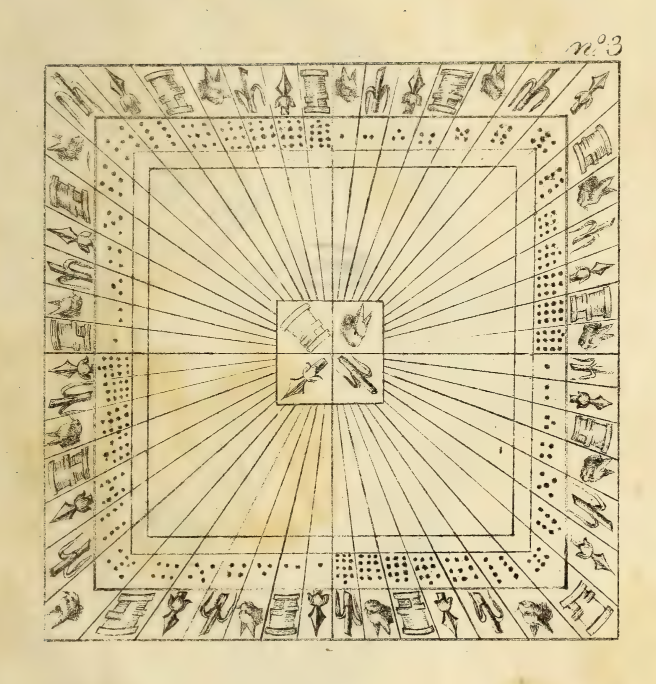


* En esta fig. llamada Cipactli comenzaban los primeros dias de su semana que eran 13.

† En esta fig. llamada Malinalli se hacian segun algunos autores los bisiestos



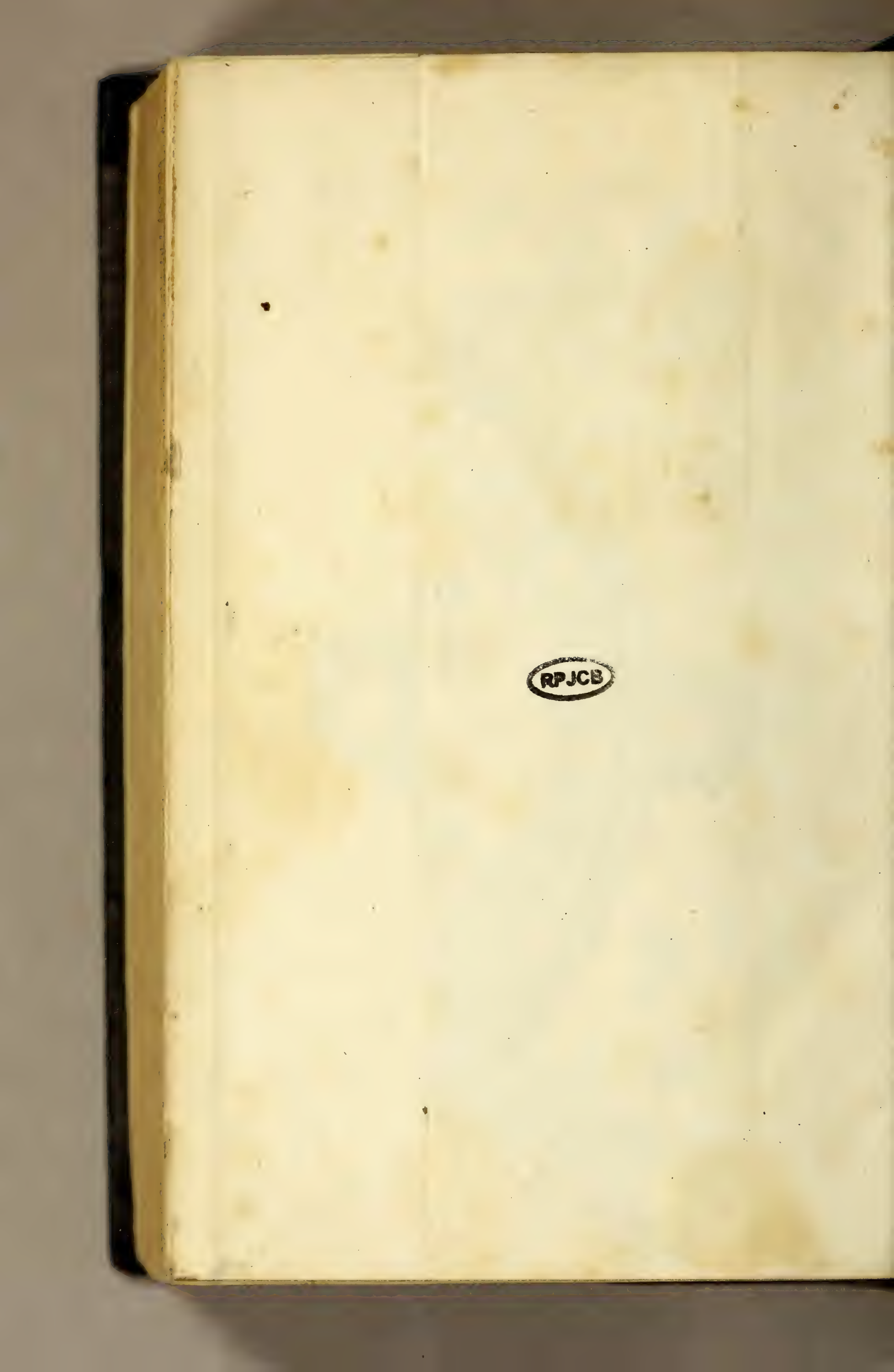
n.º 3



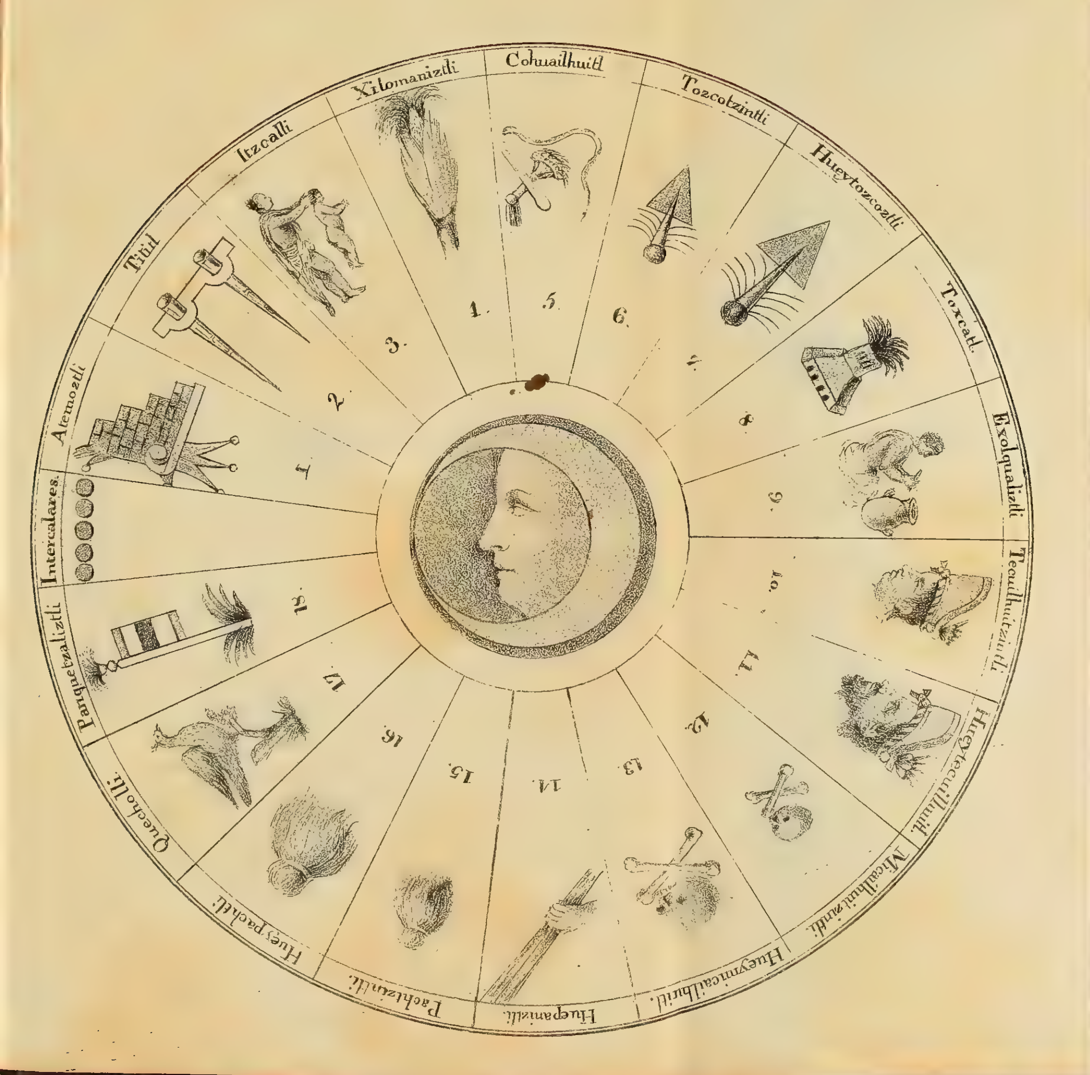
Litº de R. y F. En Mexico.


RPJCB


n.° 4
Atemoztli
Titill
Ytzcali
Atlcahualo
Tlacaxipehualiztli
Tozoztli
Huey-Tozoztli
Toxcatl
Etzalcualiztli
Tecuylhuitl
Huey-Tecuylhuitl
Micaylhuitl
Huey-Micaylhuitl Ochpaniztli
Pachtli
Huey-Pachtli
Quecholli
Panquetzaliztli
Litª de H. y F.
En Mexico


RPJCB

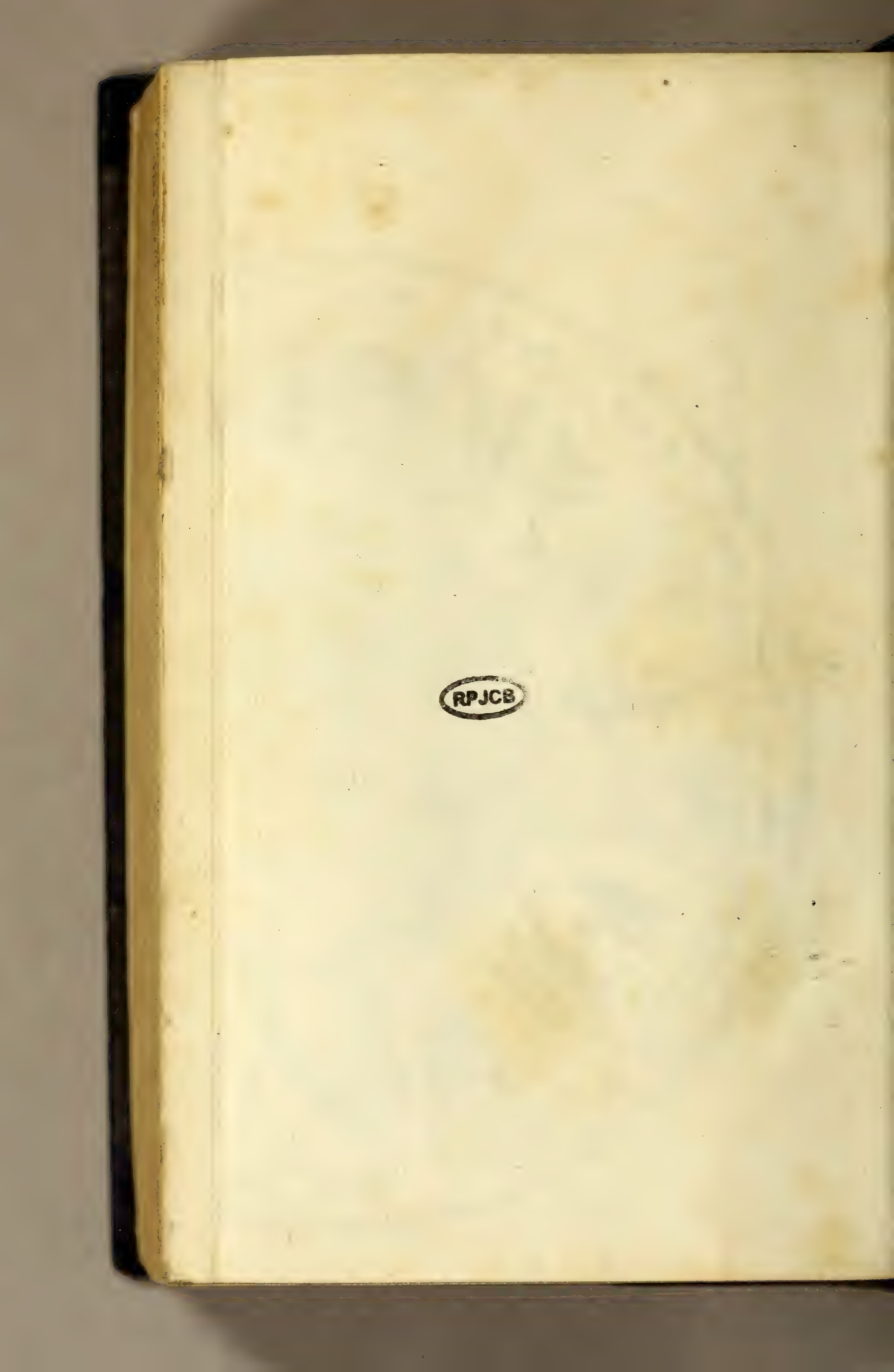
n° 5.


Cohuailhuitl
Tozcotzintli
Hueytozcoztli
Toxcatl.
Exolqualiztli
Tecuilhuitzintli
Hueytecuilhuitl.
Micailhuitzintli.
Hueymicailhuitl.
Huepanizli.
Pachtzintli.
Hueypachtli.
Quecholli.
Panquetzaliztli
Intercalares.
Atemoztli
Tititl
Itzcalli
Xilomanizitli
1.
2
3.
4.
5.
6.
7.
8.
9.
10.
11.
12.
13.
14.
15.
16.
17
18.


RPJCB



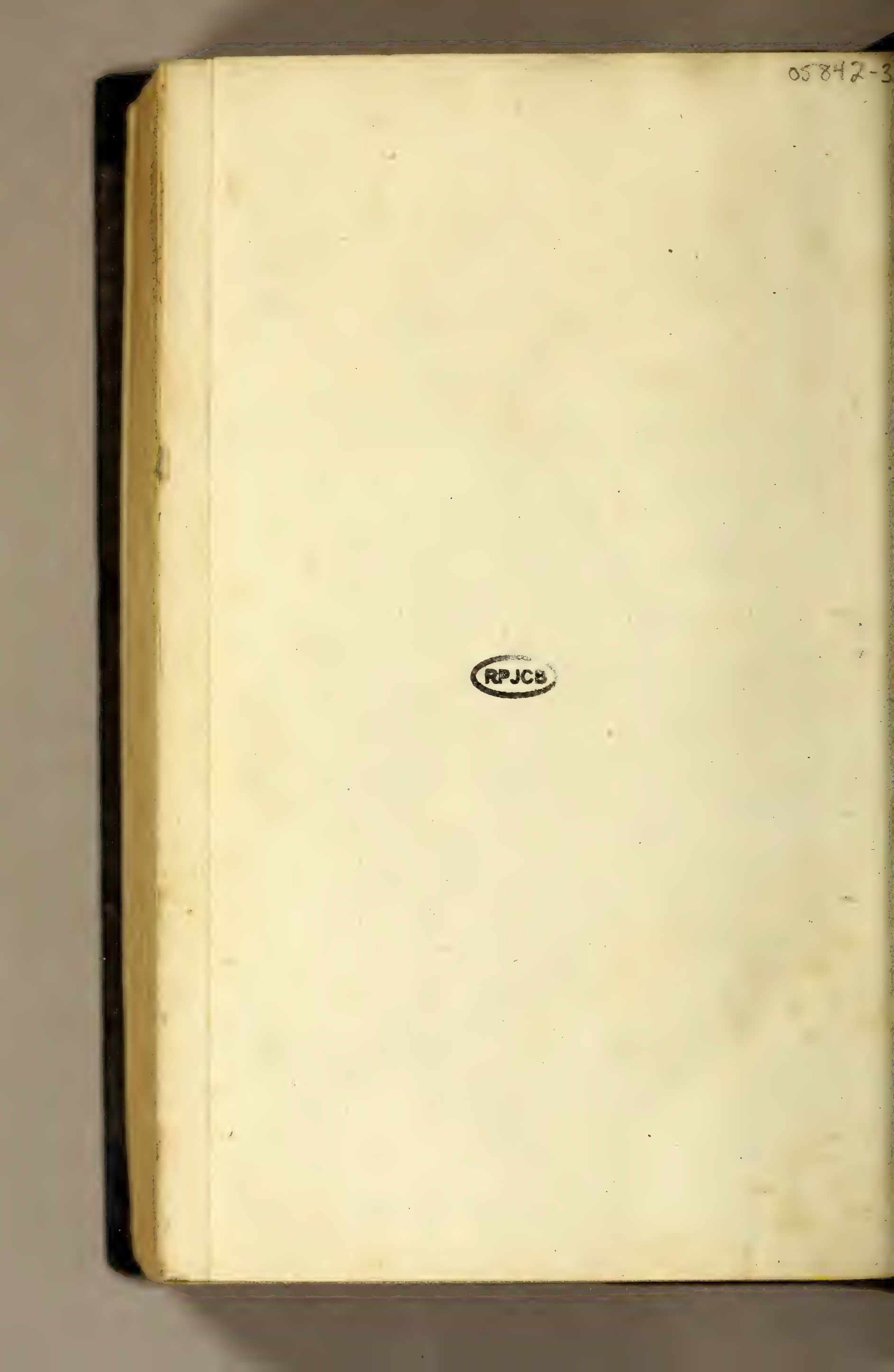
B
Ehecatl.
Calli.
Cuetzpallin.
Cipactli.
Xochitl.
Quiahuitl.
Cohuatl.
Miquiztli.
A
Tecpatl.
Mazatl.
Ollin.
Tochtli.
C
Cozcaquauhtli.
Atl.
Quauhtli.
Itzcuintli.
Ocelotl.
Ozomatli.
Acatl.
Malinalli.
D


RPJCB



Fin de la 4ª Triadecatérida
13 Calli
1 Tochtli.
2 Acatl.
3 Tecpatl.
4 Calli.
5 Tochtli.
6 Acatl.
7 Tecpatl.
1 Calli.
4ª Triadecatérida del siglo de 52 años
2 Tochtli.
3 Acatl.
4 Tecpatl.
5 Calli.
6 Tochtli.
7 Acatl.
8 Tecpatl.
9 Calli.
10 Tochtli.
11 Acatl.
12 Tecpatl
Ocelotl
Quauhtli.
Cozcaquauhtli
Ollin.
Tecpatl.
Quiahuitl.
Xochitl.
Cipactli.
Ehecatl.
Calli.
Cuetzpallin.
Coatl.
Miquiztli.
Mazatl.
Tochtli.
Atl.
Itzcuintli.
Ozomatli.
Malinalli.
Acatl.
Lit.ª de R. y F.
En Mexico.

nº 7.


05842-3
RPJCB





